

BIBLIOTECA
CLÁSICA.

DR
071

1168500

DR

2071

A. Roldán

LOS ANALES
DE
CAYO CORNELIO TÁCITO

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XVII

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDOS POR

D. CARLOS COLOMA

TOMO I

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

2071

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1909

PRÓLOGO

Con este volumen da principio la BIBLIOTECA CLÁSICA á la reproducción de las obras del príncipe de los historiadores latinos, en la elegante y fácil traducción de D. Carlos Coloma, historiador egregio de las *Guerras de los Países Bajos*. Sin ser perfecto el trabajo de Coloma, y apartándose, como se aparta mucho, de la austera concisión y sequedad sentenciosa del original latino, á cuyo defecto se junta el de haber modernizado á la continua frases y costumbres, merece con todo eso la preferencia, por las condiciones de estilo, entre todas las demás traslaciones castellanas de Tácito. Es obra que se lee sin dificultad y hasta con deleite, mérito no pequeño en traducciones. Álamos Barrientos,

aunque rico y abundante en la lengua, es mucho más difuso y amplificador que Coloma; Sueyro, mucho más duro y falto de fluidez. En cuanto á Herrera (Antonio), Laneina, Clemen-
cín y Mor de Fuentes, sólo han dejado traducciones de algunos libros de los *Anales* ó de la *Germania* y el *Agrícola*, siquiera en esto poco merezcan loa (1). No queda, pues, más traducción útil que la de Coloma, añadiéndole por de contado los dos escritos (2) que él dejó de traducir, y que tomaremos de Alamos, siguiendo el ejemplo de los editores del siglo pasado y de la moderna *Biblioteca Clásica* de Barcelona.

Aquí convendría decir algo de Tácito, de su vida y de sus obras. Pero la primera puede reducirse á pocas palabras, y en lo segundo sería casi temerario poner la mano después de tantos y tan contradictorios juicios.

Baste decir que Tácito nació en *Interamna* (Terni) de Umbría, á mediados del primer siglo de la Era cristiana; que era caballero romano é hijo de un procurador de la Galia Bélgica; que, según opinión muy probable, pasó sus primeros años en las escuelas de Declamación, y que se

(1) En uno de los tomos siguientes daremos menuda noticia de estas versiones y de las demás de historiadores griegos y latinos.

(2) *Germania* y *Agrícola*.

dedicó luego á la práctica del foro. Nobilísimo es el primer acto que de su vida conocemos: la acusación contra las rapacidades y concusiones del procónsul de África, Mario Prisco, segundo Verres. No es difícil reconocer ya en el novel abogado al futuro vengador de la Justicia y de la Humanidad en sus historias inmortales. El matrimonio con la hija de Agrícola, heroico y prudente gobernador de Bretaña, debió de contribuir á desarrollar en Tácito aquel su innato sentimiento de rectitud moral y odio á la tiranía. De la de Domiciano no se hubiera salvado su suegro, á no morir oportunamente (en el año 93); dichoso hasta en esto, y en haber dado ocasión á Tácito para escribir aquella admirable biografía, modelo de concisión y de noble, aunque severa, elegancia, mezclada algunas veces de apacible y tranquila melancolía, sobre todo en el final.

Atravesó Tácito, no sin peligro, el triste reinado de Domiciano, y alcanzó los buenos tiempos de Nerva y de Trajano, *fácil y segura materia* para los futuros historiadores en opinión suya. Alcanzó grandes honores y dignidades; fué *quindecimviro* (el año 88), pretor y finalmente cónsul; brilló como orador, sobre todo en el panegírico de Virginio Rufo, eminente ciudadano que había rechazado el Imperio que

las legiones de Germania le ofrecieron después de la muerte de Nerón; estuvo ligado por íntima amistad con Plinio el Joven, y pasó su edad madura en los amenos solaces de las letras (no desdeñándose de frecuentar la poesía festiva) y en el cultivo de la Historia.

Poco más que esto se sabe de él, y no es poca felicidad el que todo lo que sabemos sea noble y honroso para Tácito, contribuyendo la misma escasez de noticias á que no empañe su nombre ninguna de esas sombras que obscurecen los de otros grandes escritores y políticos de la antigüedad. Nada hay en la vida de Tácito que contradiga á la alta idea que del hombre moral formamos por sus escritos.

Más sensible, y aun digna de ser eternamente llorada, es la pérdida de una gran parte de estas mismas obras, quizá mayor que la que ahora poseemos. Y eso que un descendiente suyo, el emperador Tácito, deseoso de evitar esta pérdida y de hacer más populares estos libros, que ya en aquel tiempo debían haberse hecho raros y peregrinos por el empeño que todos los malhechores tienen en hacer desaparecer ó en desfigurar la historia contemporánea, mandó que anualmente se sacasen copias de ellos y que se conservasen en todas las bibliotecas. Á pesar de tanta diligencia, de las obras de Tácito, que, al

decir de San Jerónimo, escribió en treinta volúmenes la historia de los Césares, sólo quedan mutilados restos; á saber: los seis primeros de los *Anales*, que comprenden la época de Tiberio (no sin que falte la mayor parte del libro quinto), y muy incompletos los seis últimos, en que habla de Nerón. De Calígula y Claudio no hay nada. Tenemos, además, cuatro libros y parte de otro de las *Historias*, que comprenden la época turbulenta de Galba, Oton y Vitelio. Con estas reliquias, la vida de *Agrícola*, el opúsculo *De situ, moribus, populisque Germanorum* y el diálogo *De los oradores ó de las causas de la corrupción de la elocuencia*, que otros atribuyen á Quintiliano, tenemos todo lo que hoy se conserva de Tácito.

El tiempo en que fué compuesta cada una de estas obras es difícil de determinar. Generalmente se colocan por este orden: *Agrícola*, *Germania*, *Historias*, *Anales*.

Tácito es el representante más ilustre de la *historia pragmática*, es decir, moral y con aplicaciones prácticas y políticas, género que en los grandes maestros de la antigüedad no daña, antes se une fácilmente con la historia pintoresca, épica ó dramática. Tácito, lo mismo que Tucídides, es ante todo un artista. ¡Felices los historiadores de la antigüedad que, no ahogados por la

balumba de documentos, enojoso, aunque indispensable apoyo de toda historia moderna, podían concentrar su atención y todas las fuerzas de su varonil espíritu en la pintura de sucesos y de caracteres, dándoles tanto color y relieve cuanto puede alcanzar la mejor poesía! No sabían de filosofía de la historia, no se inquietaban de síntesis ni de ideales, y podían con majestad olímpica, ajenos de inquietudes, de dudas y zozobra, pintar el gran cuadro de la vida humana. Y esta verdad humana la buscaban, ya en sus más altos y sublimes momentos, como Herodoto y Tito Livio, cándidos narradores de épicas leyendas y de historias más admirables que las leyendas mismas; ya en los pacientes esfuerzos del talento político ó militar, como Tucídides y Polibio; ya en el profundo, nunca superado y pacientísimo análisis del corazón humano, que hace Tácito sin aparentar que lo hace ni disertar en forma, sino penetrando y escudriñando los tenebrosos senos de la conciencia del malvado, de suerte que ningún hecho quede sin explicación; porque los malvados de Tácito no son abstractos ni entes de razón ó maniqués de paja, como los que entonces y siempre han servido de blanco á las diatribas de los retóricos contra la corrupción y la tiranía, sino hombres de carne y hueso, que nos parece que viven y se mue-

ven á nuestros ojos, con las mismas pasiones y odios, altiveces y descaecimientos que mostraron en vida. Los modernos tienen la deplorable manía de sacrificar en sus pedantescas síntesis los hombres á las ideas, privando así á la Historia de toda animación y de su más fructuosa enseñanza. Juzgaban los antiguos, por el contrario, que si la idea era materia propia del filósofo, el hombre debía ser el principal estudio del historiador. Si en este poder de *individualizar* y *humanizar* tiene Tácito algún rival, es sólo Shakespeare.

Los caracteres y las descripciones hacen de los libros de Tácito poemas épicos y novelas de extraordinaria belleza. Y no es porque se detenga con fruición de artista de decadencia en menudos pormenores, sino porque nadie ha poseído como él el arte de los grandes rasgos y de las palabras que dicen más de lo que suenan. Nadie ha sabido tampoco producir la impresión que él produce con rasgos aislados y acá y allá esparcidos. Así viven Tiberio y Seyano, Germánico y Livio, Tráseas y Séneca, Agrícola y Galgaco, en sus páginas inmortales. No son personajes de una sola pieza como los que fantasean los retóricos y sofistas, sino humanos, ricos y variados, con toda la amplitud, riqueza y esplendor de la conciencia.

En el estilo une Tácito, á lo sereno y majestuoso de todos los narradores antiguos, cierta austeridad y melancolía propia y peculiar suya, nacida en parte de lo amargo y pavoroso de los hechos que describe, y en parte de las consideraciones geniales de su espíritu, más inclinado á tomar la vida por el lado triste que por el risueño. Y precisamente por este modo de sentir y de narrar toman importancia en sus libros los hechos más accesorios y de poca monta, como que su historia, con ser de crímenes y bajas tiranías, enseña mucho más que cualquiera otra de glorias y grandezas. Y no es porque calumnie la naturaleza humana, como se ha dicho, ni porque se vaya, como los cuervos, á la carne muerta, trocado en zahorí de ocultos propósitos é intenciones, sino porque había recogido amargos frutos de ciencia y experiencia, con ser muy amante y devoto del bien y de la virtud dondequiera que los hallara.

Dicen los que no lo entienden que es obscuro, sentencioso, afectadamente conciso y hasta de mal gusto el estilo de Tácito, y que la lengua adolece en él de no leves defectos. Sin duda por eso los gramáticos ciceronianos del Renacimiento tenían cuidado de apartarle de las manos de sus discípulos. Realmente, Tácito es un escritor más admirable que imitable: por fortu-

na, sus defectos no son contagiosos. ¡Pluguiera á Dios que la concisión, aun seca y ruda, viniera á substituir en las literaturas modernas á tanta inútil y laxa palabrería! Es rico en sentencias Tácito; pero las va entretejiendo con tal habilidad en el hilo de la narración, que parecen una misma cosa con ella, y estas sentencias son casi siempre verdaderas y profundas, como deducidas de la observancia de la vida y no de vanos sistemas. Pocas veces caen en el lugar común, y cuando así sucede, las salva lo acerado y enérgico de la expresión.

En Tácito, el estilo es tan inseparable del hombre, que hasta sus defectos de excesiva elipsis y obscuridad parecen naturales, y se le perdona, porque aquella expresión ha nacido para aquel pensamiento. Oscuro suele ser, pero más por lo profundo de las ideas que por lo ceñido del lenguaje. Lo que nadie negará es que, sin pecar de árido, es *preciso* como pocos. Enemigo de toda vana pompa, nos da más ideas que palabras, mérito el más grande y raro de un escritor.

De las opiniones políticas de Tácito mucho pudiera decirse, y aun así no resultarían muy claras. Era patricio y estoico, y como tal, aunque sin la exageración de otros, romano á la antigua y poco amigo del Imperio, aunque nada revolucionario ni utopista. Por la plebe sentía

profundo desdén : llamábala *voltaria é inclinada á la servidumbre, y ligera y funesta en sus amores* como en sus odios. Los agitadores de esta plebe, siquiera se llamasen los Gracos, aún le infundían mayor aversión. Más que político, es moralista. Toda iniquidad y tiranía, venga de arriba ó de abajo, del César, del Senado ó de los tribunos, le parece digna de execración. Para ser del todo justiciero, sólo le faltó ser cristiano. Floreció en una época de decadencia y de transición, sin fe en lo pasado ni comprensión bastante clara en lo futuro; por eso se extravía á veces en los juicios morales, y en política, como en religión, tiene más bien aspiraciones y reminiscencias que ideas claras y bien definidas. La impresión general que sus escritos dejan es triste, pero reposada y serena.

M. M. P.

ANALES DE CAYO CORNELIO TÁCITO

LIBRO PRIMERO

ARGUMENTO

Muere Augusto en Nola.—Sucédele Tiberio, que estudia por encubrir el deseo de reinar.—Amotínanse las legiones de Panonia, para cuyo remedio envía Tiberio á su hijo Druso, el cual, no sin trabajo, las compone.—Otro motín de las legiones de Germánico.—Sosiégale Germánico con efusión de sangre.—Lleva el ejército á los enemigos y alcanza victoria de varias naciones de Germania.—Julia, hija de Augusto, acaba su vida en Regio.—Institúyense sacerdotes en honor de Augusto y los juegos llamados Augustales.—Pasa el Rhin otra vez Germánico; asuela y destruye á los pueblos llamados cattos; libra á Segesto del sitio que le tenía puesto Arminio, y por todos estos sucesos es llamado emperador.—Mueve otra vez guerra á los queruscos; recoge los huesos de la rota de Varo, y da libertad á muchos prisioneros que se perdieron en ella.—Vuelve al Rhin Cecina con parte del ejército; se ve en peligro, y con el último esfuerzo de desesperación rompe al enemigo.—Toma pie en Roma la ley de majestad y ejercitase con aspereza.—Inunda el Tíber.—Tumultos en el teatro, de que resulta refrenar la insolencia de los histriones.—Trátase de remediar las inundaciones del Tíber, á que se oponen algunas ciudades de Italia.

Sucede todo esto en espacio de casi dos años.

CÓNSULES

Año de Roma 767. De J.-C. 14.	} Sexto Pompeyo. } Sexto Apuleyo.
— 768. — 15.	
	} Druso César. } C. Norbano Flaco.

La ciudad de Roma fué á su principio gobernada de reyes. Lucio Bruto introdujo la libertad y el consulado. Las dictaduras se tomaban por tiempo limitado, y el

poderio de los diez varones (*decemviro*) no pasó de dos años, ni la autoridad consular de los tribunos militares duró mucho. No fué largo el señorío de Cinna, ni el de Sila, y la potencia de Pompeyo y Craso tuvo fin en César, como las armas de Antonio y Lépido en Augusto, el cual, debajo del nombre de príncipe (1), se apoderó de todo el Estado, exhausto y cansado con las discordias civiles. Mas las cosas prósperas y adversas de la antigua República han sido contadas ya por claros escritores; y no faltaron ingenios para escribir los tiempos de Augusto, hasta que poco á poco se fueron estragando al paso que iba creciendo la adulación. Las cosas de Tiberio, de Cayo, de Claudio y aun de Nerón fueron escritas con falsedad, floreciendo ellos por miedo, y después de muertos, por los recientes aborrecimientos; de que me ha venido deseo de referir pocas cosas, y esas las últimas de Augusto; luego el principado de Tiberio y los demás, todo sin odio ni afición, de cuyas causas estoy bien lejos.

(1) Debe sobrentenderse *del Senado*. Personajes de la antigua República, tales como Scaurus, Scipión, etc., son frecuentemente designados con el nombre de *principes*, y hablábase del principado de Scaurus, como posteriormente del principado de Tiberio. Escogió Augusto, entre todos, el título de príncipe por ser el más propio para disfrazar la enormidad de su poder: el único privilegio de este título era el derecho, para quien lo gozaba, de votar el primero en el Senado. El de emperador era relativo á la milicia, y sólo daba autoridad en los campamentos. El *principado* fué, pues, el título de la nueva constitución, mezcla de monarquía, de aristocracia y aun de democracia, especialmente al principio.

No debe confundirse el nombre de emperador (*imperator*) puesto al frente de los demás títulos, con el de *imperator* que durante la República daban los soldados sobre el campo de batalla á sus generales victoriosos y que obtuvieron también los emperadores en iguales circunstancias, poniéndolo al fin de sus demás títulos y añadiendo el número de veces que les había sido conferido. En los tiempos de Augusto y Tiberio concedióse el título de *imperator* varias veces á los generales.

Después que por la muerte de Bruto y Casio cesaron las armas públicas; vencido Pompeyo en Sicilia (1), despojado Lépido, muerto Antonio, sin que del bando de los Julios quedase otra cabeza que Octavio César; dejado por él el nombre de uno de los tres varones (*triunviros*), llamándose cónsul, y por agradar al pueblo con encargarse de su protección, contentándose con la potestad de tribuno (2); después de haber halagado á los soldados con donativos, al pueblo con la abundancia y á todos con la dulzura de la paz, comenzó á levantarse poco á poco, llevando á sí lo que solía estar á cargo del Senado, de los magistrados y de las leyes, sin que nadie le contradijese. Habiendo faltado á causa de las guerras y proscripciones los más valerosos ciudadanos, y los otros nobles cayendo en que cuanto más pronto se mostraban á la servidumbre tanto más presto llegaban á las riquezas y á los honores; viéndose engrandecidos por este medio, quisieron más el estado presente seguro que el pasado peligroso. Ni á las mismas provincias fué desagradable esta forma de estado, sospechosas del Gobierno, del Senado y del pueblo á causa de las diferencias entre los grandes y avaricia de los magistrados, siéndoles de poco fruto el socorro de las leyes enflaquecidas con la fuerza, con la ambición y finalmente con el dinero. Para mayor apoyo de su grandeza hizo pontífice y edil curul á Claudio Marcelo (3), hijo de su hermana, de muy poca edad, y seña-

(1) Refiérese á Sexto Pompeyo, que fué vencido por Agripa.

(2) De cuantas magistraturas tomó ó se hizo conferir Augusto, ninguna debía contribuir tanto á afianzar su dominación como ésta, que, á la vez que le constituía en protector de la plebe, le daba el *veto* en todas las grandes circunstancias y hacía su persona inviolable.

(3) Sobrino de Augusto, muy querido de su tío. Murió joven. Virgilio le celebra en *La Eneida*, lib. IV. *Tu Marcellus eris.*

ló de dos consecutivos consulados á Marco Agripa (1), ignóbil de linaje, aunque útil en la guerra y compañero en la victoria, á quien en muriendo Marcelo hizo su yerno. Honró con nombre imperial á sus antenados Tiberio Nerón y Claudio Druso (2), estando en pie y entera todavía su casa; porque él había adoptado en la familia de los Césares á Cayo y Lucio (3), hijos de Agripa; y antes de dejar la vestidura pueril llamada pretexta (4), les hizo dar nombre de príncipes de la juventud, habiendo deseado ardentísimamente que fuesen nombrados para cónsules, aunque con aparentes muestras de rehusarlo. Muerto Agripa, murieron también Lucio César yendo á gobernar los ejércitos de España, y Cayo, enfermo ya con ocasión de cierta herida, volviendo de Armenia, por una apresurada sentencia del hado ó por industria de su madrastra Livia; con que muerto ya mucho antes Druso, quedó de todos los antenados sólo Tiberio Nerón, á quien al punto se volvieron los ojos de todos. Éste fué luego tomado por hijo, por compañero en el Imperio ó por asociado en la potestad tribunicia,

(1) Marco Vipsanio Agripa. De humilde linaje, pero dotado de grandes talentos militares. Augusto, que le debía muchos de sus triunfos, le nombró cónsul, le asoció á su potestad tribunicia y le tomó por yerno á la muerte de Marcelo, dándole la mano de su hija Julia. Murió en el año 29 de Jesucristo, á los cincuenta y uno de su edad.

(2) El primero fué el que sucedió á Augusto, y al segundo se le dió el dictado de *Germánico* por las victorias alcanzadas contra los pueblos de este nombre. Eran hijos de Tiberio Druso Nerón y de Livia Drusila, que fué cedida por su marido á Augusto estando encinta de Druso.

(3) El primero, llamado Cayo César, nació en el 21 de Jesucristo, y murió en Licia á la edad de veintitrés años; el segundo, Lucio César, nació tres años después que su hermano, y falleció en Marsella dos años que él.

(4) Llamábase así una toga adornada de una banda de púrpura que, junto con la *bullá*, formaba el traje de los jóvenes de ambos sexos nacidos de padres libres.

mostrado á todos los ejércitos, no como hasta allí, con ocultos artificios de su madre, sino á la descubierta, como declarado sucesor. Habíase hecho Livia tan señora del viejo Augusto, que le hizo desterrar á la isla Planosa (1) á su único nieto Agripa Postumo (2), mozo á la verdad inculto y rudo; y por ocasión de sus grandes fuerzas, locamente feroz, aunque no convencido de algún delito. Consignó á Germánico, hijo de Druso, las ocho legiones que estaban alojadas en las riberas del Rhin, y mandó á Tiberio que le adoptase, puesto que tenia un hijo de poca edad; y esto para fortificarse por más partes. No habia en aquel tiempo otra guerra que con los germanos, más por vengar la infamia del ejército que perdió Quintilio Varo (3), que por deseo de extender el Imperio ó por otro digno premio. La ciudad quieta, el mismo nombre de magistrados, los más mozos nacidos después de la victoria de Accio, y de los viejos muchos durante las guerras civiles, ¿quién quedaba que pudiese acordarse de haber visto República?

Así, pues, trastornado el estado de la ciudad, no quedando ya cosa que oliese á las antiguas y loables costumbres, todos, quitada la igualdad, esperaban los mandatos del príncipe sin algún aparente temor de mayor daño, mientras Augusto, robusto de edad, sostuvo á sí mismo, á su casa y á la paz. Mas después que su exce-

(1) Islote inmediato á la isla de Elba. Hoy se llama Pianosa.

(2) L. Marzo Agripa César Postumo, hijo de Agripa y de Julia. Nació en el año 29 de Jesucristo, y fué muerto por orden de Tiberio á los veinticinco años de edad. Pretendía ser dios del mar porque era gran pescador, y hacíase llamar Neptuno. Había tratado á Livia de madrastra, y censuraba á Augusto porque retenía la herencia de sus padres.

(3) Alude á la derrota sufrida por Varo (9 de Jesucristo), el cual, atraído á una emboscada por Heramn, jefe de los queruscos, pereció en ella con tres legiones romanas que mandaba.

siva vejez llegó á ser trabajada también con enfermedades corporales, comenzando á mostrarse cercano el fin de su largo imperio y las esperanzas del venidero, pocos y acaso trataban de los bienes de la libertad, muchos temían la guerra, otros la deseaban, y la mayor parte no cesaba de discurrir contra los que parecía que habian de ser presto sus señores, diciendo «que Agripa, cruel de naturaleza é irritado de las ignominias recibidas, no tenía edad ni experiencia capaz de tan gran peso; que Tiberio Nerón, aunque de edad madura, probado en guerras, era al fin de aquel linaje soberbio de los Claudios, y con todo su artificio se le veían brotar muchos indicios de crueldad; que ése, criado desde niño en una casa acostumbrada á reinar, cargado de consulados y de triunfos (1), ni aun en los años que (so color de recrear el ánimo con la soledad) pasó su destierro en Rodas, imaginó jamás otra cosa que ira, disimulación y ocultas lujurias; que se veía además de esto á su madre Livia, de mujeril fragilidad, y que al fin había de ser necesario servir á una mujer y á dos mancebos (2), para que algún día resolviesen ó dividiesen la República, sin cansarse, entretanto, de oprimirla y arruinarla».

Entretanto que se hacen estos y semejantes discursos, se le agrava la enfermedad á Augusto, no sin sospechas de alguna maldad en su mujer; porque era fama que Augusto, pocos meses antes, confiándose de algunos y acompañado de Fabio Máximo, había pasado á la Planosa por ver á Agripa, adonde hubo muchas lágrimas de una parte y otra y varias muestras de amor, con que parece se le dió esperanza al mozo de que ha-

(1) Había sido cónsul en 741, 746 y 750, y alcanzado los honores del triunfo, por la guerra de Panonia, en 745; de Germania, en 747; de Iliria, Panonia, Dalmacia y Germania, en 765.

(2) Druso y Germánico.

bia de volver presto á casa de su abuelo; lo que, revelado por Máximo á su mujer y por ella á Livia, llegó á los oídos de César. Súpose poco después porque, muerto Máximo (dúdase si él mismo se mató), se oyeron en sus honras los lamentos de Marcia, que se acusaba de haber sido causa de la muerte de su marido. Sea como fuere, llegado apenas al ilírico Tiberio, fué con diligencia llamado por cartas de su madre. No se sabe bien si halló todavía vivo á Augusto en la ciudad de Nola, ó acabado ya de morir, porque Livia había hecho poner guardias alrededor de palacio y por los caminos, dejando tal vez correr algunas alegres nuevas, hasta que, acomodadas las cosas necesarias al tiempo, se publicó á un mismo punto que Augusto era muerto y que quedaba todo el poder en Tiberio Nerón.

La primera maldad del nuevo principado fué la muerte de Agripa, al cual, aunque desarmado y desapercibido, quitó con dificultad la vida un fuerte y determinado centurión. No hizo ninguna mención de esto en el Senado Tiberio; antes procuraba dar á entender con una cierta disimulación que Augusto tenía dadas secretas órdenes al tribuno que guardaba á Agripa en la isla Planosa, mandándole que le matase en teniendo nueva cierta de que él había acabado con su vida. Verdad sea que Augusto, por hacer decretar al Senado su destierro, dijo cosas execrables de las costumbres del mozo; pero en lo demás nadie le pudo inculpar de haberse mostrado tan cruel con alguno de los suyos que llegase hasta quitarles la vida. Fuera de que no es creíble que quisiese asegurar la sucesión del antenado con la muerte del nieto; antes más verosímil que Tiberio y Livia, aquél por miedo y ésta por odio de madrastra, solicitaron la muerte del joven aborrecido y temido de entrambos. Al centurión que (conforme á la costumbre militar)

vino á decirle que ya le había obedecido, respondió no haberlo él mandado, y que convenia dar luego cuenta de ello al Senado. Advertido de esto Salustio Crispo (1), consejero secreto de este caso, que era el que habia enviado la orden por escrito al tribuno, temiendo el haber de ser examinado como reo y que no se le ofrecía menor peligro en decir la verdad que disimularla, advirtió á Livia «que no era prudencia publicar los secretos de casa, los consejos de los amigos, ni las ejecuciones militares, ni que Tiberio debilitase su autoridad con remitir todas las cosas al Senado, siendo tal la condición del mandar, que jamás sale cabal la cuenta si no se da á uno solo».

Corrian entretanto de tropel en Roma en servidumbre los cónsules, los senadores y los caballeros. Cada uno, cuanto más ilustre, tanto más fingido y pronto á componer el rostro por no mostrarse demasiado alegre por la muerte del primer príncipe, ó triste por la elección del segundo, á cuya causa mezclaban las lágrimas con la alegría y los lamentos con la adulación. Fueron los primeros en jurar fidelidad á Tiberio los cónsules Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo; y después de ellos, Seyo Strabón y Cayo Turriano, aquél prefecto de los soldados pretorianos, y éste de los bastimentos, é inmediatamente el Senado, los soldados y el pueblo; porque Tiberio queria que todas las cosas comenzasen con los cónsules, como si durase todavía la República y se estuviera en duda de que imperaba. Ni el mandamiento para llamar los senadores á consejo firmó sino con el titulo de la potestad tribunicia, la cual tenia desde el tiempo de Augusto, cuyas palabras fueron pocas y de modesto sentido: «Que queria consultar sobre las hon-

(1) Sobrino é hijo adoptivo del historiador Salustio.

ras que se habían de hacer á su padre; que no pensaba entretanto apartarse del cuerpo, ni usurpar otro algún ejercicio de los cuidados públicos.» Sin embargo, en muriendo Augusto, dió, como emperador, el nombre á los soldados pretorianos, sin hacer mudanza en materia de guardias ni de armas, ni en las demás cosas acostumbradas en la corte del príncipe. Soldados le acompañaban en el foro, soldados le seguían en palacio, enviando cartas á los ejércitos, como si ya se hubiera encargado del Imperio; nunca irresoluto, sino cuando hablaba en el Senado. La principal causa de esto procedía del miedo que tenía á Germánico, receloso de que, teniendo en su mano todas las legiones, los confederados y tanto favor del pueblo, no quisiese antes gozar del Imperio que esperarle. Conveníale también para su reputación el dar á entender que había sido llamado y escogido de la República antes que introducido por ambición de una mujer (1) y adopción de un viejo. Conocióse después que se valió de este artificio también para descubrir y sondar las voluntades de los grandes, de quienes notaba no sólo las palabras, pero el semblante de los rostros, depositándolo todo en su pecho con siniestra interpretación.

No consintió que en el primer día del Senado se tratase de otra cosa que de las funerallas de Augusto, en cuyo testamento, presentado por las vírgenes vestales (2), se nombraban herederos Tiberio y Livia: adoptada Livia en la familia de los Julios con el nombre de

(1) Esto es, de su madre Livia.

(2) Los romanos acostumbraban depositar en sus templos, y principalmente en el de Vesta, los tratados públicos y privados, los testamentos y hasta su riqueza mobiliaria. Y he aquí por qué dice Tácito del testamento de Augusto que fué presentado por las sacerdotisas de aquella diosa.

Augusta. En el segundo lugar llamaba á sus sobrinos y nietos, y en el tercero á los más principales de la ciudad, algunos aborrecidos por él; mas hizolo por adquirir gloria y honor con los venideros. Las mandas fueron de hombre particular, salvo la del pueblo, que importó un millón y ochocientos setenta y cinco mil ducados (1); á los pretorianos á veinticinco ducados por cabeza (1.000 sestercios); á los legionarios romanos á siete y medio (300 sestercios). Consultadas después las honras, fueron los más notables consejos el de Galo Alsinio, que se guiasse la pompa por la puerta triunfal; y el de Lucio Aruncio, que se llevasen delante los títulos de las leyes hechas y de las naciones conquistadas por él. Añadió Mesala Valerio que cada año hubiese de renovarse el juramento en nombre de Tiberio, el cual, preguntándole si decía aquello por orden suya, respondió que no y que en las cosas de la República no pensaba jamás usar de otro consejo que del suyo propio, aunque se aventurase ofensa ajena. Sola esta especie de adulación no se había platicado hasta entonces. Los senadores á una voz pedían el llevar sobre sus hombros el ataúd, y César con arrogante modestia lo consintió, amonestando con un pregón al pueblo que no quisiese (como por demasiado afecto hizo en el mortuorio de Julio César) turbar en aquella ocasión el de Augusto, con querer que se quemase su cuerpo en la plaza y no en el lugar acostumbrado (2) del campo Marcio. El día de las exequias asistieron soldados como por guardia,

(1) Según los cálculos de M. Letronne, 40.000.000 de sestercios equivalen á 7.951.910 francos, ó sea 30.217.258 reales, de suerte que el total de los legados hechos al Estado y al pueblo, que era de 43.500.000 sestercios, ascendían á 8 647.702 francos. En la época de Augusto, el sestercio valía 20 céntimos de franco.

(2) Estaba situado entre la vía Flaminia y el Tiber, en medio de un bosque y de un paseo público.

riéndose los que habían visto ú oído contar á sus padres de aquel día en el cual, estando aún la servidumbre corriendo sangre, se había procurado, aunque en vano, volver á establecer la libertad, y que el homicidio cometido en la persona de César dictador parecia á unos acto generosísimo y á otros maldad execrable; que ahora un príncipe envejecido en el Imperio, proveído de sucesión heredera de grandes riquezas, tuviese necesidad de gente de guerra para ser enterrado con quietud.

Esto fué causa de que se hablase variamente de los hechos de Augusto, maravillándose mucho de estas vanidades: «Que acabó la vida en semejante día que el que comenzó á imperar, y que murió en Nola en el mismo aposento donde expiró su padre. Celebrábase también el número de sus consulados, en que había igualado á Valerio Corvino y á Cayo Mario juntos (1); la continua potestad de tribuno por espacio de treinta y siete años, veintiuna vez título de emperador, y otras honras ó multiplicadas ó nuevas.» Mas por los sabios era loada ó vituperada su vida diversamente: unos decían «que por vengar la muerte de su padre, y obligado del amor de la República, donde entonces no tenían lugar las leyes, había sido forzado á tomar las armas civiles, las cuales era imposible juntarlas ni entretenerlas con buenas artes; que á este fin había concedido muchas cosas á Antonio y muchas á Lépido, deseoso de encaminar la venganza de los matadores de su padre; mas después que Lépido se envejeció en su bajeza de ánimo y Antonio se acabó de perder sepultado en sus lujurias, no le quedaba ya á la patria otro camino de apaciguar sus discordias que el ser gobernada por una sola cabeza; y que con todo eso, sin nombre de rey, ni de dictador,

(1) El primero fué cónsul seis, y el segundo siete veces.

sino con sólo el de príncipe, había establecido la República, terminando el Imperio con el Océano ó con rios apartadísimos (1), anudadas en uno las legiones, las provincias y las armadas; que había usado justicia con los ciudadanos, modestia con los confederados; la ciudad misma ornada con gran magnificencia, y finalmente, que aunque se habían hecho algunas cosas con violencia, habían sido en orden á la quietud pública». Decían otros, en contrario, «que la piedad para con su padre y los tiempos calamitosos del gobierno repúblico le sirvieron de capa para cubrir su ambición; tal que, por deseo de mandar, había, á fuerza de dinero, hecho levantar á los soldados veteranos; que siendo mozo y sin estado público se había atrevido á juntar un ejército privado y á persuadir la sedición á las legiones consulares, fingiendo favorecer el bando pompeyano, con lo cual pudo apoderarse de las insignias y oficio de pretor con decreto de los senadores; muertos Hircio y Pansa (2) (ó por manos de enemigos, ó que Pansa con veneno aplicado á las heridas é Hircio por los soldados, á persuasión de César fuesen muertos) se apoderó de los ejércitos de entrambos, forzando al Senado á que le eligiese cónsul, y volviendo contra la República las armas movidas contra Antonio; la proscripción ó destierro de tantos ciudadanos; las reparticiones de campos, no loadas hasta de quien las hizo; que se le pudiera perdonar la muerte de Bruto (3) y Casio, como cosa hecha en venganza de la de su padre, puesto que por servicio público

(1) El Éufrates, el Rhin y el Danubio.

(2) Perecieron en la primera de las dos batallas que se dieron cerca de Módena en abril de 711.

(3) Brutorum dice el original, aludiendo á los dos Brutos, Décimo y Marco, el primero de los cuales fué entregado por un jefe galo, y el otro se suicidó después de la segunda batalla de Filipos.

se deben disimular los odios privados, si no hubiera engañado á Sexto Pompeyo so color de paz, y á Lépido debajo de capa de amistad; y que poco después Antonio, cebado con los tratados de Brindis y de Tarento no menos que con las bodas de su hermana del mismo Augusto, pagó con la muerte la pena del parentesco; que no había duda en que la paz se había conservado siempre después, pero cruel y sangrienta; testigo las rotas de los Lolios y de los Varos (1); los Varrones, los Egnacios y los Julios (2), hechos morir dentro de Roma». Ni se abstentian de murmurar hasta de sus acciones domésticas: «Que había quitado su mujer á Domicio Nerón y burlándose de los pontífices, preguntándoles si llevándosela preñada como estaba era válido el matrimonio; cuáles y cuántas habían sido las perjudiciales lujurias y desórdenes de Quinto Atedio y de Vedio Polión (3), y finalmente, Livia, enojosa madre á la República, y más enojosa madrastra á la casa de los Césares; que no había dejado cosa alguna para los dioses, visto que también él queria el mismo culto de templos y de imágenes y ser servido por flamines y sacerdotes; que Tiberio no había sido llamado á la sucesión por celo de la República, sino porque, conocida en lo interior por él su arrogancia y crueldad, quiso acreditarse

(1) Lolio fué derrotado por los sicambros veinticuatro años antes del desastre de Varo, y diez y siete antes de Jesucristo. Mayor fué el valor que la pérdida en esta derrota. El águila de la quinta legión quedó en poder del vencedor.

(2) Varro Murena, acusado de haber conspirado contra Augusto, fué condenado en rebeldía, alcanzado en su fuga y muerto. Egnacio Rufo pereció en la cárcel, acusado del mismo crimen, y Julio Antonio, hijo de Marco Antonio, fué sentenciado á muerte como cómplice en los desórdenes de Julia.

(3) El primero es poco conocido. En cuanto á Vedio Polión, fué el que en una comida dada á Augusto mandó arrojar á las murenas un esclavo por haber roto un vaso de cristal.

con el parangón de otro peor, siendo así que Augusto, pocos años antes, pidiendo otra vez al Senado la potestad de tribuno para Tiberio, puesto que en su oración hablase honradamente de él, no dejó de echar algunas varillas tocantes á su forma de vestir y manera de vida; con que, en son de excusarle sus faltas, mostró bien que no las ignoraba.»

Hechas, pues, las exequias de Augusto en la forma acostumbrada, se le decretaron el templo y los honores celestes como á uno de los dioses. Vueltos después á Tiberio los ruegos de todos, comenzó á discurrir con fingida modestia de su poco caudal y de la grandeza del Imperio, afirmando «que sólo Augusto era capaz de tanto peso; de quien, metido en la parte de los cuidados, había aprendido con la experiencia cuán arduo y sujeto á la fortuna era el gobernarlo todo; á cuya causa les pedía que, en una ciudad sostenida de tantos varones ilustres, no quisiesen echar toda la carga sobre los hombros de uno solo; siendo cierto que muchos unidos al trabajo suplirían mejor á las necesidades de la República». Pero fué este lenguaje más de ostentación que de crédito; y en Tiberio, acostumbrado, aun sin necesidad, por naturaleza ó por uso, á decir siempre palabras ambiguas y obscuras, entonces que lo procuraba con artificio eran tanto más inciertas y escondidas. Mas mientras los senadores, no temiendo de cosa más que de dar á entender que le entendían, deshechos en llanto, sollozando, haciendo votos y extendiendo las manos á los dioses y á la imagen de Augusto, hincados de rodillas ante él, no cesaron de importunarle, hasta que mandó traer y leer una Memoria escrita de mano del mismo Augusto. Conteníanse en ella la cantidad de las riquezas públicas, el número de los ciudadanos y auxiliares aptos á tomar las armas; cuántas armadas,

cuántos reinos, provincias, tributos, imposiciones y pechos; lo que montaban los donativos, servicios extraordinarios, y finalmente los gastos y cargas universales; añadiendo un consejo, no se sabe si por miedo ó por envidia, de recoger dentro de límites el Imperio. Prostrado entretanto el Senado, haciéndole mil humildes ruegos, se le escapó á Tiberio esta palabra: «Que así como se sentia incapaz de regirlo todo, asimismo estaba pronto para recibir la parte que se le señalase.» Entonces Asinio Galo dijo: «Deseo saber, ¡oh César!, qué parte gustarás más de tomar á tu cargo.» El cual, picado de la improvisa pregunta, calló un poco; mas en volviendo á cobrar sus espíritus, respondió: «Que no le convenia á él elegir ó rehusar la parte de aquello de que deseaba descargarse del todo.» Añadió Galo, habiendo por el rostro penetrado la ofensa: «Que no había preguntado aquello por dividir lo que no se podía, sino por argüir de su confesión que siendo uno el cuerpo de la República, había de ser gobernado por solo un sujeto.» Pasó á las alabanzas de Augusto, y acordó á Tiberio sus victorias y cuán egregiamente se había gobernado muchos años en los ejercicios de paz. Mas no por esto le pudo mitigar el enojo, mal visto de antes Galo, porque con haber tomado por mujer á Vipsania, hija de Marco Agripa, que fué mujer de Tiberio, parece que daba ocasión de sospecharse de él mayores conceptos que de ciudadano particular, y más conservando en sí mucha parte de la fiereza natural de su padre Asinio Polión (1).

No le ofendió menos Lucio Aruncio usando de palabras casi semejantes á las de Galo, puesto que Tiberio

(1) Uno de los mejores, ó tal vez el orador más notable de su tiempo. Abandonó el partido de Antonio, aunque sin pasarse al de Octavio, quien, sin embargo, le dispensó su amistad. Fué el primero que abrió en Roma su biblioteca al público.

no tenía contra él alguna antigua enemistad; mas temía su riqueza, su valor y la egregia fama que conservaba. Y á la verdad, Augusto, casi al fin de su vida, tratando de los que después de su muerte podían llegar al estado de príncipe, quién serían los que, siendo escogidos, se resolverían en rehusarle, cuáles los que aspirarían á él, aunque incapaces, y cuáles los que teniendo capacidad le apetecerían, dijo «que Marco Lépido (1) era capaz y le menospreciaría; que Galo Asinio aspiraría á él, aunque insuficiente, y que Lucio Aruncio no era indigno y si hallaba ocasión le emprendería sin duda». En los dos primeros convienen todos; mas en lugar de Aruncio ponen algunos á Gneyo Pisón, todos los cuales, excepto Lépido, fueron condenados por artificio de Tiberio con color de varios delitos. Ofendieron también grandemente el ánimo sospechoso de Tiberio Quinto Haterio y Mamerco Escauro. Haterio por haber dicho: «¿Hasta cuándo sufrirás, ¡oh César!, que la República esté sin cabeza?» Y Escauro, diciendo «que había esperanza de que no saldrían del todo vanos los ruegos del Senado, pues que no se había opuesto, como podia, con la potestad tribunicia á la relación de los cónsules». Contra Haterio desfogó luego con palabras; á Escauro, con quien estaba amostazado más implacablemente, no dijo cosa. Cansado, pues, de los gritos y ruegos de todos en general y en particular, se dobló un poco; no que abiertamente confesase que aceptaba el Imperio, mas por acabar de negar y de ser rogado. Lo que pasó es que Haterio, entrado en palacio á pedir perdón á Tiberio, echándosele á los pies mientras se andaba paseando,

(1) Padre de Emilia Lépida, esposa de Druso. Fué procónsul de África y después de Asia. Tácito le califica de *varón grave y prudente*. (A. IV.) Murio en 786 (33 de J.-C).

hubiera de ser muerto por los soldados; porque, casualmente ó embarazado de sus manos, Tiberio tropezó y cayó, el cual, ni aun por el peligro de un hombre tan grave, mostró mitigarse, hasta que recurriendo Haterio á Augusta, fué á instancia suya defendido con apretados ruegos.

Era grande para con Augusta la adulación de los senadores, queriendo algunos que se llamase *madre de la patria*; muchos que al nombre de César se añadiese *hijo de Livia*; mas él, repitiendo muchas veces que era bien moderarse en conceder honores á mujeres y que haría lo mismo cuando se tratase de su persona, afanado de la envidia, pareciéndole que se le quitaban á él los que se le concediesen á su madre, no quiso que se le decretase tan solamente un lictor, prohibiendo también el altar de la adopción (1) y otras cosas semejantes. Pidió para Germánico la autoridad de procónsul, y se le despacharon embajadores á este efecto y para consolarle de la muerte de Augusto. No pidió lo mismo para Druso, porque se hallaba presente y ya nombrado para cónsul. Nombró doce pretendientes (2) para el oficio de pretor, que era el número establecido por Augusto, y por más que el Senado le rogó que lo aumentase, juró que no lo alteraría.

Entonces fué la primera vez (3) que los comicios, acos-

(1) Era costumbre entre los romanos erigir templos, aras y estatuas en honor de algún suceso ó persona para que recordasen sus virtudes ó hazañas. Aquí, para obsequiar á Tiberio, querían ensalzar de varios modos á Augusta. Uno de ellos era dedicar un ara á la adopción en memoria de este suceso. — (Nota de la edición española.)

(2) A estos pretendientes llamaban *candidatos*, porque acostumbraban á vestirse de blanco mientras duraba la competencia.—(Nota de la edición española.)

(3) Según Gibbon, la palabra *primum* parece hacer alusión á

tumbrados á hacerse en el campo Marcio, se transfirieron al Senado, porque hasta entonces, si bien disponia á su gusto el príncipe las cosas importantes, no dejaban de hacerse algunas con los votos de las tribus. Ni se resintió el pueblo de la perdida autoridad sino con un rumor y murmurio vano. Y el Senado, viéndose libre de donativos y de la indignidad de los ruegos, lo aceptó de buena gana, contentándose Tiberio con presentar solos cuatro pretendientes para concurrir sin repulsa y sin negociación. Pidieron después los tribunos del pueblo el poder hacer cada año á su costa los juegos que, agregados á los fastos, del nombre de Augusto se llamaron *Augustales*; mas decretóse que se tomase el dinero del Tesoro público, y que ellos en el circo pudiesen usar la vestidura triunfal, aunque no ser llevados en coche. El cargo de esta fiesta se transfirió después al pretor que administrase justicia entre ciudadanos y forasteros.

Este era el estado en que estaban las cosas de la ciudad cuando se amotinaron las legiones de Panonia (1) sin alguna otra ocasión, salvo el ofrecérsela al nuevo Gobierno para desear la vida licenciosa que sigue siempre á los motines, y mostrarles la guerra civil esperanzas de largos premios. Tres legiones estaban alojadas juntas en los alojamientos que se acostumbraban tener los veranos á cargo de Junio Bleso, el cual, sabido el fin de Augusto y principio de Tiberio, descuidándose de su oficio, ó por las ferias acostumbradas, ó por el regocijo, dió ocasión á los soldados de afeminarse, de hacerse desobedientes, dar oídos á los peores discursos y, finalmente, á desear ocio y comodidad y á despreciar la disciplina y trabajos militares. Hallábase en el campo

algunas débiles é inútiles tentativas que se hicieron para devolver al pueblo su derecho de elección

(1) Hoy Austria y Hungría.—(N. del T. E.)

un cierto Percenio, hecho soldado gregario de cabo de comediantes, pronto de lengua y, por la plática de los términos histriones, aparejado á fomentar tumultos. Ese, moviendo los ánimos más groseros y los dudosos del estado de sus coñas en esta mudanza, ocasionada de la muerte de Augusto, comenzó poco á poco, de noche ó á boca de noche, después de retirados los mejores, á hacer sus juntas de los más ruines. Ganando después compañeros y ministros, no menos inclinados á la sedición, preguntaba, como si predicara en junta de gente, la causa «¿por qué á manera de esclavos obedecían á poco número de centuriones y menos de tribunos, y que hasta cuándo dilatarían el atreverse á pedir remedio, si entonces, que era el príncipe nuevo y acabado apenas de establecer en el Estado, no le representaban sus pretensiones ó se las hacían saber con las armas? Que habían pecado hartos años de bajeza de ánimo, sufriendo treinta y cuarenta de milicia, viejos ya y acribillados de heridas; que hasta los que llegaban á ser jubilados no conseguían el fin de sus trabajos, pues arrimados á las mismas banderas, se les hacía padecer en la misma forma, aunque con nombres diferentes; y si sucedía el alcanzar algunos tan larga vida que pudiesen ver el fin de tantas miserias, el pago era ser llevados á tierras extrañas, donde, so color de repartimientos, les hacían cultivar tierras pantanosas ó montañas estériles con nombre de heredades. Y que por más que la milicia era infructuosa y dura, lo era mucho más el ver estimar el alma y el cuerpo de un soldado en un pobre medio real al día, y haberse de proveer con él de vestidos, armas y tiendas, y rescatar la crueldad de los centuriones las vacantes de los trabajos. Mas, por Hércules, que los golpes, las heridas, el frío del invierno, el sudor del verano, la guerra atroz ó

la paz estéril, eran todas cosas infinitas; no quedando ya otro remedio que ordenar la milicia debajo de leyes ciertas de acrecentar á un denario al día la paga. Que tras diez y seis años de servicio quedase cada cual libre, sin obligación de seguir más bandera, recibiendo su recompensa en dinero de contado antes de salir del campo. ¿Por ventura los pretorianos, decía él, que tienen dos denarios al día y acabados los diez y seis años se van á sus casas, pónense á mayores peligros? Dígase sin ofensa de las guardias que hacen en la ciudad, que nosotros, á lo menos entre estas hórridas gentes, desde nuestras barracas vemos siempre al enemigo».

Altérase con esto el vulgo de los soldados, mostrando quién las cicatrices y los golpes, quién la barba blanca, y muchos dando en rostro con los vestidos rotos y los cuerpos desnudos. Al fin, entrados en furor, pensaron en hacer una legión de todas tres. La emulación de querer cada uno para sí esta honra los hizo mudar de propósito, y juntas en uno las tres águilas y las banderas de las cohortes, levantan de céspedes un tribunal (1) para hacer el asiento más vistoso y autorizado. Mientras solicitan la obra llega Bleso y comienza á reprehenderlos de uno en uno y á detenerlos, gritando: «Manchad primero las manos en mi sangre: menor delito será matar al legado que rebelaros al príncipe; ó vivo yo conservaré vuestra fe, ó degollado apresuraré vuestro arrepentimiento.»

No por eso dejaban de trabajar en la obra, trayendo á gran furia céspedes, y teníanla ya levantada hasta los pechos, cuando al fin, vencidos de su propia obstinación,

(1) Acostumbraban los romanos levantar en los reales un sitio elevado cubierto de césped, donde ponían las banderas y desde el cual arengaba el general á los soldados.

desampararon la empresa. Bleso, con particular destreza y buen término, les comenzó á meter por camino, diciendo «que no convenía mostrar sus deseos al César por vía de sedición y tumultos: ni los antiguos con sus generales, ni ellos mismos con Augusto, habían jamás intentado una novedad tan fuera de tiempo; añadiendo este cuidado á los demás del príncipe que comenzaba á imperar. Mas que si con todo esto querían pedir en la paz lo que no habían pedido victoriosos en las guerras civiles, ¿para qué ir contra el servicio acostumbrado, contra la razón de la disciplina militar, representando sus pretensiones por vía de fuerza? Que nombrasen embajadores y delante de él les dijesen lo que habían de hacer». Gritaron entonces todos «que se enviase el hijo de Bleso, tribuno de una legión, con orden de pedir la libertad de ir á sus casas acabados los diez y seis años de servicio, y que impetrada esta demanda declararían las otras». Partido el mozo se quietaron algo, aunque no sin ensoberbecerse de que yendo por diputado el hijo del legado se echaba claramente de ver que les había concedido la necesidad lo que no hubieran alcanzado con modestia.

Entretanto los manípulos enviados á Nauporto (1) antes de la sedición por causa de los caminos, de los puentes y de otras cosas necesarias, sabido el motivo del ejército, arrancan la bandera de sus puestos, y después de haber saqueado las villas vecinas y al mismo Nauporto, que era casi como municipio, deteniendo primero á los centuriones con risa y con injurias, los maltratan después y cargan de golpes, desfogando la ira en particular sobre Aufidieno Rufo, prefecto del campo, al

(1) Cellario cree que es Oberlaybach, pueblo de la Carniola, á algunas leguas de Laybach.

cual, hecho bajar de su carro y cargado de bagaje, haciéndole marchar á pie delante de ellos, le preguntaban por escarnio si era bueno de llevar el peso de tan gran carga y si le agradaban aquellos largos caminos. Y esto á causa de que Rufo, hecho de soldado ordinario centurión y luego prefecto del campo, como sufridor grande de trabajos, renovaba la dureza de la antigua disciplina militar; tanto más cruel para con los otros, cuanto mejor había experimentado y sufrido en sí mismo.

Á la llegada de éstos volvió á tomar pie la sedición, de tal manera que, desbandados, comenzaron á saquear por todas partes. Bleso, para escarmentar á los demás, hizo azotar y poner en prisión á algunos pocos de los que volvían cargados de presa: estaban todavía en obediencia los centuriones y soldados de más tono. Mas los presos resistían válidamente á los que los llevaban; abrazábanse á las rodillas de los circunstantes; llamaban á cada uno por su nombre, y luego á las centurias ó compañías de donde eran soldados; pedían socorro á las cohortes y legiones diciéndoles á voces que se les aparejaba á todos el mismo peligro. Comienzan luego á cargar de injurias al legado, llamando al cielo y á los dioses por testigos, no dejando cosa por hacer para engendar aborrecimiento ó mover á piedad, á temor y á rabia, hasta que, concurriendo la multitud, rotas las prisiones, los libran, sacando á las vueltas con ellos otros muchos presos, condenados por haber desamparado el campo y por otros delitos capitales.

Crece con esto la fuerza y multiplicanse las cabezas de la sedición. Entonces un cierto soldado ordinario, llamado Vibuleno, levantado ante el Tribunal de Bleso sobre los hombros de los circunstantes, comenzó á decir á grandes voces: «Vosotros, ¡oh soldados!, habéis restituído la luz y el espíritu á estos pobres inocentes; mas

¿quién restituirá la vida á mi hermano, el cual, enviado por vosotros al ejército de Germania por el bien público, ha hecho degollar esta noche Bleso por sus gladiadores (1), á quien arma y sustenta para la destrucción de los soldados? Respóndeme, ¡oh Bleso!, ¿adónde hiciste echar el cuerpo?, que los enemigos mismos no rehusan de entregarlos para darles sepultura; y después que con besos y con lágrimas haya yo desfogado la fuerza de mi dolor, mándame matar también, con tal que muertos, no por algún delito, sino por servicio de las legiones, no se nos niegue á lo menos la sepultura.» Ayudaba á inflamar estas palabras con un fiero llanto hiriéndose una con otra las manos, y con ambas el pecho y el rostro. Luego, apartándose un poco los que le sustentaban en hombros, y caído en tierra, comienza á revolverse y asirse á los pies de todos, concitando tal espanto y odio, que una parte de los soldados movió para matar á los gladiadores, otra á los criados y familia de Bleso, mientras otros andaban en busca del cuerpo; y si presto no se descubriera que no se hallaba el muerto, que los criados, aunque atormentados, negaban el hecho, y que el hombre no tenía hermano, no estaban muy lejos de matar el legado. Con todo eso, echados los tribunos y prefectos del campo, robado el bagaje de los que huían, mataron al centurión Lucilio, llamado de los soldados *Daca el otro* porque, roto un bastón en las espaldas de un soldado, solía decir á voces: «Daca el otro, daca el otro.» Los demás se escondieron, reteniendo solamente á Clemente Julio como persona de ingenio y apto á referir las comisiones de los soldados. Á más de esto, la

(1) Era muy común que los generales, lo mismo que los gobernadores de provincia, mantuviesen gladiadores para dar espectáculos en los campamentos y en las ciudades.

legión octava y la quincena hubieran de venir á las manos, mientras aquélla quiere que muera un centurión llamado Sirpico y ésta le defiende, si los soldados de la novena no se hubieran interpuesto con ruegos y amenazas.»

Estas cosas, sabidas por Tiberio, le obligaron, aunque de condición cerrado y hecho á encubrir las malas nuevas, á enviar á su hijo Drusco con los principales de Roma y dos cohortes pretorias, reforzadas de escogidos soldados, sin otra orden expresa que de aconsejarse en la ocasión. Añadió buen golpe de caballos pretorianos y el nervio de los germanos que asistian á la guardia de la persona imperial con el prefecto del pretorio Elio Seyano (dado por acompañado á Estrabón, su padre), hombre de mucha autoridad con Tiberio, para que aconsejase al mozo y fuese testigo de los peligros y méritos de los demás. En acercándose Druso le salen á recibir las legiones como por cumplimiento, no alegres, como se acostumbra, ni con vistosos ornamentos militares, mas con triste apariencia y rostros que publicaban antes su contumacia que la tristeza que pretendian mostrar. En entrando por la estacada pusieron guardias á las puertas y buen número de armados en algunos lugares y puestos de importancia; los otros, en mucho mayor número, rodean el Tribunal. Estaba Druso en pie haciendo con la mano señal de que callasen; mas ellos, cada vez que ponían los ojos hacia la muchedumbre, con voces horribles hacían estrépito, y en mirando á Druso mostraban miedo. Un murmullo confuso, un clamor atroz y tras esto un repentino silencio, eran causa de que, según la variedad de sus pasiones, diesen muestras unas veces de causar temor y otras de tenerle. Finalmente, cesado el tumulto, mandó Druso leer las cartas de su padre, en que significaba «la estimación

que hacia de aquellas valerosas legiones, con las cuales habia sufrido los trabajos de muchas guerras, y que en dando á su espíritu algún reposo por el dolor de la muerte de su padre, mandaría ver en el Senado sus peticiones; que habia enviado entretanto á su hijo con orden de concederles luego todo lo que de presente se pudiese, reservando lo demás para el Senado, á quien era justo hacer participante de las determinaciones favorables y rigurosas».

Fué respondido por todos «que el centurión Clemente tenia á su cargo el proponer sus demandas, el cual comenzó por la licencia y libertad, servidos diez y seis años, la recompensa que habian de tener acabando su servicio; que la paga fuese un denario al día, y que los veteranos no pudiesen ser tenidos arrimados á las banderas». Oponiendo Druso á estas cosas que era necesario aguardar la resolución del Senado y de su padre, le interrumpen con gritos, diciendo «cuán poca necesidad tenia de venir allí no trayendo facultad de acrecentar el sueldo ni de aliviar lo trabajos, ni aun de hacerles bien en manera alguna: los golpes, si, por Hércules, decian, y la muerte aparejada para todos. Que Tiberio, acostumbrado á engañar otras veces á las legiones en nombre de Augusto, infundia ahora en Druso las mismas artes, para que siempre trataran sus cosas hijos de familia y menores de edad; cosa nueva, por cierto, que el emperador remita al Senado solamente la comodidad de los soldados; que de razón debía remitirse también al mismo Senado el conocimiento de las causas cuando se tratase de castigarlos ó de enviarlos á la pelea; siendo justo que los que se reservan el disponer de las recompensas, se reserven también el ordenar los castigos y los premios».

Desamparan finalmente el Tribunal, y en encuentran

do con alguno de los soldados pretorianos ó amigos del César, comienzan á apercibir las manos buscando ocasión de diferencias y el principio de venir á las armas, ofendidos principalmente contra Gneo Lentulo, porque como más señalado en edad y reputación, creían que animaba á Druso y que sobre todos detestaba el infame atrevimiento de los soldados. Y así, poco después, saliendo con el César para retirarse á los alojamientos de invierno (habiendo conocido el peligro que se le aparejaba), le rodean por todas partes y le preguntan «adónde iba, si al emperador ó á los senadores, para oponerse allí también á la comodidad de las legiones»; y diciendo y haciendo arremeten á él y comienzan á apedrearle; hasta que herido y sangriento ya de un golpe, y casi seguro de morir allí, fué defendido y salvado por la muchedumbre de la gente que acompañaba á Druso.

La suerte ablandó aquella noche amenazadora y capaz de producir alguna gran maldad con un caso fortuito. Porque, sin embargo de que el cielo estaba casi claro, pareció que la luz de la luna vino á fallecer y eclipsarse (1); los soldados, que ignoraban la causa, lo tomaron como por presagio de las cosas presentes, y comparando á sus trabajos el defecto de aquel planeta, se persuadieron á que les sucedería todo prósperamente si la luna volvía luego á cobrar su acostumbrado resplandor. Con esto comienzan á hacer gran estruendo con todo género de instrumentos militares, alegrándose ó entristeciéndose conforme se iba aclarando ú obscureciendo la luna; mas después que algunas nubes quese levantaron la acabaron de cubrir del todo, teniéndola ya por sepultada en tinieblas, como suelen darse fácilmente á la supers-

(1) Este eclipse tuvo lugar el 26 de septiembre del año 14 de Jesucristo.

tición los ánimos turbados y temerosos, se pronostican eternos trabajos, doliéndose de que sus maldades tuviesen tan ofendidos á los dioses. El César, pareciéndole que era bien valerse de aquella turbación y temor y ayudarse prudentemente del beneficio del caso, envía gente alrededor de los cuarteles, hace llamar al centurión Clemente y á los demás gratos al pueblo por su bondad y virtud, los cuales, mezclándose con los alterados en los cuerpos de guardia, con las rondas y corrillos de gente y con los que tenían á su cargo las puertas, dándoles unas veces esperanza y aumentándoles otras el temor, «¿Hasta cuándo — decían — tendremos sitiado al hijo del emperador? ¿Qué fin han de tener estas contiendas? ¿Prestaremos el juramento á Percenio y Vibuleno? ¿Pagarnos han Percenio y Vibuleno lo que alcanzamos de nuestros sueldos? ¿Repartirán las tierras á los beneméritos, ó, finalmente, tomarán ellos el imperio en vez de los Nerones y de los Drusos? ¿Por qué no antes de esto, siendo, como somos, los últimos en la culpa, no procuraremos ser los primeros en el arrepentimiento? Las demandas hechas en común tarde alcanzan sus efectos; mas las particulares á un mismo tiempo se merecen y se reciben.» Conmovidos de estas cosas los ánimos, aun entre sí sospechosos, sepáranse el tirón del veterano y una legión de otra, y volviéndoles poco á poco la voluntad de obedecer, desamparan la guardia de las puertas y vuelven á plantar las banderas en los propios lugares de donde las habían arrancado al principio de la sedición.

Druso, venido el día é intimado el parlamento, aunque poco fecundo, ayudado al fin de su ingenua nobleza, condena las cosas pasadas, loa las presentes, diciendo «que no era hombre para dejarse vencer de miedos ni amenazas, mas que si los ve inclinados á humillarse y

obedecer, no dejará de escribir á su padre que, aplacado, mire con buenos ojos sus pretensiones». Á ruego de ellos, pues, se envían á Tiberio el mismo Bleso y Lucio Apronio, caballero romano de la cohorte de Druso, y Justo Catonio, centurión del primer orden. Disputóse después si sería bien aguardar, como querían algunos, la vuelta de los embajadores y mitigar en tanto á los soldados con mansedumbre. Todavía eran otros de parecer que se usase de remedios más rigurosos, diciendo «que el vulgo no consiente medio; el cual es cierto que, en dejando de tener temor, causa temor; más después de una vez atemorizado, se puede menospreciar sin peligro; y que así, mientras hacía su oficio en ellos la superstición, era bien asegurarse el capitán con la muerte de los autores del motín». Druso, de su naturaleza inclinado al rigor, hechos llamar Percenio y Vibuleno, ordena que sean muertos.

Quieren algunos que los mandó matar dentro de su propia tienda, y otros, que sus cuerpos fueron echados fuera de los reparos y palizadas para ser vistos de todos. Después de esto, buscándose los principales autores del motin, parte fueron muertos por los centuriones y soldados pretorianos mientras iban desbandados fuera de los alojamientos, y parte entregaron los mismos manipularios en testimonio de obediencia y fidelidad. Había acrecentado el trabajo de los soldados el invierno, venido antes de tiempo con lluvias continuas y tan crueles que no podían salir de las tiendas para hacer sus conventiculos y apenas defender las banderas que no se las llevase la tempestad y el agua. Duraba todavía el espanto de la ira celeste; que no sin causa perdían su virtud los astros y se arrojaban las tempestades sobre ellos como sobre gente impía y desleal; que no había otro remedio para tantos trabajos que desamparar aquellos

infelices y contaminados alojamientos para, después de haber recibido la absolución de sus ofensas, irse cada legión á sus presidios de invierno. La octava fué la que partió primero; tras ella la quincena. La novena gritó que quería aguardar las cartas de Tiberio; mas viéndose sola y desamparada de las otras, hizo de la necesidad virtud, dando muestras de partir voluntariamente. Y Druso, sin aguardar la vuelta de los diputados, viendo todas las cosas apaciguadas, se tornó á Roma.

Casi en los mismos días y por las mismas causas se amotinaron las legiones germánicas con tanta más violencia cuanto eran más en número, y con gran esperanza de que Germánico César, no queriendo sufrir el ser mandado por otro, se entregaría á las legiones y con su fuerza lo llevaría todo tras sí. Estaban dos ejércitos sobre la ribera del Rhin: el que llamaban superior, gobernado de Cayo Silio, legado, y el inferior, de Aulo Cecina, aunque entrambos debajo del imperio de Germánico, ocupado entonces en recoger los tributos de las Galias. Las legiones que gobernaba Silio, irresolutas de ánimo, acechaban el suceso de las sediciones de los otros. Mas los soldados del ejército inferior cayeron luego en una rabia furiosa, comenzada por las legiones veintiuna y quinta, las cuales llevaron tras sí también á la primera y la veintena, á causa de que estaban alojadas todas juntas en los cuarteles de verano, plantados en los términos de los Ubios, casi ociosas del todo ó con pequeñas ocupaciones. Sabida, pues, allí la muerte de Augusto, muchos soldados de los levantados poco antes en Roma (1) para rehinchar las legiones, acostum-

(1) Perteneían á las levadas forzadas que mandó hacer Augusto en Roma para reforzar las legiones después de la derrota de Varo.

brados al vicio de la ciudad é impacientes del trabajo, comenzaron á representar y dar á entender á los otros de ingenios más rudos «que había ya llegado el tiempo en el cual los soldados viejos podían pedir sus bien servidas licencias, los nuevos acrecentamientos de sueldo, y unos y otros algún alivio á tantas miserias y venganza contra la crueldad de los centuriones». No decía esto uno solo, como Percenio en las legiones de Panonia, ni á los oídos de gente que pudiese temer á ejército más poderoso; había muchos gestos y voces de sediciones, diciendo «que estaba en sus manos el Imperio romano; que se había ensanchado la República con sus victorias y honrádose los emperadores sacando de ellas gloriosos apellidos».

No trataba el legado de poner remedio, habiendo la locura de tantos héchole perder la seguridad del ánimo. Arrancan, pues, furiosos de las espadas y arremeten contra los centuriones (materia antigua de los odios militares y principio de encruelecerse); tendidos en tierra, los azotan, cada sesenta el suyo, por igualar el número de los centuriones, y así, bien heridos y parte muertos, los echan fuera del estacado y en la corriente del Rin. Uno de ellos llamado Septimio, huído al Tribunal y arrojado á los pies de Cecina, fué pedido tan importunamente por ellos, que hubo de ser entregado á la muerte. Casio Cherea, famoso después por el homicidio de Cayo César, entonces mancebo valoroso y de ánimo fiero, se abrió y allanó el camino con la espada entre aquellos armados. No eran ya obedecidos los tribunos ni el prefecto del campo; los soldados mismos repartían las centinelas y cuerpos de guardia, y acudían á las demás cosas que se ofrecían. Los que consideraban con mayor atención los ánimos airados de aquella gente, juzgaban por la peor señal para creer

que aquella sedición habia de ser grande y mala de apaciguar, al ver que no esparcidos ó á persuasión de pocos, mas todos de un mismo acuerdo se encendian y de un mismo acuerdo callaban, con tanta igualdad y regla que no parecían que les faltase cabeza.

Dióse entretanto aviso á Germánico de la muerte de Augusto, que se hallaba, como dicho es, exigiendo los tributos de las Galias. Era casado Germánico con Agripina, nieta de Augusto, de quien tenia muchos hijos. Él fué hijo de Druso, hermano de Tiberio y nieto de Livia Augusta, emperatriz; pero vivía afligido por el odio secreto que sabía tenerle, no sólo su tío Tiberio, pero su abuela Augusta, cuya causa se conservaba tanto más áspera cuanto de suyo era más injusta. Era grande para con el pueblo romano la memoria de Druso, teniéndose por sin duda que si le tocara el Imperio, hubiera restituido la libertad, por lo cual vivía la misma afición y esperanza con Germánico, mancebo agradable y de maravillosa afabilidad, diverso del aspecto de Tiberio y de su trato arrogante y cubierto. Añadíanse las diferencias femeniles, porque Livia no estaba más de acuerdo con Agripina que lo que suelen estar de ordinario las suegras con las nueras. Era á la verdad Agripina algo mal sufrida, si bien su mucha honestidad y amor á su marido la obligaban á procurar ir encaminando al bien aquel su ánimo indómito y levantado.

Mas Germánico, cuanto más se iba acercando al grado más alto, tanto se mostraba más pronto en servir á Tiberio, en cuya prueba obligó á los secuanos (1), pueblos vecinos de donde él se hallaba, y á las ciudades de los belgas á prestar el juramento en su nombre. Después, advertido del motín de las legiones, pasó allá

(1) Pueblos de la Galia Lionesa.

volando; á cuyos soldados halló fuera de los alojamientos, con los ojos hincados en el suelo, como en señal de arrepentimiento. Mas después de entrado dentro de los reparos, comenzó á oír mil confusas quejas, y algunos, tomándole la mano como para besársela, se metían en la boca los dedos para hacerle tocar con ellos las encías limpias de dientes; otros mostraban los cuerpos, brazos y piernas corvos por la vejez. Juntos, pues, al parlamento, viendo la gente demasiado mezclada y confusa, ordenó que se juntasen todos por manípulos, para que así pudiesen oír mejor su respuesta, y que se le trujesen delante las banderas, para que á lo menos esto diferenciase y dividiese las cohortes; obedecieron, aunque lentamente. Entonces, habiendo comenzado por la reverencia que se debía á la memoria de Augusto, pasó á tratar de las victorias y triunfos de Tiberio, celebrando con loores particulares las cosas ilustres que había hecho en Germania con aquellas legiones; exaltó la unión de Italia y la fidelidad de las Galias, y ponderó que en ningún lugar había tumulto ni discordia.

Escuchóse todo esto con silencio ó con poco murmurio; mas luego que tocó en la sedición y preguntó: «¿Dónde estaba la modestia?, ¿dónde el decoro de la antigua disciplina militar?, ¿dónde los tribunos?, ¿en qué parte habían arrojado los centuriones?», se desnudan en cueros, mostrándole las cicatrices de las heridas y los cardenales de los golpes, doliéndose con voces confusas del precio excesivo que les costaban las vacaciones, de la cortedad del sueldo, de la dureza de los trabajos, nombrándolos todos por sus nombres: estacadas, fosos, forrajes, fajina, leña y otras muchas cosas de las que se hacen, con necesidad ó sin ella, en un campo para evitar la ociosidad. Salían de los veteranos atrocísimos gritos, contando quién treinta años y quién más

de servicio, pidiéndole quisiese poner remedio á tantos afligidos antes que acabasen de morir en los mismos trabajos, concediéndoles el fin de tan larga milicia y un reposo fuera de pobreza. Hubo algunos que pidieron el dinero dejado á los soldados en testamento por el divo Augusto, deseando toda felicidad á Germánico, y ofreciéndole, cuando quisiese, el Imperio para sí. Entonces, como afrentado de tan infames palabras, se arrojó del Tribunal, y oponiéndosele los soldados con las armas, amenazándole si no se volvía, gritando él «que quería antes morir que faltar de fe», arrancando la espada del costado, se la volvió al pecho para matarse; y lo hiciera si los que le estaban cerca no le tuvieran con fuerzas la mano. Habíase apretado la parte extrema del auditorio de manera que parece increíble que algunos, pasando más adelante, uno á uno le incitaron á que se hiriere; y un soldado llamado Calusidio le dió su espada desnuda, diciendo: «Ésta tiene mejor punta»; acto que, aun de aquella gente desatinada, fué reputado por indigno y cruel. Con esto tuvieron lugar los amigos del César de llevarle á su tienda, donde se consultó del remedio; entendiéndose que se despachaban embajadores para incitar al mismo movimiento al ejército superior, designando saquear la ciudad de los Ubios (1), y llenas de presas las manos, pasar después á destruir las Galias. Aumentaba el temor pensar que el enemigo, avisado de la sedición, viendo desamparadas las riberas del Rhin, entraría sin duda en el país; y el armar los auxiliares y confederados contra las legiones rebeldes era resucitar las guerras civiles, la severidad peligrosa, infame la liberalidad, ó poco ó mucho que se diese á los soldados, y ejemplo dañosísimo á la República. Ponderadas,

(1) Colonia.

pues, entre las cabezas las razones de una parte y de otra, resolvieron que se escribiesen cartas en nombre del emperador con orden de dar licencia á los que hubiesen servido veinte años, y de jubilar á los que diez y seis, con tal que asistiesen debajo de las banderas, desobligados de toda otra facción que de rechazar al enemigo, y que la manda de Augusto se les pagase doblada. Cayeron los soldados en que la carta se había fingido en aquella ocasión para entretenerlos, y al punto pidieron el efecto. Los tribunos se dieron prisa á dar licencia á los veteranos; mas el donativo se difería, hasta que los de las legiones quinta y veintiuna dijeron que no partirían para los alojamientos de invierno sin el dinero; tal, que fué forzoso pagarlos en los propios cuarteles de verano, como se hizo, juntando Germánico lo que halló entre sus amigos con lo que tenía para el gasto de sus propios viajes. El legado Cecina llevó á la ciudad de los Ubios las legiones primera y veintena con infame espectáculo, viéndose traer entre las banderas y las águilas el tesoro robado al príncipe. Germánico fué al ejército superior y recibió luego el juramento de fidelidad á las legiones segunda, trece y diez y seis. Los soldados de la catorcena hicieron un poco de dificultad. A todas, aunque no lo pidieron, se dió el dinero y la licencia como á las otras; mas en los Caucios, los vexilarios (1) ó veteranos jubilados del presidio

(1) Son distintas las opiniones sobre quiénes eran estos soldados. Según unos, componíase de veteranos que, libres del servicio ordinario y del juramento militar, continuaban alistados bajo un estandarte particular, á fin de socorrer al ejército en casos apurados, guardar las fronteras y atender á la defensa de las provincias recientemente sometidas. Creen otros que eran soldados de la primera centuria, particularmente encargados de la custodia del *vexillum*, estandarte. M. Burnouf opina que se daba tal nombre á las cohortes separadas y á los veteranos.

de las legiones amotinadas movieron sedición; refrenáronse algún tanto con el suplicio de dos soldados, hechos morir luego por orden de Menio, prefecto del campo, antes por buen ejemplo que porque tuviese autoridad para ello; mas habiéndose después reforzado el tumulto, siendo preso cuando se huía, por no serle ya seguro el esconderse, probó á defenderse con atrevimiento, diciendo «que en su persona, no el prefecto del campo, sino Germánico, su cabeza, y Tiberio, su emperador, eran ofendidos». Y cayendo en que con aquello se habían atemorizado los que le impedían, arrebató un estandarte y marcha con él hacia las márgenes del río. Con esto y con echar un bando que tendria por fugitivo á cualquiera que desamparase la ordenanza, los redujo á la guarnición de invierno así alterados, sin haber hecho otro movimiento de tales.

En tanto los embajadores del Senado hallan á Germánico llegado ya á Ara de los Ubios (1). Invernaban allí las legiones primera y veinte, junto con los veteranos poco antes jubilados con obligación de asistir á sus banderas. Todos éstos, amedrentados y estimulados de sus malas conciencias, se persuaden á que los embajadores traían orden del Senado para revocar cuanto por vía de sedición hubiesen impetrado. Y, como es costumbre del vulgo hasta en las cosas falsas suponer algo y declararle por culpado, acusan á Munacio Planco, que acababa de dejar el consulado y venía por cabeza de la embajada, de haber sido causa y autor de este decreto del Senado. Y de hecho cerrada y obscura ya la noche, van á casa de Germánico y piden á voces el guión que estaba allí; adonde concurriendo gente de todas partes,

(1) Bonn ó algún otro lugar inmediato. *Ara vocabatur*, dice Orelli, *quia ibi totius Ubiorum populi publica sacra celebrabantur.*

rompen las puertas, y sacando de la cama al César, le fuerzan á que se le den con amenazas de muerte. Después, mientras van discurriendo por las calles, encuentran con los embajadores, que oído el alboroto, acudian á Germánico; cárganlos de injurias, aparejándose para matarlos, en particular á Planco, á quien la reputación impedía la fuga, ni tuvo otro remedio que, retirándose á los alojamientos de la legión primera, abrazarse con las banderas y con el águila y defenderse con la religión. Y si Calpurnio, aquilífero (1), no le hubiera defendido de la última fuerza, un embajador del pueblo romano, cosa execrable aun entre enemigos, hubiera en el campo romano manchado con su sangre el altar de los dioses. Venido el día, que se discernía el capitán del soldado y se dejaban ver las cosas hechas, entrado Germánico en los alojamientos, se hace traer á Planco, y puéstosele al lado en su Tribunal, comienza á inculpar la rabia fatal renovada, no por los soldados, sino por la ira de los dioses. Da cuenta de lá causa por qué habian venido los embajadores, y con mucha facundia lamenta la violada autoridad de la embajada, el caso grave y desmedido de Planco, y la vergüenza y deshonra en que habia incurrido la legión. Tras esto, mostrándose aquella junta antes atónita que quieta, vuelve á enviar los embajadores con escolta de caballos auxiliares.

Mientras duraba esta alteración, culpaban todos á Germánico «de que no se retiraba al ejército superior, donde hubiera hallado obediencia y socorro contra los rebeldes; que se habia errado bastantemente en haberles dado la licencia y dinero y en tratarlos con tanta

(1) El que llevaba el águila, que era la principal enseña de la legión romana. En cada una de éstas no había más que un aquilífero, siendo así que había en ella muchos *signiferi* ó portaseñas.

blandura; mas que si con todo esto estimaba en poco su salud, ¿para qué aventuraba la de su hijo en pañales y la de su mujer preñada, entre aquellos atrevidos, violadores de toda humana ley?, que á lo menos restituyese estas dos prendas á su abuelo y á la República». El, estando algún tiempo irresoluto á causa de que Agripina rehusaba el desampararle, mostrando como, siendo nieta del divo Augusto, no podía degenerar ni alterarse por ningún peligro, abrazándola al fin y con ternura de muchas lágrimas al común hijuelo, la persuadió á partirse. Iba aquella miserable tropa de mujeres, y entre ellas la fugitiva consorte del general, con su hijuelo al pecho, rodeada de las llorosas mujeres de los amigos del César, que se llevaban en su compañía, dejando con igual tristeza á los que se quedaban.

No era aquella vista la de un César floreciente en honores que salía de sus reales, sino una semejanza de ciudad saqueada. Los suspiros y el llanto hicieron volver el rostro y los oídos hasta á los propios soldados. Y salidos de sus barracas, deseosos de saber la causa de aquel sonido miserable y lo que podía ocasionar semejante tristeza, vieron aquellas mujeres ilustres ir marchando solas, sin acompañamiento de centuriones ni escolta de soldados, y á la mujer del general del ejército, sin su guardia acostumbrada, ir la vuelta de Treves, para encomendarse á la merced y fe de los extraños. Nacióles de aquí luego vergüenza y compasión, acordándose de Agripa, su padre, de Augusto, su abuelo, y de Druso, su suegro; ella, mujer de insigne fecundidad y de singular pudicia; el niño, nacido en el ejército, criado entre las legiones, á quien llamaban *Caligula* (1)

(1) Especie de calzado que usaban los soldados romanos y hasta los centuriones, aunque no los oficiales superiores. Era

con vocablo militar, á causa de que muchas veces, por granjear el favor del pueblo, le solian calzar una cierta manera de borceguies que acostumbraban usar los soldados. Mas nada les movió tanto como la envidia que tuvieron á la confianza que se hacia de los treviros; ruéganle que nó vaya, pidenle que se vuelva; parte, corre á detener á Agripina, y los más recurren á Germánico, el cual, como caliente en el enojo y en el dolor, habló de esta suerte á los que le estaban en torno :

«Mi mujer ni mis hijos no me salen más caros que mi padre ni la República; mas él de su propia majestad y el Imperio romano de los demás ejércitos serán defendidos. Á mi mujer y á mis hijos, á quienes de buena gana ofreceré á la muerte por vuestra honra, aparto ahora de poder de los insolentes, para que la maldad que sólo os queda por hacer se purgue solamente con mi sangre, y de miedo que la muerte del biznieto de Augusto y de la nuera de Tiberio no puedan acrecentarnos la culpa. Sepamos : ¿á qué cosa no os habéis atrevido estos días? ¿Qué no habéis gastado y violado? ¿Qué nombre podré dar yo á esta junta? ¿Os llamaré soldados, habiendo, con las armas en la mano, sitiado al hijo del emperador? ¿Llamaré ciudadanos á los que con tanto exceso menosprecian la autoridad del Senado? Mas, ¿qué podré llamaros habiendo violado las leyes observadas hasta de los enemigos, el sacramento de la embajada y la razón de las gentes? El diyo Julio, con una sola palabra, quietó la sedición del ejército, llamando quirites á aquellos que contra el juramento rehusaban seguirle. El diyo Augusto, con el rostro y con el aspecto, aterró las legio-

un zapato cerrado que cubría enteramente el pie. Tenía una suela muy doble guarnecida de clavos y que estaba sujeta con correas que cubrían la garganta del pie y rodeaban la parte baja de la pierna.

nes actiacas. Nos, puesto que no iguales de ellos, al fin descendientes suyos, si hubiésemos sido menospreciados por los soldados de España ó de Siria, menos mal, aunque indignidad y maravilla grande; mas por vosotras, primera y vigésima legiones, habiendo recibido aquélla las banderas de Tiberio, y tú, compañera en sus guerras y reconocida de tantos premios, ¡generoso galardón dais á vuestro capitán! ¡Daré yo esta nueva á mi padre, mientras de las demás provincias oye cosas alegres, que sus tirones, sus veteranos no se hartan con la licencia y con el dinero, que solamente aquí se matan los centuriones, se destierran los tribunos, se prenden los embajadores, se tiñen de sangre los alojamientos y los ríos, y yo, entre tantos que me aborrecen, compro la vida con ruegos?

»¿Por qué en el parlamento del primer día me arrebatasteis de la mano la espada con que me atravesaba el pecho? ¡Oh amigos inconsiderados!, mejor hizo y más amor me mostró aquel que me ofreció la suya. Hubiera muerto á lo menos sin haber visto tantas maldades en mi ejército; hubiérades vosotros elegido un capitán que, aunque dejara mi muerte sin venganza, no dejara de tomar la de Varo y de las tres legiones. ¡No quiera Dios que sea de los belgas, aunque se ofrecen á ello, el honor y la gloria de subvenir al nombre romano y de reprimir los pueblos de Germania! Tu espíritu, ¡oh divo Augusto!, que vive en el cielo; tu imagen, ¡oh padre Druso!, y tu memoria con estos soldados, entre quien parece que comienza á tener lugar la vergüenza y la honra, laven esta mancha y vuelvan las iras civiles en destrucción de los enemigos. Y vosotros, en quien voy viendo otro aspecto y otro corazón, si queréis restituir al Senado los embajadores, al emperador la obediencia y á mi mi mujer y mi hijo, apartaos de la contagi6n, separaos

de los empestados, que ésta será clara señal de vuestro arrepentimiento y firme atadura de vuestra fidelidad.»

Á estas palabras, confesando que se les decía verdad, arrojados á sus pies, le ruegan «castigue á los culpados, perdone á los inocentes y los lleve contra el enemigo; que vuelvan Agripina y su hijo, crianza de las legiones, sin darlos en rehenes á los galos». De la vuelta de Agripina se excusó por hallarse cercana al parto y por el invierno; concedió la vuelta de su hijo; lo demás dejó que lo ejecutasen ellos. Vueltos, pues, en sí y mudados de voluntad, atan á los sediciosos y entréganlos en poder de Cayo Cetronio, legado de la legión primera, el cual ejecutó en este modo el juicio y castigo de cada uno: estaban en pie alrededor del Tribunal los soldados de las legiones con las espadas desnudas, y el reo, subido en el rellano de él, era mostrado al pueblo por el tribuno; si gritaban que era culpado, lo arrojaba abajo, donde le hacían pedazos, alegrándose los soldados de aquella matanza, como si se hubieran ellos mismos dado la absolución; ni el César trataba de impedirlo, visto que sin mostrarse él, la crueldad y el odio del hecho se quedaba entre ellos. Á su ejemplo hicieron lo mismo los veteranos, á quienes poco después envió el César á los retios, so color de defender aquella provincia de la invasión de los suevos; mas á la verdad no fué sino por apartarlos de aquellos alojamientos horribles, no menos por la aspereza del remedio que por la memoria del mal. Después de esto se hizo la reseña y elección de los centuriones. El que era llamado por el general decía su nombre, su grado en la milicia, su patria, el número de los gajes ganados, las hazañas hechas en la guerra, y los que habían merecido algunos premios militares hacían que fuesen vistos; si los tribunos, si la legión aprobaban el valor y la bondad

del tal, quedaba con el cargo; mas si por común consentimiento era inculpada de avaricia ó crueldad, al momento era echado de la milicia. Acomodadas así las cosas, quedaba todavía otra empresa de no menor trabajo á causa de la ferocidad de las legiones quinta y veintiuna, alojadas en Vetera (1) (así se llama el puesto), distante de allí quince leguas, porque habiendo sido los primeros á mover la sedición y cometido las mayores maldades por sus manos, no arrepentidos ni medrosos por el castigo de sus compañeros, conservaban todavía el enojo. Por lo cual, resuelto el César en deshacerlos cuando no quisiesen volver á la obediencia, previno cantidad de navíos para, embarcado en ellos, bajar el Rhin abajo en compañía de los confederados.

En Roma, ignorando el efecto de las cosas del Ilirico y sabido el motin de las legiones germánicas, medrosa la ciudad murmuraba de Tiberio «de que mientras se hacia de rogar con fingidas dilataciones para encargarse del Imperio, burlándose de los senadores y del pueblo, que estaban sin fuerzas y sin armas, se amotinaban los ejércitos, sin que se pudiese esperar su quietud por medio de la flaca autoridad de los mancebos; que convenia ir en persona y oponer la majestad imperial á los alterados; pues cederían sin duda en viendo á un príncipe de tan larga experiencia, y con poder de castigar con severidad ó premiar con largueza. ¿Pudo Augusto — decían —, cargado de años, pasar tantas veces á Germania, y Tiberio en la flor de su edad se estará en el Senado, cabilando las palabras de los senadores?, que habia ya prevenido las cosas bastantemente para tener á la ciudad en servidumbre; ahora era necesario aplicar re-

(1) Se sobrentiende *castra*, hoy día Vettern, según unos, y según otros, Forstemberg.

medios á los ánimos militares para disponerlos á sufrir la paz».

Contra estos discursos estaba firme Tiberio, resuelto en no desamparar la cabeza de todo el Estado con riesgo suyo y de la República; dábanle entretanto cuidado muchas y diversas cosas; porque, á la verdad, el ejército de Germania era el más poderoso, y el de Panonia el más vecino; aquél era fomentado de las riquezas de los galos; éste estaba inminente á Italia; ¿á cuál, pues, era bien ir primero? Fuera de esto, ¿no había también que pensar en si el preferir al uno podía ser causa de que se afrentase el otro? Todo lo cual se remediaba con igualdad dejándolo á cargo de sus hijos, salvo el honor de la majestad imperial, más reverenciada cuanto más lejos; que se podían excusar los dos principes con diferir algunas cosas, remitiéndolas á su padre; y él, finalmente, mitigar ó sujetar la parte que se resolviese en hacer resistencia á Germánico ó á Druso; mas menospreciado el emperador, ¿qué remedio quedaba? Todavía, como si por ahora pensara partirse, elige compañeros para el viaje, provee de carruajes, apresta navios; después, excusándose, ya con el invierno, ya con otros negocios, engañó primero á los sabios, después al vulgo y largamente á las provincias.

Mas Germánico, aunque recogido ya el ejército y preparado á la venganza contra los rebeldes, pareciéndole resolución acertada el darles tiempo y ver si con el ejemplo reciente se reducían de si mismos á la razón, envía delante cartas á Cecina, advirtiéndole que venía marchando con un grueso ejército, y que si no se prevenían en castigar á los culpados antes de su llegada los pasaría á cuchillo indiferentemente á todos. Cecina comunica secretamente las cartas con los aquilíferos, con los alféreces y con los de más sanas intenciones,

exhortándoles á librar á todos de la infamia y á sí mismos de la muerte; porque en la paz se puede tener consideración á las causas y méritos de cada uno, mas en la guerra padecen igualmente el inocente y el culpado. Estos, pues, tentados los ánimos de los que les parecieron más á propósito, después de haber hallado la mayor parte de las legiones en obediencia, con parecer de los legados señalan el tiempo de acometer con las armas á los más ruines y sediciosos. Hecha la señal y entrados con impetu por las tiendas, los matan, hallándolos desapercibidos y descuidados, no sabiendo otro que ellos el origen de aquella matanza, ni el fin que había de tener.

¡Extraña y nunca vista suerte de guerra civil!, no en batalla, no en contrarios ejércitos, sino en las mismas camas; los mismos que habían comido juntos el día y dormido con quietud la noche, se separan en dos bandos y se hieren con toda suerte de armas; los gritos, las heridas, la sangre están patentes y sólo la ocasión oculta; lo demás gobernó la suerte, pereciendo á las vueltas muchos buenos, porque en echándose de ver á quién se buscaba, muchos de los más ruines tomaron las armas y entraron á la parte. No hubo legado ó tribuno que los detuviese, permitiéndose á cada cual el hacer lo que le daba en gusto y vengar sus diferencias particulares hasta hartarse. Entrado Germánico poco después en los alojamientos, llamando con muchas lágrimas aquella ejecución, no medicina, sino estrago, manda que se quemem los cuerpos. Nació desde entonces en aquellos ánimos fieros un ardiente deseo de ir contra el enemigo en penitencia de su furor, diciendo que no era posible aplacar de otra manera las almas de sus muertos compañeros que ofreciendo sus impíos pechos á honradas heridas. Valióse el César del ardor de sus soldados, y habiendo fabricado un puente, hizo pasar doce mil de

las legiones, con veintiséis cohortes de confederados y ocho tropas de caballos, las cuales se habían mantenido con notable modestia en aquellos rumores.

Estaban con alegría los germanos no lejos, mientras acá estábamos embarazados, primero por la cesación de todas las cosas á causa de la muerte de Augusto, y después por los motines; más los romanos, marchando con diligencia, pasada la selva Cesia (1) y el límite ó calzada comenzada por Tiberio, plantaron sobre ella su alojamiento, fortificándose por frente y por las espaldas con palizadas, y por los costados con fajina. De allí, entrando en los bosques espesos y consultando cuál de los dos caminos se había de tomar, ó el ordinario breve, ó el más difícil ó largo, no practicado ni guardado del enemigo, fué escogido éste. Apresuróse todo lo demás, porque las espías referían ser la noche siguiente de las que solían festejar los germanos con juegos y banquetes solemnes. Envióse á Cecina delante con las cohortes desembarazadas y orden de facilitar los caminos, el cual con poco intervalo fué seguido por las legiones. Aprovechó harto la serenidad de la noche y claridad de las estrellas; con que llegados á los villajes de los marnos, que se hicieron rodear de cuerpos de guardia, mientras los enemigos, tendidos en sus camas ó junto á las mesas, sin temor alguno ni una sola centinela, estaba todo abierto y descuidado, no temiendo la guerra ni gozando de la paz, sino relajadamente, y al fin como entre borrachos.

El César, para robar más á lo largo, partidas las legiones codiciosas del saco en cuatro escuadras, sin compasión de edad ni de sexo, pasó á fuego y á sangre diez

(1) Acaso la selva de Hesperwald, en el actual ducado de Cleves.

leguas de país, asolando las cosas profanas y sagradas, junto con un templo muy celebrado entre aquellas naciones que llamaban *de Tanfana*, sin muerte ni herida de un solo soldado, á causa de haberlos cogido soñolientos, desarmados y sin orden. Despertó este destrozo á los brúcteros, tubantes y usipetos, los cuales se escondieron en los pasos estrechos de los bosques por donde había de volver el ejército, de que advertido el general, puso su gente de manera que podía marchar y defenderse si era acometido; parte de los caballos y las cohortes de las ayudas tomaron la vanguardia; seguía la legión primera, y puesto el bagaje en medio, cerraban los costados de la parte siniestra la veintena y por la diestra la quinta; la veintena guardaba la retaguardia, seguida del resto de los confederados. No se movieron los enemigos hasta que la ordenanza se extendió por el bosque; entonces, acometidos levemente los costados y después la frente de la batalla, dieron finalmente con todas sus fuerzas en la retaguardia. Ya comenzaban á desordenarse las cohortes armadas á la ligera por la fuerza de los espesos escuadrones enemigos, cuando corriendo el César á los de la legión veinte, comenzó á gritar en alta voz: «Que había ya llegado el tiempo en que podían borrar la memoria de la sedición; por tanto, que se diesen prisa en convertir en honra la culpa.» Animaron estas palabras de tal suerte á la legión, que habiendo con un sólo impetu rechazado al enemigo, llevándole á lugar más abierto, le rompen y degüellan. Salidas en tanto del bosque las escuadras de la vanguardia, fortificaron el alojamiento, desde donde tuvieron quieto y sin estorbo el viaje, y los soldados, confiados en esta fresca victoria y perdida la memoria de los pasados sucesos, fueron repartidos por sus alojamientos.

Del aviso de estas cosas tuvo á un mismo tiempo Ti-

berio alegría y cuidado, el cual, alegre de la apaciguada sedición, sentía por otra parte el ver que Germánico hubiese ganado el favor de los soldados, concediéndoles tan aprisa el dinero y la licencia, y que fuese adquiriendo tanta gloria militar. Refirió con todos estos sucesos en el Senado, y dijo mucho de su valor, más con ornamento de palabras que con afecto de corazón. Con más brevedad alabó á Druso y el fin de los movimientos del Ilirico, aunque con más sinceridad y con mayor afecto. Con todo eso ratificó al ejército de Panonia todas las gracias que Germánico había concedido al suyo.

Murió aquel año Julia, desterrada por su padre Augusto á causa de su deshonestidad, primero á la isla Pandataria y después á Regio, la que está sobre el mar de Sicilia (1). Esta, casada con Tiberio, mientras florecían Cayo y Lucio Césares, lo menospreció como desigual suyo, que fué la más secreta y verdadera causa de la larga residencia que Tiberio hizo en Rodas, el cual, llegado al Imperio, infame ella ya y bandida, y después de la muerte de Agripa Póstumo, privada de toda esperanza, la hizo morir de hambre y de miseria, imaginando que no se hablaría de su muerte á causa de su largo destierro. Igual causa le movió á usar la misma crueldad contra Sempronio Graco, el cual, de noble linaje, de ingenio despierto y maliciosamente fecundo, había violado á la misma Julia mientras fué mujer de Agripa. No tuvo fin aquí su disolución, porque casada en segundo matrimonio con Tiberio, la instigaba el obstinado adúltero á menospreciar y aborrecer á su marido, teniéndose por cierto que las cartas que Julia escribió á

(1) Plinio la coloca en el golfo de Puzzoles, y Dión en las inmediaciones de la Campania. El traductor español supone que era Pantanarea.

su padre Augusto cargando á Tiberio, habian sido compuestas por Graco, á cuya causa, desterrado á Cercina (1), isla en el mar de África, después de haber sufrido el destierro de catorce años, se enviaron soldados para matarle, á los cuales, hallándole en la ribera pensativo, como si adivinara la mala nueva, pidió un poco de espacio para escribir á su mujer Aliara. Hecho esto ofreció el cuello á los matadores, mostrándose con la constancia de la muerte no indigno del nombre de Sempromio, del cual en vida había degenerado. Han escrito algunos que no se enviaron estos soldados de Roma, sino por Lucio Asprenate, procónsul de África, de orden de Tiberio, el cual esperó, aunque en vano, cargar á Asprenate solo la fama del homicidio.

Este mismo año fueron admitidas ciertas nuevas ceremonias; es, á saber: la compañía de los sacerdotes augustales, á la manera que antiguamente Tito Tacio, queriendo introducir en Roma la religión y sacrificios de los sabinos, dió principio á la de los tacios. Veintiuno fueron los que se sacaron por suerte de los principales de la ciudad, pero añadiéronse después Tiberio, Druso, Claudio y Germánico. Los juegos augustales, comenzados entonces la primera vez, fueron turbados por la discordia de los histriones. Augusto había dado muestras de gustar de semejantes pasatiempos por agradar á Mecenas, perdido por los donaires de Batilo, si bien él de suyo no los aborrecía, teniendo por acto civil y necesario el mezclarse tal vez en los deleites del vulgo. Seguía Tiberio otro camino, puesto que no se atrevía á reducir á su dureza un pueblo regido tantos años apaciblemente.

Hechos cónsules Druso César y Cayo Norbano, se

(1) Hoy los Gules. — (T. E.)

decretó el triunfo á Germánico, durando todavía la guerra, á la cual, si bien se aparejaba con todo su poder para el verano, la anticipó al principio de la primavera con improvisa corredería en el país de los catts, no sin esperanza de hallar divididos á los enemigos, con ocasión de los bandos, entre Arminio y Segesto, famosos y estimados ambos á dos, el uno por su deslealtad y el otro por su fe para con nosotros. Mientras Arminio trataba de rebelar la Germania, Segesto descubrió muchas veces los aparejos de la rebelión, y particularmente en el último banquete, después del cual se tomaron las armas, descubrió la resolución, y persuadió á Varo que le prendiese á él mismo, á Arminio y á los demás principales, diciendo que no intentaría cosa el pueblo si le quitaban el apoyo de los principes, y que después habría harto tiempo para separar los inocentes de los culpados. Fué muerto al fin Varo por la fuerza de su destino y por la violencia de Arminio. Segesto, aunque llevado á la guerra por el común consentimiento de aquella nación, estaba con todo eso con el ánimo apartado, añadidos los odios particulares con Arminio, por haberle robado una hija prometida á otro, yerno aborrecible al suegro enemigo; todo lo que entre otros hubiera sido vínculo de amor, era entre éstos, ya entre sí discordes, ocasión de enojo.

Germánico, pues, dando á Cecina cuatro legiones, cinco mil auxiliarios y algunas escuadras recogidas aprisa de germanos de acá del Rhin, él, con otras tantas legiones y doblado número de confederados, habiendo hecho un castillo sobre las ruinas de otro levantado por su padre en el monte Tauno (1), pasa con el ejér-

(1) Según Maltebrun, es el *die Hacke* (la altura), al norte de Francfort.

cito, sin bagaje y desembarazado, á las tierras de los catts, dejado á Lucio Apronio el cargo de asegurar los caminos y guardar los pasos de los ríos; porque el tiempo enjuto, cosa que sucede pocas veces debajo de aquel cielo, y la poca agua de las riberas, que le habían hecho evitar un largo rodeo, le dió ocasión de temer á la vuelta grandes lluvias y crecientes. Llegó, pues, tan de improviso á los catts, que los débiles de edad ó de sexo fueron en un instante presos ó muertos. La juventud, pasado á nado el río Adrana, impedía á los romanos el hacer en él un puente; hasta que desalojados después de haber tentado en vano las condiciones de la paz, y con las saetas y otros tiros arrojados con los ingenios, pasándose algunos á Germánico, los otros, desamparando las villas y lugares, se esparcieron por aquellas selvas. El César, después de haber quemado á Mattio (1), metrópoli de aquella nación, robado los lugares abiertos, tornó la vuelta del Rhin, no habiéndose atrevido los enemigos á darle á la cola, como acostumbra cuando, más por astucia que por miedo, dan muestras de retirarse. Los queruscos hubieran ayudado de buena gana á los catts, si Cecina no los amedrentara con mover las armas á todas partes, y á los marsios, que se atrevieron á esperarle, rompió prósperamente.

No mucho después llegaron embajadores de Segesto pidiendo ayuda contra la violencia del pueblo, de quien estaba sitiado, prevaleciendo entre ellos Arminio, á causa de que les persuadía á la guerra, porque entre los germanos, cuanto uno se muestra más animoso, tanto es tenido por más fiel, y él tiene más crédito durante la sedición. Había Segesto añadido á los embaja-

(1) Cabeza de los pueblos mattiacos, hoy Maspurg, tierra principal del landgravé de Hassia. — (T. E.)

dores su hijo Segismundo, mas el mancebo se temía, porque el año que se rebeló la Germania, siendo sacerdote en Ara de los Ubios, rompió las vendas, insignia del sacerdocio, y huyó á los rebeldes. Confiado al fin de la clemencia romana, refirió las comisiones de su padre, y recibido benignamente, fué enviado con escolta á la ribera siniestra del Rhin que mira á la Galia. Germánico, alegre de volver otra vez al ejército contra el enemigo, peleó con los que sitiaban á Segesto, á quien libró, junto con buen número de sus parientes y allegados, entre los cuales se hallaban muchas mujeres nobles y la mujer del mismo Arminio, hija de Segesto, de ánimo más inclinado al marido que al padre, como lo mostraba el aspecto sin lágrimas, la boca sin ruegos, las manos plegadas al pecho y los ojos clavados en el vientre crecido con el preñado. Traíanse también los despojos de la rota de Varo, cabidos en parte de presa á muchos de los que entonces se habian vendido. Venia juntamente Segesto de noble presencia, y por la conciencia segura de su buena fe sin muestras de temor, el cual habló de esta manera :

«No es para mí este día el primero que testifique mi constancia y fe para con el pueblo romano. Desde que fuí hecho ciudadano vuestro por el divo Augusto, elegí los amigos y enemigos conforme á vuestra utilidad; no por odio que yo tuviese á mi patria, que aun á los mismos que reciben el beneficio son desagradables los traidores, mas porque teniendo por mejor á la paz que á la guerra, la juzgaba por útil á los romanos y á los germanos. Puse en poder de Varo, capitán entonces del ejército, á Arminio, robador de mi hija y violador de la paz. Perdida aquella ocasión por flojedad del capitán, que difirió su castigo para otro tiempo, visto que no se podía fiar en su justicia, le requeri instantáneamente que

nos prendiese á mi, á Arminio y á los demás culpados. Sirvame de testigo aquella noche, que pluguiera á los dioses fuera la postrera de mi vida, pues cuanto después ha sucedido es más digno de llanto que de excusa. Finalmente, puse á Arminio en cadenas, y las mismas sufrió también yo por los de su facción. Mas después que he tenido lugar de llegar á ti, prefiero las cosas viejas á las nuevas, y á los tumultos la quietud; no por esperanza de premio, mas por purgarme de la infidelidad y poder servir de medianero á la nación germana, si acaso escoge antes el arrepentimiento que esperar su ruina. Ruégote excuses el yerro y la juventud de mi hijo, pidiendo en su nombre perdón. Confieso que mi hija se halla aquí forzosamente; á ti queda el resolver cuál cosa sea más considerable: ó el estar preñada de Arminio, ó el haber nacido de Segesto.» El César, con amorosa respuesta, prometió á sus hijos y á sus amigos perdón, y á él el lugar acostumbrado en la provincia. Hecho esto, dió la vuelta con el ejército, y por orden de Tiberio aceptó el nombre de emperador. Poco después parió la mujer de Arminio un hijo, del cual, criado su niñez en Ravena, trataremos á su tiempo y de cómo después sirvió de juguete á la fortuna.

La fama de haberse reducido Segesto y que había sido recibido benignamente, fué oída con esperanza y con dolor, conforme á lo que cada cual temía ó deseaba. Arminio, á más de su fiereza natural, loco por la pérdida de su mujer y por el parto sujeto á servidumbre, andaba por los queruscos moviendo los ánimos y persuadiéndoles á que tomasen las armas contra Segesto y contra el César. Ni se iba á la mano en las injurias, diciendo: «Egregio padre, gran emperador, valeroso ejército, que con tanta gente han robado una mujercilla. Por mis manos han sido degolladas tres legiones con

otros tantos legados; manos acostumbradas á hacer la guerra, no con traiciones ni contra mujeres preñadas, sino á la descubierta y contra enemigos armados. Todavía se ven en los sagrados bosques de Germania las banderas romanas colgadas á los dioses de la patria. Goce Segesto de la vendida ribera; restituya á su hijo el sacerdocio, que nunca le acusarán bastantemente los germanos de haber sido ocasión de que se viesen entre el Albis y el Rhin las varas, las segures y la toga; que á las gentes que no conocian al Imperio romano les eran también incógnitos sus rigurosos castigos y excesivos tributos, de los cuales descargados ya y rehusado aquel Augusto puesto entre los dioses, y aquel electo Tiberio, no quisiesen temer á un mozo inexperto y á un ejército amotinado. Que si amaban más á la antigua patria y á sus propios padres que á los señores nuevos, á las nuevas colonias, siguiesen antes á Arminio para gloriosamente defender su libertad, que á Segesto, autor de una infame servidumbre.» Movieron estas palabras no sólo á los queruscos, pero á las naciones vecinas; con que inducido á seguir su partido Inguiomaro, tío paterno de Arminio, de antigua autoridad y crédito con los romanos, pusieron al César en mayor cuidado; y así, temiendo que no le cargase encima todo el peso de la guerra, para divertir al enemigo envió á Cecina con cuarenta cohortes romanas al rio Amisia (1), por las tierras de los brúcteros. Pedón, prefecto del campo, llevó la gente de á caballo por los confines de Frisa; él, haciendo embarcar cuatro legiones, las pasó por el lago, con que se vinieron á recoger junto á las riberas de aquel rio la infantería, caballería y armada. Los caucios, que ofrecían ayuda á los romanos, fueron recibidos en su compañía,

(1) Hoy el Ems.

y los brúcteros, que quemaban sus propias tierras, rotos por Lucio Estertinio, á quien Germánico envió contra ellos con gente suelta; el cual, entre la matanza y la presa, halló el águila de la legión diez y nueve perdida con Varo. Pasó después el ejército á las últimas partes de los brúcteros, habiéndose quemado el país que cierran los ríos Amisia y Lippa (1), no lejos del bosque de Teutobergue, donde decían hallarse todavía sin sepultura los huesos de las legiones de Varo.

De aquí le vino deseo al César de hacer las funerallas á los capitanes y soldados muertos allí, movido á compasión todo el ejército, por la memoria de sus parientes y amigos, del caso mismo de la guerra y fortuna de los hombres. Fué enviado delante Cecina á reconocer la espesura de las selvas, hacer puentes y calzadas en los lugares pantanosos y atolladeros; marchan, pues, por aquellos lugares tristes y dolorosos, horribles á la vista y á la memoria. Veíanse los primeros alojamientos de Varo, de gran circuito, y medidos los principios (2), mostraban ser de tres legiones; las trincheras después, medio arruinadas, y el foso poco hondo, daban indicio de haberse retirado allí las reliquias del ejército. Veíanse por la campaña los huesos blanqueando, esparcidos ó juntos, según habian huido ó hecho rostro; pedazos de armas, huesos de caballos, cabezas de hombres ensartadas en los troncos, y en las selvas vecinas estaban los bárbaros altares sobre los cuales habian sido muertos

(1) Lippa, río de Westfalia, afluente del Rhin. Separaba los brúcteros al norte de los marsos, tubantes y sicambros al sur.

(2) Dábase este nombre á un espacio cuadrado, situado en medio del campamento, donde estaban las tiendas de los jefes superiores, delante de las cuales se ponian las águilas de las legiones, y había el Tribunal desde el cual se arengaba y administraba justicia á los soldados, y el sitio donde se ofrecian los sacrificios.

los tribunos y los centuriones del primer orden. Algunos que se habían hallado en la rota, escapados de la refriega ó prisión, decían: «Aquí cayeron muertos los legados; allí tomaron los enemigos las águilas; acullá recibió Varo la primera herida, y allí, con su infelice mano, se atravesó el pecho; en qué Tribunal hizo su parlamento Arminio; cuántas horcas mandó hacer para los cautivos; cuántas sepulturas; cómo y con cuánta soberbia hizo escarnio y burla de las banderas y de las águilas.» Así, el romano ejército, seis años después de aquel estrago, recogió los huesos de las tres legiones, sin poder discernir si eran de los extraños ó de los suyos, cubriéndolos á todos con tierra, como si fueran de amigos ó parientes, y aumentando con este acto el enojo y furor contra el enemigo. Al fabricar el túmulo, puso el César el primer césped, gratisimo para con los difuntos, y compañero de los presentes en el dolor. No aprobó este hecho Tiberio, ó porque daba siempre malos sentidos á las acciones de Germánico, ó porque pensase que el ejército, con la vista de sus compañeros muertos y sin sepultura, se haría más lento para llegar á las manos y tendría más temor al enemigo. Fuera de que á un general ornado con el oficio de augur y de las más antiguas ceremonias divinas, no le estaba bien hallarse en mortuorios. Germánico, persiguiendo á Arminio, que se iba retirando á los lugares fuertes, á la primer comodidad mandó á la caballería que se enseñorease de la campaña donde el enemigo se había puesto. Arminio, que ya habia advertido á los suyos de recogerse presto á los bosques, en un instante les hace volver el rostro, y da la señal para que saliesen á la refriega los que estaban de emboscadas. Desordenada la caballería por estas nuevas escuadras, envió el César las cohortes auxiliares; mas impeditas por las tropas que volvian

huyendo, se aumentó el espanto, y hubieran sido llevadas engañosamente á unos pantanos conocidos por los germanos vencedores y dañosos para quien no los tenía en práctica, si el César no se presentara con las legiones, las cuales, con dar terror al enemigo y ánimo á los nuestros, hicieron que la refriega se acabase sin ventaja. Vuelto después Germánico al río Amisia con el ejército, volvió á embarcar las legiones en la forma que habían venido, enviando la vuelta del Rhin por la orilla de la mar una parte de los caballos. Cecina, que volvía con su campo por el camino ordinario, fué advertido de que cuanto antes pudiese pasase á Pontelongo (este es un estrecho camino entre aquellos pantanos, puesto ya en forma de dique por Lucio Domicio), siendo lo demás del país, ó pantanoso, ó lleno de un lodo tenaz y pegajoso, ó atravesado de arroyos. Está rodeado este puesto de bosques que, en figura de teatro, poco á poco se van dejando caer hacia lo llano, los cuales, Arminio, con ordenanza desembarazada, ganando la vanguardia á nuestro ejército, grave de armas y de bagaje, había guarnecido de gente. Cecina, dudoso cómo pudiese á un mismo tiempo rehacer los puentes rotos de vejez y rechazar al enemigo, pareció que debía plantar su alojamiento en el mismo lugar, y que parte trabajase mientras la otra parte peleaba. Los bárbaros, procurando romper los cuerpos de guardia y pasar á ofender los que trabajaban, los provocan, los rodean y acometen, mezclándose los clamores de los que pelean con las voces de los que trabajan; todo era contrario á los romanos: el suelo lleno de agua y de lodo, incapaz de regir los pies con firmeza, y en sacándolos, resbaladero; los cuerpos cargados de armas, sin poderse servir dentro del agua de sus armas arrojadizas. Al contrario, los queruscos, acostumbrados á pelear dentro de los pantanos, eran gran-

des de cuerpo, y peleaban con largas picas acomodadas á herir de lejos. Finalmente, la noche salvó las legiones de una batalla en que forzosamente habían de llevar lo peor. Los germanos, no curando del trabajo, llevados de la prosperidad, sin tomar un punto de reposo, encaminan á lo bajo todas las aguas que nacian en aquellos collados, de tal manera, que empapada la tierra y desmoronada la obra, se les dobló el trabajo á los soldados romanos. Tenia Cecina cuarenta años de soldado entre el obedecer y el mandar, y habiendo probado la buena ó la mala fortuna, estaba sin terror ni alteración. Y considerando lo por venir, no halló mejor remedio á la necesidad presente que hacer de suerte que el enemigo no pudiese salir del bosque hasta tanto que los heridos y todo el bagaje y embarazos hubiesen pasado adelante, porque entre los pantanos y los montes se extendía un llano harto capaz para poder poner en batalla un escuadrón no muy grande. Acomódanse, pues, las legiones, la quinta al lado derecho, la veintiuna al izquierdo; la primera para guiar á las demás, y la veintena para asistir á los que siguiesen. Fué por diferentes causas á todos inquieta la noche: á los bárbaros, por las fiestas y convites que con alegre canto y horribles gritos henchian el valle y bosques resonantes; á los romanos, pequeños fuegos, voces interrumpidas, echados acá y acullá junto los reparos, dando vueltas alrededor de las tiendas, antes desvelados que vigilantes. Espantó al capitán un sueño cruel: parecióle que veía salir de aquellos pantanos á Quintilio Varo, sucio de sangre, y que oyó que lo llamaba; aunque rehusando el seguirle, le desvió la mano que le ofrecía. Al abrir del día, las legiones de los lados, ó por temor ó por poca obediencia, desampararon sus puestos, retirándose á lo enjuto. No los embistió Arminio como pudiera en aquel punto; mas

cuando los vió embarazados en el lodo, el bagaje en los fosos, á los soldados en conocido trabajo y desorden, las banderas mezcladas y confusas, y, como suele suceder en tales aprietos, cuidadoso cada cual de sí mismo y sordo á las provechosas órdenes del capitán, manda á sus germanos que embistan, gritando él: «Veis allí á Varo y á las legiones vencidas otra vez por el mismo hado.» Y diciendo esto, cierra acompañado de gente escogida, y abre el escuadrón romano, hiriendo particularmente á los caballos, los cuales, cayendo en aquel suelo pantanoso y bañado de su sangre, caían sobre sus propios señores, atropellaban á los circunstantes y pisaban á los ya caídos. El mayor trabajo fué el que se pasó junto á las águilas, no pudiéndose llevar contra las armas arrojadas, ni hincarlas bien en aquel terreno lodoso y blando. Cecina, sustentando la batalla, hubiera de quedar en prisión á causa de haberle muerto el caballo, si no fuera socorrido por la legión primera. Aprovechó la codicia de los enemigos, que por acudir á la presa dejaban de matar; con que hacia la tarde pudieron pasar á lo llano y enjuto las legiones. No tuvieron fin aquí las miserias; fué necesario plantar estacas y buscar materia para fortificarse, puesto que se habían perdido la mayor parte de los instrumentos de cavar y vaciar la tierra, de hacer fajina y cortar céspedes; no había tiendas para los manípulos, ni forma de curar los heridos, y al repartir de los bastimentos se hallaron todos llenos de lodo y de sangre; lamentaban con esto aquellas funestas tinieblas, y lloraban el solo y último día que les quedaba de vida á tantos millares de hombres. Acaso un caballo, habiendo roto el cabestro y corriendo de acá y de acullá espantado de las voces y del ruido, hizo huir á algunos de los que concurrieron á detenerle; esto, pues, causa tal espanto en el ejército,

pensando que los germanos entraban en el campo, que á gran furia comenzaron todos á acudir á las puertas, especial á la decumana, como la más apartada del enemigo y la más segura para los que huían. Cecina, asegurado de que era alarma falsa, no pudiendo con autoridad, con ruegos ni con la espada detener á los fugitivos, se tiende sobre el lindar de la puerta para cerrar el paso á los que se avergonzaban de pisar el cuerpo de su legado; ayudó mostrar entretanto los tribunos y centuriones la vanidad del temor. Entonces, juntándoles á todos en los principios, mandando que escuchasen con silencio, les pone por delante el tiempo y la necesidad. «Que no les quedaba otro camino de escapar que el de las armas, de las cuales convenia usar con prudencia, estándose dentro de los reparos hasta que el enemigo, esperando el entrarlos por fuerza, se llegase de más cerca á ellos, y que entonces era menester salir de golpe por todas partes, y de aquella salida conducirse al Rhin, donde, si se tomaba desde luego la fuga, habian de pasar mayores bosques, pantanos más inaccesibles y contrastar con enemigos más crueles; propone á los vencedores honra y gloria infinita; acuérdales las cosas estimadas en la paz y honradas en la guerra, callando las adversas.» Tras esto distribuye y reparte los caballos, comenzando por los suyos y de los legados y tribunos sin algún respeto, entre los más valerosos y atrevidos, para que ellos primeros y después la infantería embistiesen al enemigo.

No estaban menos inquietos los germanos, combatidos de la esperanza, de la codicia y de diversos pareceres de capitanes. Aconsejaba Arminio que los dejaran salir, y que de nuevo los metiesen en lugares pantanosos, embarazados. El parecer de Inguiomaro fué más feroz, y á esta causa más á gusto de aquellos bárbaros;

es, á saber: que se rodeasen los reparos, que siendo fácil su expugnación sería mayor el número de prisioneros, y gozarian de la presa más entera. Así, pues, venido el día comienzan á henchir los fosos, arrojan cantidad de zarzos, trepan por las estacas guardadas de pocos soldados, y esos como mostrándose temerosos; mas cuando los romanos vieron que el enemigo se había puesto en razonable distancia, dada la señal de arremeter, salen con gran estrépito de cuernos y trompetas, y á grandes voces, mientras les obligaban á volver las espaldas, les iban diciendo: «Que allí si era buen lugar de pelear donde no había bosques ni pantanos, sino el campo sin ventaja y los dioses no parciales.» Habíanse prometido los enemigos la victoria fácil, imaginando que eran pocos y desanimados los que defendían el alojamiento; y así concibieron el estruendo de las trompas y resplandor de las armas por tanto mayor, cuanto lo habían tenido menos; y como demasiado atrevidos en el tiempo próspero, perdidos de ánimo en el adverso, caen y perecen. Huyeron Arminio é Inguiomaro, el primero sano y el segundo malherido; el vulgo fué pasado á cuchillo todo el tiempo que duraron la cólera y el día. Recogidas, finalmente, las legiones á la noche, aunque con más heridos y con la misma necesidad de bastimentos, tomaron fuerzas, salud, abundancia y todo lo demás de la victoria.

Habíase esparcido tanto la fama del ejército sitiado, y que los germanos iban con el suyo sobre las Galias, que si Agripina no hubiera prohibido el romper el puente sobre el Rhin, no faltara quien de puro miedo se hubiera atrevido á tal vileza; mas aquella generosa mujer, haciendo aquellos días oficio de capitán, dió á los soldados, según que se hallaban desnudos ó heridos, vestidos ó medicamentos. Refiere Cayo Plinio, escritor

de las guerras de Germania, que se puso á la entrada del puente, y que allí alababa y engrandecía el valor de las legiones cuando á su vuelta iban pasando.

Penetraron estas cosas más vivamente el ánimo de Tiberio, pareciéndole que no se tomaban aquellos cuidados con sencillez, y que no era posible que Agripina procurase el favor de los soldados para servirse de ellos contra extranjeros. «¿Por ventura — decía — quédale algo que hacer al emperador, si una mujer reconoce los manipulos, visita las banderas, ofrece donativos, como si no le bastase para prueba de su ambición el traer consigo al hijo del general en hábito de soldado, haciéndole llamar *César Caligula*? Que tenia ya Agripina más poder y autoridad en los ejércitos que los legados y que los generales, pues ella sola había quietado la sedición, á quien no pudo resistir el nombre y autoridad del príncipe.» Agravaba y acriminaba estas cosas Seyano, y conociendo el natural de Tiberio encendía á lo largo los odios para que, reteniéndolos en sí, los pudiese desfogar después á su tiempo más gravemente.

Mas Germánico, por que la armada fuese más ligera en aquella mar de poco fondo, ó en el reflujó encallase con menos peligro de las legiones embarcadas, dió á Publio Vitelio la segunda y la catorcena para que las llevase por tierra. Tuvo Vitelio el principio de su viaje harto apacible por ser el terreno enjuto y no llegar allí el ordinario flujo de las ondas; mas sobreviniendo un maestral furioso, ayudado de la estrella del equinoccio acostumbrada á hinchar las aguas del Océano, comenzó la ordenanza á ser combatida y llevada de acá y de acullá, inundándose la tierra de manera que la mar, las riberas y los campos se mostraban de un mismo aspecto, sin poderse discernir los lugares vadeables de los profundos, ni el suelo firme de la arena incons-

tante y falsa. Arrebatan y sorben las ondas los caballos y bagajes; los cuerpos muertos de hombres y animales sobreaguados embarazan y embisten á los vivos; mézclanse entre sí los manípulos, con el agua ya á los pechos, ya á la garganta, y muchos en no pudiendo aprear se iban á fondo; no aprovechaban voces ni exhortaciones, ni se diferenciaba en el contraste de las ondas el valeroso del vil, el sabio del ignorante, ni el consejo del caso, que todo era arrebatado de igual violencia. Finalmente, reducido Vitelio con inmenso trabajo á lugar más alto, condujo también lo restante del ejército, alojando aquella noche sin bagaje y sin fuego, la mayor parte desnudos ó con el cuerpo aterido, no con menor miseria que los que tenía sitiados el enemigo, antes con mucha más, por quedarles á aquéllos el uso de una honrada muerte, y á éstos aparejárseles un fin vergonzoso. Restituyóles el día la tierra con que pudieron pasar al río Visurgo, donde estaba el César con la armada, y allí se embarcaron las legiones, habiendo corrido voz que eran anegadas, tal, que hasta que las vieron volver con el César, no se acabaron de asegurar de su salud.

Ya Estertinio, enviado delante á recibir á Sigimero, hermano de Segesto, que se pasaba á los romanos, le había conducido á la ciudad de los Ubios, en compañía de su hijo; perdonóse á los dos, aunque con más facilidad á Sigimero; con el hijo se tardó un poco más, inculpado (según se dijo) de haber ultrajado el cuerpo de Quintilio Varo. Contendían entre sí las Galias, las Españas y la Italia en rehacer los daños del ejército, ofreciendo cada una lo que se hallaba más pronto, armas, caballos y oro. Germánico, loada su voluntad, recibió solamente para la guerra las armas y los caballos, socorriendo á los soldados de su propio dinero, y por divertir la memoria de aquella adversidad con su

apacible trato, visitaba á los heridos, alababa el valor de todos, miraba los golpes recibidos; á unos con la esperanza, á otros con la houra, y á todos con palabras amorosas, confirmaba y entretenía en su amor y en el deseo de nuevas batallas.

Este año, por decreto del Senado, se concedieron las insignias triunfales á Aulo Cecina, á Lucio Apronio y á Cayo Silio, por los servicios hechos acompañando á Germánico. Tiberio rehusó el nombre de *padre de la patria*, ofreciéndoselo muchas veces el pueblo, ni permitió que se obligase alguno con juramento á observar sus mandatos, aunque lo decretó así el Senado, acostumbrado él á decir muchas veces que eran inciertas todas las cosas mortales, y que cuanto más levantado le tuviesen sus honores, tanto más peligrosa podía ser la caída. No por esto mostraba compostura en el ánimo, habiendo vuelto á introducir la ley de *læsæ majestatis*, conocida también de los antiguos por este mismo nombre. Mas los jueces de aquel tiempo juzgaban por ella diferentes cosas, como si alguno hacia traición al ejército, movía sedición, ó por haber administrado mal su cargo disminuía la majestad del pueblo romano; finalmente, se castigaban entonces por esta ley los hechos, sin hacer caso de las palabras. Augusto fué el primero que, con capa de esta ley, comenzó á conocer por ella de los libelos infamatorios, enojado por la insolencia de Casio Severo, el cual, con sus deshonestos escritos, iba infamando muchos hombres y mujeres ilustres. Preguntado, pues, Tiberio de Pompeyo Macro, pretor, si quería que administrase justicia por las cosas tocantes al delito de *læsæ majestatis*, respondió que era necesario dar vigor á las leyes. Fué también él exasperado con versos de incierto autor publicados sobre su crueldad y soberbia y sobre la discordia con su madre.

No será fuera de propósito referir los delitos de que fueron acusados Falanio y Rubrio, caballeros romanos, para que se vea con qué principio y con cuáles artificios de Tiberio se levantó poco á poco un gran incendio, cómo después se apagó y cómo ardió de nuevo hasta abrasarlo todo. Fué inculpada Falanio de que entre otros adoradores de Augusto, porque en casi todas las casas se habían fundado cofradías para esto, había recibido á un cierto histrión llamado Casio, infame de su cuerpo, y de haber, con la venta que hizo de sus huertos, enajenado también la estatua de Augusto. Rubrio fué inculpada de haber afirmado falsamente una cosa, jurando por el nombre del mismo Augusto. Advertido de esto Tiberio, escribió á los cónsules «que no había sido dado con decreto el cielo á su padre para que aquel honor redundase en daño de los ciudadanos; que Casio, histrión, acostumbraba á intervenir, como los demás de su oficio, en los juegos dedicados por su madre á la memoria de Augusto, ni era contra la religión que sus estatuas ni las de otros dioses se incluyesen en la venta de los huertos ó de las casas; que el perjurio se debía calificar como ofensa hecha á Júpiter, el cual y los demás dioses suelen tomar á su cargo el vengar sus propias injurias».

No pasó mucho tiempo que á Granio Marcelo, pretor de Bitinia, fué puesta acusación de *læsæ majestatis* por Cepión Crispino, su cuestor, firmada por Romano Hispón, el cual comenzó una forma de vida que la hicieron después famosa la miseria de los tiempos y la temeridad de los hombres. Porque siendo pobre, inquieto y no conocido, mientras, sirviendo de espía secreta, se acomoda poco á poco con la condición de este príncipe cruel, poniendo después en peligro á los más nobles, granjeando el favor de uno solo con odio de todos, dió tal

ejemplo, que seguido de muchos, hechos de pobres ricos y de abatidos tremendos, ocasionaron primero á otros, y después á sí mismos, la última ruina. Oponía éste á Marcelo que había hablado mal de Tiberio, delito inevitable, escogiendo el acusador entre las acciones del príncipe las más dignas de vituperio con que inculpar al reo, para que, siendo verdaderas, fácilmente se pudiese creer que habían sido dichas. Añadió Hispón «que Marcelo había puesto su estatua más alta que la de los Césares, y á una de Augusto encajado la cabeza de Tiberio». De que entró en tanta cólera, que, roto el silencio, comenzó á gritar: «Querer él mismo en aquella causa dar descubiertamente su voto», jurándolo para necesitar á los demás que hiciesen lo mismo. Estaban todavía en pie los vestigios de la desahuciada libertad, y así, Gneo Pisón dijo: «¿Cuándo lo darás, ¡oh César! Si lo das primero, tendré á quien seguir; si último, temo por error el discordar de ti.» Vuelto en sí con estas razones Tiberio, cuanto más incautamente había descubierto su enojo, tanto más arrepentido sufrió que el reo fuese absuelto de la imputación de *majestad*, remitiendo á jueces delegados la causa de residencia. Mas Tiberio, no contento con hallarse presente al juicio de los senadores, quería asistir también á las audiencias del pretor, sentándose en uno de los brazos del Tribunal, por no obligar al pretor á levantarse de su silla curul; adonde se ordenaron muchas cosas en presencia, con las negociaciones y ruegos de ciudadanos poderosos; si bien mientras se atendía aparentemente á la justicia, se aniquilaba con efecto la libertad. Entre estas cosas, quejándose Pío Aurelio, senador, de que se le hubiesen derribado sus casas para la comodidad de una calle pública y de un acueducto, pidiendo al Senado la restauración del daño, y oponiéndose los pretores del Tesoro, le satis-

fizo y pagó César de su dinero, vanagloriándose de hacer gastos honrados, y retuvo esta virtud todo el tiempo que tardó en despojarse de las otras. Á Propercio Celere, que había sido pretor y por su pobreza pedía ser quitado del orden senatorio, averiguado que tenía poco patrimonio, le dió 25.000 ducados (1.000.000 de sestercios). Á otros que tentaron lo mismo, mandó que justificasen su causa con el Senado, porque deseando ser tenido por severo, procuraba proceder con aspereza hasta en las cosas bien hechas. Mas ellos antepusieron el silencio y la pobreza á la confesión de la verdad y al beneficio.

En aquel año el Tiber, aumentado de continuas lluvias, cubrió lo llano de la ciudad, y al volver á su madre ocasionó ruina de edificios y muertes de personas. Por lo cual aconsejó Asinio Galo que se recurriese á los libros de las sibilas; más estorbólo Tiberio, deseoso igualmente de encubrir las cosas divinas y las humanas. Dió con todo eso el cargo de refrenar las inundaciones del río á Ateyo Capitón y á Lucio Aruncio; decretóse que las provincias Grecia y Macedonia, las cuales pedían ser aliviadas de imposiciones, fuesen por el presente descargadas de tener procónsul (1), haciéndolas

(1) Augusto había repartido las provincias entre el Senado y él, y dando á aquél y al pueblo las más ricas y pacíficas, se había quedado con las de las fronteras y más amenazadas, por consiguiente, ó de sublevaciones interiores ó de los enemigos de fuera. Las unas eran gobernadas por procónsules y las otras por propretores. Los primeros tenían en apariencia más honores; los segundos más poder. Pertenecían al Senado el Africa y la Numidia, el Asia, la Acaya ó Grecia, la Bética, la Galia Narbonense, la Cerdeña con la Córcega, la Sicilia, la Dalmacia, la Macedonia, la Creta y la Cirenaica, la isla de Chipre, la Bitinia con la Propontide y parte del Ponto. Las provincias imperiales eran: la España Tarraconense, la Lusitania, las Galias, excepto la Narbonense, las dos Germanias, la Celesiria, la Fenicia, la Cilicia, el Egipto, la Mesia, la Panonia y todo lo demás que no era del Sena lo.

del gobierno peculiar de César. Presidió Druso á los juegos gladiadores que se hacían en nombre suyo y de su hermano Germánico; aunque demostró demasiado gusto de ver aquella sangre vil, cosa que admiró al vulgo y dió ocasión á que le reprendiese su padre. Eran diversos los pareceres por qué Tiberio no había intervenido en aquellos espectáculos: unos decían que aborrecía verse entre tanta gente; otros, que por su condición triste y melancólica, y medroso de ser parangonado con Augusto, el cual asistía alegre y cortésmente en semejantes fiestas. No creeré yo á lo menos que lo hizo por dar ocasión á su hijo de descubrir su crueldad al pueblo, haciéndose con esto odioso, supuesto que no faltó quien lo dijese.

El desorden y sobrada libertad del teatro, que comenzó el año precedente, reventó en esta ocasión con daño más grave; porque no sólo hubo muertos de gente del pueblo, sino soldados y un centurión entre ellos, y herido un tribuno de la cohorte pretoria, mientras procuraban estorbar el alboroto del vulgo y que no se diesen injurias á los magistrados. Tratóse en el Senado de esta sedición, y hubo votos de que los pretores pudiesen hacer azotar á los histriones (1). Estorbólo Haterio Agripa, tribuno del pueblo, que fué reprendido por una oración de Asinio Galo, callando Tiberio por dar al Senado aquella apariencia de libertad. Prevalció con todo

(1) Aunque la palabra *histrion*, de origen etrusco, significa propiamente pantomimo ó bailarín de teatro, los romanos, empleándola en un sentido más general, designaron con ella hasta los tiempos de Cicerón toda clase de actores, así del género cómico como del trágico. Sin embargo, después de la introducción de las pantomimas en el reinado de Augusto, y que puede considerarse como principio de la decadencia del teatro, se designó con el nombre de *histrion* únicamente á los que se dedicaban á este género de espectáculo.

eso la opinión del tribuno, por haber declarado una vez el divo Augusto que los histriones eran exentos de azotes; ni á Tiberio le era lícito contravenir á sus decretos. Con todo eso se ordenaron muchas cosas acerca de poner tasa á los gastos de semejantes juegos, y entre las cosas que se decretaron para evitar los desórdenes de sus fautores, las más notables fueron: «Que ningún senador entrase en casa de comediante; que ningún caballero los acompañase en público, ni los llevase á su lado, y que no fuese lícito el verlos representar sino en el teatro; dióse también poder á los pretores de castigar con destierro las insolencias de los que los viesen representar.»

Á los españoles, que pedían licencia para fabricar un templo á Augusto en la colonia Tarracónense, se les concedió; que sirvió después de ejemplo á las demás provincias. Suplicando el pueblo que se extinguiese un derecho llamado el centésimo de las cosas vendibles, impuesto después de las guerras civiles, declaró por edicto Tiberio «que el Tesoro ordinario para la paga de los soldados se fundaba sobre aquel subsidio; y juntamente que la República quedaría muy cargada si se daba licencia á los soldados viejos antes de haber servido veinte años». Y así fué para lo de adelante anulado el mal consejo que se tomó para aplacar las sediciones pasadas, concediendo licencia en habiendo servido diez y seis.

Propúsose después en el Senado por Aruncio y Ateyo, si para moderar las inundaciones del Tiber era acertado divertir á otras partes los ríos y lagos de quien se engrandece. Oyéronse sobre ello los embajadores de los municipios y colonias. Rogaban los florentinos que la Clana, sacada de su madre, no se hiciese entrar en el Arno, de que se les podía seguir daño notable. Discu-

rrían los de Interamnía (1) de la misma manera, mostrando que se perderían los más fértiles campos de Italia si se dividía en ramos el río Nar, como ya estaba determinado que se hiciese, con tan conocido peligro de empantanarse todos. No callaban los reatinos, rehusando el cerrar el lago Velino por la parte que desemboca en el Nar, porque era cierto «que undaría con daño de las tierras vecinas; que Naturaleza había proveído con gran acuerdo á todas las cosas de los mortales, dando á los ríos sus bocas y sus cursos y ordenándoles su principio y su fin; que era justo también reparar en la religión de los confederados, los cuales tenían dedicados sacrificios, consagrados bosques y levantados altares á los ríos de la patria; fuera de que ni el mismo Tiber quería correr con menor gloria privado de sus propios tributos y natural grandeza». Los ruegos de las colonias, la dificultad de la obra ó la superstición pudieron tanto, que concluyó el Senado en el parecer de Pisón, que fué de no innovar cosa.

Á Popeyo Sabino le prorrogó el gobierno de la Mesia, añadiéndole la Acaya y la Macedonia. Fué ésta una de las costumbres de Tiberio, continuar los gobiernos, tal que dejó á muchos toda su vida en los mismos cargos de ejércitos y de judicaturas. Dábanse para esto varias causas: unos decían que por librarse del cuidado de haber de escoger tan á menudo nuevos sujetos, eternizaba sus primeros juicios; otros creían que era pura envidia y malignidad, temiendo el verlos gozar á mu-

(1) Interamnía (lo mismo que *entre las aguas*), nombre de dos ciudades de la antigua Italia; la una, que es la de que habla aquí el autor, y es la conocida hoy con el nombre de *Terni*, estaba situada en la Umbria, entre los brazos del Nar, hoy Nera; y la otra, llamada en el día *Teramo*, estaba al sur del Piceno, entre el Liris, hoy Garigliano, y el Melpis.

chos. Hubo también quien juzgó que así como era de ingenio astuto, era también escaso de juicio, porque no buscaba hombres de singulares virtudes, y por otra parte no dejaba de aborrecer los vicios; temía de los buenos su propio peligro, y de los ruines el deshonor de la República. Y así, por esta irresolución vino finalmente á término, que encomendó el gobierno de provincias á personas á quienes otros no hubieran dejado salir de Roma.

De los comicios y elecciones de cónsules que hubo en tiempo de este príncipe y después de él, apenas me atreveré á decir cosa con certidumbre: tal es la variedad que se halla, no sólo entre los autores, sino en sus oraciones mismas. Porque unas veces sin nombrar al pretendiente le iba describiendo y pintando su origen, su vida y los sueldos que había ganado, para que fuese menester adivinar quién era; otras, dejando también estas significaciones, rogaba á los candidatos en general que no quisiesen inquietar los comicios con inteligencias y negociaciones, ofreciendo de encargarse él de este cuidado. Y muchas veces declaraba no haber otros opositores que aquellos cuyos nombres él había dado á los cónsules, y que podían darlos también todos los que se asegurasen en sus méritos y favores: apariencia de buenas palabras, aunque en efecto vanas ó maliciosas; que cuanto se cubrían con mayor semejanza de libertad, tanto más habían de resultar en una grave y cruel servidumbre.

LIBRO SEGUNDO

ARGUMENTO

Algunos movimientos en Oriente. — Vonón, rey de los partos, es echado de su reino por Artabano; huye en Armenia, de adonde es hecho rey. — Es removido luego por Silano, presidente de Siria, medroso de las amenazas de Artabano. — Tiberio, so color de los movimientos de Oriente, arranca á Germánico de entre sus legiones, obedeciendo él, aunque no aprisa. — Antes de esto entra en Germania, y fabricando una armada de mil naves, costeano el Océano, llega al río Amisia. — Envia sobre los angrivarios á Estertinio, que los saquea y degüella. — Luego, en dos famosas batallas, vence á los queruscos y á su capitán Arminio. — Corre á la vuelta una borrasca tan furiosa en el Océano, que pierde cantidad de naves. — En Roma es acusado, y en parte convencido de deseo de novedades, Libón Druso, el cual, no viendo en Tiberio señales de piedad para con él, se mata. — Marco Hortalo, nieto del orador Hortensio, propone en vano su extrema pobreza al principe. — Clemente, esclavo de Póstumo Agripa, sabida la muerte de su señor, finge ser él y altera con esta voz á Roma, adonde tiene ocultos amigos y valedores; mas por diligencia de Salustio Crispo es preso sin ruido y traído á Roma. — Triunfa Germánico de muchas naciones de Germania. — Muere en Roma Arquelao, rey de Capadocia, y su reino es hecho provincia. — Germánico va á Oriente con amplia y suprema potestad, y Gneo Pisón á Siria con ocultas órdenes, á lo que se cree, contra Germánico. — Druso va al Ilirico contra los germanos, cuyas discordias ocasionan ocio y seguridad al pueblo romano. — Los queruscos, con su capitán Arminio, en una poderosa y sangrienta batalla, vencen al poderoso y viejo rey Maroboduo. — Perecen en Asia doce célebres ciudades con la furia de un terremoto. — Tacfarinas, comenzando la guerra á modo de ladroncio en Africa, es refrenado por Furio procónsul. — Germánico en Armenia, quitando el reino á Vonón, introduce á Zenón con gusto de aquellos pueblos. — Druso fomenta las discordias en Germania. — Maroboduo es echado del reino por Catualda, á quien señala Tiberio la habitación de Frejus. — Rescuporide, rey de Tracia, preso por arificio de Pomponio

Flaco, es llevado á Roma. — Germánico visita á Egipto. — Vuelto á Siria, se refuerza la enemistad entre él y Pisón, y poco después muere en Antioquía, con general desconsuelo y no menor opinión de veneno por obra de Pisón, el cual, tentando el ocupar con armas la provincia, es rechazado por Senecio, uno de los amigos de Germánico, cuya memoria se solemniza en Roma con exquisitos honores. — Decrétase contra la impudicia de las mujeres. — Recíbese una virgen vestal. — Arminio muere en Germania por engaño. Todo esto en espacio de cuatro años.

CÓNSULES

Año de Roma 769. De J. - C.	16	{	T. Estatilio Sisena Tauro.
			L. Escribonio Libón.
—	770.	—	17 {
			C. Cecilio Rufo.
			L. Pomponio Flaco Grocino.
—	771.	—	18 {
			Tiberio César Augusto, por la
			tercera vez.
			Germánico César, por la segun-
			da vez.
—	772.	—	19 {
			M. Julio Silano.
			L. Norbano Flaco.

En el consulado de Sisena Estatilio Tauro y Lucio Libón hicieron movimiento los reinos orientales y las provincias sujetas al Imperio romano. El principio vino de los partos, los cuales, pedido y aceptado un rey de Roma, aunque del linaje de los Arsacidas, le despreciaron como á extranjero. Llamábase este rey Vonón, el cual fué dado en rehenes á Augusto por Fraates, su padre; porque si bien siendo este Fraates rey de los partos había rechazado al ejército y capitanes romanos (1), no por esto dejó de reconocer á Augusto con toda reverencia y respeto (2), hasta enviarle, en confirmación de la

(1) Alusión al descalabro y retirada de Antonio delante de los ejércitos de Fraates, y al degüello de dos legiones al mando de Oppio Estaciano, en el año 718 de Roma.

(2) Como lo prueba el haber restituido á aquel emperador en 734 los estandartes cogidos á Craso y á Antonio.

amistad, parte de sus hijos, no tanto por temor que tuviese á los nuestros, como por no fiarse de los suyos.

Después de la muerte de Fraates y de algunos reyes que le sucedieron, por causa de las matanzas intestinas, vinieron á Roma embajadores de parte de los principales de Partia á pedir á Vonón, como al de más edad entre los hijos de Fraates. Tuvo esto César á muy gran gloria, y entregándosele cargado con ricos dones, fué recibido allá con alegría de aquellos bárbaros, como las más veces sucede en mudanzas de príncipes. Comenzaron poco después á avergonzarse, pareciéndoles que habian degenerado de verdaderos partos, yendo á otro mundo á pedir rey hecho ya y acostumbrado á los modos de vivir de sus enemigos. Dolianse de que el trono real de los Arsacidas era ya reputado y distribuido como una de las provincias romanas. «¿Dónde está—decían ellos—la gloria de aquellos que mataron á Craso y de los que pusieron en huida á Antonio, si un esclavo de César, después de haber sufrido tantos años la servidumbre, viene ahora á imperar á los partos?» Provocaba él también el disgusto universal con apartarse de los institutos y costumbres de sus predecesores, ir pocas veces á caza, no deleitarse con caballos, sino haciéndose llevar por la ciudad en litera, y aborreciendo las viandas y regocijos de su patria. Burlábanse también de que se acompañase de griegos y de que tuviese cerrada y sellada con su sello (1) hasta la más vil de sus alhajas. Mas la facilidad en dar audiencias y la cortesía que usaba con todos, eran virtudes no conocidas por los partos; y á causa de no haber sido usadas por sus ma-

(1) Los romanos acostumbraban poner su sello no sólo en sus efectos más preciosos, sino hasta en las cosas de uso común, tales como el pan, el vino, la carne, etc.

yores, las calificaban también por vicios, con que vinieron á aborrecer todas sus acciones, buenas y malas.

Á cuya causa levantan á un Artabano (1), del linaje de los Arsacidas, que se crió entre los dahos. Éste, roto en el primer reencuentro, reforzó después su campo y conquistó el reino. Deshecho Vonón, no halló otro mejor refugio que en Armenia, la cual por entonces estaba sin rey y situada en medio de los romanos y de los partos, poderosos todos, á cuya causa no era seguro el fiarse de alguno de ellos. Añadida la burla que Antonio hizo á Artavasde (2), rey de Armenia, llamándole so color de amistad y quitándole la vida, después de haberle tenido algún tiempo en cadenas. Cuyo hijo Artajias (3), ofendido gravemente y enojado contra nosotros por la memoria de su padre, había con las armas de los Arsacidas defendido su persona y su reino. Muerto después Artajias por engaño de sus más propincuos y parientes, hizo César á Triganes rey de Armenia, adonde fué llevado por Tiberio Nerón. Ni éste lo tuvo largo tiempo, como tampoco sus hijos, aunque compañeros, al uso

(1) Fué el tercero de este nombre. Descendía de los Arsacidas por línea femenina, según se ve en el libro VI, 42.

(2) Antonio atribuye la derrota de su legado Oppio á la inacción voluntaria de Artavasde, rey de Armenia, cerca del cual se había refugiado, y queriendo vengar aquel ultraje, metióse por las fronteras de ese reino, so pretexto de renovar la guerra contra los partos, atrajo á su campamento de Nicópolis á Artavasde, y una vez le tuvo en su poder le hizo poner cadenas de plata, y le llevó á Roma para que diese más importancia á su triunfo.

(3) Llamado á suceder en el trono de Armenia á su padre. Habiendo sido hecho prisionero por Antonio, fué lanzado de él y desposeído por el triunviro, quien repartió sus Estados entre Polemón, rey del Ponto, y Artabaces, que lo era de los medos. Artajias se aprovechó más adelante de la guerra entre Antonio y Octavio para reconquistar su reino, y habiendo vencido á Artabaces, volvió á ceñir la corona de Armenia.

bárbaro, igualmente en el matrimonio y en el reino. Fué después por orden de Augusto establecido en este reino Artavasde, y echado de él no sin estrago nuestro.

Envióse tras esto á componer las cosas á Cayo César, el cual, de consentimiento de los armenios, les dió por rey á Ariobarzanes, de origen medo, estimado por la hermosura de aspecto y nobleza de ánimo. Muerto éste desgraciadamente, no quisieron más rey de su linaje, antes probado el imperio de una mujer llamada Erato, y desposeída presto, inciertos y sueltos, antes sin señor que en libertad, reciben en el reino al fugitivo Vonón. Mas en comenzando Artabano á usar de amenazas, y en viendo nosotros que para emprender la defensa de Vonón había de ser forzoso romper la guerra con los partos, llamado por Cretico Silano, gobernador de Siria, fué guardado en honesta prisión, dejándole la pompa y nombre real. La forma en que procuró librarse de aquella afrenta, diremos á su tiempo.

No le pesó á Tiberio de las inquietudes de Oriente por tener ocasión de apartar á Germánico de sus legiones domésticas y enviarle á nuevas provincias, sujeto á los engaños y accidentes. Mas Germánico, cuanto era más ardiente para con él la afición de los soldados y más perversa la voluntad de su tío, tanto más deseoso de la victoria iba entre sí considerando el modo de pelear, y lo que en tres años le había sucedido de próspero y adverso; imaginaba que se podían vencer los germanos en batalla formada y en campaña abierta, donde, en contrario, sentían gran refugio con el abrigo de los bosques, con los pantanos, con el verano corto y el invierno anticipado. Conocía también que no eran los soldados tan ofendidos de las heridas que recibían, cuanto por ocasión de los largos viajes y peso de las armas. Consideraba á las Galias cansadas de ofrecer caballos, y que la

larga jarcia del bagaje daba gran ocasión á las insidias enemigas, á más de la dificultad de defenderle. Veía en contrario que si llevaba sus gentes por mar, al punto se haría señor de ella, por ser poco frecuentada y menos sabida del enemigo; podíase comenzar la guerra más temprano, llevarse juntas las legiones y las vituallas, los caballos enteros y descansados, todo, hasta el corazón de Germania por aquellos brazos de mar y canales de ríos.

Resuelto, pues, en esto, envía á Publio Vitelio y á Cancio á recoger las rentas corridas en las Galias, encargando á Silio, Anteyo y Cecina la fábrica de la armada. Juzgóse que bastarían mil naves, y con brevedad se pusieron á punto; algunas cortas, con la proa y la popa estrechas y el vientre ancho, para que más fácilmente rigiesen sobre las ondas; otras llanas de carena, por cuyo medio pudiesen encallar en la baja mar sin peligro. Pusiéronse á muchas timones de entrambas partes, para sin detenerse en dar la vuelta, poder zabordar en tierra por una punta ó por otra, sólo con volver presuntamente los remos. Muchas se fabricaron en forma de pontones, para conducir los instrumentos y máquinas de guerra, y juntamente servían de llevar caballos y vituallas, diestras de la vela y veloces del remo, aumentadas en el ornamento y en la fiereza por la prontitud y la alegría de los soldados. Escogióse la isla de los Batavos (1) para hacer la masa de la armada, por tener el desembarcadero fácil y ser muy cómoda para recibir y enviar la gente á la guerra. Porque el Rhin, corriendo con solo un brazo ó con el rodeo de pequeñas isletas, en tocando á las tierras de los batavos se divide como en dos ríos, conservando el nombre y la violencia del curso

(1) Hoy Holanda.

el que hiende á la Germania, hasta que se mezcla con el Océano; mas el otro brazo, que corre bañando la ribera y limite de las Galias, discurriendo con mayor anchura y quietud y perdido su primer nombre, que se le dan los paisanos de *Vaal*, mudado luego también éste en el de Mosa, con anchísima boca desagua en el mismo mar.

El César, pues, mientras se junta la armada, envía al legado Silio con gente suelta á correr las tierras de los catts; y él, habiendo entendido que el castillo puesto sobre el río Lupia estaba cercado, fue él mismo allá con seis legiones. Silio, respecto á las improvisas lluvias, no pudo hacer más que una pequeña presa, tomar en prisión á la mujer y á una hija de Arpi, príncipe de los catts. Ni el César pudo pelear con los que sitiaban el fuerte, por retirarse ellos á la fama de su venida, habiendo antes deshecho el túmulo levantado poco antes á las legiones de Varo y el viejo altar edificado á Druso. Reedificó el altar, y en honra de su padre, acompañado de todas las legiones, corrió alrededor de él. No le pareció tocar más al túmulo; sólo fortificó con nuevos reparos y calzadas todo el espacio contenido entre el castillo, el Alisón y el Rhin.

En llegando la armada, enviadas delante las vituallas, y repartidos los navíos entre legiones y confederados, entró en el canal ó fosa llamada Drusiana (1), adonde hizo oración á su padre, diciendo «que no le tuviese á soberbia el atreverse á emprender lo que él había emprendido, antes bien le ayúdase con la memoria de sus empresas y ejemplo de sus consejos. De allí, atravesando por los lagos y por el Océano, llegó con feliz

(1) Por haberla mandado construir Druso. Según d'Anville, en el canal llamado hoy día el Nuevo Issel.

navegación al río Amasis, donde dejó la armada en su ribera siniestra, que fué gran yerro no pasarla á la otra parte, á causa de ser necesario después detenerse mucho en hacer puentes en que pasar la gente al pais de la parte diestra del río. Pasó la gente de á caballo y el golpe de las legiones sin temor los primeros brazos del mar, no habiendo aún crecido las ondas; mas de la última tropa de los auxiliares y batavos se ahogaron algunos, mientras pensaban burlarse de las aguas y mostrar su destreza en el nadar. Al plantar su campo el César, fué avisado de que se le habian rebelado á las espaldas los angrivarios. Y así, enviando luego á Esterinio con golpe de caballería é infantes sueltos, castigó á fuego y á sangre su perfidia.

Corría entre los romanos y los queruscos el río Visurgo, en cuya margen se presentó Arminio con otros principales, el cual, preguntando si había venido ya el César, y respondiéndole que sí, pidió que le dejasen hablar con su hermano. Tenía Arminio un hermano en el ejército llamado Flavio, de señalada fidelidad para con los romanos, en cuyo servicio habia perdido un ojo militando debajo de Tiberio pocos años antes. Concediósele, y llegado Flavio á la orilla, fué saludado de Arminio, el cual, haciendo retirar á los que tenia consigo, pidió también que se apartasen los arqueros puestos en nuestra ribera. Apartados, interrogó á su hermano qué era la causa de aquella fealdad que tenia en el rostro, y dándole cuenta Flavio del lugar y de la pelea donde recibió aquel golpe, le pregunta otra vez Arminio qué recompensa había tenido por ello. Contóle Flavio el aumento de sueldo, mostróle el collar, la corona y otros dones militares, riéndose Arminio y menospreciando la vileza del premio de su servidumbre.

Comenzaron después á discurrir, uno de la grandeza

de los romanos, de las riquezas de César, del castigo que daban á los vencidos, de la grande clemencia que usaban con quien se les rendía voluntariamente, y que hasta la mujer y el hijo del propio Arminio no eran tratados como enemigos. El otro alegaba lo mucho que se debe á la patria, su antigua libertad y los dioses internos de Germania, su madre, compañera en los ruegos, exhortándole finalmente á que quisiese antes mandar y conducir á sus parientes y aliados como capitán, que desampararlos y perseguirlos como traidor. Con esto, pasando poco á poco hasta decirse injurias, ni aun el río que tenían en medio bastara á refrenarlos, si, acudiendo allá Estertinio, no hubiera detenido á Flavio, que lleno de ira y de enojo, pedía las armas y el caballo. Veíase en la otra ribera á Arminio amenazando y denunciando la guerra, y entendíase lo que hablaba por mezclar muchas palabras latinas, como aquel que había militado ya en otro tiempo en el campo romano en calidad de capitán de su ciudad.

El día siguiente presentaron los germanos la batalla de allá del Visurgo. Mas no pareciéndole al César cosa de buen capitán aventurar las legiones sin hacer primero puentes y guarnecerlos bastantemente, hizo pasar por el vado la caballería, á cargo de Estertinio y Emilio, uno de los primipilares (1). Estos, pues, se separaron, vadeando el río por diversas partes, para separar también al enemigo. Cariovalda, capitán de los bata-

(1) Dábase este nombre al centurión de la primera centuria de la primera cohorte de la legión. Era el encargado de la custodia del águila de la misma. Rich, en su *Diccionario de ant. rom. y griegas*, dice que era un título que conservaba como una distinción honorífica, aun después de haber recibido su licencia, el oficial que había tenido el grado de primer centurión del primer manipulo de los triarios.

vos, pasó por donde el río se mostraba más rápido, al cual los queruscos, fingiendo retirarse, le llevaron hasta un llano rodeado de bosques. De allí, saliendo juntos y esparciéndose por todo, cierran con quien les resiste, aprietan á los que se retiran, y en juntándose y apiñándose todos, los atropellan y rompen á los unos de cerca con las armas, y á los otros de lejos con el temor. Cariovalda, después de haber largo espacio sostenido el impetu enemigo, exhortando á los suyos á que se apretasen entre si para abrir las tropas que cerraban, arremetiendo él á la más espesa y matándole antes el caballo, murió atravesado de flechas y de dardos, y con él muchos nobles. Los demás, con su propio valor, y socorridos por los caballos de Estertinio y Emilio, se libraron del peligro.

El César, pasado el Visurgo, tuvo noticia por un fugitivo del lugar que había escogido Arminio para la batalla, y cómo en la selva consagrada á Hércules se habían recogido otras naciones con ánimo de acometer aquella noche los alojamientos. Dióse crédito á este hombre, y veíanse ya de lejos los fuegos encendidos; por cuyo medio, acercándose un poco más los corredores romanos, volvieron con aviso de haber oído grandes relinchos de caballos y el murmurio de una confusa y desordenada muchedumbre de gente. Con esto, Germánico, viéndose cercano á haber de tratar de la suma de las cosas, y pareciéndole acertado tentar el ánimo de los soldados, pensaba en si el mejor medio para poderlo hacer con verdad y entereza. Sabía bien que los tribunos y centuriones tienen por costumbre decir las cosas, más como saben que han de agradar que como ellos las entienden. Conocía que los libertinos conservan siempre aquel ánimo servil, y que entre los amigos de los príncipes suele reinar de ordinario la adulación. Si hacía

parlamento en general á todos, allí también sucedía gritar á bulto muchos lo que comenzaban á decir pocos. Resolvióse al fin, para tener conocido el ánimo de su gente, en procurar oír él mismo lo que los soldados decían á sus camaradas, entre las viandas militares, cuando más seguros estuviesen de que no eran oídos, profiriendo sin respetos su esperanza ó su temor.

Venida la noche sale por la puerta augural (1), y camina por lugares encubiertos y no practicados de las rondas en compañía de uno solo, y disfrazado con el pellejo de una fiera sobre las espaldas, discurre por los cuarteles, arrimando el oído á las tiendas y ranchos de los soldados y gozando de las pláticas que se hacían de él. Unos le alababan de capitán nobilísimo; otros de gracia y gentileza; muchos engrandecían su paciencia, su cortesía y su valor siempre uno y de una manera, tanto en las cosas de gusto como en las graves, confesando que era general obligación darle las gracias de todo y corresponderle peleando, y juntamente sacrificando á la gloria y á la venganza á aquellos pérfidos violadores de la paz. Estando en esto, uno de los enemigos que sabía la lengua latina, llegándose con su caballo á los reparos, comenzó á dar voces, prometiendo de parte de Arminio mujeres, campos y dos ducados y medio (cien sestercios) de paga cada día á los que se pasen á su servicio todo lo que durase la guerra. Encendió grandemente esta afrenta la ira de las legiones. «Venga el día—decían—, dése la batalla, y verán si saben los soldados tomar los campos de los germanos y quitarles las mujeres, aceptando el buen agüero con que ellos mis-

(1) Dábase el nombre de augural al sitio que estaba á la derecha de la tienda del general (pretorio), donde se consultaban los augurios y se alimentaban las gallinas sagradas.

mos destinaban á la presa sus matrimonios y sus dineros.» Cerca de la tercia guardia hicieron tocar arma en nuestro campo, sin arrimarse á tiro de dardo, por ver coronadas de gente las trincheras y que se estaba alerta.

Pasó aquella noche Germánico con dulce reposo: parecióle entre sueños que sacrificaba, y que viéndose con la vestidura llamada pretexta rociada de aquella sacra sangre, su abuela Augusta le vestía con sus manos otra mucho más hermosa. Con este segundo agüero, y viendo su empresa aprobada por los auspicios, convocado el parlamento, da cuenta de las provisiones hechas con prudencia y á propósito para la cercana batalla, diciendo «que no sólo era la campaña cómoda á los soldados romanos para pelear, mas que sabiéndose gobernar, lo eran también las selvas y los bosques; porque los escudos desmesurados de los bárbaros y las largas picas no eran de servicio ni se podían manejar entre aquellos troncos de árboles y entre aquella espesura de ramas con la facilidad que sus dardos y sus espadas (1), á que ayudaban sus armas defensivas, cómodas y apretadas con el cuerpo; que lo que convenía era menudear los golpes, encaminando las puntas al rostro del enemigo, visto que los germanos no usaban celadas, ni corazas, ni paveses reforzados de nervios ó de hierro, sino algunos de mimbres tejidos, y otros de tablas delgadas y pin-

(1) El *pilum* era un arma peculiar de la infantería romana sumamente temible, puesto que, á la vez que arrojadiza, servía, como la pica, para cargar al enemigo en ocasiones dadas, y aunque era más corta que la lanza, pues tenía á lo más cuatro codos y medio, ó sea siete pies escasos de largo, estaba armada de un hierro más fuerte y más ancho y de unos tres pies de longitud. En cuanto á la espada romana, no tenía más que unas veinte pulgadas de largo, pero era muy pesada, de dos filos, y de tan buen temple, que se podía con ella romper un escudo ó hacer pedazos una puerta.

tadas de colores, que iban bien ó mal armados de picas los de las primeras hileras, pero los otros, cuando mucho, de palos tostados y de otras armas cortas. Sus cuerpos, así como fieros en el aspecto, y por ventura poderosos para sostener algún breve asalto, asimismo eran impacientes de las heridas; poco cuidadosos de honra, desobedientes á sus capitanes; que en antojándoseles huían y desamparaban el campo, y no menos medrosos en las adversidades que insolentes en los sucesos prósperos, y menospreciadores de los hombres y de los dioses. Si deseáis — decía — poner fin al enfado de tan largos viajes y á las descomodidades de la mar, el remedio es vencer esta batalla. Más cercanos estáis ya del Albis que del Rhin; y sin duda acabaremos la guerra si á mí, que sigo las pisadas de mi padre y de mi tío, me hacéis victorioso en estas mismas tierras». Á la oración del general, seguido el aplauso y el ardor de los soldados, se dió la señal de la batalla.

No se descuidaban Arminio y los demás principes germanos de exhortar cada uno á los suyos, diciendo «que eran aquéllos las reliquias de aquellos romanos fugacisimos del ejército de Varo que por no sufrir la guerra habian movido una sedición; parte de los cuales, cargados de heridas, ofrecian de nuevo las espaldas, y parte los miembros quebrantados de las ondas y borrascas del mar á los enemigos enojados y á los dioses contrarios, sin alguna esperanza de salud; que no se habían valido de la armada y del viaje inusitado del Océano, sino por no ser acometidos en el camino, ni seguidos después de rotos. Lleguemos una vez á las manos, que en vano apelarán los vencidos para el favor de los vientos y ayuda de los remos. Acordaos de la avaricia, crueldad y soberbia de los romanos, y que para acabar con ellos no os queda ya otro remedio que conservar la

libertad ó morir por lo menos antes de la servidumbre».

Animados con esto, y pidiendo la batalla, los lleva á un campo llamado Idistaviso (1), puesto que entre el río Visurgo y las montañas, de espacio desigual, según que la ribera da lugar á las corrientes de las aguas, ó lo resisten las alturas de los montes. Había á las espaldas un bosque alto, aunque con el suelo limpio entre los troncos de los árboles. La ordenanza bárbara ocupó la campaña y la entrada del bosque; sólo los queruscos se pusieron en lo alto de los montes, con intento de herir en los romanos trabada que fuese la pelea. Caminaba de esta manera nuestro ejército: en la frente los auxiliaarios galos y germanos; tras ellos los arqueros á pie; después cuatro legiones con la persona del César, dos cohortes de pretorianos y la caballería escogida; seguían las otras cuatro legiones y los armados á la ligera, con los arqueros á caballo y las demás cohortes de confederados. Estando, pues, todos los soldados atentos á conservar su ordenanza y aparejados á menear las manos, Germánico, viendo las escuadras de queruscos, que por fiereza de ánimo se habían anticipado á pelear, venir cerrando su caballería escogida, envió á Estertinio con el resto de sus tropas y orden de procurar cogerlos en medio y embestirlos por las espaldas, ofreciendo socorrerle en la ocasión. En esto, reparando Germánico en un hermosísimo agujero, es á saber, ocho águilas que entraban en el bosque, comenzó á gritar á los soldados, diciendo «que siguiesen las aves romanas, deidad particular de las legiones». Cierra en esto la infantería por

(1) Los intérpretes andan discordes acerca del sitio que debió ocupar este campo de batalla, que, sin embargo, deba ser en la orilla derecha del Vesar. Broher le coloca cerca de Hamein, no lejos del lugar donde el mariscal d'Estrées alcanzó en 1752 la victoria de Hattembek.

frente, y los caballos enviados primero comienzan á cargar por los costados y por las espaldas; entonces, cosa maravillosa, dos escuadrones enemigos, es á saber, los que ocupaban los lugares descubiertos del bosque y los que tenían su ordenanza en la campaña abierta, huyendo al contrario los unos de los otros, procuraban éstos salvarse en la espesura, y aquéllos en la aspereza de los montes. Los queruscos, cogidos en medio, eran arrojados del monte abajo; entre los cuales el famoso Arminio, con la mano, con las voces y con los golpes que daba, sostenía la batalla, y cerrando con los arqueros, rompiendo por ellos, hubiera escapado por allí, si las cohortes de retios, vindelicos y galos no se le hubieran opuesto con sus banderas. Todavía con su fuerza y con el ímpetu del caballo, manchándose el rostro con su propia sangre por no ser conocido, se salvó. Quieren algunos que, conocido por los caucios, que militaban entre las ayudas romanas, fué dejado pasar. El valor ó el mismo fraude dió ni más ni menos escape á Inguiomaro; los demás, degollados por todas partes, y muchos procurando pasar el Visurgo, perecieron, ó de la violencia del río, ó de las armas arrojadas, y, finalmente, del peso de los que caían en él por ocasión de la dificultad y altura de sus orillas. Algunos con vergonzosa huida, trepando hasta la cumbre de los árboles y escondiéndose entre las ramas, sirvieron de blanco y regocijo á los arqueros; á otros mataron cortando los árboles por el pie.

Fué grande esta victoria, y sin sangre nuestra, habiendo durado la matanza desde la quinta hora del día hasta la noche, hinchándose los campos por espacio de tres leguas de cuerpos muertos y de armas. Halláronse entre los despojos las cadenas que traían para atar á los romanos, como seguros de la victoria. Los soldados en

el lugar de la batalla saludaron á Tiberio, emperador, y levantando un bastón pusieron encima las armas enemigas á modo de trofeo, con una larga inscripción de los nombres de las naciones vencidas.

No provocaron tanto la ira y el dolor de los germanos las heridas, el llanto y la destrucción como los movió la afrenta de este espectáculo; tal, que los que no trataban ya sino de desamparar sus propias tierras y retirarse de allá del Albis, piden de nuevo la batalla, arrebatan las armas, y juntos nobles y plebeyos, viejos y mozos, inquietan y acometen de improviso el campo romano. Escogen, finalmente, un puesto cerrado entre el río y los bosques, dentro del cual había una llanura estrecha y pantanosa. Todo este puesto estaba rodeado de una profunda laguna, salvo un breve espacio donde los angrivarios habían levantado un trincherón ó calzada muy ancha, por término y mojón entre sus tierras y las de los queruscos. Aquí alojaron su gente de á pie, escondiendo su caballería en los vecinos bosques consagrados, para embestir la retaguardia de las legiones en viéndolas entrar por la espesura de las selvas.

No ignoraba estos designios Germánico, advertido de los consejos del enemigo y de sus acciones públicas y secretas, de todo lo cual se servía para emplearlo en daño de sus contrarios. Dió el cargo de los caballos y el llano á Seyo Tuberón, legado, y ordenó de suerte la infantería que una parte entrase por la llanura en el bosque, y la otra acometiese el trincherón ó calzada; escogió para sí el puesto más peligroso, dejando los demás á los legados. Los que iban por la campaña pasaron adelante fácilmente, mas los que habían de ganar el trincherón, arrimándose á él, como si se arrimaran al pie de una muralla, eran de arriba gravemente ofendidos. Conoció luego el general la desigualdad que había

en pelear los suyos de tan cerca, y haciendo retirar un poco las legiones, ordenó que los honderos y tiradores de otras armas arrojadizas quitasen al enemigo de la defensa. Tirábanse armas enastadas con las máquinas, y cuanto más altos se descubrían los defensores, tanto más eran heridos y derribados. Fué el primero el César, que con las cohortes pretorias se apoderó del trincherón, y cerrando con el bosque, se vino á las manos á media espada, tal, que teniendo el enemigo cerradas las espaldas con el estaño ó lago y los romanos con el rio y los montes, daba á todos el sitio necesidad, la virtud esperanza y sólo la victoria salud.

No eran los germanos inferiores en el valor, aunque sí en las armas y en el modo de pelear; porque aquella gran muchedumbre no podía en los lugares estrechos manejar las largas picas, ni valerse de la destreza ó velocidad de la persona, constreñida á menear las manos á pie firme. En contrario, los nuestros, con el escudo al pecho y la espada empuñada, herian aquellos cuerpos grandes y desnudos rostros, abriéndose camino con estrago del enemigo, habiendo ya perdido el ánimo Arminio, ó por los continuos peligros, ó por aquel nuevo trabajo. Donde Inguiomaro, discurriendo por la batalla y hallándose en todo, vino á quedar antes desamparado de la fortuna que del valor. Germánico, quitándose la celada para ser mejor conocido, exhortaba á los suyos «á que no perdonasen la vida á enemigo alguno, que no era tiempo de hacer prisioneros; pues sólo con el fin y entera destrucción de aquella gente se podía fenecer la guerra». Hecha partir hacia la tarde una legión á preparar el alojamiento, las otras hasta la noche se hartaron de sangre enemiga, habiendo la caballería peleado sin ventaja.

El César, loados en el Parlamento los vencedores,

hizo levantar un trofeo de armas con este soberbio título:

EL EJÉRCITO DE TIBERIO CÉSAR, SOJUZGADAS LAS NACIONES
ENTRE EL RHIN Y EL ALBIS, CONSAGRA ESTA MEMORIA
Á MARTE, Á JÚPITER Y Á AUGUSTO.

No añadió otra cosa de su persona, ó por huir la envidia, ó porque le pareció que es bastante paga de cualquiera acción, por noble y generosa que sea, la satisfacción de nuestra propia conciencia. Ordenó después á Estertinio que moviese la guerra contra los angrivarios, si no se entregaban luego; mas ellos, rindiéndose á discreción, alcanzaron perdón de todo.

Estando ya muy adelante el verano, se envió por tierra á los acostumbrados invernaderos una parte de las legiones; la otra mayor, por el río Amisia, condujo el César al Océano. Rompian al principio el mar quieto y apacible los remos y las velas de mil naves, cuando saliendo de un globo negro de nubes un pedrisquero con tempestad arrebatada, comenzaron las olas á levantarse tan altas, que del todo impidieron á los pilotos el tino y el modo de gobernar, y los soldados, medrosos y no acostumbrados á los peligros y faenas de la mar, mientras embarazan á los marineros ó fuera de tiempo los ayudan, impiden el necesario ejercicio de los prácticos. Resuélvese después todo aquel cielo y mar turbado en un viento soberbio de mediodía, el cual, reforzado por innumerables nubes, arrojadas de las montuosas regiones y profundos ríos de Germania, y hecho más violento por la frialdad del vecino septentrión, arrebatada las naves, arrojándolas en lo más descubierta del Océano ó en islas rodeadas de escollos ó peligrosas por la incertidumbre del fondo. Escapados algún tanto y con gran dificultad los navíos de estos lugares peligrosos por ha-

berse mudado la corriente que los llevaba á merced de los vientos, cayeron en otro mayor, no pudiendo echar las áncoras, ni agotar el agua que entraba dentro de los bajeles, para alivio de los cuales comienzan á arrojarse caballos, bestias de carga, bagaje y hasta las mismas armas, deseando, con librarse de aquel peso, evitar la entrada de las ondas y vaciar las que ya habían entrado por los costados.

Cuanto es más tempestuoso que los otros mares el Océano y el cielo de la Germania más riguroso y áspero, tanto fué mayor y más nuevo aquel estrago en medio de las riberas enemigas y del mar tan extendido y profundo, que no sin causa se cree ser el último de todos, y que después de él no hay tierra alguna. Fueron sorbidas parte de las naves, las más arrojadas á islas apartadísimas y tan deshabitadas y sin género de sustento, que los soldados que no tuvieron estómago para sustentarse de los caballos muertos arrojados á la costa por el furor de las ondas, murieron de hambre. La galera capitana sola con Germánico surgió en los caucios; el cual, días y noches, por todos aquellos escollos y promontorios, llamándose merecedor de aquel trabajo, apenas pudieron defenderle sus amigos que no se arrojase en el mismo mar. Finalmente, cesando la fortuna y volviéndose el viento favorable, vuelven las galeras casi sin remo, las naves con capas y otras vestiduras cosidas en lugar de velas, y las que de una manera ni de otra podían hacer camino, eran remolcadas por las menos rotas. Las cuales, remendadas brevemente lo mejor que se pudo, se enviaron luego en busca de las islas, y con esta diligencia se recuperaron muchos soldados. Muchos también fueron enviados por los angrivarios, venidos de nuevo á la obediencia romana, rescatando los lugares la tierra adentro. Otros, transportados á In-

glaterra, alcanzaron libertad por obra de aquellos reyezuelos. Contaba cada cual, cuanto venía de más lejos, mayores maravillas; encarecían la violencia grande de la tempestad; pintaban aves de quien jamás se tuvo noticia, monstruos marinos, formas diversas de animales y de hombres, cosas vistas por los ojos ó imaginadas por el miedo.

La fama de haberse perdido la armada, así como incitó á los germanos á nuevos deseos de guerra, asimismo despertó á Germánico el de procurarlos refrenar. Y habiendo enviado á daño de los catts á Cayo Silio con treinta mil infantes y tres mil caballos, él con la mayor fuerza va sobre los marsos, cuya cabeza, Malovendo, poco antes recibido en devoción, avisó del lugar donde estaba enterrada el águila de la legión de Varo, advirtiéndole que la guardaba poca gente. A cuya causa, enviada luego la que bastó para provocar por frente al enemigo, y otras escuadras que entretanto cavasen la tierra á las espaldas, á todos sucedió prósperamente. Pasa con esto Germánico tanto más animosamente adelante, saquea el país, sigue á los enemigos que no se atreven á hacerle rostro, y rompe á los que se le hacen, jamás con el espanto y terror que entonces, como se supo por relación de prisioneros, á cuya causa «publican á los romanos por invencibles y por ningún accidente superables, pues que perdida la flota y las armas, después de haber cubierto la playa de hombres y de caballos muertos, los acometían con la misma fuerza y con el mismo ánimo que si hubieran crecido en número».

Redujo después los soldados á sus invernaderos, alegres de haber con esta próspera facción recompensado los trabajos de la mar: añadióseles el gusto con la gran liberalidad del César, que pagó á cada uno los daños que constó haber recibido. Nadie pone duda en que los ene-

migos estaban suspensos y con intento de pedir la paz, ni de que el verano siguiente se hubiera podido acabar la guerra; mas Tiberio con continuas cartas lo llamaba para recibir el triunfo que se le había decretado, diciendo «que ya había trabajado harto; que había tentado la fortuna bastantemente, dado y ganado grandes y felices batallas; mas que era justo acordarse también de los crueles daños que, aunque sin culpa suya, habían causado la mar y el viento; que él había sido enviado nueve veces á Germania por Augusto, obrando más con el consejo que con la fuerza, rindiéndosele por este medio los sicambros y los suevos, obligando á la paz al rey Maroboduo, y que estando, como estaba ya, harto vengada la sangre romana, no había peligro en dejar á los queruscos y á las demás naciones rebeldes en poder de sus discordias intestinas». Y pidiéndole Germánico un año de tiempo para fenecer aquellas empresas, tentó más apretadamente su modestia ofreciéndole el segundo consulado, para cuya administración era necesaria su presencia; añadiendo juntamente que, si todavía quedaba algún rastro de guerra, dejase aquella ocasión á Druso, el cual, no habiendo enemigos en otra parte, no podía ganar nombre de Emperador ni láurea sino en Germania. No se detuvo más Germánico, si bien conocía ser todo fingido por envidia y por apartarle del ya ganado esplendor.

En este tiempo fué acusado de tentar cosas nuevas contra el Estado Libón Druso, de la familia Scribonia. Contaré distintamente el principio, el orden y el fin de este suceso, habiendo sido hallado entonces lo que después por tantos años afligió y consumió la República. Firmio Cato, senador, amigo íntimo de Libón, tuvo maña de persuadir al mozo incauto y vano el dar oídos á caldeos, á magos y á intérpretes de sueños; y representándole

que Pompeyo fué su bisabuelo, Scribonia su tía de parte de padre, mujer que fué de Augusto, los Césares sus primos, su casa llena de insignias de nobleza, le exhortaba á vivir viciosamente, tomar dineros prestados, haciéndosele compañero en los deleites y en las demás cosas secretas por convencerle mejor con los indicios.

Cuando le pareció tener suficientes testigos y esclavos que pudiesen testificar lo mismo, pide audiencia al príncipe, dando cuenta del delito y del delincuente por vía de Flaco Vesculario, caballero romano, gran privado de Tiberio, el cual, aunque no menospreció el aviso, no quiso verse con el acusador, diciendo «que por medio del mismo Flaco se le podía dar entera noticia de todo». Hace en tanto pretor á Libón; convidale á su mesa sin mudar de rostro ni alterarse de palabras; tanto sabía tener escondido su enojo; y pudiendo atajar los intentos de Libón, quería antes saber lo que hacia y decía, hasta que un cierto Junio, persuadido á que con enredos y conjuros hiciese comparecer sombras infernales, lo refirió á Fulcinio Trión. Era entre los acusadores muy celebrado el ingenio de Trión, como de hombre que se holgaba de tener ruin fama. Pone luego la acusación al reo, va á los cónsules y requiere que el Senado vea la causa. Convócanse con esto los senadores (1), añadiendo que se había de tratar de una cosa grande y atroz.

(1) En los tiempos de la República, dice Dureau de la Malle, no había nada irrevocablemente establecido acerca de las asambleas del Senado, siendo Augusto el que primero ordenó que se celebrasen en las calendas é idus de cada mes. Tenían obligación de asistir á ellas todos los senadores, y á fin de quitarles todo pretexto para excusarse de ello, procuró que en los días de reunión no tuviesen ningún otro negocio que pudiese distraerles, ningún juicio que pudiese ocuparles. A los que dejaban de asistir sin justa causa, se les imponía una multa, que Augusto

Libón, en tanto, mudado de vestidos, acompañado de muchas mujeres nobles, va á casa de los senadores, encomendándose á sus parientes y rogándoles que en aquel peligro hablen por él; excusándose todos con varios pretextos, por hallarse preocupados del mismo temor. El día del Senado, cansado Libón ó combatido del cuidado ó del miedo, como algunos han dicho, fingiéndose enfermo (1), se hizo llevar en litera á la puerta de palacio, y sostenido de su hermano, extendiendo las manos y suplicando con humildes palabras á Tiberio, fué recibido con rostro inmóvil y severo. Recitó César la acusación y los autores de tal suerte, que no se echaba de ver si quería aligerar ó agravar los delitos.

Habíanse añadido por acusadores, á más de Trión y Cato, Fonteyo, Agripa y Cayo Vivio, y debatiendo en-

aumentó, y como en semejantes casos el ser muchos los culpables hace que quede impune la falta, estableció que cuando el número de éstos fuese muy crecido, se echasen suertes entre ellos, multando á uno por cada cinco.

Además de esas asambleas fijas y regulares, que se llamaban *senatus legitimus*, las había extraordinarias, como en el caso de que habla el autor, y á las cuales se daba el nombre de *senatus indictus*.

Necesitábase el concurso de 400 senadores para que los *senatus consultos* tuviesen fuerza de ley. Augusto estableció, sin embargo, que fuesen válidos aun cuando no llegasen los asistentes á dicha cifra, y hasta fijó una como especie de tarifa, señalando el número de senadores que se necesitaba para cada clase de negocios. No por dejar de concurrir los senadores necesarios se dejaban de tomar resoluciones, sólo que en este caso se las llamaba *senatus auctoritas*, y no *senatus consulto*. Lo mismo se practicaba cuando había oposición de parte de algún tribuno que impidiese la redacción del *senatus consulto*, ó cuando el Senado era convocado precipitadamente.

(1) Según Dion, LVII, 15, Libón había estado realmente enfermo, y Tiberio no quiso citarle á juicio hasta que estuviese bien. Séneca habla de él en su libro de *Clemencia*, y en la *Epistola* 70, en que refiere su muerte, le llama *juvenem tam stultum quam nobilem*.

tre ellos sobre quién había de tomar á su cargo el orar primero contra el reo, viendo Vivio que no se concertaba, y que Libón había entrado sin abogado, prometiendo de referir sus delitos uno á uno, declaró desatinados cargos: es á saber, que Libón había consultado sobre si tendría jamás tanto dinero que bastase á cubrir la vía Apia hasta Brindis (1), y otras semejantes locuras y vanidades que, consideradas más mansamente, eran dignas de compasión. Fundábase el acusador en una escritura de mano de Libón, con ciertas notas de ocultos caracteres, que al parecer denotaban alguna gran crueldad, añadidos los nombres de César (2) y de los senadores. Llegado el reo, fué resuelto de examinar con tortura á sus esclavos. Y porque por antiguo decreto del Senado había sido prohibido el examen de los tales cuando se tratase de la vida de su señor, Tiberio, sagaz é inventor de nuevas leyes (3), mandó que se vendiesen todos á un procurador de las rentas públicas, por poder, sin contravenir al decreto, proceder contra Libón por vía de su esclavos. Visto esto por el reo, pidió de tiempo todo el día siguiente, y vuelto á su casa con Publio Quirino, su pariente, envió al príncipe los últimos ruegos, sacando por respuesta que acudiese al Senado. Estaba entretanto rodeada la casa de Libón de soldados, los cuales hasta en el patio hacían rumor para ser oídos y vistos; cuando Libón, cenando, atormentado de las viandas mismas aparejadas para su postre sustento, llama á quien le mate, pone el cuchillo

(1) Esto es, dice Louantre, en una extensión de trescientos sesenta mil pasos.

(2) El original latino dice *Cæsarum*, de los Césares, esto es, de Tiberio, Druso y Germánico.

(3) Según Dión, LV, 5, fué Augusto quien, en 746, inventó esta manera de eludir la ley.

en las manos de sus criados ofreciendo el pecho á los golpes, y mientras ellos, medrosos, huyen, dan con las mesas y con las luces en el suelo. Él, en aquella funesta obscuridad, con dos heridas en las entrañas, se mata. Corrieron los libertos, sentido el gemido y la caída, y los soldados, en viendo que habia expirado, se fueron de allí y le dejaron. Sin embargo, se siguió la causa en el Senado tan criminalmente como antes, jurando Tiberio que hubiera pedido en gracia su vida, aunque pareciera culpado, si no le previniera con muerte voluntaria.

Su hacienda se repartió entre los que le acusaron, y á los que eran senadores se les dió la pretura supernumeraria. Propuso entonces Cotta Mesalino (1) que en las exequias de los descendientes de Libón no se pudiese llevar su imagen. Gneo Lentulo fué de parecer que ninguno de los Scribonianos pudiese tomar el sobrenombre de Druso, y por consejo de Pomponio Flaco fueron ordenados ciertos días en que se hubiesen de hacer procesiones generales. Lucio Pisón, Galo Asinio, Papiro Mutilo y Lucio Apronio votaron que se llevasen dones á Júpiter, á Marte y á la Concordia, y que el día de los trece de septiembre, en que se mató Libón, fuese solemnizado como fiesta. He querido notar aquí las autoridades y adulaciones de estos personajes, para que se sepa que era esto ya mal viejo de la República. Hiciéronse otros decretos en el Senado, sobre el expeler de Italia á los astrólogos (2) y magos, entre los cuales Lucio Pi-

(1) Este hombre odioso, de quien se habla en otros varios pasajes de los Anales, era hijo del famoso orador M. Valerio Melasa Corvino.

(2) Ya en 614 el pretor Domicio Hespelo habia expulsado á los astrólogos de Roma y de Italia. En tiempo del Imperio se renovaron varias veces los edictos contra los que se dedicaban á las ciencias ocultas, sin que se lograra jamás extirparlos. Su número fué, por el contrario, en aumento en los últimos tiempos

tuano fué despeñado de la roca Tarpeya. Los cónsules, conforme al uso antiguo, hicieron justicia á son de trompetas de Publio Murcio, fuera de la puerta Esquilina (1).

En el siguiente Senado, Quinto Haterio, que había sido cónsul, y Octavio Frontón, que acababa de ser pretor, habiendo dicho varias cosas contra las grandes pompas y excesiva suntuosidad de Roma, se decretó que no se pudiese usar de vajilla de oro macizo para servir las viandas, ni los hombres osasen vestirse de seda de la India (2); mas Frontón pasó más adelante: que se moderase la plata, los vestidos y la abundancia de criados. Duraba todavía el poder los senadores decir su parecer cuando era servicio de la República, aunque fuese saliendo de lo que se había propuesto. En contrario discurrió Galo Asinio, diciendo: «Que habían crecido con el aumento del Imperio las riquezas particulares, y que el tenerlas no era cosa nueva, sino conforme á las antiguas costumbres. Que habian sido de una manera las riquezas de los Fabricios y de otra las de los Scipiones, aunque todas proporcionadas á la República,

de Roma, pudiendo decirse que crecían en ella la superstición y la fe en aquellos embaucadores, á la par que se debilitaban las creencias.

(1) Los reos eran descabezados de un hachazo, y sus cadáveres arrojados á los pozos. La publicación de las sentencias se hacía á son de trompetas en los sitios más públicos de la ciudad y delante de la casa del culpable; costumbre que se conservo durante toda la Edad Media, y que en algunos pueblos ha llegado hasta nuestros días.

(2) «Esta suerte de seda, á la que Tácito llama *serica* — dice el T. E. —, quiere Lipsio que se críe en la India en ciertos árboles no diferentes de nuestros sauces.» Es lo cierto que los intérpretes andan muy discordes acerca del sentido de la palabra *serica*. Unos pretenden que sea algodón, otros la lana de que se hace el casimir, si bien la opinión más común es la de que se trata de una tela de seda.

la cual, mientras fué pobre, era necesario que lo fuesen también los ciudadanos. Mas llegada después á tanta grandeza, consecuentemente habían crecido las haciendas particulares; que ni de criados, de plata, ni de otra cosa de las que se ponen en uso, puede decirse que es mucho ó que es poco, pues todo se regula con la fortuna del que lo posee, que á esta causa se distinguían las rentas de los senadores y de los caballeros (1), no porque entre sí sean diversos de naturaleza, mas porque haya precedencia en los lugares, en los órdenes y en la dignidad; y ni más ni menos en las demás cosas que se aparejan por recreación del ánimo ó por la salud del cuerpo, si ya no queremos que los más ilustres y aparentes hayan de tener todo el cuidado, y exponerse á mayores peligros y estar privados de aquellas cosas que facilitan y ablandan semejantes penalidades». La conformidad de los oyentes y la cubierta de vicios, so color de nombres honestos, hizo agradable á todos el parecer de Galo, añadiendo Tiberio «que no era aquel tiempo de reforma ni faltaría, si en alguna cosa se excediese á las buenas costumbres, quien estudiase en corregirlas».

Entre estas cosas, reprendiendo Lucio Pisón las ambiciosas negociaciones de los que seguían el foro, la corruptela de los jueces, la crueldad de los oradores, que de ordinario amenazaban de poner acusaciones, protestó de quererse partir de Roma y de irse á vivir en algún lugar en el campo apartado y escondido, y diciendo esto se parte del Senado. Conmovido de esto Tiberio, á más de aplacar á Pisón con palabras amorosas, hizo también que sus parientes, con su autoridad y

(1) El censo ó renta de éstos debía ser de 400.000, y de 1.200.000 sestercios el de los primeros.

ruegos, le detuviesen. No dió menor señal de libertad de ánimo el mismo Pisón con llamar á juicio á Urgulania, la cual, animada del favor y privanza de Augusta, se había venido á hacer más poderosa de lo que permitían las leyes. Y así como Urgulania no obedeció, retirándose en casa de César sin dársele nada por Pisón, así él no cesó de acusarla, por más que Augusta procuró mostrar que con esto se le perdía el respeto y aniquilaba la autoridad. Tiberio, pareciéndole que no era justo sufrir á su madre más que hasta aquel punto, ofreciéndole que quería él mismo comparecer ante el tribunal del pretor por abogado de Urgulania, salió de palacio, dando orden que le siguiesen los soldados de lejos. Causaba admiración al pueblo que concurría la compostura de su rostro y el verle con diversos razonamientos alargar el tiempo y el camino, hasta que fatigándose en vano los parientes de Pisón por quitarle, hubo de enviar Augusta el dinero que se le pedía á Urgulania. Este fin tuvo este caso, del cual quedó muy honrado Pisón, y César con mejor fama. Mas era tal la autoridad de esta mujer en Roma, que no se dignó de comparecer en el Senado por testigo en una causa que se trataba, y fué menester enviar á su casa el pretor para examinarla, siendo así que por usanza antigua se acostumbraba oír en el foro y en juicio hasta las virgenes vestales cuando son llamadas por testigos de verdad.

De buena gana dejaría de referir á lo que se extendieron estas cosas el año en que vamos, si no me pareciese útil el saberse la diversidad de opiniones de Pisón y Asinio Galo con ocasión de este mismo negocio. Pisón, puesto que había ofrecido de defender la causa de Urgulania, no dejó de seguirla por eso, antes juzgó que debía insistir tanto más, cuanto por no haberse de ha-

llar el príncipe al juicio del proceso, á causa de haber de hacer el oficio de abogado, podían decir con mayor libertad sus votos los senadores y caballeros, cosa bien conveniente á la República. Galo, á causa de que Pisón había preocupado esta apariencia de libertad, decía en contrario: «Que no había cosa excelente ó digna del pueblo romano, sino lo que se hacía delante de César, á cuya causa la junta de toda Italia y el concurso de las provincias debía ser reservado á su presencia.» Oyendo estas cosas Tiberio y callando, dado que se trataba con gran contención por ambas partes, fueron al fin diferidas.

Movióse después otra contienda entre Galo y César; porque Galo quería que cada cinco años se hiciesen los comicios ó juntas para la creación de los magistrados; quería también que los legados de las legiones (1), llegados á aquel grado en la milicia antes de ser pretores, estuviesen desde luego destinados para serlo, y que el príncipe nombrase hasta doce candidatos ó pretendientes para presentar en el discurso de los cinco años. No hay duda de que este voto penetraba más altamente en los secretos del Imperio. Todavía discurría César como si por ello se le acrecentara autoridad, diciendo: «Que era demasiado para su modestia el elegir tantos y dife-

(1) «Un general de ejército — dice Burnouf—, aun cuando no hubiese sido más que pretor, se llamaba *legatus consularis*, de la misma manera que un comandante de legión se llamaba *legatus prætorius*, aun cuando no hubiese ejercido nunca esta importante magistratura. Así, pues, aquel grado era en algún modo asimilado á la pretura y hacía que, á su vuelta á Roma, pudiese el que lo tenia aspirar á ella. Ahora bien: si se hubiese nombrado á los magistrados por cinco años, como proponía Galo, se hubieran tenido que diferir por este mismo espacio de tiempo las esperanzas de los tenientes, y como eso hubiera redundado en su daño, por eso pedía además que fuesen al propio tiempo designados pretores por el derecho mismo de su grado militar.»

rir tanto; que aun haciéndose la elección cada año, era imposible dejar de quedar muchos descontentos y ofendidos, puesto que les quedase esperanza para el año venidero, bastante á consolarlos de la repulsa; ¿cuál sería, pues, el odio de aquellos que se viesen reprobados por cinco? ¿Cómo se puede antever el ánimo, la casa y la fortuna que han de tener, cuando tras tan largo tiempo lleguen á ser elegidos? Si los que lo son se ensoberbecen con tener aquella honra un año, ¿qué harán cuando sepan que les ha de durar cinco? Multiplicarse hian otras tantas veces los magistrados, trastornarse hian las leyes, las cuales tienen puesto limite á la industria de los opositores, y al procurar y gozar las honras.»

Con esta semejanza de palabras favorables retuvo la fuerza y autoridad del Imperio; ganó la gracia de algunos senadores aumentándoles las rentas, y así causó mayor maravilla el ver lo mal que tomó y el poco caso que hizo de los ruegos de Marco Hortalo, mozo noble y de conocida pobreza. Era Marco Hortalo nieto de Hortensio el orador, y habiale obligado á casarse la liberalidad de Augusto, que le dió, á titulo de que dejase sucesión y no se acabase su noble linaje, veinticinco mil escudos de oro (un millón de sestercios). Éste, pues, poniendo en hilera cuatro hijos que tenia á la entrada de la puerta del Senado, que se tenia entonces en palacio, en lugar de decir su voto como los demás, mirando ya á la estatua de Hortensio colocada entre las de los demás oradores, y á la de Augusto, comenzó así: «Padres conscriptos, yo, no de mi voluntad, mas por exhortación del príncipe, y porque mis mayores merecieron sucesión, tengo estos hijos de la edad pueril y del número que veis. Porque á mi, que por la variedad de los tiempos no he podido alcanzar hacienda, ni

favor del pueblo ó elocuencia, dote peculiar de nuestro linaje, me hubiera bastado que mi pobreza no me obligara á mí á padecer vergüenza y carga á los demás. Caséme con orden del Emperador : ésta es la descendencia de tantos cónsules, de tantos dictadores; no lo digo porque me tengáis envidia, sino por impetrar misericordia. Participarán viviendo tú, ¡oh César!, de las honras que les darás; mas defiende entretanto de la pobreza á los biznietos de Quinto Hortensio y á las crianzas de Augusto.»

La inclinación que mostró el Senado de ayudar á Hortalo, sirvió á Tiberio de estímulo para negarle lo que pedía, casi con estas palabras : «Si cuantos pobres hay comienzan á recurrir acá y á pedir dineros para sus hijos, jamás se cansará ninguno, y la República se empobrecerá sin duda. ¿No fué concedido de nuestros mayores el salir alguna vez de la proposición; diciendo su parecer por el bien público, para que nos sirvamos de esta licencia en negocios particulares, y para aumentar nuestros intereses con envidia ó cargo del Senado y del príncipe, no menos en el conceder que en el negar la demanda? Porque éstos no son ruegos, sino una extorsión intempestiva y no antevista : habiendo juntado los senadores para otra cosa, el levantarse en pie, y con el número y con la edad de los hijos tentar la modestia del Senado y la mía, es como romper el Erario; el cual, si nosotros le vaciásemos con ambición, sería forzoso rehenchirle después con tiranía. Verdad es, ¡oh Hortalo!, que te dió dineros el divo Augusto, mas no por eso hizo ley que se te hubiesen de dar siempre : faltaría la industria, alimentarse ha la pereza, si todos, impróvidos y seguros, esperasen la ayuda ajena, haciéndose inútiles á sí mismos y carga á nosotros.» Estas ó semejantes palabras, aunque oídas

con aplauso por los que tienen de costumbre loar todas las acciones del príncipe, buenas ó malas, fueron de muchos recibidas con silencio ó con secreto murmurio. De que advertido Tiberio, después de haber callado un poco, añadió: «Que aquello le había parecido responder á Hortalo, mas que si así pareciese á los senadores, daría á cada uno de sus hijos varones cinco mil escudos de oro (200.000 sesteracios).» Agradeciéronse'lo todos; sólo Hortalo calló, ó por temor, ó porque entre la cortedad de su fortuna conservase todavía algunos vislumbres de la antigua nobleza de sus abuelos. No tuvo después Tiberio compasión alguna de él, aunque al fin vino á caer la casa de Hortensio en una vergonzosa pobreza.

En este año al atrevimiento de un esclavo, si no se remediara presto, hubiera, con la discordia y con las armas civiles, de nuevo trabajado la República. Un esclavo de Póstumo Agripa, llamado Clemente, sabida la muerte de Augusto, no con ánimo servil, imaginó en pasar á la Planosa, y con engaño ó por fuerza robar á Agripa y llevarlo después á los ejércitos de Germania (1). Impidió el atrevido intento de éste la tardanza de una nave de carga, sucediendo el homicidio de Agripa antes de que llegase. Y así, volviendo el ánimo á cosas mayores y más precipitadas, hurta las cenizas, y héchose llevar á Cosa, promontorio de Toscana (2), estuvo escondido hasta dejarse crecer el cabello y la barba, no dejando de parecerse algo á su señor en la edad y aspecto. Entonces, por vía de personas aptas y sabedoras del secreto, comenzó á publicar que Agripa era

(1) Suetonio, *Tiberio*, 25, y Dion., XLVII, 16, dicen que Clemente pasó á las Galias y de allí á Italia, y que hasta marchó sobre Roma seguido de un gran número de parciales para hacerse dueño del poder supremo; pero el relato de Tácito parece más verosímil.

(2) Hoy *Monte-Argentaro*, cerca de Orbitello.

vivo: al principio, con hablar entre rincones como de cosa prohibida; después, con voz corría á los oídos aparejados de los más ignorantes, y de ellos á la gente más malcontenta y deseosa de novedades. Entra con esto por las villas pequeñas cuando quería anochecer, no dejándose ver descubiertamente ni deteniéndose mucho en una parte. Y sabiendo que la verdad cobra fuerzas con la vista y con la dilación, como la mentira con la incertidumbre y la presteza, procuraba unas veces dejar de sí alguna fama, y otras anticiparla y prevenirla.

Divulgábase entretanto por Italia, y creíase en Roma, que Agripa era vivo por merced de los dioses; tal, que llegado á Ostia con grande acompañamiento, comenzaban ya á hacerse en Roma juntas secretas, cuando Tiberio, dudoso si había de castigar á este esclavo con fuerzas de soldados, ó bien dejar que el tiempo hiciese desvanecer esta falsa opinión, combatido de la vergüenza y del temor, y discurriendo entre sí unas veces que no era bien menospreciar nada, y otras que era sobrado recato el recelarse de cada cosa, finalmente, escogió el cometer el negocio á Salustio Crispó, el cual, escogiendo dos de sus clientulos (otros dicen soldados), les rogó que, fingiendo amistad, se juntasen con el falso Agripa y le ofreciesen dinero, fidelidad y compañía en todos sus peligros. Ejecutan éstos su comisión, y escogiendo una noche que no había buena guardia, tomando bastante gente consigo, atándole y con la boca tapada, le llevan á palacio. Dicen que preguntado por Tiberio «que cómo se había convertido en Agripa», respondió: «Como tú en César.» No fué posible hacerle que descubriese los cómplices; y Tiberio, no atreviéndose á castigarle á la descubierta, le hizo matar en la parte más retirada de palacio y escondidamente llevar fuera el cuerpo; y si bien se dijo que muchos de la misma casa

del príncipe y otros caballeros y senadores le habían sustentado con dineros y ayudado con consejos, no se hizo otra pesquisa.

En el fin del año se dedicaron el arco junto al templo de Saturno (1), por las banderas recuperadas de Varo por Germánico, debajo de los buenos agüeros y nombre de Tiberio; el templo de Buena Fortuna en las orillas del Tiber, en los huertos dejados de César, dictador, al pueblo romano, y juntamente se consagraron un templo á la familia Julia y una estatua al divo Augusto en Bovile (2). En el consulado de Cayo Cecilio y Lucio Pomponio, á veintiséis de mayo, triunfó Germánico César de los queruscos, de los catts y de los angrivarios, y de otras naciones hasta el Albis. Llevábanse los despojos, los cautivos y el designio de montes, de ríos y de las batallas, teniendo ya por fenecida la guerra, considerado que se le prohibió el darla fin. Alegaba la vista de todos el nobilísimo aspecto de Germánico y el carro cargado de cinco hijos. Mas mezclábanse ciertos ocultos miedos, acordándose muchos de lo que dañaron á su padre Druso los favores del vulgo y á su tío Marcelo las demostraciones amorosas del pueblo, pues bastaron para que fuese quitado del mundo en flor de su juventud, concluyendo con que eran breves y desdichados los amores del pueblo romano.

Mas Tiberio, habiendo dado á la plebe siete ducados y medio (300 sestercios) por cabeza en nombre de Germánico, que declaró por colega en su consulado, si bien ni aun en esto alcanzó entera fe de que le amaba sinceramente, determinó quitárselo de delante, so color de

(1) Este templo, en el cual se guardaba el tesoro público, estaba situado detrás de la embajada del Capitolio y á la entrada del Foro.

(2) Bovillas, pueblo situado á once millas de Roma.

honrarle, y procuró la ocasión, ó á lo menos se valió de la que le ofreció la fortuna presto. Poseía Archelao, cincuenta años habia, el reino de Capadocia, aborrecido de Tiberio, porque mientras estuvo en Rodas no hizo alguna demostración de honrarle. No había faltado Archelao por soberbia, sino por advertimiento de los privados de Augusto, porque viviendo Cayo César, enviado á las cosas de Oriente, se tenía por peligrosa la amistad de Tiberio. El cual, después que arruinado el linaje de los Césares ocupó el Imperio, con cartas de la emperatriz su madre, en que no disimulaba el enojo de su hijo y le ofrecía perdón siempre que viniese á pedirle, persuadió á Archelao á venir con diligencia á Roma, ó no anteviendo el engaño, ó temiéndose de la fuerza, cuando pusiese su seguridad en duda. Fué recibido Archelao rigurosamente por el príncipe y acusado luego en el Senado; poco después, ó natural ó voluntariamente, dejó los cuidados de la vida, no por las falsas acusaciones, sino por el disgusto y por hallarse cansado de la vejez, como también porque á los reyes no sólo los agravios, pero las cosas justas, parecen inusitadas. Hizo-se aquel reino provincia, y porque César había dado á entender que con aquellas rentas se podía descargar el derecho de uno por ciento, como no bastaran á tanto, se redujo á medio por ciento. En el mismo tiempo, siendo muertos Antiocho, rey de Comagena, y Filopator, de Cilicia, estaban aquellas naciones inquietas, deseando unos ser gobernados por los romanos y otros tener rey. Y las provincias de Siria y de Judea, cansadas de tantos pechos, pedían ser aliviadas de tributos.

De estas cosas y de las ya dichas de Armenia, discutiendo Tiberio en el Senado, mostró «que los tumultos de Oriente no podrían quietarse sino por la prudencia de Germánico; porque yo—decía él—hallo que he entra-

do en la vejez y que Druso no ha salido aún de la juventud». Con esto, por decreto de los senadores, se señalaron á Germánico todas las provincias ultramarinas, con mayor autoridad, por dondequiera que fuese, que no solían tener los que salían por suerte ó eran enviados del príncipe. Había quitado el gobierno de Siria Tiberio á Cretico Silano, pariente de Germánico por afinidad, á causa de tener prometida su hija Silano á Nerón, su primogénito, y puesto en él á Gneo Pisón, de espíritu levantado, violento, y que no sabía sufrir, heredero natural de la ferocidad de su padre, que favoreció gallardamente en la guerra civil las partes que volvían á renacer en África contra César. Después, habiendo seguido á Bruto y Casio, le fué permitido el volver á Roma, adonde se abstuvo siempre de pedir honores públicos; tanto, que hubo menester Augusto hacer diligencias para que aceptase el consulado; y á más de los espíritus paternos, era instigado de la nobleza y riquezas de Plancina, su mujer; con que, cediendo apenas á Tiberio, despreciaba á sus hijos como á inferiores; ni á él dejaba de ser notorio que el haber sido puesto en aquel gobierno era por refrenar las esperanzas de Germánico. Creyeron algunos que tuvo secretas órdenes de Tiberio, y es cierto que Augusta, con mujeril emulación, advirtió á Plancina que persiguiese á Agripina, porque hallándose la corte dividida en favorecer á Druso y á Germánico, Tiberio, como propio y de su sangre, favorecía á Druso. La poca correspondencia del tío había granjeado á Germánico el amor de los demás, como también el ser de más calidad, respecto á la nobleza de su madre, por cuya vía tenía por abuelo á Marco Antonio y por tío á Augusto; donde en contrario, habiendo tenido Druso por bisabuelo á Pomponio Ático, caballero romano, no igualaba á la grandeza de los Claudios;

y la mujer de Germánico, Agripina, vencía en fecundidad y en fama á Livia, mujer de Druso. Mas estos dos hermanos, generosamente unidos entre sí, estaban firmes á las parcialidades de sus parientes.

No mucho después Tiberio envió á Druso al Ilírico, por acostumbrarle á la guerra y porque ganase el amor del ejército, juzgando que aquel joven, hecho á las comodidades y deleites de Roma, se haría mejor entre los soldados, teniéndose también por más seguro poniendo las legiones en mano de sus hijos. Con todo eso fingió que le enviaba con el socorro que pedían los suevos contra los queruscos, porque quedando aquellos pueblos por la partida de los romanos sin miedo de fuerzas extranjeras, como habituados á la guerra y émulos de su gloria, volvían las armas contra sí mismos, hallándose iguales en la fuerza de las naciones y en el valor de los capitanes. Hacia Maroboduo odioso al pueblo el nombre de rey, donde Arminio era sumamente amado, mostrando que peleaba por la libertad.

Á cuya causa no sólo los queruscos, sus aliados y sus soldados viejos, mas muchos de los propios suevos del reino de Maroboduo, rebelándose junto con los senones y longobardos, tomaron las armas en favor de Arminio, con el aumento de los cuales prevaleciera si Inguiomaro, con buen golpe de sus amigos y vasallos, no se pasara al bando de Maroboduo, sin otra cosa que por desdenarse el tío viejo de obedecer al sobrino mozo. Pusieronse, pues, el uno y el otro en batalla con igual esperanza; no como acostumbraban en los germanos, con corredurías á la larga ó con divididas escuadras, porque habiendo guerreado largamente con nosotros, ya estaban prácticos en seguir las banderas, ordenar los socorros y obedecer á los capitanes. Arminio entonces, discurrendo por el campo á caballo, acordaba á todos la

recuperada libertad, las legiones deshechas, mostrando en manos de muchos los despojos y armas quitadas por fuerza á los romanos. En contrario, llamaba á Maroboduo fugitivo, sin experiencia de guerra, defendido de las madrigueras y cuevas de la selva Hercinia, y que habia poco antes, con presentes y embajadas, pedido la paz, traidor á su patria, corchete del César, digno de ser perseguido por ellos con el mismo aborrecimiento con que fué muerto Varo Quintilio. Pediales, finalmente, que se acordasen de tantas batallas con cuyo suceso (habiéndose al fin echado de Germania los romanos) estaba probado bastantemente quién habia llevado lo mejor.

No se abstenia Maroboduo de engrandecer sus cosas y vituperar al enemigo. Y teniendo á Inguiomaro por la mano, afirmaba «consistir en su persona sola el esplendor de los queruscos, á cuyos consejos debian atribuirse todos sus prósperos sucesos; que Arminio era un hombre de poco juicio y menos experiencia, diestro en aplicarse la gloria de los otros por haber oprimido tres escasas legiones, y con fraude engañado al capitán poco advertido, con gran estrago de la Germania y particular ignominia suya, por tener todavia en servidumbre á su mujer y á su hijo. Mas él, acometido de Tiberio con doce legiones, habia conservado sin mancha la gloria del nombre germano, feneciendo la guerra con iguales y honestas condiciones, y que no se arrepentia de que estuviese aún en su elección el hacer la guerra á los romanos, ó gozar de la paz sin derramamiento de sangre». Animados con estas palabras los ejércitos, eran también incitados por sus causas propias, peleando los queruscos y longobardos por su antiguo esplendor y por la reciente libertad, y los otros por aumentar su señorio. No se vió jamás batalla de ejércitos más poderosos

ni de más dudoso suceso, habiéndose rompido en entrambas partes los cuernos derechos. Esperábase nueva batalla si Maroboduo no retirara su ejército á las montañas. Esto fué indicio de haberse llevado lo peor, y privado de los que poco á poco le iban desamparando, se retiró á las tierras de los marcomanos, habiendo enviado embajadores á Tiberio por ayuda. Respondiósele «que sin razón pedía las armas de los romanos contra los queruscos, no habiéndoles ayudado jamás en las guerras que tuvieron contra los mismos queruscos». Envióse con todo eso á Druso, como se ha dicho, para asentar la paz.

En este año se asolaron en Asia doce ciudades (1) por terremoto venido de noche, que hizo la calamidad más improvisada y más grave, habiendo faltado el acostumbrado socorro de huir á lo descubierto, porque, abriéndose la tierra, eran sorbidos los hombres. Cuentan ha-

(1) En un monumento descubierto en 1693 en Puzzoles, que es un hermoso mármol de siete palmos de largo y otros tantos de ancho, con cinco de altura, y que había servido de base á una estatua colosal de Tiberio, se ven representadas catorce figuras de mujeres representando otras tantas ciudades, y teniendo al pie por leyenda el nombre de la que cada una de ellas simboliza, de lo cual se deduce que fueron catorce, y no doce, como dice Tácito, las ciudades arruinadas. Si hubo en ello equivocación de parte del escritor ó descuido de parte de los copistas, difícil, si no imposible, es resolverlo. Cotejando las inscripciones del monumento con el texto de Tácito, se ve que faltan en éste los nombres de las ciudades de Éfeso y Cibira. Sobre este importante mármol escribió una eruditísima Memoria Antonio Butifón, con una descripción detallada del mismo, del cual dieron un extracto los anotadores de la versión española del Tácito, y al cual remitimos á nuestros lectores. Además del monumento de Puzzoles, destinado, no tanto á inmortalizar el suceso como el acto generoso de Tiberio, se acuñaron medallas en cuyo anverso se leía: TI. CÆSAR. DIVI. AUG. F. AUGUST. P. M. TR. P. XXIII, y en el reverso: CIVIT. ASIÆ RESTIT.

berse allanado altísimos montes y levantado las llanuras, vistose llamas de fuego entre las ruinas, habiendo movido á piedad particularmente la miseria cruelísima de los sardianos, á los cuales no sólo prometió Tiberio 250.000 ducados (10.000.000 de sestercios), mas los hizo exentos por cinco años de cuanto pagaban al erário y al fisco. Los magnesios de Sipilio, como los segundos en el daño, lo fueron también en el remedio. Los temnios, filadelfos, egeatars, apollonienses, llamados mostenos y macedonios hircanos, los de Hierocesárea, Mirina, Cimene y Tmolo, fueron descargados de tributos por el mismo tiempo, y se envió un senador á ver las ruinas y poner remedio, eligiendo para esto á Marco Aletto de entre los que habían sido pretores, para que hallándose al gobierno de Asia un cónsul, no naciese inconveniente por emulación, como entre iguales, tal que bastase á impedir la ejecución.

Añadió César á esta magnificencia pública la liberalidad no menos grata, dando la hacienda de Emilia Musa, riquísima liberta, recaída al fisco por haber muerto sin testamento, á Emilio Lépidio, de cuya casa se creía ser; y la herencia del rico Patuleyo, caballero romano, aunque el mismo César estaba instituido por heredero en parte de su hacienda, á Marco Servilio, por hallarle nombrado en el primer testamento, no sospechoso de falsedad, habiendo dicho antes que la nobleza de entrambos merecía aumento de riquezas. No aceptó jamás herencia alguna que no la hubiese merecido con amistad; de los que no conoció ó de los que en odio de otros nombraban por heredero al príncipe, no quería escuchar ni admitir cosa. Mas así como ayudaba á la pobreza honesta de los buenos, así también hizo borrar del orden senatorio, ó sufrió que de sí mismo se saliesen, á Vividio Varrón, Mario Nepote,

Apio Apiano, Cornelio Sila y Quinto Vitelio (1), como pródigos y empobrecidos por sus defectos.

En este tiempo se dedicaron los templos comenzados por Augusto y arruinados de antigüedad ó del fuego; es á saber: de Baco, de Proserpina y de Ceres, junto al Circo máximo, edificado ya por voto de Aulo Póstumo, dictador; el de Flora, en el mismo lugar, hecho por Lucio y Marco Publicios, entonces ediles, y el de Jano en la plaza de las Hierbas, edificado de Cayo Duilio, el primero que alcanzó victoria naval, honrado de triunfo, por haber vencido en ella á los cartagineses. Germánico consagró el templo de la Esperanza votado de Atilio en la misma guerra.

Iba entretanto tomando fuerzas la ley de majestad, de que fué acusada Apuleya Varilia, nieta de una hermana de Augusto, imputándole que con palabras injuriosas había hecho burla del divo Augusto, de Tiberio y de su madre, y que sin reparar en el parentesco que tenía con César, había cometido adulterio. De esto fué remitida á la ley Julia. Del delito de majestad quiso César que se hiciese distinción, y que fuese castigada si se hallaba que hubiese hablado indecentemente de Augusto, mas por lo que había dicho de él, no quiso que se le hiciese cargo alguno. Y preguntándole el cónsul lo que le parecía del otro cabo, tocante al haber hablado mal de su madre, no respondió cosa. Después, en el siguiente Senado, rogó en nombre de Augusta que no fuese imputado alguno por haber dicho palabras contra ella en manera alguna, y libró á Apuleya de la ley de majestad, rogando que por el adulterio se contentasen con el castigo ordinario, desterrándola, al uso anti-

(1) Tío del que fué emperador.

guo (1), cincuenta leguas (2) de los suyos. Su adúltero Manlio fué desterrado de Italia y de África.

Después de esto se levantó cierta contienda sobre el subrogar un pretor en lugar de Vipsanio Galo, difunto. Germánico y Druso, que todavía se hallaban en Roma, favorecían á Haterio Agripa, pariente de Germánico; muchos, en contrario, instaban que se tuviese consideración, como lo disponía la ley, al candidato que tuviese más número de hijos, alegrándose Tiberio de que el Senado estuviese en contraste entre el favor de sus hijos y el de la ley, la cual, á la verdad, quedó vencida, aunque no tan presto y por pocos votos, á la manera que cuando valían las leyes lo solían ellas quedar también.

Tuvo principio este año la guerra contra Tacfarinas. Éste, de nación nómada, había militado entre los auxiliares, entre los ejércitos romanos. Después, pasándose á los enemigos, comenzó á juntar vagabundos y ladrones; después, á uso de guerra, á ponerlos debajo de banderas y formar escuadras y tropas de caballos; á lo último, haciéndose llamar capitán de los musulanos, gente vigorosa, vecina á los desiertos de África, no acostumbrada á poblar ciudades, tomó las armas y llevó á la guerra consigo á los mauros cercanos con su capitán Mazipa. Dividido entre ellos el ejército, Tacfarinas lle-

(1) Las penas contra el adulterio eran, para las mujeres, la pérdida de la mitad de su dote, del tercio de sus bienes y destierro en una isla. A los hombres se les desterraba también como á las mujeres y se les confiscaba la mitad de sus bienes. Aunque Tiberio invoca el ejemplo de sus antepasados, se ve que en esta circunstancia no siguió la legislación vigente.

(2) El texto dice *ducentesimo lapidem*, esto es, la *ducentésima piedra*, que es como si dijese á *doscientas millas*, ya que éstas se señalaban con piedras llamadas del nombre de esta medida de longitud, que era de mil pasos, miliarias. Cayo Graco fué el primero que introdujo la costumbre de señalar de esa suerte las distancias.

vaba los soldados escogidos y armados al uso romano, para instruirlos en la disciplina y obediencia, y Mazipa, con los armados á la ligera, iba matando, abrasando y poniendo terror. Había inducido á lo mismo á los cinitios, nación de alguna cuenta, cuando Furio Camilo, procónsul de África, habiendo juntado una legión y las ayudas que tenia debajo de las banderas, fué á buscar al enemigo; fuerzas débiles, si se mirara al número de los númidas y mauros. Con todo eso no se temía sino que habían de huir antes de llegar á las manos; mas siendo los nuestros tan inferiores en número, no fué dificultoso el inducirlos á la batalla, con la esperanza de la victoria. Y así, metida la legión entre dos cohortes armadas á la ligera, y en los cuernos dos alas de caballería, no rehusó Tacfarinas la batalla, en la cual quedó roto el ejército númida, y célebre por muchos años el nombre de Furio; porque después de aquel restaurador de Roma y su hijo Camilo, había estado en otros linajes la gloria del imperio militar. Ni éste tampoco era tenido en reputación de soldado, á cuya causa celebró Tiberio con mayor prontitud sus hechos en el Senado, donde los senadores le decretaron las insignias triunfales, cosa que no dañó á Camilo por su mansedumbre y modestia

El año siguiente fueron cónsules Tiberio, la tercera vez, y Germánico, la segunda. Mas Germánico tomó aquel grado en Nicópolis (1), ciudad de Acaya, donde había llegado siguiendo la costa del Ilirico, después de visitar en Dalmacia á su hermano Druso; y habiendo padecido borrasca primero en el Adriático y después en el mar Jonio, gastó algunos días en restaurar la arma-

(1) Colonia romana fundada por Augusto en memoria del combate naval de Accio.

da y en ver aquel golfo, famoso por la victoria de Accio, los despojos consagrados de Augusto y los alojamientos de Antonio, todo en memoria de sus mayores, siéndole, como se ha dicho, Augusto tío, y Antonio abuelo: espectáculos grandes de dolor y de alegría. Pasó de allí á Atenas, donde por reverencia de aquella antigua y confederada ciudad, no quiso llevar delante más que un solo lictor. Recibiéronle aquellos griegos con exquisitas honras, trayéndole delante todos los hechos y dichos ilustres de sus predecesores, para hacer más agradable la adulación.

Pasó á Eubea y de allí á Lesbos, donde Agripina parió á Julia, su postrer parto. Tocando después las últimas partes de Asia, Perinto y Bizancio, ciudades de Tracia, entró en el estrecho de la Propontide y en la boca del mar Ponto, deseoso de ver aquellos lugares antiguamente famosos, consolando entretanto las provincias maltratadas de las discordias intestinas ó agraviadas por sus propios gobernadores. Y queriendo ver á la vuelta las cosas sagradas de los samotracios (1), y los demás lugares venerables por la variedad de la fortuna y por nuestro origen, se lo estorbó un viento jaloque; y volviendo á costear la Asia, surgió en Colofonia por oír el oráculo de Apolo Clario. No reside allí mujer, como en Delfos, sino sacerdote de ciertos linajes particulares, lo más ordinario de Mileto, el cual, tomado el número y nombre de los consultantes, entrado en la cueva y bebida el agua de cierta fuente secreta, si bien de ordinario es hombre sin letras ó ciencia de poesía, da las respuestas en versos, formados sobre el concepto que

(1) Samotracia, isla del mar Egeo, á la altura del Quersoneso de Tracia, célebre por sus misterios, más antiguos que los de Eleusis, que se creía importantes de ella.

otros tienen en la imaginación. Dijose que á Germánico, con palabras ambiguas, como suelen los oráculos, le cantó la muerte cercana y violenta.

Mas Gneo Pisón, por dar principio con tiempo á sus designios, habiendo con su pasaje soberbio atemorizado la ciudad de los atenienses, los reprendió con duras palabras, culpando indirectamente á Germánico de que se había tratado con ellos con demasiada familiaridad, contra el decoro del nombre romano. No ya, decía él, entre los atenienses, acabados con tantos estragos, sino entre aquella escoria de gente que acompañaron á Mitrídates contra Sila y á Antonio contra Augusto; dándoles en rostro hasta con las cosas antiguas hechas desgraciadamente contra los macedonios y con violencia contra los suyos mismos, ofendido con aquella ciudad también por odios particulares, porque á ruego suyo no habían querido absolver á un cierto Teófilo, condenado de falsedad por el Areópago. De allí, con diligente navegación por las Cicladas y atajos marítimos, llegó á Rodas, donde halló á Germánico, advertido ya de la persecución que se le aparejaba; mas era tan benigno y de tan nobles entrañas, que sobreviniendo un temporal con que iba á dar en las peñas la nave de Pisón, pudiéndose atribuir al caso la muerte de su enemigo, envió las galeras por medio de las cuales fué librado de aquel peligro. No mitigado con esto Pisón, deteniéndose apenas un día, deja á Germánico y pasa adelante. Llegado á las legiones en Siria, comenzando con presentes y con inteligencias á levantar los ánimos de la hez de los soldados, removiendo los centuriones más viejos y los más severos tribunos por dar sus plazas á sus paniaguados y á los más ruines; introducida en las ciudades la licencia y la ociosidad en el ejército, dejando discurrir á los soldados por el país, con sólo el apetito por límite á sus

desórdenes, llegó finalmente á tanta corruptela, que en común era llamado padre de las legiones. Hasta Plancina, saliendo de los límites mujeriles, intervenía al manejo de los caballos, á los regocijos de las cohortes, y sobre todo al decir mal de Agripina y de Germánico; no faltándole muchos de los buenos soldados que se ofrecían á obedecerles en cualquiera maldad, por correr voz secretamente de que en ello agradecerían al emperador.

Eran notorias todas estas cosas á Germánico; pero cuidó más en anticipar su viaje á los armenios. Esta nación de toda antigüedad se ha mostrado siempre inconstante y de poca fe, no sólo por su naturaleza, sino también por la calidad de su sitio, que confrontando por largo espacio con muchas de nuestras provincias, se extiende hasta los medos; con que hallándose rodeados de imperios poderosísimos, están de ordinario en contienda con los romanos por aborrecimiento natural, y con los partos por envidia de su grandeza. Estaba entonces sin rey, habiendo desposeído á Vonón; mas el favor de los armenios inclinaba á Zenón, hijo de Polemón, rey de Ponto, por haber éste desde niño imitado sus costumbres, institutos y culto, y con ir á caza, frecuentar banquetes y acudir á las demás cosas celebradas por aquellos bárbaros, ganando el corazón con esto igualmente al pueblo y la nobleza. A ése, pues, puso la corona Germánico en la ciudad de Artajata, de consentimiento de los nobles y gran concurso de gente. Los otros, queriendo reverenciar más al rey, lo saludaron con el nombre de Artajias, á contemplación del de la ciudad. Mas los capadocios, reducidos en forma de provincia, tuvieron por legado á Quinto Veranio, disminuídos algún tanto los tributos que acostumbraban pagar á sus reyes, por darles esperanza de más dulce tratamiento con el dominio romano. Á los comagenos se les

dió por gobernador Quinto Servio, y entonces fué la primera vez que los pusieron debajo del gobierno de pretor.

Compuestas con tanta felicidad las cosas de los confederados, no se mostraba por eso alegre Germánico á causa de la soberbia de Pisón, el cual, teniendo orden de que él ó su hijo llevasen á Armenia una parte de las legiones, no hizo caso de lo uno ni de lo otro. Finalmente, se vieron en Cirro (1), guarnición de invierno de la legión décima: Pisón, con rostro acomodado á disimular el miedo, y Germánico, procurando no mostrar el suyo amenazador, siendo, como he dicho, clementísimo. Mas sus mismos amigos, artificiosos en acriminar las ofensas, mezclando lo cierto con lo dudoso, en varios modos calumniaban á Pisón, á Plancina y á sus hijos. Á lo último, en presencia de algunos pocos de sus familiares, le habló el César de la manera que pudo dictarle el enojo y la disimulación. Respondióle Pisón con ruegos, aunque arrogantes, partiéndose con odio descubierto. De allí adelante iba raras veces Pisón al Tribunal del César, y si asistía algunas, se mostraba colérico siempre y pronto á contradecir. Verificóse esto más en un banquete que hizo el rey de los nabateos, que trayendo coronas de oro de gran peso al César y Agripina, y ligeras á Pisón y á los otros, dijo «que aquella fiesta se hacía á un príncipe romano y no á un hijo del rey de los partos». Dicho esto, arrojó la corona, y añadió otras palabras vituperando el exceso y superfluidad de aquel convite; cosas que, aunque ásperas, eran con todo eso sufridas de Germánico.

En esta ocasión llegaron embajadores de Artabano, rey de los partos. Enviábalos para traer á la memoria

(1) Ciudad de Siria, en la Cirretica, ó Cirrestica, á dos jornadas de Antioquía.

y confirmar la amistad y la paz; ofreciéndose á venir hasta las riberas del Éufrates á visitar á Germánico; rogándole entretanto que no fuese tenido Vonón en Siria, para que con ocasión de estar tan cerca no pudiese solicitar con mensajeros á los grandes de su reino, moviéndoles los ánimos á novedades. Respondió Germánico magníficamente en lo tocante á la amistad de los romanos con los partos; y en cuanto á la venida del rey y de la honra que determinaba hacerle, habló con gran decoro y modestia. Vonón fué enviado á Pompeyopoli, ciudad marítima en Cilicia, no tanto por los ruegos de Artabano, cuanto en despecho de Pisón, á quien era muy acepto por muchos cumplimientos y dones con que habia sabido granjear la voluntad de Plancina.

Siendo cónsules Marco Silano y Lucio Norbano, fué Germánico á Egipto por ver aquellas antiguallas, aunque con voz de visitar la provincia; donde abiertos los trojes y graneros, fué causa de que bajase el precio del trigo; y usó de otras muchas cosas agradables al vulgo, como son: ir sin guardia de soldados, con los pies casi descubiertos y lo demás del vestido al uso griego, imitando á Publio Scipión, que hizo lo mismo en Sicilia durante la guerra contra Cartago. Reprendióle Tiberio con dulces palabras lo que miraba al modo de vivir y al traje, pero resintióse ásperamente de que se hubiese atrevido á entrar en Alejandria contra las órdenes de Augusto y sin consentimiento suyo. Porque Augusto, entre otros secretos del Estado, habia prohibido á senadores y caballeros romanos ilustres el entrar sin su licencia en Egipto, medroso de la facilidad con que se puede ocupar aquella provincia por quien se resolviese en intentarlo, y defenderla con pequeño presidio de gruesos ejércitos, cerrándole los pasos de mar y tierra, con peligro de matar de hambre á Italia.

Mas Germánico, no sabiendo aún que fuese desagradable á Tiberio este viaje, navegaba por el Nilo, comenzando desde Canopo. Edificaron esta ciudad los espartanos en honra de Canopo, piloto de su nave, el cual murió y fué enterrado en aquel puesto cuando Menelao, volviéndose á Grecia, fué de allí arrojado al mar y tierra de Libia. La otra boca del rio más cercana á ésta es consagrada á Hércules, nacido entre ellos, como afirman los moradores de aquella tierra, los cuales refieren que después de él fué antigua costumbre honrar con el mismo nombre á los que le eran semejantes en las fuerzas y en el valor. Visto después los grandiosos vestigios de la antigua Tebas, donde para ostentación de su primer grandeza permanecen todavía los soberbios obeliscos, y en ellos esculpidas letras egipcias en que se hace mención de la primer opulencia de esta ciudad, y mandándole á uno de los sacerdotes más viejos que las interpretase, refería haber habido un tiempo en ella setecientos mil hombres de tomar armas, y que con este ejército conquistó el rey Ramses la Libia, Etiopía, los medos, persas, bactrianos y escitas, y cuanto habitan los siros, los armenios y sus vecinos los capadocios; extendiendo de allí el Imperio hasta los mares de Bitinia y de Licia. Leíanse aún los tributos puestos á aquellos pueblos, el peso de la plata y del oro, el número de las armas y caballos, el marfil y los aromas, dones de los templos; lo que cada nación pagaba de granos y de todos los muebles; cosas no menos magnificas que las que hoy en día se hacen pagar por fuerza los partos y los romanos por su potencia.

Quiso Germánico ver también las demás maravillas, de las cuales fueron las principales la estatua de piedra de Memnon, que, herida de los rayos del sol, resuena la semejanza de voz humana; las pirámides levantadas

en forma de montes por la emulación de las riquezas de aquellos reyes, combatidas ahora del tiempo entre aquellas incultas y apenas practicables arenas; los lagos cavados para recibir las aguas que sobrasen de las corrientes del Nilo, y en otra parte las gargantas y aberturas impenetrables á quien se atreve á medirlas. De allí pasó á Elephantine y á Siene, término en otro tiempo del Imperio romano, el cual se extiende hoy hasta el mar Bermejo (1).

Mientras Germánico iba entreteniéndose aquel verano por diferentes provincias, Druso ganó no poca reputación con alimentar las discordias de los germanos, y roto ya Maroboduo, hacerlos perseverar hasta su total ruina. Había entre los gotones un mozo noble llamado Catualda, el cual habia sido echado antes de su propia tierra por Maroboduo, por cuya caída, entrado en esperanza de vengarse, entra con buenas fuerzas en los términos de los marcomanos, y ganando las voluntades de los principales, inclinándolos á seguir su partido, toma por fuerza el palacio real y el castillo vecino á él, donde estaban las antiguas presas de los suevos, y mucha gente de la que suele seguir los ejércitos, y mercaderes de nuestras provincias, llevados allí primero por causa del comercio, después por el deseo de enriquecerse, y á lo último olvidados de su patria, resolviéndose en vivir en tierras de enemigos.

Maroboduo, desamparado de todas partes, no le quedó otro refugio que la misericordia del César, y pasado

(1) Alusión á las conquistas de Trajano en Arabia, Mesopotamia y África. Los antiguos extendían la denominación de mar Rojo hasta el Océano Indico. Orelli hace notar lo extraño que es que en ese itinerario tan detallado del viaje de Germánico, no haya Tácito hecho mención de Menfis, siendo así que Plinio y Amiano Marcelino hablan de la estancia de aquél en dicha ciudad.

el Danubio en la parte donde la provincia Norica, escribió á Tiberio, no como fugitivo ó menesteroso de favor, sino conforme á la memoria de su primera fortuna, diciendo «que aunque habia sido llamado á la amistad de muchas naciones como rey ya en otro tiempo de gran nombre, se habia resuelto en preferir á todo la amistad de los romanos». Respondió el César que «queriendo retirarse á Italia, estaba en su mano hacerlo segura y honradamente, mas que si juzgaba que le estaba mejor seguir otro consejo, podía volverse debajo de la misma fe con que habia venido». Pero en el Senado discurrió probando «que no habia sido tan tremendo al pueblo romano Pirro ó Antioco, ni Filipo á los atenienses». Está hoy en día en pie una de sus oraciones, en la cual exagera la grandeza de este hombre, la potencia de las naciones que le obedecian, el peligro que padeció Italia con tan cercano enemigo y, sobre todo, el trabajo y cuidado que le costó el sujetarle. Al fin Maroboduo, tenido en Ravena por espantajo á los suevos y como una continua amenaza de volverle al reino siempre que ellos tratasen de inquietarse, por diez y ocho años no se partió de Italia, envejeciéndose y perdiendo gran parte de su opinión por el sobrado deseo de vivir. Catualda tuvo la misma fortuna y el mismo refugio, porque desposeido poco después por los hermonduros y Vibilio, su capitán, fué recibido y enviado á Frejulo, colonia de la Galia Narbonense. Los bárbaros que habian seguido al uno y al otro, por que mezclándose con los que habitaban en las provincias pacíficas no fuesen causa de turbar la paz, se enviaron á poblar de allá del Danubio entre los ríos Maro y Cuso (1), dándoles por rey á Vanio, de nación Cuado.

(1) El Moraba ó March, en Moravia, y el Waag, en Hungría.

Venido estos mismos días á Roma el aviso de cómo Germánico había elegido á Artajias por rey de Armenia, deliberó el Senado que él y Druso entrasen en Roma *ovantes*. Hiciéronse arcos junto al templo de Marte Vengador, con las imágenes de estos dos césares, y más alegría de Tiberio por haber concluído con prudencia la paz que si hubiera fenecido la guerra con batallas. A cuya causa acomete con astucia también á Rescuporis, rey de Tracia. Había señoreado á toda aquella nación Remetalce, después de cuya muerte Augusto dividió los tracios entre Rescuporis, hermano de Remetalce, y Coti, su hijo. En aquella partición tocaron á Coti las tierras de labor, las ciudades y todo el país vecino á Grecia; lo inculto, montuoso y cercano á los enemigos quedó á Rescuporis, conforme á la naturaleza de entrambos reyes, la de aquél mansa, y la de éste cruel, ambiciosa y aparejada á no sufrir compañía. Pasaron primero las cosas con fingida concordia, comenzó después Rescuporis á salir de sus límites, usurpar la partición de Coti y hacer fuerza á la resistencia, aunque lentamente lo que vivió Augusto, temiendo que, como autor de ambos reinos, viéndose menospreciado, no se vengase. Mas sabida la mudanza del príncipe, comenzó á enviar cuadrillas de ladrones, desmantelar castillos y dar ocasión de guerra.

Tiberio, no temiendo cosa más que el ver alterada la quietud pública, hizo por un centurión denunciar á aquellos reyes que arrimasen las armas, y al punto despidió Coti la gente de socorro que había aparejado. Rescuporis, con fingida mansedumbre, pide vista en aquel mismo lugar, dando esperanzas de llegar á conciertos por su medio. No se disputó mucho el tiempo, el lugar ni otras condiciones, porque el uno por su facilidad y el otro por su astucia, lo daban y lo aceptaban todo.

Rescuporis, por solemnizar, como decia, los conciertos, preparó un banquete, en el cual, pasada buena parte de la noche bebiendo y en otros regocijos, acometió al incauto Coti y le puso en cadenas. Coti, visto el engaño, no cesaba de invocar las cosas sagradas del reino, los dioses de la común familia y las mesas del hospedaje. Apoderado así de toda la Tracia el falso tío, escribe á Tiberio que había prevenido á las asechanzas que su sobrino le aparejaba, y juntamente, so color de mover guerra á los bastarnos y á los escitas, se refuerza de nuevas levás de infantes y caballos.

Respondióle Tiberio con gran blandura que no habiendo engaño, podía confiar en su inocencia; mas que ni él ni el Senado debían dar tuerto ó derecho á ninguna de las partes sin conocimiento de causa; que entregase primero á Coti y después viniese á Roma, con que acabaría de quitar toda sospecha. Envió á Tracia estas cartas Latino Pando, vicepretor de Mesia, con los soldados á quien había de ser consignado Coti. Mas Rescuporis, suspenso algún tanto entre el temor y la ira, escogió antes hacerse reo de haber puesto esta maldad en ejecución que de haberla querido ejecutar, y haciendo matar á Coti, finge y echa fama que se había muerto él mismo de su voluntad. No dejó por esto Tiberio el uso de sus caros artificios; mas muerto Pando, á quien Rescuporis tenía por declarado enemigo, envió por gobernador de Mesia á Pomponio Flaco, soldado viejo de aquella milicia, y que por tener estrechá amistad con él rey sería tanto más apto para engañarle.

Pasado á Tracia Flaco con mil promesas que hizo al rey, aunque ya sospechoso y no ignorante de sus maldades, le persuade á entrar en los presidios romanos, donde, so color de honrarle como á rey, fué rodeado de buen numero de gente, y entre ellos centuriones y tri-

bunos, amonestándole y persuadiéndole; y cuanto más se alejaba de su tierra, con guardia más descubierta; finalmente, conociendo su necesidad, hubo de ser llevado á Roma. Allí, acusado en el Senado por la mujer de Coti, fué condenado á perpetuo y apartado destierro de su reino. La Tracia fué dividida entre Remetalce, su hijo, que se sabía haberse opuesto en los consejos del padre, y entre los hijos de Coti; y por ser pupilos, se ordenó á Trebeliano Rufo, varón pretorio, que gobernase entretanto el reino, á ejemplo de nuestros mayores, que enviaron á Egipto á Marco Lépido por tutor de los hijos de Tolomeo. Rescuporis, llevado á Alejandría, fué allí muerto, ó por haber tentado la huída, ó porque le imputaron ese delito.

En el mismo tiempo Vonón, detenido en Cilicia, como dijimos, so color de ir á caza, y cohechando las guardas, huyó con intento de no parar hasta Armenia, de allí pasar á los albanos, á los heniocos (1) y, finalmente, á casa de su pariente el rey de los escitas; mas dejados los lugares marítimos y tomando el camino de los bosques á uña de caballo, llegó al río Piramo (2), cuya puente, sabida la huída del rey, fué rota por los del país; tal, que no pudiéndole pasar tampoco á vado, quedó en la orilla preso por Vibio Frontón, capitán de caballos. Después Remio Evocato, el cual antes había tenido á su cargo la guardia del rey, con una cierta manera de cólera repentina, le atravesó con la espada el pecho, que fué causa de que muchos se acabasen de persuadir á que la huída había sido con su consenti-

(1) Los albanos ó albanenses habitaban la parte oriental del Cáucaso, á lo largo del mar Caspio. Los heniocos estaban más inmediatos al Ponto Euxino.

(2) Río de Cilicia que desagua en el golfo de Issos. Es el llamado hoy Geihum, ó mejor, Djium.

miento, y la muerte porque no descubriese el delito.

Vuelto de Egipto Germánico, halló anulado ó ejecutado al revés todo lo que había dejado ordenado en las legiones y en las ciudades, de que resultaron las palabras pesadas con que se resintió contra Pisón, y los atentados no menos pesados de Pisón contra Germánico. Tras esto determinó Pisón de partirse de Siria; mas mudó de parecer, advertido de la enfermedad de Germánico. Poco después, con el primer aviso de que mejoraba, viendo que se satisfacía á los votos hechos por su salud, mandó que sus lictores arrojasen por el suelo las víctimas y el aparato de los sacrificios, turbando el regocijo con que solemnizaba aquella fiesta el pueblo de Antioquía. De allí pasó á Seleucia (1) á esperar el suceso de la nueva enfermedad en que Germánico había recaído, cuya violencia era fieramente acrecentada con persuadirse á que había sido atosigado por Pisón; en cuya prueba se hallaban osamentas y reliquias de cuerpos humanos, versos, conjuros, el nombre de Germánico esculpido en planchas de plomo, cenizas medio quemadas mezcladas con sangraza podrida y otras muchas suertes de hechicerías por las cuales se cree ofrecer las almas á los dioses infernales. Á más de esto eran acusados algunos de haber venido de parte de Pisón por espías del estado en que estaba la enfermedad.

Tomaba estas cosas Germánico no con menor enojo que miedo: «Si por ventura se atrevía Pisón á sitiarme en su propia casa; si rendía el espíritu á vista de sus ene-

(1) Encuéntranse en la Geografía antigua hasta trece ciudades de este nombre. La Seleucia de que se hace mención en el texto estaba situada á algunas millas de Antioquía, cerca del desembocadero del Orontes, y llevaba el sobrenombre de Piería por estar cerca de una montaña llamada por los macedonios Pierus.

migos, ¿qué sería después de su miserable mujer y de sus tiernos hijuelos? Quizá—decía él—le parecerá que tarda el veneno en hacer su operación y solicitará las cosas, á fin de quedar solo con la provincia y con las legiones; pero aun no está tan acabado Germánico, ni le quedará al traidor el premio del homicidio.» Escribe con esto una carta, por la cual despide á Pisón de su amistad. Añaden muchos que le mandó salir de la provincia. Pisón se embarca luego y hace vela, aunque dando tiempo al tiempo para poder ser más presto de vuelta, caso que la muerte de Germánico le restituyese el gobierno de Siria.

Mejorado un poco el César, y faltándole después del todo las fuerzas, viendo su fin cercano, habló así á los amigos que le estaban cerca: «Si yo muriese, oh amigos míos, de muerte natural, podría justamente quejarme hasta de los dioses de verme así robado antes de tiempo y en la flor de mis años á mis padres, á mis hijos y á la patria; mas ahora que soy arrancado del mundo por la maldad de Pisón y de Plancina, dejo en vuestros corazones mis últimos ruegos, y os pido que refráis á mi padre y á mi hermano con cuántas crueldades despedazado, con cuáles traiciones oprimido, haya puesto fin á mi infelice vida con una muerte mucho más desdichada y miserable. Si los que pendían de mis esperanzas, si mis conjuntos en sangre y aun muchos que me envidiaban vivo lloraren y compadecieren de ver que yo, floreciente ayer y vencedor de tantas batallas, muera hoy por engaños mujeriles, no perdáis la ocasión de doleros en el Senado y de invocar las leyes; porque el principal oficio del amigo no es acompañar á su amigo muerto con lamentos viles, sino tener memoria de sus deseos y poner en ejecución sus últimas voluntades. Llorarán á Germánico hasta los que no le conocieron; mas vosotros

tomaréis la venganza si acaso habéis tenido más amor á mi persona que á mi fortuna. Mostrad al pueblo romano la nieta del divo Augusto y mi mujer carísima: contad de uno en uno los seis hijos, que yo me aseguro que tendrán los acusadores la misericordia de su parte, y que los que fingieren algunas injustas comisiones, ó no serán creídos, ó no serán perdonados.» Juraron los amigos, tocando la diestra del mortal enfermo, de dejar primero la vida que la venganza.

Entonces, vuelto á su mujer, le rogó por el amor que le tenía y por los comunes hijos, que echada á un cabo toda altivez, acomodase su ánimo con la crueldad de la fortuna, para que, vuelta á Roma, no irritase á los más poderosos con la emulación de la grandeza. Estas palabras habló en público y otras algunas en secreto, por las cuales se creyó que temía de Tiberio. Poco después rindió el espíritu con llanto universal de la provincia y de los pueblos vecinos. Doliéronse los reyes y las naciones extranjeras: tanta era la afabilidad que usaba con los amigos, y la mansedumbre y benignidad con los enemigos; venerable igualmente á los que le veían y á los que le oían; habiendo sostenido, ajeno de envidia y de arrogancia, la grandeza y gravedad de tan alta fortuna.

Sus funerales, aunque sin estatuas y sin pompa, fueron harto célebres por sus loores y por la memoria de sus virtudes. Había quien por la belleza del cuerpo, por la edad, por la calidad de la muerte y, finalmente, por la vecindad de los lugares donde murieron, igualaba sus hados con los del Magno Alejandro: ambos de hermoso aspecto, de nobilísimo linaje, de poco más de treinta años, muertos por asechanzas de los suyos entre gentes extranjeras. Mas que Germánico, además de las perfecciones de Alejandro, se mostraba apacible con los amigos, moderado en los deleites, contento con una

sola mujer y cierto de sus hijos: ninguno le confesaba por menor guerrero y todos le juzgaban por menos temerario, afirmando que le habían quitado como de las manos la honra de haber sujetado á toda Germania, amedrentada ya por él con tantas victorias; que si hubiera sido árbitro de las cosas y tenido al fin el nombre y autoridad de rey, tanto más seguramente hubiera alcanzado la gloria de las armas, cuanto le llevaba ventaja en la clemencia, en la templanza y en las demás virtudes. Antes que se quemase el cuerpo, puesto desnudo en la plaza de Antioquia, donde se había de entererrar, no se acabó de declarar que mostrase señal de veneno (1), juzgando cada uno conforme le movía la compasión de Germánico, la presente sospecha y el favor de Pisón.

Consultado después entre los legados y los demás senadores que allí se hallaban á quién había de encargarse el gobierno de Siria, haciendo los demás poca instancia, estuvo un rato la causa entre Vibio Marso y Gneo Sencio: cedió después Marso á Sencio, como á más viejo y como á más violento solicitador. Éste, á instancia de Vitelio y de Veranio, que hacían el proceso contra los tenidos por culpados, envió á Roma á una mujer llamada Martina, tenida por hechicera pública en aquella provincia, muy amada de Plancina.

Mas Agripina, aun que casi consumida en llanto y con poca salud, impaciente á sufrir todo lo que se le difería

(1) Suetonio, *Cal.*, I, y Plinio, XI, 71 refieren que al recoger las cenizas de Germánico se encontró su cuerpo intacto, lo cual, según la física de aquellos tiempos, era una prueba incontestable de envenenamiento. Los acusadores de Pisón se valieron contra él de este argumento, mas se les respondió por una aserción no menos fútil, á saber, que tampoco el fuego consumía el corazón de las personas que habían muerto de consunción, *cardiaco morbo*. (Burnouf.)

la venganza, se embarcó con las cenizas de Germánico y con sus hijos; moviendo generalmente á compasión el ver que una mujer de tan gran nobleza, casada tan altamente, acostumbrada á ser vista en tantos actos de regocijo y veneración, iba ahora con aquellas funestas cenizas en el seno, dudosa de su venganza, cuidadosa de sí misma y por infelice fecundidad tantas veces expuesta á las mudanzas de fortuna. Alcanzóle á Pisón el mensajero con el aviso de la muerte de Germánico en la isla de Coó, y recibióle con tan poca templanza, que no se abstuvo de matar victimas y visitar templos en hacimiento de gracias, no pudiendo disimular el gozo, mejor que Plancina templar su natural insolencia, la cual mudó luego el luto que traía por muerte de una hermana en hábito de alegría.

Concurrían los centuriones, mostrándole la prontitud con que deseaban obedecerle las legiones y exhortándole á volver al gobierno de la provincia, quitada injustamente y no ocupada hasta entonces por alguno. Con esto, pidiendo consejo sobre lo que era bien hacer en aquel caso, su hijo Marco Pisón fué de parecer que debía ir luego á Roma, diciendo: «Que no se había hecho hasta entonces cosa que no se pudiese justificar; que no se debía hacer caso de flacas sospechas, ni de la vanidad de la fama; que la discordia que había tenido con Germánico, por ventura podía ser digna de odio, pero no de castigo; que el dejarse quitar la provincia bastaría por satisfacción á sus enemigos, donde volviendo á ella con la resistencia de Sencio, era dar principio á una guerra civil; que no perseverarían en su parcialidad los centuriones y soldados, en quien estaba fresca la memoria de su general; antes era de creer que prevalecería siempre en ellos el entrañable y envejecido amor para con los césares.»

Discurrió en contrario Domicio Celere, íntimo amigo de Pisón, diciendo: «Que se debía servir del buen suceso. Que á él y no á Sencio se había consignado el gobierno de Siria. Á Pisón se habían dado los fasces, la autoridad de pretor y las legiones. Si sucede—decía él—algún insulto, ¿quién más justamente puede oponerse con las armas que el que tiene la autoridad del legado y las propias comisiones del príncipe?» Añadía «que era bien dar tiempo á que se fuesen desvaneciendo las nuevas; que á las veces aun apenas los inocentes pueden resistir á los recientes odios. Mas que teniendo el ejército y aumentando las fuerzas, muchas cosas, que no era posible prevenirlas, tendrían mejor salida; si no es que queramos—decía él—solicitar nuestra llegada á Roma para entrar con las cenizas de Germánico, y que el llanto de Agripina y el ignorante vulgo te arrebaten al primer rumor, sin admitirte defensa ni disculpa. Tienes de tu parte la conciencia de Augusta y el favor de César, aunque disimulados, y el poderte asegurar de que los que lloran la muerte de Germánico, al parecer con mayor sentimiento, son los que más se huelgan de ella».

No fué menester mucho para inducir á Pisón á este parecer, por ser más conformes á su naturaleza todos los consejos feroçes y precipitados, y así escribió á Tiberio disculpándose con acusar el fausto y la soberbia de Germánico, y mostrando cómo había sido echado de la provincia por designio de novedades, adonde había vuelto á encargarse del ejército para gobernarle con la misma fe que antes lo había hecho. Despacha juntamente á Domicio con una galera á Siria, mandándole que vaya engolfado, lejos de los puertos y de las islas. Recoge y divide en compañías los fugitivos de las legiones, y arma los mozos de servicio, y arrimados los bajeles á

tierra firme, toma una bandera de soldados nuevos que iban á Siria. Escribe á los príncipes de Cilicia que le envíen ayudas, no mostrándose perezoso en los ministerios de la guerra el mozo Pisón, sin embargo de que le había disuadido.

Y así, costeando la Licia y la Panfilia, encontradas las galeras que llevaban á Agripina, las unas y las otras como enemigas se pusieron en arma; aunque partiéndose entre ellos el miedo, no llegaron más que á injuriarse de palabra, entre las cuales Marso Vibio intimó á Pisón que fuese á Roma á defender su causa; mas él, como haciendo burla, respondió «que comparecería cuando el pretor de los hechizos hubiese señalado el día al reo y á los acusadores». En tanto, llegado Domicio á Laodicea, ciudad de Siria, y determinado de ir á la guarnición de invierno de la legión sexta, por parecerle más aparejada que las otras á tentar cosas nuevas, fué prevenido por el legado Pacuvio. Sencio escribió á Pisón advirtiéndole que se guardase de inquietar el ejército con alborotadores y la provincia con guerra. Y recogiendo los que se acordaban de Germánico y los que le pareció que eran contrarios de sus enemigos, poniéndoles en consideración la grandeza del emperador y que Pisón armaba contra la República, recogió buen número de gente aparejada á menear las manos.

Mas Pisón, aunque no le salieron como pensaba sus primeras empresas, no dejaba de encaminar todas las cosas que por entonces le parecían más seguras. Y así ocupó en Cilicia un castillo harto fuerte llamado Celenleri. Porque habiendo mezclado los socorros enviados por los príncipes cilicios con los fugitivos del campo, los soldados nuevos que dijimos y la chusma de sus esclavos y los de Plancina, los había dividido todos y ordenado en forma de una legión. Y llamándose legado de

César, publicaba que no había sido echado de su provincia por las legiones, que antes bien le llamaban, sino por Sencio, el cual, con falsas calumnias, quería cubrir el odio particular. «Mostrémonos — decía — una vez en batalla, que no pelearán aquellos soldados en viendo á Pisón, llamado ya por ellos padre, pues fuera de que nos acompaña la justicia, no podemos tenernos por inferiores en las armas.» En esto tiende las escuadras delante los reparos del castillo en un collado pedregoso y peinado ceñido por la otra parte de la mar. Mostrábanse, en contrario, los soldados viejos de Sencio con buena ordenanza y sus acostumbrados socorros. De acá fortaleza de soldados, de allá aspereza de sitio; mas no ánimo, ni esperanza, ni apenas armas, sino rústicas y tomadas acaso. Venimos á las manos, no hubo en qué dudar sino hasta que las cohortes romanas subieron á lo llano; los cilicios, puestos en huida, se encerraron en el castillo.

En este medio tentó Pisón, aunque en vano, de acometer la armada de Sencio, que esperaba el suceso poco lejos de allí; y vuelto al castillo, desde los muros, ora lamentándose, ora llamando á los soldados por sus nombres, ora ofreciendo premios, procuraba encaminarlos á sedición; tal, que un alférez de la sexta legión se pasó á él con la bandera. Entonces Sencio, al sonido de los cuernos y trompetas, hace dar el asalto, poner escalas, pasar adelante los más atrevidos, y los otros arrimar las máquinas, arrojar dardos, piedras y hachas de fuego. Finalmente, vencida la pertinacia de Pisón, rogó que, entregadas las armas, se le concediese poder quedar en el castillo hasta que César declarase quién había de presidir en Siria. No admitidas las condiciones, se le dieron solamente navíos y viaje seguro para Italia.

Luego que se publicó en Roma la enfermedad de Germánico, y como sucede en las cosas que vienen de

lejos, aumentándose siempre en peor lo que traía la fama, se hinchó todo de dolor, de enojo y de lamentos. Decían «que no era maravilla si le pretendía él acabarle, haberle desterrado á tan lejos tierras; que para este efecto se había dado á Pisón el gobierno de Siria; que á esto se encaminaban los consejos secretos de Augusta con Plancina; que habían dicho bien, hablando de Dru-so, los viejos de su tiempo, esto es, que no agrada á los que reinan la naturaleza amable y apacible de sus hijos, y, finalmente, que se habían buscado caminos para sacar del mundo al uno y al otro, sólo porque hubieran restituido la libertad al pueblo romano». Este común murmurio del vulgo, sabida con certidumbre la muerte, se encendió de manera que, antes del edicto de los magistrados, antes del decreto del Senado, tomando todos de su autoridad las ferias y vacaciones, desamparan los negocios del foro, cierran las puertas de las casas; por todas partes silencio ó gemidos, no por ostentación ó cumplimiento, teniendo más altamente apasionado el ánimo de lo que se podía mostrar en lo exterior con lágrimas y lutos. Sucedió que algunos mercaderes partidos de Siria, viviendo Germánico, trajeron buenas nuevas de su salud: créense al punto y al punto se divulgan: cualquiera que oiga alguna cosa, por leve que fuese, lo refería á los otros, y en boca de todos se iba aumentando la ocasión del común regocijo. Con esto corren por la ciudad y desquician las puertas de los templos. Ayudó á la credulidad la noche, por poderse afirmar en ella las cosas con mayor certeza. No trató Tiberio de oponerse á estas falsas nuevas hasta que el tiempo las desvaneciese, y sabiendo el pueblo la verdad, como si se le arrebataran de nuevo, lo lloró más amargamente.

Fueron hallados ó decretados los honores á la memo-

ra de Germánico, según que cada cual se hallaba rico de invención ó de amor para con él. «Que su nombre se cantase de allí adelante en los versos salarios (1); que se le pusiesen sillas curules (2) en el teatro, en el lugar dedicado á los sacerdotes augustales, y encima de ellas coronas de encina (3); que en los juegos del circo se llevase siempre delante su estatua de marfil; que no se hiciese flamine ni agorero en su lugar sino del linaje de los Julios: arcos en Roma, en las riberas del Rhin y en el monte Amano de Siria, con inscripciones de sus hazañas y cómo había muerto por la República; sepulcro en Antioquia, donde fué quemado; Tribunal en Epitafmo, donde acabó la vida.» Sería imposible contar las estatuas que se le dedicaron y los lugares que se le establecieron para ser venerado en ellos. Y tratándose de dedicarle un escudo de oro (4) de notable grandeza entre los autores elocuentes, ordenó Tiberio que no excediese á los que de ordinario se acostumbraban dedicar á los otros, pues no era justo juzgar de la elocuencia por la fortuna, quedando harto ilustrado en esta parte sólo con ser cantado entre los antiguos escritores. El estamento de caballeros llamó Germánica á la tropa de caballos que antes se solía llamar Junia, instituyendo que en la fiesta de mediado julio (5) se trajese su imagen por es-

(1) Lo cual era lo mismo que poner á Germánico entre los dioses, que eran los únicos á quienes se dirigían los cantos de los sacerdotes salios.

(2) Honor insigne que sólo se había otorgado á César y á Marcelo, al primero en vida y á éste después de su muerte.

(3) Era la corona cívica que había sido en otro tiempo dada á Augusto.

(4) En el cual se esculpían los bustos de los personajes ilustres, y que se colgaba en la sala del Senado.

(5) El 15 de julio se celebraba una fiesta en honor del orden ecuestre, en la cual los caballeros romanos, coronados de ramos de olivo, cubiertos con la trabea (V. nota 2 del lib. III) y ador-

tandarte. Quedan todavía muchas cosas de éstas; algunas se olvidaron luego, y otras más tarde por la injuria del tiempo.

Estando todavía fresca la tristeza, Livia, hermana de Germánico y mujer de Bruso, tuvo de un parto dos hijos varones; de que, como cosa rara y regocijada hasta entre gente pobre, se alegró tanto Tiberio, que no se pudo contener de alabarse en pleno Senado de haber sido el primero entre todos los romanos de su calidad á quien hubiese sucedido el tener en su linaje dos hijos de un parto, acostumbrado á atribuir á gloria suya hasta las cosas fortuitas. Mas al pueblo en tal tiempo hasta esto le fué ocasión de dolor, pareciéndole que el aumento de hijos en Druso disminuía más la casa de Germánico.

En aquel año se refrenó con graves decretos del Senado la deshonestidad de las mujeres, y en particular se ordenó que ninguna que tuviese ó hubiese tenido abuelo, padre ó marido caballero romano pudiese ganar torpemente; porque Vestilia, de linaje pretorio, había denunciado al oficio de los ediles su vida deshonesta; costumbre de los antiguos que reputaban por bastante pena á las mujeres manchadas de impudicia el confesar la profesión del mal. Titidio Labeón, marido de Vestilia, fué requerido á dar cuenta de sí, porque según las leyes no había castigado á su mujer, culpada de este delito; y excusándose él con que no eran pasados aún los sesenta días concedidos para deliberar, pareció que bastaba castigar solamente á Vestilia, la cual fué desterrada á la isla de Serifón (1). Tratóse también de extirpar la

nados con sus condecoraciones militares, iban en solemne y ostentosa cabalgata al Capitolio.

(1) Hoy día Serfo ó Serfanto, pequeña isla del Archipiélago y una de las Cíclades.

religión de los egipcios y judíos, decretando los senadores que cuatro mil de buena edad, de casta de libertinos, inficionados de aquella superstición, fuesen llevados á Cerdeña para reprimir los ladronicios que en aquella isla se hacían; adonde si venían á morir por causa de intemperie del aire, el daño sería de ninguna consideración; á todos los demás se mandó que saliesen de Italia si dentro de cierto tiempo no renunciaban á sus ritos profanos.

Después de esto propuso César que se recibiese una virgen en lugar de Occia, que había presidido cincuenta y siete años con gran santidad á los sacrificios vestales. Y agradeció á Fonteyo Agripa y á Domicio Polión que con la oferta que hicieron de sus hijas, parece que contendían entre sí sobre cuál tenía más amor á la República. Dióse el lugar á la hija de Polión, no por otra cosa sino porque su madre estaba todavía en su primer matrimonio; donde Agripa con discordias, y finalmente con divorcio, había disminuido el número de sus hijos. Consoló Tiberio á la otra por la afrenta de verse estimada en menos con darle veinticinco mil ducados (un millón de sestercios) para su dote.

Quejándose el pueblo de la carestía de vituallas, puso con precio moderado tasa en el trigo, ofreciendo de su dinero dos reales (dos sestercios) por hanega á los mercaderes que lo sacasen á vender á la tasa. Ni por esto quiso aceptar el nombre de *padre de la patria*, puesto que se le habían ofrecido ya otra vez; y reprendido ásperamente á los que habían dado á sus ocupaciones nombre de *divinas* y llamádole *señor*. Á cuya causa era peligroso y arduo negocio el hablar en tiempo de un príncipe que temía la libertad y aborrecía la adulación.

Hallo acerca de los escritores y de los más viejos de aquel tiempo haberse leído en el Senado las cartas de

Adgandestrio, principe de los cattos, en las cuales se ofrecía de matar á Arminio si se le enviaba veneno para ejecutarlo, y que se le respondió «que el pueblo romano acostumbraba tomar venganza de sus enemigos abiertamente y por fuerza de armas, y no con engaños ni con secretas inteligencias»; con cuya gloria se igualaba Tiberio á aquellos primeros generales de ejércitos que evitaron y descubrieron al rey Pirro el veneno que se le aparejaba. Mas Arminio, partidos los romanos y expedido Maroboduo, tentando el hacerse rey, tuvo por contrarios á los populares, acostumbrados á la libertad; y perseguido con las armas, después de haber hecho la guerra con varia fortuna, fué al fin muerto por engaño de sus parientes : hombre verdaderamente á quien debe la Germania su libertad, y que no provocó al Imperio romano á sus principios, como los otros reyes y capitanes, sino cuando estaba más floreciente. No fué siempre victorioso en sus batallas, aunque sí jamás acabó de vencer en sus guerras. Tuvo treinta y siete años de vida y doce de potencia : hoy en día se canta de él entre los bárbaros; no alcanzó á ser conocido en los anales de los griegos, porque esta gente no hace admiración sino de sus cosas; ni de los romanos ha sido celebrada su memoria, porque mientras andamos procurando exaltar las cosas antiguas, nos descuidamos de las modernas.

LIBRO TERCERO

ARGUMENTO

Agripina, con las cenizas de Germánico, llega á Brindis y de allí á Roma. — Druso vuelve al Ilírico. — Pisón, vuelto á Roma, es acusado de venenos y de majestad ofendida; á cuya causa, viendo por todas partes rigor y desconfianza, se priva de la vida. — Tacfarinas renueva la guerra en África, y es roto por Lucio Apronio, procónsul. — Emilia Lepida es acusada y condenada de venenos y adulterios. — Templa Tiberio la ley Papia Popea, ejercitada hasta allí con rigor. — Vuelve otra vez á inquietar la provincia Tacfarinas, para cuya defensa se nombra Junio Bleso. — Son condenados algunos caballeros romanos por el delito de majestad. — Rebélanse las Galias por industria de Sacroviro y Floro, y vuévelas al yugo el valor de las legiones germánicas. — Propónese y déjase á un mismo tiempo el cuidado de moderar los excesivos gastos y superfluidades. — Toma Druso la potestad tribunicia. — El flamine dial apetece el concurrir al gobierno de las provincias. — Asilos ó lugares de refugio de los griegos, reformados y reducidos á orden. — Cayo Silano condenado por las leyes de residencia y majestad. — Bleso rompe y disipa á Tacfarinas, tomando en prisión á su hermano. — Muerte y entierro de Junia, nobilísima mujer.

Todo en espacio de tres años.

				CÓNSULES
Año de Roma 773.	De J.-C.	20	}	M. Valerio. C. Aurelio.
—	774.	—	21	Cl. Tiberio Nerón.
			22	Druso César.
—	775.	—	}	C. Sulpicio Galba. D. Haterio Agrip.

Agripina, navegando en el rigor del invierno sin jamás tomar puerto, llegó á Corfú, isla frontera de Cala-

bría (1); allí se detuvo algunos pocos días, procurando componer el ánimo, precipitosa en el llanto y no acostumbrada á sufrir. Sabida en tanto su venida, los amigos más íntimos de Germánico y muchos soldados que habian militado con él, y otros también no conocidos de las villas vecinas, parte pensando hacer servicio al príncipe, parte por hacer como los otros, acudieron á Brindis, como al puerto más célebre y más seguro que podía tomar la armada. Donde no tan presto fué descubierta en alta mar, que no sólo el puerto y las riberas vecinas, sino los muros, los tejados y los lugares más altos se cubrieron de gente llorosa y afligida, preguntándose unos á otros si habian de recibirla con aclamaciones ó con silencio. Estaba todavía en duda cuál de estas dos cosas convenia hacer en aquella ocasión, cuando poco á poco se llegó lá armada, no con los remeros alegres, como acostumbra cuando toma puerto, sino todos llenos de general tristeza. Mas en saliendo del bajel Agripina con sus dos hijos, abrazada con la urna fúnebre, y con los ojos clavados en el suelo, se comenzó un llanto universal indistinto, sin que pudiera conocerse cuál era de amigos ó de extranjeros, cuál de hombres ó cuál de mujeres, sino que los nuevos en el dolor prevalecian á los que venían con Agripina, cansados ya del continuo llanto.

Había enviado César dos cohortes de su guardia con orden que los magistrados de Calabria, de Pulla y de Campania hiciesen los últimos honores á las cenizas de su hijo, las cuales, traídas en hombros de los tribunos y

(1) Burnouf observa con razón que la isla de Corcira, hoy Corfú, solamente es fronteriza de la de Calabria. En cuanto la Calabria antigua, llamada también *Nessapia* y *Yapigia*, era mucho más extensa que la actual, puesto que comprendía la punta de Italia que se adelanta en el mar Jonio al SE. de la Apulia.

centuriones, marchaban delante las banderas descompuestas y los lictores con los fascces al revés; y como iban pasando por las colonias, concurría el pueblo vestido de luto, y los caballeros con sus trabeas (1), y los demás, conforme á la posibilidad del lugar, quemaban vestiduras, olores y otras cosas que se acostumbran quemar en los mortuorios. De las villas apartadas del camino salían á él, hacían altares, ofrecían víctima á los dioses manes, testificando lo íntimo de su dolor con lágrimas y voces. Fuéle á encontrar Druso á Terracina con Claudio, hermano de Germánico, y con los hijos que había dejado en Roma. Los cónsules Marco Valerio y Marco Aurelio, que habían comenzado ya á ejercer su oficio, el Senado y gran parte del pueblo cubrían el camino, y esparciéndose acá y acullá conforme á sus afectos, lloraban sin adulación alguna; porque á todos era notorio lo mal que podia disimular Tiberio el contento que le causaba la muerte de Germánico.

No salieron en público Tiberio ni Augusta, juzgando que no convenía á la majestad imperial el llorar públicamente, ó porque, expuestos á los ojos de todos, no se descubriese el fingimiento de sus aspectos. No hallo que por los escritores ó por las memorias de cada día (2) se haga mención de haber hecho alguna señalada demos-

(1) Especie de toga hecha toda de púrpura ó adornada de muchas tiras horizontales de este color. La primera era el vestido sagrado con que se envolvía á las deidades; la segunda era un traje real adoptado por Rómulo y sus sucesores, de los cuales pasó á los cónsules, que la llevaban en ciertas solemnidades públicas, y á los caballeros, que se la ponían para presentarse al *ensor* en la fiesta de los idus de julio y en circunstancias especiales, como la de que se habla en el texto.

(2) Eran las actas oficiales del pueblo romano, donde, al modo que en nuestras gacetas ó boletines, se apuntaban los hechos políticos, los juicios, las fundaciones de edificios, los nacimientos, matrimonios, divorcios y muertes de los personajes ilustres.

tración Antonia, madre de Germánico, hallando nombrados á Agripina, á Druso, á Claudio y á los demás parientes; quizá por hallarse enferma aquellos días, ó porque, vencida del dolor, no le bastase el corazón á ver con los ojos la grandeza del mal. Yo creería que la detuvieron consigo Tiberio y Augusta, y que como ellos no salieron de casa, gustaron de acreditar su sentimiento por el mismo camino que le mostraba la madre del difunto.

El día que las cenizas se encerraron en el sepulcro de Augusto, parecía Roma, ora un desierto por el silencio, ora un infierno por los llantos. Las calles ocupadas, el campo Marcio lleno de hachas encendidas, los soldados armados, los magistrados sin sus insignias ordinarias, el pueblo dividido en sus tribus, gritando «que era llegada la ruina de la República y que ya no les quedaba esperanza»; y esto tan pronta y descubiertamente como si del todo se hubieran olvidado de que tenían señor. Pero ninguna cosa penetró más el corazón de Tiberio que el aplauso de la gente en general para con Agripina, á quien llamaban «honra de la patria, residuo de sangre de Augusto, único ejemplo de la antigüedad»; y vueltos al cielo rogaban por salud para su descendencia y que viviese más que los ruines.

Había quien deseara la pompa pública de aquellas funerallas conforme á las honras y magnificencias que hizo Augusto á Druso, padre de Germánico, que le salió á recibir hasta Pavia en medio del invierno asperísimo y sin apartarse jamás del cuerpo; que entró acompañándole en Roma, con el túbulo rodeado de estatuas de Claudios y de Julios; que fué llorado en el foro, alabado en los rostros (1); y que, finalmente, se hizo cuanto in-

(1) Dábase este nombre á la tribuna establecida en el foro

ventaron nuestros mayores ó acrecentaron los modernos. Donde, en contrario, á Germánico no se le hicieron cumplidamente las honras debidas y acostumbradas á cualquier hombre noble; que hubiese sido quemado bien ó mal el cuerpo en tierras extranjeras, respectó al largo viaje, no era maravilla; mas tanto había de ser mayor la honra después, cuanto la suerte se lo había negado antes. No salió su hermano más adelante de una jornada, ni su tío se dignó de salirle á encontrar siquiera hasta la puerta. ¿Dónde están los antiguos institutos?; ¿dónde la efigie sobre el túmulo?; ¿dónde los versos en memoria de las virtudes del difunto, los loores, las lágrimas y las demás apariencias siquiera de tristeza?

Sabíalo todo Tiberio, y por tapar la boca al vulgo, le amonestó por un edicto, diciendo en substancia: «Que habían muerto muchos ilustres romanos en servicio de la República, y que ninguno había sido tan deseado universalmente, cosa señalada y de gran honra para él y para todos con tal que no excediese los límites de la razón, porque no convienen aquellas mismas cosas á los príncipes y á un pueblo que manda, que á las casas y ciudades inferiores; que había estado en su lugar dar el debido sentimiento al reciente dolor, y no lo estaría menos el buscar algún alivio á tanta tristeza; que era ya tiempo de retirar el ánimo á su quietud y fortalecerle, como hizo el divo Julio perdida su hija única, y el divo Augusto arrebatados del mundo sus sobrinos, los cuales procuraron echar de sí todo desconsuelo; que no había necesidad de valerse de ejemplos antiguos, ni acordarse de cuántas veces sufrió constantemente el

romano, á la cual subían los oradores para hablar al pueblo, llamada así por estar adornada con los espolones de las naves (*rostra*) cogidos á los volscos de Antio en la guerra latina.

pueblo romano las rotas de sus ejércitos, la muerte de sus capitanes y la extirpación de sus antiguas y nobles familias; que eran los príncipes mortales, mas la República eterna. Por tanto, que volviesen á sus acostumbrados ejercicios, y acercándose ya el tiempo de los juegos Megalenses (1), tornasen á gozar de sus gustos y pasatiempos.»

Rompidas con esto las vacaciones, se volvió á los negocios, y Druso partió para los ejércitos del Ilirico, estando todos con el ánimo levantado en pedir venganza contra Pisón. Dolíanse de que entretanto se anduviese él recreando por los lugares amenos de Asia y de Acaya, por subvertir con esta arrogante y maliciosa detención las pruebas de sus maldades, porque ya se sabía que aquella Martina, famosa hechicera, enviada, como he dicho, por Gneo Sencio, era muerta súbitamente en Brindis, y que le habían hallado el veneno escondido en las trenzas de los cabellos, sin señal alguna en su cuerpo de haberse quitado ella misma la vida.

Mas Pisón, enviado delante á Roma á su hijo con instrucción de ir mitigando el ánimo del príncipe, se va la vuelta de donde estaba Druso, esperando no hallarle más riguroso para con él á causa de la muerte de su hermano, que favorable por haberle librado de tal competidor. Tiberio, para mostrar la entereza de su justicia, recibiendo al mozo benignamente, usó con él de la misma liberalidad que acostumbraba usar con los demás hijos de personas tan nobles. Druso respondió á Pisón «que sí era verdad lo que se publicaba no podia dejar de tener particular sentimiento; mas que deseaba fuese todo falso y vano para que la muerte de Germánico no

(1) Los juegos de la gran diosa. Celebrábanse en las nonas de abril.

podiese ocasionar la ruina de nadie». Todo esto dijo en público, sin concederle audiencia secreta; y no se puso duda en que tuvo instrucción de su padre, porque siendo en las demás cosas poco advertido y fácil por la juventud, usaba en aquella ocasión de astucias de viejo.

Pisón, atravesado el mar de Dalmacia y dejando sus bajales en Ancona, por la Marca, y después por la vía Flaminia, alcanzó la legión que se hacia venir de Pannonia á Roma, para de allí enviarla de guarnición á la provincia de África, de donde después nació la voz de que en la ordenanza y en viaje había hecho muchas veces ostentación de sí á los soldados. De Narni, por no dar sospecha ó porque á quien teme todos los consejos son inciertos, haciéndose llevar por la Nera al Tiber, acrecentó el enojo del vulgo el ver su barca abordada al túmulo de los césares (1) en un dia que acertó á ser solemne, y en aquella frecuencia, desembarcando él con gran acompañamiento de criados y clientes, y Plancina de mujeres, todos con muestras de gran alegría. Provocaba también el odio universal su casa levantada sobre la plaza, ornada como para una gran fiesta (2), banquete copioso, viandas exquisitas, y por el concurso y publicidad del lugar nada escondido.

El día siguiente Fulcinio Trión citó á Pisón ante los cónsules. Por otra parte, Vitelio, Veranio y los otros que habían acompañado á Germánico decían «que Trión no tenía para qué entrometerse en aquello, ni ellos como acusadores, sino como testigos, querian dar los indicios del hecho y declarar lo que les había encargado Germánico»; por lo cual, dejando Trión de seguir

(1) Este sepulcro se hallaba situado en el Campo de Marte entre el Tiber y la vía Flaminia.

(2) Esto es, iluminada y decorada al exterior con laureles.

este cabo del proceso, alcanzó el poder acusar á Pisón de su vida pasada, y pidióse al príncipe que se encargase del conocimiento de toda la causa, de que no le pesó al reo por el temor con que estaba del favor del pueblo y del Senado. Donde, en contrario, sabía que Tiberio solía hacer poco caso de los rumores populares, y que se hallaba interesado en los secretos consejos de su madre; fuera de que discierne mejor las cosas verdaderas y las dudosas un juez solo, pudiendo demasiado acerca de los muchos el aborrecimiento y la envidia. No ignoraba Tiberio el peso que tomaría sobre sus espaldas con encargarse del conocimiento de la causa, ni la fama que corría de él; y así, llamando algunos pocos de sus más familiares, oyó de una parte las amenazas de los acusadores, y de la otra los ruegos del reo. Hecho esto, remitió enteramente la causa al Senado.

Entretanto, volviendo Druso del Ilirico, sin embargo de que los senadores habían decretado de que entrase en Roma con el triunfo de la ovación, por haber recibido á merced á Maroboduo y por las demás cosas hechas el verano antes, difiriendo aquel honor para otra ocasión, entró en la ciudad privadamente. Tras esto, pidiendo Pisón por abogados á Lucio Aruncio, Fulcinio, Asinio Galo, Esernino Marcelo y Sexto Pompeyo, y rehusándolo ellos con varias excusas, obtuvo en su lugar á Marco Lepido, Lucio Pisón y Liveneyo Regulo; y así estaba con atención toda la ciudad por ver la fidelidad con que se gobernaban los amigos de Germánico, en que confiaba el reo, y si Tiberio sabía esconder y reprimir bastantemente sus afectos, ó si se le echaban de ver. Atento á estas cosas, el pueblo hablaba, aunque secretamente, con más libertad que nunca contra el príncipe, de quien hasta con el silencio publicaba ruines sospechas.

El día que se juntó el Senado para esta causa, César, con prevenida templanza, habló así: «Á Pisón, ya en otro tiempo legado y amigo de mi padre, di, con parecer vuestro, por coadjutor á Germánico en la administración de las cosas de Oriente. Si allí con desobediencia ó emulación ha exasperado el ánimo del mozo, alegrándose de su muerte ó finalmente dádosela con maldad y traición, bien es que se juzgue con entereza, porque si el legado ha excedido los límites de su oficio, perdido el respeto á su superior y alegrándose de su muerte y de mi llanto, le aborreceré, le privaré de mi casa y vengaré las enemistades particulares, no como príncipe. Mas si se prueba delito tan atroz, que deba satisfacerse con la muerte de alguno, dad á vosotros mismos, á los hijos de Germánico y á mí, que soy su padre, el justo consuelo que necesitamos. Considerad juntamente si á la verdad Pisón ha incitado el ejército á inquietudes; si movido de ambición ha procurado ganar el favor de los soldados y vuelto á entrar armado en la provincia; averigüese si estas cosas son falsas ó engrandecidas por los acusadores, de cuyo sobrado afecto y diligencias excusadas me duelo con razón. Porque, ¿á qué propósito poner desnudo en una plaza el cuerpo de Germánico, y manosearle á vista del vulgo, publicar hasta entre los extranjeros que murió atosigado, si estaba todavía en duda, y como veis se investiga la verdad? Confiésoos que lloro á mi hijo y que lo lloraré siempre; mas no por esto prohibo al reo que deje producir todo lo que pueda ayudar á su justificación, aunque sea redargüir á los acusadores con alguna maldad de Germánico. Y ruégoos que no porque esta causa es tan conjunta como veis con mi dolor, os resolváis en admitir por probados los delitos solamente imputados al reo. Si el parentesco y la confianza le han proveído á Pisón de abogados, ayudadle

en su peligro muy en buen hora con la elocuencia y cuidado que pudiéredes. Al mismo trabajo y á la misma distancia me ha parecido también exhortar á los acusadores. Excedamos en esto sólo á las leyes en honra de Germánico; es, á saber, que la causa tocante á su muerte se vea en la curia y no en el foro, por el Senado y no por los jueces; sea tratado lo demás con igual modestia y templanza. Ninguno tenga respeto á las lágrimas de Druso, á mi tristeza, ni tampoco á lo que puede fingirse contra nosotros.»

Asignaban después de esto dos días para producir la acusación, y al cabo de otros seis, tres al reo para dar sus defensas. Entonces Fulcinio declaró que había gobernado á España con ambición y avaricia; delitos viejos y vanos que, probados, no le dañaban purgados los nuevos, ni defendidos, le absolvían de los más graves. Después de él, Servio, Veranio y Vitelio, con igual afecto, aunque Vitelio con más elocuencia, expusieron: «Que Pisón, por odio de Germánico y deseo de novedades, con dar sobrada licencia á la gente de guerra y con disimular las injurias hechas á los pobladores de la provincia, había sobornado los ánimos militares hasta hacerse llamar por los más ruines padre de las legiones; que, en contrario, había usado mil crueldades con la gente más granada, especial con los amigos y compañeros de Germánico; y últimamente, que no había dudado de quitarle la vida con hechizos y con veneno. Que á este efecto habían hecho él y Plancina mil sacrificios y nefandas inmolaciones; que empuñó después las armas contra la República; tal, que para llegar á poderse conocer de sus excesos, había sido fuerza pelear con él y vencerle en batalla.»

Estaba su defensa dudosa en los demás cabos; porque ni el ganar á los soldados con ambición, ni el haber re-

cibido en la provincia gente facinerosa, ni las injurias hechas á Germánico, podían negarse. Sólo el delito del veneno parecía purgado, porque ni aun los mismos acusadores lo confirmaban bien con decir que estando una vez junto á Germánico, por quien fué convidado á un banquete, con achaque de servirle le había atosigado la vianda; pareciendo absurdo y disparate grande el pensar que se pudiese atrever á tal, rodeado de criados ajenos, con tantos ojos sobre sí, sin los del mismo Germánico; y el reo ofrecía que fuese interrogada su familia, pidiendo ministros para la tortura; mas los jueces, por diversas cosas, se mostraban implacables. César por la guerra movida á la provincia, el Senado por no acabarse de persuadir á que Germánico era muerto sin engaño, murmurándose que no negaba menos esta verdad Tiberio que Pisón. Oíanse fuera las voces del pueblo, afirmando que emplearían las manos, caso que Pisón se librase del juicio de los senadores; habiendo entretanto arrastrado sus estatuas á las Gemonias, y las despedazarán si no las hubiera defendido y vuelto á su lugar la autoridad del príncipe. Pisón, pues, metido en una litera, fué vuelto á llevar por un tribuno de las cohortes pretorias; creyendo unos que iban por guardia de su persona y otros para quitarle la vida.

El mismo aborrecimiento universal había contra Plancina; pero alcanzaba más favor, y á esta causa se estaba en duda de lo que César emprendería contra ella. La cual, mientras Pisón tuvo algunas esperanzas, se ofrecía de acompañarle en cualquier fortuna, y si el caso lo pedia, hasta en la misma muerte. Mas en obteniendo ella perdón por secretos ruegos de Augusta, comenzó poco á poco á separarse del marido y á dividir las defensas; lo que tomado de Pisón por señal mortal, estando á esta causa en duda si gastaría tiempo en ayudarse, animado

por sus hijos se resolvió en entrar de nuevo en el Senado; donde hallando renovada la acusación, los senadores más alterados y toda cosa contraria y cruel, nada le desanimó tanto como el ver á Tiberio sin piedad y sin ira, obstinado y cubierto, por no declarar sus afectos. Llevado otra vez á su casa á título de querer pensar nuevas defensas, escribió algunas cosas, y selladas, las dió á un liberto suyo. Atendió después al usado cuidado del cuerpo, y pasada buena parte de la noche, en saliendo su mujer del aposento, mandó cerrar las puertas, y al nacer del día fué hallado en tierra degollado y la espada cerca de él.

Acuérdome haber oído decir á los muy viejos que fué visto muchas veces en manos de Pisón un papel no divulgado por él; mas decían sus amigos que era de letra de Tiberio, y que contenía los mandatos contra Germánico; el cual estuvo resuelto de producirle en el Senado y de argüir con él al príncipe; y lo hiciera, si con unas promesas no se lo disuadiera Seyano. Y que no se mató él mismo, sino que se envió quien le quitase la vida. No me atreveré á afirmar ninguna de estas cosas; mas no he querido callar la relación de aquellos que vivieron hasta nuestra juventud. César, mostrado en lo exterior disgusto de que con esa muerte se había pretendido hacerle aborrecible al Senado, con continuas preguntas iba investigando de la manera que Pisón había pasado aquel último día y aquella noche. Y habiéndole dicho sobre esto su hijo muchas cosas con prudencia y muchas con inconsideración, leyó, finalmente, el memorial hecho por su padre, dictado casi en esta substancia: «Oprimido de la conspiración de mis enemigos contra mí y del odio del falso delito, pues que ni mi verdad ni mi inocencia tienen lugar, llamo á los dioses inmortales por testigos de cómo he vivido para contigo, ¡oh César!

siempre fiel, y no con menor afición para con tu madre; á entrambos encomiendo mis hijos, de los cuales Gneo Pisón, por haber estado siempre en Roma, no le debe tocar parte de mi mala fortuna. Marco Pisón me disuadió el volver á Siria, y pluguiéra á los dioses que hubiera cedido yo antes á mi hijo mozo que él á su padre viejo; por lo cual tanto más apretadamente pido que mi culpa y mi temeridad no arrebaten también al inocente. Ruégote, pues, por mis servicios de cuarenta y cinco años, por el consulado que ejercimos tú y yo juntos, con aprobación del divo Augusto, tu padre, y gusto particular tuyo, y por la memoria de un amigo que ya no te puede pedir otra merced, que me la hagas de conceder la vida á mi infelice hijo.» De Plancina no hizo mención alguna.

Después de esto, Tiberio absolvió al mozo Pisón del delito de la guerra civil, diciendo que no le había sido lícito desobedecer á su padre. Tuvo también compasión á la nobleza de aquel linaje y á la infelicidad de Pisón, aunque en todas maneras merecida. Fué baja y vergonzosa cosa que defendiese á Plancina, poniendo por excusa el habérselo rogado su madre, contra la cual se encendian las secretas pláticas de todos los buenos, diciendo: «¿Es posible que pueda ver una abuela delante de sí la matadora de su nieto, y que ésta la hable y la libre de las manos del Senado? ¡Que á solo Germánico se niegue lo que conceden las leyes á cualquier ciudadano! ¡Que sea llorado César por Vitelio y por Veranio, y por el emperador y por su madre defendida Plancina! Convierta y emplee de hoy más Plancina los venenos y encantos tan á su salvo experimentados contra Agripina y sus hijos, para que la venerable abuela y generoso tío se acaben de hartar de la sangre de esta más que infelice casa.» Pasáronse con esto dos días, so color de hacer el proceso de Plancina, instando

Tiberio con los hijos de Pisón á encargarse de la defensa de su madre. Y aunque los testigos y acusadores gritaban á porfia contra ella, sin que nadie respondiese, pudo finalmente más la misericordia que el aborrecimiento. Pidióse primeramente el voto al cónsul Aurelio Cota (porque cuando César proponía, hacían también los magistrados oficio de consejeros votando en las causas) (1), y fué de parecer que el nombre de Pisón se rayase de los fastos; que una parte de sus bienes se confiscase y la otra se hiciese gracia de ella á su hijo Gneo Pisón, con tal que mudase su sobrenombre (2). Que Marco Pisón, degradado del Senado, dejándole solamente ciento veinticinco mil ducados (cinco millones de sestericios) de hacienda, fuese desterrado por diez años, y que Plancina fuese absuelta, mediante los ruegos de Augusta.

Fueron moderadas por el príncipe muchas cosas de esta sentencia: que no se borrara el nombre de Pisón de los fastos, pues quedaba el de Marco Antonio habiendo hecho guerra á la patria, y el de Julio Antonio, que violó la casa de Augusto. Libre á Marco Pisón de aquella ignominia, concediéndole toda la hacienda de su padre, mostrándose, como he dicho atrás, harto firme en menospreciar el dinero, y ya entonces, por la vergonzosa absolución de Plancina, mucho más aplacado. Prohibió que se pusiese estatua de oro en el templo de Marte Vengador, como había aconsejado Valerio Mesalino, y altar á la Venganza, como quería Cecina Severo, con decir que estas cosas se suelen consagrar

(1) Los magistrados, que en tiempo de la República no tenían derecho á emitir su opinión en el Senado, la daban en el nuevo gobierno, si bien no podían hacerlo hasta que el emperador hubiese puesto á discusión el asunto.

(2) Tomó el de Lucio.

por las victorias ganadas de los extraños, y que los males de casa deben cubrirse con la tristeza. Había añadido Mesalino que en honra de la venganza de Germánico se diesen gracias á Tiberio, á Augusta, á Antonia, á Agripina y á Druso, olvidándose el nombrar á Claudio, á cuya causa Lucio Asprenate, en pleno Senado, preguntó á Mesalino si había sido voluntario aquel olvido, y entonces se añadió en el decreto el nombre de Claudio. Verdaderamente que cuanto más voy observando las cosas nuevas é investigando las antiguas, tanto más se me representa ante los ojos la locura y vanidad de los mortales en cualquier cosa que sea; no había hombre de quien tan poco se acordase la fama, á quien se estimase en menos, ni de quien se tuviesen menos esperanzas que éste á quien la fortuna escondidamente nos tenía guardado para príncipe.

Pocos días después el Senado, con orden de Tiberio, dió la dignidad de sacerdotes á Vitelio, Veranio y Severo. Á Fulcinio prometió su favor siempre que se opusiese á los honores, advirtiéndole que procurase no precipitar su elocuencia con la sobrada violencia en el hablar. Este fué el fin que tuvo la venganza de la muerte de Germánico, de la cual se discurrió variamente no sólo entre los hombres de aquellos tiempos, sino también en los que siguieron después. Tan inciertas y dudosas son las cosas grandes: mientras unos tienen por cierto todo lo que oyen, otros vuelven en contrario la verdad, y al fin se van aumentando con el tiempo ambas opiniones. Druso, saliendo de Roma por hacer su entrada con majestad y buen agüero (1), tornó luego á

(1) Como los generales romanos tenían que deponer el mando al entrar en Roma, era indispensable, para que Druso pudiese verificar su ovación, que saliese de la ciudad, adonde había

entrar en triunfo de ovación, y pocos días después murió Vipsania, su madre, sola la cual, entre todos los hijos de Agripa, dejó de morir de muerte violenta, porque los demás, ó descubiertamente murieron á hierro, ó, como se creyó, de veneno y de hambre.

En este año Tacfarinas, vencido, como dije, el año pasado por Camilo, renovó la guerra de África, primero con correrías no prevenidas por la presteza, después con arruinar villas y hacer grandes presas, y á lo último sitiando junto al río Pagida (1) una cohorte romana. Gobernaba aquel puesto Decrio, soldado valeroso y práctico, el cual, teniendo á deshonra el estar sitiado y exhortando á los suyos á pelear en campaña, los saca fuera del alojamiento en ordenanza. Mas siendo al primer ímpetu rota la cohorte y puesta en huida, mientras en medio de las armas y tiros arrojadizos detiene á los que huyen y da voces á los alféreces, que se avergüencen de volver las espaldas á gente fugitiva y desordenada; herido y perdido un ojo, aunque todavía fiero contra el enemigo, no cesó de pelear hasta que, desamparado de los suyos, dejó la vida.

Sabido este suceso por Lucio Apronio, que había sucedido á Camilo, ofendido más de la vileza de los suyos que de la reputación que ganaba el enemigo, hizo matar con los varas á todos los que salieron diezmados de aquella vergonzosa cohorte, castigo hecho raras veces en aquel tiempo, aunque muy usado por los antiguos. Y aprovechó de suerte este rigor, que una sola bandera de quinientos veteranos puso en rota después á la misma gente de Tacfarinas que había ido sobre la fortaleza

ido para celebrar los funerales de su hermano, y que tomase de nuevo el mando y consultase los auspicios.

(1) Probablemente el Abeadh, en la provincia de Constantina.

de Tala (1). En esta batalla Rufo Elvio, soldado ordinario, ganó la honra de haber salvado la vida de un ciudadano, en premio de lo cual le dió Apronio los collares de oro y una lanza. El César le añadió la corona cívica, doliéndose, no que le pesase, de que Apronio no se la hubiese dado con la autoridad de procónsul. Mas Tacfarinas, viendo á los númidas perdidos de ánimo, dejándose de sitiár tierras, comienza á dividir la guerra, retirándose cuando era seguido, y de nuevo acometiendo á las espaldas. Todo el tiempo que siguió este consejo, sin recibir daño, cansaba y burlaba á los romanos; mas mientras vuelto á los lugares marítimos se estaba en los alojamientos atento á guardar la presa, Apronio Cesiano, enviado por su padre con la caballería y auxiliares junto con los infantes sueltos de las legiones, peleó con él prósperamente, haciéndole retirar á los desiertos.

Mas en Roma, Lepida, la cual, fuera de la reputación del linaje Emilio, tuvo por bisabuelos á Lucio Sila y á Gneo Pompeyo, fué acusada de haber fingido la preñez y el parto de Plubio Quirino, hombre rico y sin hijos, añadiéndole adulterios, venenos y haber investigado cosas por vía de caldeos en daño de la casa de César, defendiendo su causa Manio Lepido, su hermano. Quirino, aborreciéndola aun después de haberla repudiado, puesto que infame y culpada la hacía digna de compasión. No se pudo conocer con facilidad en esta causa la intención del príncipe; de tal manera supo confundir y entremezclar las demostraciones de ira y de clemencia, habiendo rogado el primero al Senado que no se tratase aquella causa como delito de majestad; mas después

(1) Ciudad de Numidia situada no lejos del desierto, si bien se ignora cuál era á punto fijo el lugar que ocupaba. Fué arruinada en la guerra de César contra Juba.

apercibió á Marco Servilio, varón consular, y á otros testigos para que dijesen lo que había mostrado desear que se callase. Tras esto hizo entrega en manos de los cónsules á los criados de Lepida, que hasta entonces había estado con guardia de soldados, si bien no consintió que fuesen examinados con tortura por lo que tocaba á él y á su casa. Quitó á Druso, que estaba nombrado para cónsul, el privilegio de votar primero, atribuyéndolo algunos á humanidad y modestia, por no necesitar á los otros á seguir su parecer, y otros á crueldad, por poderle hacer arrimar después al voto que tratase de condenarla.

Lepida, compareciendo en el teatro en los juegos que se hacían aquellos días que se veía su causa, acompañada de mujeres nobles, con miserables lamentos, llamando sus antecesoras y al mismo Pompeyo, cuyas eran aquellas memorias y estatuas que allí se veían, movió á tanta piedad al pueblo, que, deshecho en lágrimas, decía mil males de Quirino, á cuya vejez, privada de sucesión y de nobleza, hubiese sido dada una mujer destinada para serlo de Lucio César, y nuera del divo Augusto. Mas después que con la confesión de los criados en el tormento se sacaron á la luz sus maldades, fué aprobado el parecer de Rubelio Blando, es á saber, que fuese privada de agua y de fuego. Á este voto se arrimó Druso, si bien hubo muchos que juzgaron más mansamente. Poco después, á instancia de Escauro, que de ella tenía una hija, se le concedió que no se le confiscasen los bienes. Y entonces descubrió Tiberio haber sabido con certidumbre, hasta de los criados de Quirino, que Lepida le había querido atosigar.

Esta adversidad de estas dos familias ilustres, habiendo casi en el mismo tiempo perdido los Calpurnios á Pisón y los Emilios á Lepida, tuvo algún alivio con la

gracia que se hizo á Decio Silano, restituyéndole al linaje de los Junios. Contaré brevemente este suceso. Así como en las cosas públicas tuvo Augusto á la fortuna favorable, asimismo fué en las de su casa poco dichoso, por la deshonestidad de su hija y de su sobrina, que fueron desterradas por él de Roma, y los adúlteros castigados con muerte ó con destierro; porque llamando al pecado público entre hombres y mujeres con el grave nombre de ofendida religión ó majestad, excedía los límites de la clemencia de sus predecesores y de las propias leyes hechas por él. Contaré los sucesos de los otros y las cosas de aquella edad, si, acabadas éstas que traigo entre manos, me sobrare vida para escribir más. Decio Silano, pues, adúltero de la sobrina de Augusto, aunque no se hizo otra demostración contra él que privarle de la amistad de César, conoció bien que tácitamente se le declaraba el destierro: ni Marco Silano, hermano suyo, estimado por su gran poder, calidad y elocuencia, se atrevió á impetrar perdón del Senado ni del príncipe hasta que imperó Tiberio. El cual, dándole Silano las debidas gracias, le respondió en presencia de los senadores que se holgaba también él de que hubiese vuelto su hermano de tan larga peregrinación, y que lo había podido muy bien hacer no habiendo sido desterrado por decreto del Senado ni por ley. Si bien para con él quedaban vivas las mismas ofensas hechas á su padre, no habiendo la vuelta de Silano derogado la voluntad de Augusto. Vivió después en Roma sin alcanzar jamás honor ni dignidad alguna.

Trátase después de esto de moderar la ley Papia Poepa (1), hecha por Augusto siendo ya viejo, después de

(1) Fué promulgada en el año 762 bajo los cónsules subrogados M. Papio Mutilo y Q. Popeo Segundo. El objeto de esta ley

las leyes Julias (1), por aumentar las penas á los que no se casaban y alimentar el Erario, si bien no por eso se aumentaban los casamientos ni la crianza de los hijos, prevaleciendo el uso del celibato; tal, que de día en día crecía la muchedumbre de los que se ponían voluntariamente al riesgo de la pena, visto que muchas casas estaban destruidas y acabadas por la interpretación de los acusadores, de suerte que como en otro tiempo daba cuidado la muchedumbre de los vicios, no le daba menor en éste la multiplicación de las leyes. Esto nos convida á discurrir desde más atrás del principio que tuvo la administración de la justicia, y el modo en que se ha venido á esta infinita variedad y cantidad de leyes.

Vivían los primeros hombres sin ningún siniestro apetito, sin vituperio ó maldad alguna, y á esta causa, sin penas y sin necesidad de corrección; no había tampoco necesidad de premio, apeteciéndose lo justo y lo honesto por su propia causa, y donde nada se deseaba contra el deber, nada tampoco era vedado con el temor. Mas después que se fueron despojando de esta igualdad y en vez de la templanza y de la vergüenza entraron la fuerza y la ambición, comenzaron á establecerse los señorios, perpetuándose acerca de diversos pueblos; y á mu-

era proteger los matrimonios otorgando numerosos é importantes privilegios á los casados con hijos, y desposeyendo de algunos derechos á los célibes de uno y otro sexo, cuyo número crecía, con harto perjuicio de las costumbres y hasta de la misma sociedad. Véase acerca de dicha ley á HEINE, CCH, *ant. roman.*, etcétera, I I, f. 25; á MONTESQUIEU, *Esprit des lois*, XXXIII, 21; á HUGO, *Hist. du droit romain*, § 295, 296, y la nota 11 al libro XV de los Anales.

(1) La ley Julia, *de Maritandis ordinibus*, fué promulgada por Augusto en 736 con igual objeto que la de que acabamos de hablar, y porque se creía, por medio de ella, reparar las inmensas bajas que había tenido la población á consecuencia de las guerras civiles que habían costado á la República, tan sólo en soldados, más de 80.000 hombres.

chos, ó luego ó después de haber experimentado el dominio real agradaron las leyes. Éstas al principio eran sencillas y sin artificio, respecto á reinar en los ánimos de los hombres estas mismas calidades, celebrando mucho la fama las de los cretenses, dadas por Minos, de los espartanos por Licurgo, y después de éstas las que Solón dió á los atenienses, más exquisitas y en mayor número. Á nosotros nos gobernó Rómulo á su voluntad. Obligó después Numa al pueblo á la religión y al derecho divino. Tulo y Anco inventaron algunas; pero sobre todos fué Servio Tulio el principal inventor de las leyes á quien los reyes obedeciesen también.

Desposeído Tarquino, el pueblo, por defender la libertad y establecer la paz, ordenó muchas cosas contra los bandos y ligas de los senadores. Creáronse los diez varones, y recogidas por todas partes las más famosas leyes, se compusieron las doce tablas, compendio de toda equidad y justicia; porque si bien las leyes que se hicieron después fué algunas veces en orden á castigar delitos, no hay duda en que las más se fueron estableciendo por fuerza ó por disensiones entre los estamentos, ó por adquirir honras ilícitas, ó, finalmente, por echar de la ciudad á los varones de mayor esplendor, y por otras cosas ruines semejantes á éstas. Con este dolor fueron alborotadores del pueblo los Gracos y los Saturninos: ni Druso se mostró menos pródigo en nombre del Senado, cohechando á sus aliados con la esperanza, ó engañándolos con varios impedimentos y oposiciones. Después, ni por las guerras de Italia, ni por las civiles que siguieron luego, se dejaron de hacer muchas y diversas leyes, hasta que Lucio Sila, dictador, anuladas ó corregidas las primeras y añadiendo otras muchas más, dió algún breve reposo á esta ocupación, hasta que sobrevinieron las sediciosas leyes de Lépido, y poco

después la licencia restituida á los tribunos de barajar el pueblo á toda su voluntad. Y ya desde entonces, no sólo en común, sino contra particulares, se hacian estatutos; tal, que nunca se vió más estragada la República que cuando tuvo más número de leyes.

Gneo Pompeyo entonces fué elegido tercera vez cónsul (1) á título de reformar las costumbres: el cual, usando de remedios más rigurosos que el propio mal, fué él mismo autor y destruidor de sus leyes, perdiendo por las armas lo que procuró defender con ellas. Después, siguiéndose una continua discordia de veinte años (2), no quedó rastro de justicia ni de buena costumbre, y no sólo quedaban las maldades sin castigo, pero muchas veces se aplicaba á las cosas honestas y á la virtud. Finalmente, César Augusto, en el sexto consulado, seguro de su poder, anuló todo lo que había ordenado en su triunvirato, y dió leyes para que nos sirviésemos de ellas en tiempo de paz y debajo del gobierno de un príncipe. Fuéronse tras esto apretando las ataduras de las leyes, especial en la observancia de la Papia

(1) Había sido nombrado cónsul en 702 de Roma, con el cargo de reformar el Estado. Entre las varias leyes que en aquella ocasión promulgó, fué una de ellas el poner en vigor la que obligaba á los candidatos á solicitar en los comicios los sufragios en persona. Hizo confirmar por el pueblo el senado consulto, por el cual se prohibía que se diesen las provincias á los cónsules y á los pretores hasta cinco años después de haber desempeñado su cargo, y por último hizo otra ley sobre cohecho, que se extendía á los delitos cometidos después de veinte años. Ahora bien: él mismo violó la primera, autorizando á César para pedir el consulado estando ausente; la segunda haciéndose prorrogar por cinco años el Gobierno de España, y la tercera, arrancando á la acción de la Justicia á su cuñado Scipión Metelo, á quien se hacían los más severos cargos. Tácito alude á estas violaciones cuando dice en seguida: *Suarumque legum auctor idem et subversor.*

(2) Desde el tercer consulado de Pompeyo hasta la batalla de Accio, en el 723.

Popea, hasta dar salarios y premios á los espías y acusadores, para que si alguno moría sin haber sido padre sucediese el pueblo romano como padre universal. Pero ellos excedían de sus comisiones, despojaban á Roma, á Italia y á los ciudadanos doquiera que los hallaban, de tal manera, que tenían ya destruídos á muchos y atemorizados á todos, cuando Tiberio determinó de remediarlo, sacando por suerte cinco sujetos que habían sido cónsules, cinco del orden pretorio y otros tantos de lo restante del Senado: éstos, desatando muchos nudos y varias implicaciones de aquella ley, fueron por entonces de algún alivio.

En este tiempo, no sin risa de los oyentes, rogó Tiberio á los senadores que tuviesen por bien de habilitar á Nerón, hijo de Germánico, entrado ya en la juventud, para que, sin haber ejercitado el oficio del magistrado de los veinte varones (1), pudiese ser admitido al de cuestor cinco años antes de lo que permitía la ley, alegando que á él y á su hermano se había concedido lo mismo á instancia de Augusto; mas ni aun entonces pienso que dejarían de burlar secretamente de semejante demanda, con ser al nacimiento de la grandeza de los Césares, y hallarse más cercanos á las antiguas costumbres, con el parentesco menos estrecho de los antenados para con el padrastro, que del abuelo para con el nieto. Añadiósele el pontificado, y el primer día que compareció en la plaza se dió un donativo al pueblo, alegre y regocijado de ver ya á un hijo de Germánico en edad juvenil. Acrecentó la alegría poco después el

(1) Denominación colectiva que comprendía cuatro clases de magistrados: á saber: los *triumviri capitales*, los *triumviri monetales*, los *quatuorviri viales* y los *decemviri litibus judicandi*, ó presidentes de las diferentes secciones del Tribunal de los centumviros.

matrimonio de Nerón con Julia, hija de Druso; y á esta medida fué el sentimiento universal de que al hijo de Claudio se le destinase Seyano por suegro, pareciendo que con aquello se manchaba la nobleza de aquel linaje, y que levantado ya de suyo Seyano á excesivas esperanzas, se le daba ocasión para esperar más.

Á la fin del año murieron dos varones señalados; es á saber: Lucio Volusio y Salustio Crispo. Volusio, de antiguo linaje, aunque sus pasados no habían llegado á más que á ser pretores, él alcanzó el consulado, y fué censor para la elección de las decurias de la gente de á caballo, y el que comenzó á juntar las grandes riquezas de que aun en hoy día florece aquella casa. Crispo fué de linaje de caballeros, aceptado en la familia de aquel Cayo Salustio, excelente historiador de las cosas de Roma, como nieto de su hermana. Éste, aunque pudo fácilmente tener entrada á los honores y oficios honrados de la República, todavía deseando imitar á Mecenas, siguió el mismo estilo, y sin llegar á ser senador se adelantó en autoridad á muchos que habían triunfado y sido cónsules: fué diverso de la antigua forma de vivir en el ornato de su persona y en el aliño y regalo de su casa, y por la abundancia de riquezas casi pródi-go. Tuvo con todo eso el ánimo vigoroso, apto para negocios grandes, y tanto más despierto, cuanto procuraba mostrarse más soñoliento y para poco. Viviendo Mecenas, fué la segunda persona y después la primera de quien se confiaron los más íntimos secretos de los emperadores, y uno de los que supieron de la muerte de Póstumo Agripa. En llegando á la vejez, retuvo más la apariéncia que la fuerza de la privanza del príncipe, como sucedió también á Mecenas: cosa fatal que la privanza de corte sea raras veces durable; quizá porque los príncipes se avergüenzan de haber acabado de dar

todo lo que pueden, ó los privados se empalagan viendo que no les queda ya más que desear.

Sigue el cuarto consulado de Tiberio, y el segundo de Druso, memorable por la compañía de padre é hijo; porque dos años antes tuvo Germánico el mismo honor con Tiberio, no tan amable al tío ni tan conforme á su naturaleza. El cual, al principio de este año, so color de recrearse y mirar por su salud, se retiró en el país de Campania; mas, á la verdad, él pensaba continuar por mucho tiempo aquella ausencia de Roma, quizá porque Druso, faltándole el padre, ejerciese sólo los negocios del consulado; y casualmente una cosa bien ligera, aunque después fué ocasión de notable contraste, la dió al mozo para hacerse bienquisto con el pueblo. Domicio Corbulón, varón pretorio, se quejó en el Senado de Lucio Sila, mancebo notable, porque en el espectáculo de gladiadores no le habia dado su lugar. Tenia de su parte Corbulón la edad, la costumbre de la patria y el favor de los senadores más viejos: en contrario, Mamerco Escauro, Lucio Aruncio y otros parientes de Sila abogaban por él. Contendióse con largas oraciones, contando ejemplos antiguos en que con gravísimos decretos se habían castigado los desacatos juveniles, hasta que Druso comenzó á discurrir sobre la materia con tanta discreción y razones tan acomodadas á quietar los ánimos alterados, que Mamerco, tío y padrastro de Sila, fecundísimo orador de aquella edad, se resolvió en dar satisfacción á Corbulón. El mismo Corbulón, exclamando después que por negligencia de los magistrados y por fraude de los arrendadores obligados al aderezo de los caminos estaban infinitos por toda Italia del todo impracticables, recibió con gusto la comisión que se le dió de aquel negocio; el cual no salió después tan provechoso para el uso público, cuanto cala-

mitoso á muchos, contra cuyas honras y haciendas con penas y confiscaciones se encruelecia.

Poco después escribió Tiberio á los senadores cómo hallándose la provincia de África en trabajo por las correderías de Tacfarinas, convenía que el Senado eligiese un procónsul experto en la milicia y de salud robusta para ejercitar aquella guerra. Esto dió ocasión á Sexto Pompeyo de desfogar el odio que tenía concebido contra Marco Lépido, llamándole hombre de poco, pobre, afrenta de su linaje, y por esto digno también de ser privado de concurrir ni entrar en suerte para el gobierno de Asia. El Senado, en contrario, excusaba á Lépido, juzgando que lo que en él parecía poquedad y descuido no era sino una cierta bondad y llaneza natural, y que la poca hacienda que le dejó su padre y su nobleza, sustentada sin reproche, debían causar en él antes honor que vituperio. Y así fué enviado á Asia. En cuanto al gobierno de África, se decretó que César nombrase á quien le diese gusto.

Mientras se trataba de estas cosas, aconsejó Severo Cecina que no permitiese á ningún gobernador de provincia el llevar consigo á su mujer, habiendo primero muy á lo largo dado cuenta de cómo vivía él en paz y en concordia con la suya, de quien había tenido seis hijos. Sin embargo, había observado en su casa lo que aconsejaba que se estableciese para servicio público, dejando siempre á su mujer en Italia, aunque por espacio de cuarenta años le había sido forzoso salir diversas veces y á varias provincias. Decía «que no sin causa ordenaron los antiguos que no se llevasen las mujeres á las tierras de los aliados ni á provincias extranjeras; que donde están las mujeres, embarazan y estorban muchas veces la paz con sus excesos y disoluciones, y la guerra con su temor, reduciendo la ordenanza romana á una

semejanza del marchar bárbaro; que este sexo es no solamente flaco y poco apto para los trabajos, pero si se le deja la rienda, cruel, ambicioso y deseoso de mandar; huélgase de marchar entre los soldados y de tener á su devoción los centuriones: testigo Plancina, que no se avergonzaba de presidir á los ejercicios militares de las cohortes y á las decursiones de las legiones (1); que lo pensasen bien y hallarían que de todas las quejas de residencia, las culpas principales se imponen de ordinario á las mujeres, á causa de arrimarse á su favor de ellas los más ruines de las provincias; que emprenden todos los negocios y los concluyen á su voluntad; que son necesarias dos Cortes y dos Tribunales, siendo las mujeres mucho más obstinadas y rigurosas en sus mandatos; las cuales, antiguamente puestas en regla por las leyes Oppias y otras (2), limados ya los hierros, no habían parado hasta tomar la superintendencia de las cosas, de los negocios y de los ejércitos».

Fueron oídas estas cosas con aprobación de pocos, y muchos las reprobaban y contradecían, tanto por no haber sido hecha proposición, como por no parecerles Cecina digno censor de cosa de tanto momento. Tomó, pues, la mano Valerio Mesalino, hijo de Mesala, en quien vivía la imagen de la elocuencia de su padre, y respondió: «Que muchas cosas antiguas, duras y enojo-

(1) Decursiones eran ciertas reseñas ó alardes que, armados de todas armas, hacían cada semana los soldados romanos.—*(Nota de la T. E.)*

(2) La ley Oppia fué promulgada en el año 541 de Roma, durante la segunda guerra púnica, por el tribuno C. Oppio. Por ella se prohibía á las mujeres poseer para su uso más de media onza de oro, llevar vestidos de varios colores y hacerse llevar por Roma ó á mil pasos de distancia de ella en carruaje tirado por caballos, como no fuese para ir á los sacrificios públicos. Esta ley fué revocada en 559 á pesar de la oposición de Catón, entonces cónsul.

sas se hallaban trocadas en otras mejores y más apacibles el día presente, en el cual no estaba Roma, como entonces, rodeada de guerras, ni con las provincias enemigas; que se conceden algunas cosas por la necesidad de las mujeres, que no son cargosas á sus propios maridos, cuanto más á las provincias. Todo lo demás es común entre los dos, y no trae consigo algún impedimento á la paz: que á la guerra no hay duda en que se debe ir sin embarazos, pero volviendo un hombre de los trabajos de ella, ¿cuál recreación más honesta puede concedérsele que su propia mujer? Que á la verdad han caído algunas en ambición y avaricia; mas sepamos, ¿cuántos y cuántos hombres constituidos en magistrados habemos visto sujetos á mil pasiones desordenadas? ¿Será bien dejarse de enviar por esto quien gobierne las provincias? Concedamos que se han estragado muchos maridos por los defectos y vicios de sus mujeres; ¿por ventura hase de inferir de aquí que todos los por casar serán enteros y justos gobernadores? Agradaron ya las leyes Oppias por pedirlo así los tiempos de la República; mas no por eso se dejaron de moderar y mitigar después, cuando y como pareció conveniente. En vano vamos procurando dar otros nombres á nuestra flojedad, si la culpa de que las mujeres excedan de sus límites la tienen sólo los maridos, por lo cual sería sin justicia privar á todos del consuelo y reciproca participación en las cosas prósperas y adversas, por la baja de ánimo de algunos, y no menor temeridad el dejar aquel sexo naturalmente débil y flaco en poder de sus excesos y de los deseos desordenados de los otros: Si apenas con la vigilante guardia del marido vemos que se conservan sin ofensión los matrimonios, ¿qué será si por discurso de años, casi como en forma de divorcio, las desamparamos y nos olvidamos de ellas? Remédien-

se, pues, los excesos que se cometen en otras partes de tal manera que no nos olvidemos de los que se hacen en Roma.» Añadió Druso algunas pocas cosas de su matrimonio, diciendo «que muchas veces conviene á los príncipes ir á visitar hasta los lugares más apartados del Imperio, y las que el divo Augusto habia ido acompañado de Livia al Oriente ó al Occidente, ya que él habia ido también al Ilirico, y si el caso lo pidiese, iría ni más ni menos á otras; mas no siempre con el ánimo quieto si le habia de ser forzoso el dividirse de su amada mujer, de quien tenia tantos hijos». Así, fué rechazado el consejo de Cecina.

En el siguiente Senado, Tiberio, después de haber por indirectas reprendido á los senadores de que dejaban todos los cuidados á cargo del príncipe, nombró á Marco Lépido y á Junio Bleso para que el Senado proveyese en uno de ellos el proconsulado de África. Oyéronse entonces los discursos de ambos á dos, excusándose Lépido con su poca salud, con la edad de sus hijos y con tener una hija para casar: entendiéndosele á más de esto mucho mejor lo que callaba; es, á saber: que siendo como era Bleso tío de Seyano, forzosamente habia de ser más favorecido. También hizo Bleso como que se excusaba, aunque mostrando menos resolución que Lépido: con todo eso, fué oído con gran aplauso por los aduladores.

Después de esto, las quejas conservadas en los corazones de muchos salieron finalmente á luz. Habíase introducido una licencia á los más ruines de decir injurias y vituperios á gente noble y virtuosa, con sólo el refugio de poderse asir á una estatua de César (1). Y

(1) No sólo se aseguraba la impunidad á los que se refugiaban cerca de la estatua del emperador reinante, sino hasta á los que tenían una imagen suya en las manos.

hasta los libertos y esclavos, atreviéndose á decir malas palabras y aun amenazar á señores y patronos, comenzaban ya á hacerse temer. Sobre lo cual Cayo Cesio, senador, discurrió diciendo: «Que verdaderamente los príncipes están en la tierra en lugar de los dioses, los cuales no oyen los ruegos de los suplicantes si no son justos, ni se concede el acudir por refugio al Capitolio y á los demás templos de Roma, para servirse de ellos los ruines como de escudo de sus maldades y atrevimientos; que las leyes debían de estar ya del todo aniquiladas y pervertidas, pues que Ania Ruffilia, convencida por él y condenada de falsedad en juicio, osaba injuriarle y amenazarle en la plaza y á la puerta de palacio, sin atreverse él á invocar el favor de la justicia por estar asida á una estatua del emperador.» Comenzando otros á contar semejantes cosas y aún más ofensivas, se levantó un gran murmurio, rogando incesantemente á Druso que se dignase de hacer sobre ello un castigo ejemplar: el cual, llamada y convencida Ruffilia, mandó que fuese llevada á la cárcel pública.

Fueron castigados después de esto Considio Equo y Celio Cursor, caballeros romanos, no menos con la autoridad del príncipe que con decreto del Senado, por haber puesto falsa acusación de majestad á Magio Ceciliano, pretor. Ambas cosas resultaron en gran loor de Druso; además de que con estarse en Roma y dejarse tratar y conversar familiarmente, hacia que se sintiese menos la condición retirada y escabrosa de su padre. Ni sus excesos y disoluciones se echaban á mala parte, diciendo que era mejor gastar el día en espectáculos y la noche en banquetes, que estarse solo y sin poderse divertir con algún pasatiempo, de mil cuidados dañosos, pues esto bastaba que lo tuviesen á su cargo Tiberio y sus fiscales; en cuya prueba Ancario Prisco acusó

á Cesio Cordo, procónsul de la isla de Creta, de dineros mal llevados, con la añadidura acostumbrada en aquellos tiempos á todas las acusaciones; es, á saber: de majestad ofendida. Ni más ni menos Tiberio, viendo que Antistio Vetere, de los más principales de Macedonia, había sido absuelto del delito de adulterio, reprendió ásperamente á los jueces, y le volvió á citar para que se defendiese del de majestad ofendida, teniéndole por hombre sedicioso, y que había participado en los consejos y empresas de Rescuporis cuando habiendo muerto á su hermano Coti (1) trató de hacernos la guerra. Por lo cual le fué prohibido el agua y el fuego, desterrándole á una isla lejos de Macedonia y de Tracia. Porque la Tracia, dividida entre Remetalce y los hijos de Coti, de los cuales, por su menor edad, había sido nombrado tutor Trebeliano Rufo, estaba combatida de varias discordias por el mal gobierno de los nuestros, culpándose no menos á Remetalce que á Trebeliano de no haber castigado los agravios hechos á la gente de aquellos pueblos. Los celetos, odrusios (2) y otras naciones poderosas tomaron las armas debajo de varios capitanes, iguales entre sí en bajeza de sangre, causa bastante para no acabarse de unir jamás ni hacer cosa de momento. Una parte de esta gente comenzó á inquietar los lugares vecinos, otros pasaron el monte Heno para levantar los pueblos más remotos. Los más y mejor en orden sitiaron al rey en Filipópolis, ciudad edificada por Filipo, rey de Macedonia.

(1) La palabra latina *frater*, debe tomarse aquí por próximo pariente; según el mismo Tácito (A. II, 64), Coti era sobrino de Rescuporis.

(2) Los primeros habitaban, divididos en dos tribus, los unos al pie del monte Heno (hoy día cadena de los Balkanes), y los otros al pie del Rodopo. Los odrusios residían más cerca de las

Sabido esto por Publio Veleyo, que gobernaba el ejército más cercano, envió algunas tropas de caballos con la gente suelta de las cohortes contra los que esparcidos iban robando ó recogiendo socorros. El, con el nervio de su infantería, marchó en socorro de los sitiados. Ambas cosas sucedieron prósperamente, porque los robadores fueron degollados; y moviéndose disensión entre los que sitiaban á Filipópolis, hizo el rey una salida tan valerosa, que con ella y con la llegada de la legión se acabó de ganar la victoria. No es mi intento dar á este suceso nombre de batalla, no muriendo en ella sino gente vagabunda y medio armada, sin pérdida de una gota de sangre nuestra.

En este mismo año comenzaron á rebelarse las ciudades de las Galias oprimidas de deudas, de que fué en los treveros fiero estímulo Julio Floro, y entre los eduos Julio Sacroviro, iguales en nobleza y en merecimientos de sus mayores, á cuya causa se les concedió el privilegio de ciudadanos romanos, que se daba raras veces y sólo en premio de virtud. Éstos, con secretas pláticas, juntando los más atrevidos, ó los que por pobreza ó por medio de sus maldades se hallaban necesitados á cometerlas, juntan en uno, Floro los belgas, y Sacroviro los galos vencidos, y en las juntas y secretos conventiculos procuraban encaminar los ánimos á la sedición, discurriendo de la continuación de los tributos, del gran exceso de las usuras, de la crueldad y soberbia de los presidentes, y que los soldados, sabida la muerte de Germánico, habían comenzado á discordar entre sí: mostraban el tiempo cómodo para cobrar su libertad, hallándose ellos en su flor, la Italia deshecha, el vulgo

fuentes del Hebro, en el país llamado en la actualidad la Maritza.

de Roma vil por el ocio y no menos inhábil para la guerra, sin haber otra cosa de algún valor sino los extranjeros.

Con esto no hubo apenas ciudad alguna que no quedase inficionada de esta semilla de sedición. Los primeros á rebelarse fueron los andegavos y los turonenses (1); á los andegavos refrenó Acilio Aviola, legado, con ayuda de la cohorte que estaba de presidio en León. Los de Tureyna fueron rotos por los legionarios que envió Viselio Varro, legado de la Germania inferior, con orden de estar á la del mismo legado Aviola, á quien acompañaron también algunos de los más principales galos, deseando disimular la traición hasta poderla ejecutar más á su salvo. Entre los cuales fué visto pelear en favor de los romanos á Julio Sacroviro con la cabeza descubierta, para mostrar, según decía, su valor; mas los prisioneros afirmaron después que no lo había hecho sino por darse mejor á conocer y evitar las heridas de las armas arrojadas. Consultáronse estas cosas con Tiberio y no hizo caso de los primeros avisos, y con su larga suspensión alimentó la guerra.

Atendía en tanto Floro á ejecutar sus designios y á persuadir á una ala de gente de á caballo levantada en los treveros debajo de nuestra milicia y disciplina, á que matando los mercaderes romanos, comenzasen la guerra; y ganó las voluntades de algunos, quedando los más en fe. Otra cantidad de gente baja, falidos y endeudados, acompañados de sus clientes y secuaces, tomó las armas y se encaminaban hacia la selva Ardena si no se lo impidieran las legiones enviadas de ambos ejércitos por diferentes caminos de orden de Viselio y Cayo Silo. Julio Indo, de la misma ciudad que Floro,

(1) Los de Anjou y los de Tours.—(Nota del T. E.)

aunque su enemigo y á esta causa más deseoso de honrarse de él, enviado delante con gente escogida, acabó de deshacer aquella desordenada muchedumbre. Floro, burlando á los vencedores deseosos de su prisión, y retirándose á ciertos escondrijos, á causa de verse tomados todos los pasos, con su propia mano se quitó la vida. Este fué el fin que tuvo el tumulto de los treveros.

En los eduos fué tanta mayor la conmoción cuanto la ciudad es más opulenta, y cuanto se hallaban más lejos las fuerzas para reprimirla. Augustoduno (1) es la ciudad capital de aquella gente, de la cual con sus cohortes armadas se apoderó Sacroviro, y de los hijos de la gente más noble de las Galias, recogida allí á estudiar las artes liberales, para con esta piedad ayudarse del favor de sus padres y parientes, y al punto distribuyó entre aquella juventud las armas que secretamente había mandado labrar. Halláronse entre todos 40.000 hombres, los 8.000 armados á la manera de nuestros legionarios, los demás con venablos, alfanjes y otras armas de las que suelen usar los cazadores. Añadió á esta gente cantidad de esclavos destinados para gladiadores, los cuales, conforme al uso de aquel país, van de pies á cabeza cubiertos de hierro; llámanse éstos crupelarios (2), á cuya causa, así como van seguros de ser heridos, así también son inhábiles para herir. Era aumentada esta multitud por el favor de las ciudades vecinas, que aunque no descubiertamente, ayudaban con particular afecto á los rebeldes; y no menos las diferencias entre los capitanes romanos, que con ambición fuera de tiempo, altercaban sobre quién sería ca-

(1) Hoy Autun.—(Nota del T. E.)

(2) Palabra céltica empleada por los galos para designar una clase particular de hombres que combatían, como los gladiadores, cubiertos de pies á cabeza de una armadura completa.

beza en aquella guerra, hasta que Varro, como más viejo y más débil, cedió el lugar á Silio, más mozo y más robusto.

En Roma en tanto, no sólo los treveros y los eduos, sino sesenta y cuatro ciudades de las Galias se decia haberse rebelado, que habían hecho liga con los germanos y que las Españas vacilaban, teniéndose, como es propio de la fama, á todas estas cosas por mucho mayores de lo que eran. Los buenos se dolian del trabajo de la República; muchos, por aborrecimiento del estado presente y deseo de mudanza, se alegraban hasta de sus propios peligros, culpando á Tiberio de que durante aquel movimiento universal gastase los dias y las noches en recibir memoriales de acusaciones. «¿Comparecerá —decian ellos— por ventura en el Senado Julio Sacroviro, acusado de majestad? Llegado es ya el tiempo en que han de venir hombres que con las armas hagan cesar las cartas escritas con sangre; no será mal trueque el de una honrada guerra por una paz miserable.» Mas Tiberio, tanto más compuesto de ánimo, se estaba seguro sin mudar de lugar ni de rostro, ejercitándose todos aquellos dias en sus ordinarias ocupaciones, ó que fuese grandeza de ánimo, ó que supiese por más ciertas vías ser el mal menos peligroso de lo que se publicaba.

En tanto, Silio, marchando con dos legiones, enviada delante una buena tropa de auxiliaarios, destruye y tala las aldeas y burgajes de los secuanos, que confinando con los eduos, se habían coligado y armado con ellos. Va luego á gran diligencia sobre Augustoduno, compitiendo entre sí los alféreces, y amenazando hasta los mínimos soldados deseosos de que, sin tomar el reposo acostumbrado, se marchase también la noche, bastando solamente para vencer el ver á los enemigos ó dejarse ver de ellos. Descubrióse Sacroviro en distancia de tres

leguas campaña abierta. Había puesto en la frente aquellos sus hombres de hierro, en los cuernos las cohortes y en retaguardia los mal armados. Él, entre los más principales en un hermoso caballo, iba acordándoles las antiguas glorias de los galos y lo que habían dado en que entender á los romanos; lo que les sería gloriosa la libertad si alcanzaban la victoria, y cuán intolerable, si perdían la batalla, el volver otra vez á la servidumbre.

No duró mucho esta plática, ni fué recibida con alegría por los que veían venirse acercando la ordenanza de las legiones, mientras ni ojos ni oído eran ya de algún servicio en aquel villanaje mal en orden y no acostumbrado á la guerra. Al contrario Silio, si bien la esperanza cierta de la victoria le quitaba la ocasión de exhortar á los suyos, gritaba con todo eso: «Que debían avergonzarse si se acordaban que después de victoriosos de las Germanias eran conducidos contra los galos, como contra formados enemigos, habiendo poco antes una sola cohorte deshecho á los turonenses rebeldes, una ala ó banda de caballos á los treveros, y ellos mismos á los secuanos. Estos eduos, cuanto más ricos y abundantes en regalos, tanto son más cobardes y más viles. Veislos ahí; atadlos y seguid á los que huyen.» Levantando á estas razones un gran alarido, cierra la gente de á caballo por los costados y la infantería por la frente; hallaron poca resistencia los caballos: los hombres de hierro retardaron algún tanto la victoria, no pudiéndose penetrar aquellas láminas con los dardos ni con las espadas; mas los nuestros, tomando segures y picos, como si quisieran romper una muralla, cortaban á un tiempo el hierro y los cuerpos: algunos con horcones y varales daban en tierra con aquellos edificios inútiles, los cuales, tendidos y sin fuerza para poderse levantar, eran dejados como muertos. Sacroviro, retirándose primero á Au-

tun, y después, medroso de que aquella ciudad no se rindiese, con los de más confianza á una aldea allí vecina, él de su propia mano, y los demás unos á otros, se dieron la muerte; quemóse la aldea ó caserío, abrasándolos finalmente á todos.

Entonces y no antes escribió Tiberio al Senado el principio y el fin de aquella guerra, sin quitar ó añadir á la verdad, diciendo cómo los legados con la fe y con el valor, y él con el consejo habian quedado superiores. Añadió juntamente las causas por qué no habian ido él ni Druso á ella, exaltando la grandeza del Imperio, y alegando que no convenia al decoro de los principes por la alteración de una ó dos ciudades dejar á Roma, desde donde se gobernaba todo. Mas que ahora, que no se podia decir que le llevaba el temor, iria sin falta á ver aquello personalmente y á poner remedio á las cosas que le necesitasen. Decretó el Senado votos, procesiones y otras solemnidades semejantes por su vuelta. Sólo Cornelio Dolabela, queriéndose aventajar á los demás, cayó en una despropositada adulación, proponiendo que de la provincia de Campania, donde estaba Tiberio, entrase en Roma con el triunfo de ovación. Mas él escribió otra carta diciendo «que no se hallaba tan fálto de gloria que después de haber domado tantas y tan fieras naciones, tras tantos triunfos recibidos ó menospreciados en su juventud, quisiese al cabo de su vejez mendigar un premio tan vano por solo un paseo, sin perder apenas de vista los muros de Roma».

En este mismo tiempo pidió al Senado que la muerte de Sulpicio Quirino fuese honrada con exequias públicas. No tenia ningún parentesco este Quirino con el antiguo linaje patricio de los Sulpicios, antes era natural del municipio de Lanuvio, soldado diligente, de valor y ejercitado en cosas importantes, hasta que en tiempo de

Augusto alcanzó el consulado, y por haber ganado las fortalezas de los homonadenses (1) en Cilicia, las insignias triunfales: diósele después la dignidad de ayo de Cayo César cuando pasó á las cosas de Armenia, desde donde hizo cuanto pudo por granjear la voluntad de Tiberio, que estaba entonces en Rodas, y de esto dió cuenta César en el Senado, alabando las cortesías de Sulpicio para con él, y culpando á Marco Lolio como autor de las maldades y discordias de Cayo César. No era tan grata á los demás la memoria de Quirino, por haber, como he dicho, perseguido á Lepida, y por su viciosa y demasiado poderosa vejez.

A la fin del año, Cayo Lutorio Prisco, caballero romano, después de haber compuesto unos famosos versos en que habia llorado la muerte de Germánico, y recibido dinero por ello de César, fué acusado de haberla compuesto estando enfermo Druso, para que, sucediendo la muerte, pudiese divulgarla con mayor premio. Habiala leído Lutorio en casa de Publio Petronio, por una vana ostentación, delante de Vitelia, suegra de Petronio, y de otras mujeres ilustres. En presentándose el acusador, amedrentados los que se habian hallado presentes, testificaron cuanto habían oído, salvo Vitelia, que afirmaba no haber entendido cosa. Pero dándose más crédito á los que probaban el mal, por consejo de Haterio Agripa, nombrado cónsul, se intimó al reo el último suplicio.

Contra el cual habló así Marco Lepido: «Si nosotros, padres conscriptos, considerásemos solamente las infames palabras con que Lutorio Prisco ha manchado su propio pensamiento y las orejas de los oyentes, yo confieso que ni la cárcel, ni los cordeles, ni los tormentos

(1) Pueblo de la Cilicia Traquea, cuya capital era Homonada. en el día Ermeneck.

con que se suele castigar á los esclavos serian bastantes para su castigo. Mas si los delitos y las maldades son sin medida, la mansedumbre del príncipe, el ejemplo de los mayores y el vuestro los suelen ir templando y moderando con las penas y con los remedios. Hágase diferencia entre las acciones vanas y maliciosas, y entre los dichos y los hechos: puede darse lugar aquí á una sentencia por la cual ni en éste quede el delito impunido, ni en nosotros arrepentimiento de sobrada clemencia ó demasiado rigor. He oído muchas veces á nuestro príncipe dolerse de quien, con darse la muerte, ha querido prevenir á su misericordia. Concédase la vida á Lutorio de manera que no quede absuelto con peligro de la República, ni muerto con mal ejemplo. Sus estudios, así como se muestran llenos de locura, asimismo son vanos y transitorios: ni se puede temer cosa importante ó grave de quien por si mismo va descubriendo sus propios defectos, y procura congraciarse, no los ánimos varoniles, sino el aplauso de algunas mujercillas. Destiérrese con todo eso de Roma, pierda su hacienda, prohibasele el agua y el fuego, que es lo mismo que condenarle por delito de majestad.»

No hubo entre todos los consulares quien se arrimase al parecer de Lepido, sino sólo Rubelio Blando: todos los demás siguieron el voto de Agripa, con que fué puesto en prisión Lutorio, y allí luego hecho morir. Vituperó Tiberio este caso en el Senado con sus acostumbrados rodeos de palabras, diciendo que si bien alababa su piedad y celo en castigar ásperamente cualquier pequeña injuria hecha al príncipe, con todo esto rogaba que otra vez no se arrojasen con tan precipitadas penas por sólo palabras, loando á Lepido, sin reprender á Agripa. Fué por esta causa hecho un *senatus consulto*, en que se ordenó que los decretos de los senadores no se lle-

vasen al Erario antes de diez días (1), prorrogándoseles á los condenados todo este espacio de vida. Mas ni le quedaba al Senado lugar de arrepentirse, ni Tiberio se mitigaba por ninguna dilación.

Sigue el consulado de Cayo Sulpicio y D. Haterio. Fué este año quieto cuanto á las cosas extranjeras; mas en Roma no se pasó sin sospecha de alguna rigurosa reformación acerca de los excesos y suntuosas prodigalidades, que sin medida ni tasa habían llegado ya á todo el extremo que pueden el apetito y el dinero; y si bien con disimular los precios se ocultaban á las veces los gastos más graves, todavía los aparejos del vientre y de la lujuria, hechos en las casas de vicio y deshonestidad, divulgándose en las ordinarias conversaciones, daban sospecha de que el principe, acordándose de la antigua parsimonia, había de procurar reducir las cosas á su primer forma. Y comenzando Cayo Bibulo, siguieron los demás ediles diciendo: «Que se menospreciaba la ley hecha sobre la tasa del gastar; que de cada dia se iban aumentando los precios y compras de muebles y alhajas prohibidas, y que ya no eran bastantes á resistir los remedios ordinarios.» Sobre lo cual, pedidos los votos al Senado, se remitió al principe todo el discurso de este negocio. Mas Tiberio, habiendo entre si considerado muchas veces si era posible reprimir á unos apetitos tan desenfrenados; si el hacerlo podia ser ocasión de mayor daño que provecho á la República, la indignidad que sería emprender una cosa y no salir con ella, ó si saliendo, se ocasionaba infamia ó ignominia á muchos

(1) Los *senado consultos*, que al principio eran depositados en el templo de Ceres, bajo la custodia de los ediles plebeyos, fueron llevados después al Erario ó Tesoro público, y no obligaban hasta después de haberse cumplido esta formalidad. (Tito Livio, III, 55, y XXXIX, 4)

varones ilustres; finalmente, escribió al Senado una carta de este tenor:

«Por ventura en todas las demás cosas, padres conscriptos, hubiera sido mejor que, preguntado yo, dijera personalmente lo que juzgo por más servicio de la República; mas en esta relación lo ha sido sin duda el hallarme ausente, porque cuando vosotros iriades notando la vergüenza y el miedo en los rostros de los culpados en tan vergonzosos excesos, por fuerza había de verlos yo también y cogerlos casi con el hurto en las manos. Si estos animosos ediles se hubieran aconsejado conmigo, no sé si les persuadiera á que dejaran correr los vicios tan arraigados y crecidos, antes que aventurar á no hacer otra cosa que descubrir la imposibilidad en que nos hallamos de corregirlos. Mas, á la verdad, ellos han hecho su oficio, como yo querría que le hiciesen los demás magistrados; y yo, no pudiendo callar con mi honra, no sé lo que me diga, porque no siendo edil, ni pretor, ni cónsul, mayores y más señaladas cosas se deben esperar del príncipe; y así como en las que son bien hechas procura cada uno llevarse su parte de alabanza, asimismo, en el error que cometen todos, á uno solo le queda la culpa y el vituperio. Veamos qué cosa comenzaré á prohibir primero, para reducir las todas á la costumbre antigua. ¿Por ventura los espaciosos términos de las quintas y casas de placer; el excesivo número de esclavos de infinitas naciones; el peso inmenso de plata y oro; las estatuas de bronce y tablas de pinturas milagrosas; las vestiduras de seda, no menos en los hombres que en las mujeres, ó aquellos adornos mujeriles por causa de cuyas piedras nos llevan nuestro dinero las extranjeras y enemigas naciones?

»Sé muy bien que en los convites y en los corrillos se reprenden estas demasías y se les desea remedio; mas

si ven que otro hace la ley y establece penas, ellos mismos dirán á voces que se trastorna la ciudad, que se encara el tiro á los que viven con mayor esplendor [y que ninguno quedará sin que se le pueda echar este agraz en el ojo. Si las dolencias del cuerpo, envejecidas y aumentadas con largo espacio, vemos que no se pueden sacar de él sino con violentos y ásperos remedios, ¿cómo se curarán el enfermo y el que causó la enfermedad, siendo todo un fuego de deseos desordenados, sino con medicamentos mucho más fuertes que su propia concupiscencia? Tantas leyes inventadas por nuestros mayores, y tantas instituidas por el divo Augusto, las primeras con el olvido, y las segundas, lo que es más de sentir, anuladas con el menosprecio, han asegurado más los excesos y los desórdenes, porque si tú apeteces lo que aun no está prohibido, sólo estás con miedo de que no se prohíba, mas si traspasas sin castigo las cosas vedadas, perdido has del todo el temor y la vergüenza. ¿Por qué reinaba ya en otro tiempo la parsimonia? Porque cada cual trataba de moderarse á sí mismo; porque todos éramos ciudadanos de una ciudad; porque, señoreando solamente á Italia, no teníamos los incentivos y estímulos que hoy tenemos. Mas ahora, con las victorias extranjeras, nos habemos enseñado á gastar y consumir la hacienda ajena, y con las civiles la propia. ¡Qué pequeñuela cosa es ésta que nos amonestan los ediles, y si se ha respecto á las demás, cuán digna de estimarse un poco! Mas no veo, por Hércules, que haya quien se queje de ver que Italia necesita de ayudas forasteras, y que el sustento y la vida del pueblo romano penden de la incertidumbre del mar y de las tempestades de los vientos. ¿Por ventura si los ejércitos que residen en las provincias no defendiesen á los amos, á los criados y á los campos, defendernos han nuestros

jardines y nuestras casas de placer? Estas cosas son, padres conscriptos, de las que debe tener cuidado el príncipe, faltando el cual, faltaría el apoyo de la República; para las demás la medicina se ha de aplicar interiormente al espíritu, procurando mejorar nuestras costumbres generalmente todos; conviene á saber: nosotros con una honesta vergüenza, los pobres con su necesidad y los ricos con su empalago y con su propia hartura. Con todo esto, si alguno, de cualquier magistrado que sea, se promete tanta industria y severidad que baste á remediar estos inconvenientes, le alabaré, y desde ahora le confieso que me descargaría de una parte de mis trabajos; mas si este mal se contenta con llevarse la loa de acusar los vicios y libra en mis espaldas todo el peso del odio y de la enemistad, creedme, padres conscriptos, que tampoco yo gusto de hacerme malquisto; y si tal vez por servicio de la República lo parezco en cosas más graves, las más veces sin causa, no queráis, os ruego, darme ocasión á que lo sea por las que son tan leves, sin ningún fruto vuestro ni mío.»

Vistas las cartas de César, quedaron los ediles fuera de aquel cuidado, y la suntuosidad y vicio de las comidas, después de haberse continuado con todo género de gastos excesivos espacio de cien años, es á saber, desde desde el fin de la guerra Actiaca hasta las armas que hicieron emperador á Sergio Galba, poco á poco se fueron desvaneciendo. Pláceme investigar la causa de esta mudanza. Antiguamente las familias nobles, ricas ó de señalado esplendor caían en disminución y se arruinaban por su sobra magnificencia, porque hasta entonces fué lícito el ganar con dones la gracia del pueblo, de los aliados y de los reyes, y dejársela ganar por el mismo camino. Y cuanto uno era más rico y mostraba su casa con mayor adorno y aparato, tanto por séquito y

por fama, era tenido por más ilustre. Mas después que comenzó á derramarse sangre y que la grandeza del nombre llegó á ser ocasión de total ruina, cobraron nueva prudencia los demás, escarmentando en cabeza ajena. Ayudó al gran concurso de hombres nuevos venidos de los municipios y colonias y hasta de las provincias, y admitidos en muchas ocasiones á los oficios y dignidades más preeminentes de la ciudad, los cuales introdujeron en ella su propia parsimonia. Y si algunos con la industria ó por beneficio de la fortuna llegaron á una rica vejez, mantuvieron con todo esto el ánimo primero. Mas el principal autor de moderar los excesos fué Vespasiano con su comer y vestir al uso antiguo; porque el afecto de imitar y complacer al príncipe tiene más fuerza que el miedo de la pena establecida por las leyes, si ya no damos en todas las cosas con una cierta revolución y mudanza alternativa, por medio de la cual se mudan y truecan las costumbres como los tiempos. Ni los de nuestros abuelos gozaron de todas las cosas mejores, antes nos ha traído muchas nuestra edad dignas de alabanza y de ser imitadas con arte por nuestros sucesores. Todavía no alabo el sustentar esta emulación con los antiguos, sino en las cosas honestas.

Tiberio, habiendo adquirido nombre de mansedumbre con quitar la ocasión á la codicia de los acusadores, escribió al Senado pidiendo para Druso la potestad tribunicia. Había Augusto inventado este nombre á la suprema dignidad, por no tomarle de rey ó de dictador, queriendo todavía declarar con algún vocablo la preeminencia sobre todos los otros magistrados. Eligió después Augusto por compañero de aquella potestad á Marco Agripa, y muerto él, á Tiberio Nerón, para que no se dudase de quien le había de suceder, pensando así reprimir las ruines esperanzas de los otros, fiado

también en la modestia de Nerón y en su propia grandeza. Á imitación, pues, de Augusto promovió Tiberio á Druso, no habiéndose, mientras vivió Germánico, declarado aquella suprema dignidad por alguno de los dos. Al principio de la carta, después de haber invocado á los dioses y pedidosles que encaminasen los consejos de la República, refirió algunas pocas cosas de las costumbres del mozo, sin exceder los límites de la verdad. Es á saber: «Que era casado y que tenía tres hijos; que se hallaba en la propia edad que se halló él cuando fué por Augusto nombrado para aquel oficio; que no se podía decir que era antes de tiempo, habiendo adquirido la experiencia de ocho años, quietado las sediciones, apaciguado las guerras, triunfado y tenido dos veces la dignidad de cónsul, y, finalmente, que le metía á la parte en los trabajos, como quien tan bien los conocía.»

Tenían ya los senadores entendido mucho antes este lenguaje, y así fué tanto más exquisita y premeditada la adulación; si bien no por esto supieron inventar más que estatuas á los príncipes, altares á los dioses, templos y arcos, y semejantes otras cosas acostumbradas; sólo Marco Silano, con injuria y afrenta de la dignidad consular, pidió que se hiciese un nuevo honor á los príncipes, proponiendo que en los actos y notas para memoria de los tiempos tanto particulares como universales, no se escribiese más el nombre de los cónsules, sino el de aquel que tuviese la potestad tribunicia. Provocó notablemente á risa Quinto Haterio con proponer que los decretos hechos aquel día se escribiesen con letras de oro y se fijasen en palacio; no pudiendo sacar aquel viejo otro premio que su infamia, por tan baja y vergonzosa adulación.

Entre estas cosas, prorrogado el gobierno de la pro-

vincia de África á Junio Bleso, Servio Maluginense, flamine dial, pidió el concurrir al de Asia, negando ser verdad la voz que corría de que no era lícito á los flamines diales (1) el salir de Italia, y alegando «que no tenía en esto diferente instituto que los demás flamines marciales y quirinales; y que dándoseles á éstos gobiernos de provincias, no era justo negarlos á sólo los diales; que no se hallaría estatuto del pueblo ni libro ceremonial que lo prohibiese; que muchas veces habían hecho los pontífices el oficio de los diales cuando por enfermedad ó por servicio público se hallaban impedidos. Cuando mataron á Cornelio Merula (2) vacó este cargo setenta y dos años, y no por esto la religión y el culto. Y si por tanto tiempo se pudo pasar sin él con ningún daño de aquellos sacrificios, ¿con cuánta mayor facilidad se suplirá la falta que puede hacer el flamine en el discurso de un año que le duraba el proconsulado? Las enemistades particulares fueron causa de que los pontífices máximos prohibiesen á los diales el salir á los gobiernos de provincias; mas el día de hoy, por la bondad de los dioses, el pontífice sumó lo es también entre

(1) Dábase el nombre de flamen á todo sacerdote romano destinado al servicio de una divinidad, de la cual tomaba la denominación; así, por ejemplo, llamábase *Dial* al que lo era de Júpiter, *Marcial* al de Marte, *Quirinal* al de Rómulo. El traje pontifical del flamen era la *tóna* sujeta con un broche á la garganta, un palo de olivo y el gorro llamado *apea*, que remataba en una especie de mazorca ó copo de lana. Los pontífices se distinguían de los flamines en que estaban consagrados al culto de todos los dioses, por cuyo motivo podían suplir á aquéllos cuando, como dice Tácito, se hallaban impedidos por enfermedad ó por servicio público.

(2) El original dice *post Cornelli Merulae cadem*, después de la muerte de Cornelio Merula. En efecto, Merula no fué muerto, sino que se suicidó después de la vuelta de Mario en 667, al pie del altar de Júpiter, del cual era flamen, rogando á este dios que hiciese que cayera su sangre sobre Cinna y los de su partido.

los hombres, no sujeto á envidias ni á rencores, y descargado de toda pasión.»

Contra esto, habiendo discurrido Lentulo, augur, y otros diversamente, concluyeron que se esperase el parecer del pontífice máximo. Tiberio, diferido el conocimiento de la justicia del flamine, moderó las ceremonias decretadas en el Senado por la potestad tribunicia de Druso, reprendiendo en particular la novedad de aquel voto de las letras de oro contra las costumbres de la patria. Leyéronse después las cartas de Druso, las cuales, aunque parecía que se habían encaminado á mostrar modestia, fueron tenidas por muy soberbias, lamentando todos que se hubiesen reducido las cosas á tal término, «que un mozo de tan poca edad, tras haber recibido una honra tan grande, no se dignase de visitar los dioses de Roma, entrar en el Senado y comenzar sus auspicios en la ciudad adonde había nacido. ¿Tiénele por ventura—decían—ocupado la guerra, ó hállase en lugares apartados? Basta que pasee por las riberas y lagos de Campania. Esto es lo primero que se le enseña al que ha de gobernar el mundo; éstos son los primeros documentos que aprende de su padre. Cánsese enhorabuena el viejo emperador de la vista de sus ciudadanos, y excútese con su mucha edad y con los trabajos pasados. Mas Druso, ¿qué disculpa tiene ni qué impedimento, sino sola su arrogancia?»

Mas Tiberio, atendiendo á establecerse en el principado, dejaba á los senadores alguna apariencia de la antigüedad con remitirles las peticiones de las provincias. Crecia por momentos en las ciudades de Grecia la licencia de edificar altares y lugares de refugio para huir el castigo. Henchíanse los templos de los esclavos más disolutos, y hallaban el mismo socorro los adeudados en daño de sus acreedores y los indiciados en deli-

tos capitales. Ni había fuerzas bastantes para reprimir las sediciones de los pueblos, los cuales defendían las maldades de los hombres como ceremonias divinas. Á cuya causa se resolvió en el Senado que las ciudades enviasen embajadores con la información de sus derechos. Algunas que falsamente se habían usurpado este privilegio, dejaron de enviar. Muchas se fiaban en la antigüedad de aquellas supersticiones y en sus méritos para con el pueblo romano. Grande y magnífica fué verdaderamente la apariencia de aquel día, en el cual el Senado reconoció los beneficios de sus predecesores, las convenciones de los confederados, los decretos de reyes que vivieron antes de la grandeza romana, y hasta las religiones de los mismos dioses; y esto con el poder y libertad de conservarlas ó mudarlas como cuando había república.

Los primeros á comparecer fueron los efesios, alegando que Diana y Apolo no eran naturales de Delo, como vulgarmente se cree; antes bien, había en su tierra una selva llamada Ortigia, junto al río Cencrío, donde Latona, cercana al parto y arrimada á un olivo, que aun permanece, parió á aquellas deidades. Que por orden de estos dos dioses se consagró aquella selva; que el mismo Apolo, después de haber muerto los cíclopes, evitó en este lugar la ira de Júpiter; que poco después el padre Libero, victorioso en la guerra de las amazonas, perdonó á todas las que con humildad pudieron acogerse al altar; que la ceremonia de este templo había sido aumentada con permisión de Hércules, cuando era señor de Lidia, sin que durante el imperio de los persas se les menoscabase su derecho, el cual, observado después por los macedones, lo había sido también por nosotros.

Siguieron luego los magnesios, que se ayudaban de ciertos estatutos de Lucio Scipión y de Lucio Sila, los

cuales, habiendo el primero vencido al rey Antíoco, y el segundo á Mitridates, honraron el valor y la fe de los magnesios, confirmandoles el poder gozar de inviolable y perpetuo refugio en el templo de Diana Leucofrina. Los afrodisios y estratonicenses presentaron después un decreto de César, dictador, por sus antiguos méritos durante las guerras civiles, y otro nuevo del divo Augusto. Fueron éstos loados también de haber sostenido, sin mudar de fe para con el pueblo romano, las invasiones de los partos. Los afrodisios mantenían la religión de Venus, y los estratonicenses la de Júpiter y Diana. Los de Hierocesárea tomaban el agua de más lejos; es, á saber: que tenían dedicado el templo de Diana Pérsica desde el tiempo del rey Ciro, haciendo mención de Perpena, de Isáurico y de otros nombres de generales de ejércitos que no sólo al templo, pero á media legua alrededor, habían concedido la misma santidad. Los de Chipre vinieron después con sus tres templos; el más antiguo de ellos á título de Venus Pafia, edificado por Aerias; otro de su hijo Amato, con nombre de Venus Amatusia, y el último, en honra de Júpiter Salamino, dedicado por Teucro cuando huía de la ira de su padre Telamón.

Oyéronse también las embajadas de las demás ciudades; mas enfadados los senadores de tanto número, viendo que porfiaban sobre quién tenía mayores méritos para con la República, los remitieron á los cónsules para que examinasen la justicia de todos, y si echaban de ver alguna maldad so color de ella, de nuevo volviesen á remitir toda la causa al Senado. Los cónsules hicieron relación que, sin las ciudades sobredichas, se había tenido noticia de un altar dedicado á Esculapio en Pérgamo, añadiendo que todos los demás se fundaban sobre principios oscuros á causa de la antigüedad; porque

los de Esmirna alegaban el oráculo de Apolo, por cuya orden habían dedicado un templo á Venus Stratonicida; y los tenios producían los versos del mismo oráculo, por los cuales se les mandaba que consagrasen la estatua de Neptuno y le edificasen un templo. Los sardianos, hablando de tiempos más modernos, hacían autor de su exención al vencedor Alejandro, y los milesios al rey Darío, ayudándose unos y otros con la veneración y culto en que siempre habían tenido á Diana y á Apolo. Los cretenses pedían lo mismo en honra del simulacro de Augusto. Despacháronseles los títulos por *senatus consulto*, en los cuales, aunque con mucha honra, se les daba la forma de usar de sus preeminencias, y orden de que en los mismos templos se hiciesen altares (1) á perpetua memoria, para que, so color de religión, no se incurriese en ambición.

En este mismo tiempo, enfermando gravemente Julia Augusta (2), obligó al príncipe á volver de improviso á Roma. Conservábase en pie hasta entonces una sencilla concordia entre madre é hijo; á lo menos, si había aborrecimientos estaban ocultos; porque habiendo poco antes Julia dedicado á Augusto estatua junto al teatro de Marcelo, había puesto el nombre de Tiberio después del suyo; creyéndose que como cosa que ofendía la majestad imperial, se había disgustado, por más que procurase disimular la ofensa. Mas entonces ordenó el Senado

(1) El traductor español no vió las ediciones de Lipsio posteriores á Pichena, y así siguió la lección *facere aras*. Pero el mismo Lipsio enmendó después el texto según el citado Pichena. El sentido es que se pusiesen en láminas de bronce los decretos con modificaciones ó restricciones nuevas, para evitar que con título de religión se excediesen en los honores concedidos.—
(Nota de la E. E.)

(2) La emperatriz á quien otras veces llama el autor Livia.—
(Nota del T. E.)

que se hiciesen rogativas por su salud á los dioses, y se celebrasen los juegos llamados grandes, de que solian cuidar los pontífices, los augures, junto con el colegio de los quince y de los siete varones y los cofrades augustales. Había votado Lucio Apronio que presidiesen también en estas fiestas los sacerdotes feciales, mas contradijo César, haciendo diferencia entre los institutos de los sacerdotes, y trayendo ejemplos de que no se había dado jamás aquel honor á los feciales, á cuya causa se habían añadido los augustales, como sacerdocio propio de aquella casa, por quien se hacian aquellos votos.

No he tomado por asunto el referir aquí los pareceres de todos, sino los más excelentes por su honestidad, ó los más notables por su infamia: cuidado y ocupación precisa de quien se encarga de escribir anales, para que no se pasen en silencio los actos virtuosos, y sea temida por los venideros la deshonra de los hechos y dichos infames. Mas aquellos tiempos fueron tan inficionados de una fea y vil adulación, que no sólo los más principales de la ciudad, á los cuales era necesario el sufrir la servidumbre por mantener su reputación, mas todos los consulares, gran parte de los que habían sido pretores y muchos de los que entraban en el Senado, sin estar escritos en los libros de los censores (1), se levantaban á porfía para votar cosas nefandas y exorbitantes. Escriben algunos que Tiberio, todas las veces que salía de palacio (2), solía decir en griego estas palabras: «¡Oh,

(1) Tácito llama á esta clase de senadores *pedarii*, acaso porque en la votación, los que no habían ejercido ninguna magistratura curul, no podían hablar hasta el fin, y por lo común daban su voto pasando, *pedibus eundo*, al lado de aquellos á cuyo parecer se adherían.

(2) El escrúpulo de no emplear esta palabra latina, en el día tan admitida, y que de querer españolizarla debería traducirse por *palacio del Senado*, ha hecho que pueda dudarse á veces en

hombres aparejados y prontos á sufrir la servidumbre!» Como recibiendo él mismo, que no temía cosa más que la libertad pública, particular enfado por tan abatida paciencia en aquellos ánimos serviles.

De estos actos indignos y deshonestos pasaban poco á poco á otros perniciosos y peligrosos. Cayo Silano, que había sido procónsul de Asia, llamado á residencia por los de su provincia, fué acusado también por Mamerco Escauro, consular; Junio Otón, pretor, y Brutidio Nigro, edil, de haber violado la deidad de Augusto y menospreciado la majestad de Tiberio. Aprovechándose Mamerco de ejemplos antiguos, alegaba cómo Lucio Cota había sido acusado de Scipión Africano, Sergio Galba de Catón Censorino (1), Publio Rutilio de Marco Escauro; como si Catón y Scipión y su bisabuelo Escauro, á quien en esta ocasión Mamerco, oprobio de sus antepasados, vituperaba con acción tan infame, procuraran el castigo de semejantes cosas. Junio Otón, cuyo principio fué ser maestro de escuela, hecho después senador por el poder y autoridad de Seyano, iba acabando de manchar sus oscuros principios con desvergonzado atrevimiento. Brutidio, dotado de buenas

las traducciones españolas de los antiguos clásicos de si se habla del lugar donde celebra sus juntas el Senado ó de la morada de los emperadores. Y sin embargo, el que mostraba tener reparo en usar las palabras *curia* y *triumviros*, etc., ¡cuántas veces emplea voces latinas sin necesidad, ya que podía hallarlas más propias y castizas en nuestra lengua!

(1) Acusado Galba por Scribonio Libo, tribuno de la plebe, y por Catón el Censor, de haber degollado á traición millares de lusitanos, fué absuelto por el Senado, á pesar de haber confesado su crimen y de la elocuencia y autoridad del rígido censor. Por desgracia para la República, pudo salvarse de aquel degüello Viriato, el cual se encargó de vengar con muerte de millares de romanos la infamia cometida con sus paisanos y la buena fe ultrajada, y que de aquella traición salió la guerra llamada de Viriato, «terror de Roma».

partes y apto para conseguir cualquier grandeza siguiendo el derecho camino, fué arrebatado de su impaciencia, mientras procuraba sobrepujar primero á sus iguales, después á sus superiores y últimamente á sus propias esperanzas; consejo que ocasionó también la ruina de muchos buenos, por darse prisa á alcanzar antes de tiempo y con peligro de precipicio lo que con espaciosa seguridad no les hubiera faltado.

Acrescentaron el número de los acusadores Gelio Poblícola y Marco Paconio, aquél cuestor de Silano, y éste legado. No había duda en que el reo estaba culpado de crueldad y de haber tomado dineros; mas fuera de esto se le añadían otras muchas cosas, las cuales, aun á quien se hallara inocente, podían ser ocasión de peligro; pues fuera de tener á tantos senadores por adversarios, habiéndose escogido para su acusación los más fecundos sujetos de toda Asia, fué obligado á responder él mismo, ignorante del arte oratoria, amedrentado en su propia causa, que suele quitar el ánimo al más elocuente, y lo que es peor, Tiberio mismo no se podía abstener de amilanarle con palabras y con el aspecto. Interrogábale cada momento, sin permitirle el contradecir ni enflaquecer las objeciones; tal, que muchas veces le era necesario el otorgar, por no avergonzarle, mostrando la vanidad de la pregunta. Compró el procurador fiscal los esclavos de Silano por poderlos atormentar si negaban el interrogatorio; y para acabarle de privar del favor y ayuda que le pudieran dar sus amigos y parientes en un estado tan peligroso, se le impusieron delitos de majestad, atadura fortísima y necesidad precisa de callar. A cuya causa, pidiendo la dilación de algunos días, renunció las defensas, atreviéndose á enviar á César un memorial, y en él una mezcla de quejas y de ruegos.

Tiberio, para hacer más excusable su pasión y ejecutar con mayor color lo que maquinaba contra Silano, alegando ejemplos en semejante caso, mandó recitar ciertos escritos de Augusto y el decreto del Senado hecho contra Voleso Mesala, procónsul de la misma Asia. Pidió tras esto su parecer á Lucio Pisón, el cual, después de haber engrandecido la clemencia del príncipe, votó que se le debia prohibir el agua y el fuego y desterrarle á la isla de Giaro. Siguieron este voto los demás, salvo Gneo Lentulo, que fué de parecer que se apartasen los bienes maternos de Silano, como nacido de otra madre, y se diesen á su hijo, y Tiberio lo aprobó.

Mas Cornelio Dolabela, continuando más á la larga su adulación, después de haber reprendido las costumbres de Silano, añadió: «Qué ninguno de vida deshonesto ni manchado de infamia pudiese sortear gobierno de provincia, y que el conocimiento de esto se dejase al príncipe; porque si bien quedaba á cargo de las leyes el castigo de los delincuentes, era mayor piedad para ellos y para las provincias el prevenir que no los hubiese.» Discurrió en contrario César, diciendo: «Que sabia muy bien lo que se decia de Silano, mas que no se debían hacer establecimientos por la opinión del vulgo, porque muchos se habian gobernado en sus provincias, algunos peor de lo que se esperó y otros mejor de lo que se temió de ellos. Que á unos anima á ser mejores la grandeza de los mismos negocios que traen entre manos, y á otros los incita á lo contrario, sin que pueda el príncipe con su ciencia comprenderlo todo; á quien en ninguna parte está bien el dejarse llevar de la ambición ajena, que la causa por que se hicieron las leyes sobre el hecho, fué por la gran incertidumbre que tiene lo por venir, y en razón de esto ordenaron los antiguos que precediendo y constando el delito siguiese la pena,

y que así no alterasen las cosas inventadas con prudencia y observadas con aplauso y gusto universal; pues era harto grande de suyo el peso de los príncipes, y bien excesiva la fuerza de su poder, el cual, cuanto más se aumentase, tanto mayor disminución admitirían la razón y la justicia. Por lo cual no había necesidad de usar de potencia absoluta mientras había camino para servirse de las leyes.» Fueron oídas estas cosas con tanto mayor alegría y gusto universal, cuanto Tiberio solía ser menos afable y popular en su trato. Y como era prudente en moderarse si no era arrebatado de su propio enojo, añadió: «Que siendo la isla de Giaro inculta y deshabitada, pedía que concediesen á Silano el poder cumplir su destierro en la de Citera, en honra de la familia Junia y de haber tenido Silano la propia dignidad que ellos; que esto mismo pedía su hermana Torcuata, doncella de antigua santidad.» Y al fin, alzando los senadores las manos (1), convinieron todos en conceder esta demanda.

Oyéronse después los cirenenses, y Cesio Cordo fué condenado en la ley de residencia, acusándole Ancario Prisco. César no quiso que Lucio Enio, caballero romano, acusado de majestad por haber fundido una estatua de plata del príncipe y hecho de ella toda suerte de vasos de servicio, fuese tratado como reo; contradíjolo descubiertamente Ateyo Capitón, casi como mostrando libertad y entereza, diciendo: «Que no se les debía impedir á los senadores la facultad de ordenar las cosas, ni dejar sin castigo un delito tan grave. Sea Tiberio —decía él— muy enhorabuena demasiado sufrido en su propio dolor, mas no haga liberalidades de las injurias

(1) Á esta manera de votar llama el autor *facta discessio*. —
(Nota del T. E.)

hechas á la República.» Entendió estas cosas Tiberio más como ellas eran que como sonaban, y no mudó de parecer, quedando tanto más notable la infamia de Capítón, cuanto, siendo doctísimo en las leyes divinas y humanas, se consoló de afrentar la reputación pública y la suya.

Nació después cierto escrúpulo de religión sobre en cuál templo se había de colocar el don votado por los caballeros romanos á la salud de Augusta, en honra de la Fortuna Ecuestre (1); porque dado que había en Roma muchos de aquella diosa, no se sabía de alguno que se nombrase así, y hallándose después que en Antio había uno con este apellido, y que todas las religiones, imágenes y templos de dioses que hay por las tierras de Italia se entiende estar debajo la jurisdicción del Imperio romano, se ordenó que se llevase el don á la ciudad de Antio. Con esta ocasión, tratándose cosas de religión, publicó César la respuesta diferida poco antes contra Servio Maluginense, flamine dial, y recitó el decreto de los pontífices en esta substancia: «Cada vez que el flamine dial se hallare con poca salud, puede estar ausente de la ciudad á arbitrio del pontífice máximo, con tal que no haga más que dos noches de ausencia, que no sea en día de público sacrificio, ni más que dos veces en el año.» Estos estatutos, hechos durante el principado de Augusto, mostraban bien que no se con-

(1) Probablemente por haber sido ofrecido por el orden de este nombre. La imposibilidad de conciliar el aserto de Tácito, de que no había en Roma ningún templo de este nombre, con el pasaje de T. Livio, XL, 40, en que se dice que Fulvio había consagrado un templo á dicha divinidad en 573, ha hecho creer que había alguna alteración en el texto. Burnouf conjeturó que el templo ofrecido por Fulvio habría cambiado de nombre, ó que habría sido quemado ó reedificado.

cedía á los diales gobiernos de provincias, ni ausencias de un año, contándose el ejemplo de Lucio Metelo, pontífice máximo, que vedó el salir de Roma á Aulo Postumio, flamine (1). Y así la suerte de concurrir al proconsulado de Asia fué dada á uno de los consulares más propincuo al Maluginense.

En aquellos días Lepido pidió licencia al Senado para poder reedificar y adornar á su costa el palacio llamado la basílica de Paulo (2), memoria del linaje de los Emilios. Estaba todavía en uso la magnificencia pública: ni Augusto impidió á Tauro, á Filipo ni á Balbo (3) el gastar los despojos enemigos y sobradas riquezas en ornamento de la ciudad y gloria de sus sucesores, con cuyo ejemplo Lepido, aunque no muy rico, renovó el esplendor de sus abuelos. Habíase quemado accidentalmente el teatro Pompeyano, y César prometió de reedificarle, por cuanto no quedaba ya persona de aquel linaje que tuviese caudal para emprenderlo, ordenando que se le quedase el mismo nombre de Pompeyo. Loó mucho con esta ocasión el trabajo y diligencia con que Seyano había impedido la mayor parte del daño que pudiera haber hecho el fuego, en cuya remuneración

(1) Disponíase este sacerdote á partir para la Sicilia durante la segunda guerra púnica, cuando se lo prohibió el pontífice Metello, so pretexto de que siendo flamen de Marte le estaba vedado, lo propio que á los flamines de Júpiter y de Quirino, ausentarse de Roma.

(2) Esta basílica, empezada en 704 por L. Emilio Paulo, cónsul, fué acabada en 720 por Paulo Emilio Lepido, siendo también cónsul, y reedificada después de un incendio por otro Emilio, lo que justifica el título que le da Lepido de monumento de los Emilios.

(3) Estatilio Tauro, prefecto de Roma en tiempo de Augusto, levantó á sus expensas un anfiteatro en el Campo de Marte, Marcio Filipo un templo á Hércules Musagete, y Balbo un teatro.

decretó el Senado que se le pusiese una estatua en el mismo teatro. No mucho después, honrando César con las insignias triunfales á Julio Bleso, procónsul de África, dijo que daba aquella honra á Seyano, de quien Bleso era tío, dado que sus acciones verdaderamente eran dignas de aquel honor. Porque si bien Tacfarinas habia sido echado muchas veces de la provincia, reparado con las ayudas de los lugares mediterráneos de África, habia llegado á tanto atrevimiento que envió embajadores á Tiberio, pidiéndole que le diese tierras en aquella provincia para poblar él y su ejército, amenazándole, si no lo hacia, con perpetua guerra. Dicen que César no sintió jamás tanto disgusto por injuria hecha á él ó al pueblo romano, como el ver que un ladrón fugitivo tratase con él en calidad de justo enemigo. «No se concedió—decía él—á Espartaco el ser recibido á pactos en tiempos que, después de tantas rotas de ejércitos consulares, iba abrasando la Italia, con estar la República entonces oprimida y casi deshecha por las armas de Sertorio y Mitridates; y ahora en tiempos tan floridos, ¿ha de atreverse un ladrón como Tacfarinas á pretender que se rescate su paz á costa de campos y de tierras?» Comete con esto á Bleso que, dando esperanza de perdón á los demás que se resolvieren en dejar las armas, procure en todas maneras haber á las manos á su cabeza.

Y pasándose á los nuestros muchos con este perdón, procede después en la guerra usando las mismas artes y astucias que solía usar el propio Tacfarinas, el cual, no teniendo fuerzas con que hacer rostro sino sólo para robar y hacer corredurías con muchas tropas, huyendo y de nuevo tentando emboscadas, hizo Bleso lo mismo, dividiendo en tres partes su ejército; la una llevó á su cargo Cornelio Scipión, legado, guiándola á la parte

donde creyó que andaba robando á los pueblos leptinos, y escudriñandò las retiradas de los garamantes. De otra parte, para librar del saco á las aldeas cirtenses, llevó la segunda tropa de gente escogida Bleso el mozo, hijo del procónsul. Bleso, pues, con lo restante de su campo se puso en medio de los dos, y con hacer fuertes y poner guardias en lugares oportunos, acabó de dificultar del todo el progreso del enemigo, porque á cualquiera parte que se encaminase hallaba alguna escuadra de los nuestros por frente ó por los costados, y muchas veces por las espaldas; y en esta forma fueron muertos y presos cantidad de enemigos. Entonces, repartido en muchas escuadras el ya dividido ejército, asignó á cada una un centurión de probado valor. Y acabado el verano, no retiró la gente como se acostumbraba, ni la distribuyó por los invernaderos de la vieja provincia; mas como si comenzara entonces la guerra, fabricaba muchos fuertes en diferentes partes; con soldados sueltos y prácticos en aquellos distritos iba inquietando á Tacfarinas, que de ordinario andaba mudando de alojamientos, hasta que habiendo tomado en prisión á su hermano, se volvió, aunque antes de lo que fuera menester para la quietud de aquella provincia, quedando entera la semilla de la guerra. Mas Tiberio, dándola ya por acabada, quiso también conceder á Bleso que por las legiones fuese llamado *emperador*, honor que antiguamente se daba á generales de ejércitos, que gobernándose valerosamente en servicio de la República, eran aclamados con este nombre por un favor y alegría militar, hallándose tal vez en un campo muchos emperadores sin que el uno se tuviese por mayor que el otro. Augusto concedió también á algunos este título, como en esta ocasión Tiberio á Bleso.

Murieron, finalmente, en este año de hombres ilus-

tres Asinio Salonino (1), señalado por ser nieto de Marco Agripa y de Asinio Pilión, hermano uterino de Druso, y concertado de casar con una nieta de César, y Ateyo Capitón, de quien arriba se ha hecho memoria, el cual alcanzó el primer lugar entre los más célebres jurisconsultos de Roma; y aunque su abuelo Sulano fué centurión y su padre no pasó del orden de pretorio, Augusto le solicitó el consulado, porque con la honra de aquella dignidad precediese á Labeón Antistio, también famoso en la misma profesión. Floreció aquella edad de estos dos esplendores de paz, mas Labeón alcanzó mayor fama por su incorrupta libertad, donde Capitón, por asentársele mejor la servidumbre, fué más grato á los príncipes. Al primero ocasionó alabanza el agravio de no haber pasado más adelante del oficio de pretor, y al segundo, aborrecimiento la envidia de haberle visto llegar hasta el de cónsul.

Acabó sus días también Junia, hija de una hermana de Catón, mujer de Cayo Casio y hermana de Marco Bruto (2), setenta y cuatro años después de la jornada Filipica. De su testamento se dijeron muchas cosas en el vulgo; porque habiendo testado de sus excesivas riquezas en favor de casi todas las personas aparentes de la ciudad, se olvidó de César, cosa que tomada por él con cortesania, no impidió el recitarse sus alabanzas *pro rostris*, permitiendo que fuese honrado su mortuorio con las demás solemnidades. Llevábanse delante

(1) Hijo de Asinio Galo y de Vipsania Agripina, primera esposa de Tiberio y madre de Druso.

(2) Servilia, hermana de Catón de Utica, estuvo casada de primeras nupcias con D. Julio Silano, que fué cónsul después de Cicerón, y con M. Bruto. Del primer matrimonio nació Junia y del segundo M. Bruto, el matador de César; y he aquí cómo pudo ser hermana de éste y sobrina de Catón.

veinte estatuas de los más ilustres linajes; es á saber : Manlios, Quincios y otros nombres de igual nobleza, pero sobre todas resplandecían las que dejaron de llevarse, esto es, las de Bruto y Casio (1).

(1) Tácito dice que las imágenes de Bruto y Casio brillaron más por lo mismo que dejaron de llevarse, esto es, por lo mismo que se echaron de menos. El pensamiento de Tácito, tal como se halla en él expresado, es magnífico; tal como lo traduce Coloma parece trivial y flojo.

LIBRO CUARTO

ARGUMENTO

Píntase el ingenio y costumbres de Elio Seyano, prefecto del pretorio, el cual aspira al imperio, y para facilitarlo quita la vida con veneno á Druso, hijo único de Tiberio, ayudado de Livia, mujer del mismo Druso, inducida primero al adulterio. — Introduce al mismo fin los alojamientos ó cuarteles militares, donde antes alojaban los soldados separados y esparcidos por la ciudad. — Representase con esta ocasión el estado de las cosas en el Imperio romano, el número de legiones, cohortes y fuerzas de mar y tierra. — Muerto Druso, entra Tiberio en el Senado metiendo consigo los dos hijos mayores de Germánico para encomendarlos á los senadores como herederos del imperio. — Seyano, para conseguir su intento, calumnia cavilosamente á Agripina y echa la semilla de los odios venideros de Tiberio para con ella y con sus hijos. — Oye Tiberio las embajadas y quejas de algunas provincias y ciudades. — Destiérranse de Italia los representantes. — Promúlgase una ley sobre la diferencia introducida por el flamine dial. — Encomiendan á los dioses con solemnes votos los sacerdotes á Druso y á Nerón, hijos de Germánico, tomándolo á mala parte Tiberio. — Cayo Silio es condenado por amigo de Germánico. — Senadores acusados y condenados. — Acaba Publio Dolabela la guerra de África con muerte de Tacfarinas. — Apágase en sus principios una guerra servil en Roma. — Bibio Sereno es acusado de su hijo y desterrado. — Son condenados muchos, y entre ellos Cremucio Cordo, historiador, por haber alabado á Bruto y á Casio, y quemado sus libros. — Pierden los cizicenos su libertad. — Rehusa Tiberio el templo que le ofrece la ulterior España. — Seyano, saliéndole las cosas á pedir de boca, aspira á cosas mayores y pide por mujer á Livia. — Niégasele modestamente Tiberio, á quien poco después persuade el ausentarse de Roma. — Nuevas embajadas de los griegos por causa de los asilos ó lugares de refugio. — Muere en España el pretor Pisón á manos de un villano terrestino. — Muévase guerra en Tracia. — Sosiega la provincia Popeo Sabino y saca en premio las insignias triunfales. — Claudia Pulcra es acusada y condenada en Roma por adúltera. — Agripina pide marido, aunque en vano, á Tiberio. — Contienen once ciudades

en Asia sobre el templo destinado para Tiberio y vencen los de Esmirna. — Va Tiberio á la provincia de Campania. — Pasa notable peligro de muerte en una gruta, y defiéndele Seyano. — Nerón, el mayor de los hijos de Germánico, es calumniado con varias artes. — Ruina de un anfiteatro en Fidenas, con muerte de muchos millares de personas. — Incendio grande en Roma. — Pasa Tiberio á la isla de Capri. — Sabino es acusado y condenado. — Muere Julia, nieta de Augusto. — Rebélanse los frisonos, á quien acomete con poca felicidad Lucio Apronio, propretor de la inferior Germania. — Gneo Domicio toma por mujer á Agripina, hija de Germánico. Todo esto en espacio de cerca de seis años.

CÓNSULES

Año de Roma 776.	De J.-C.	23	{ C. Asinio Polión. C. Antisticio Veto.
—	777.	— 24	{ Cornelio Cetego. Viselio Barrón.
—	778.	— 25	{ N. Asinio Agripa. Coso Cornelio Lentulo.
—	779.	— 26	{ C. Cornelio Lentulo Getúlico. C. Calvicio Savino.
—	780.	— 27	{ M. Licinio Craso. L. Calpurnio Pisón.
—	781.	— 28	{ Ap. Julio Silano. P. Silio Nerva.

Era el año del consulado de Cayo Asinio y Cayo Antistio, noveno del imperio de Tiberio, con la República quieta y la casa florida, y contando él con la muerte de Germánico entre las prosperidades cuando comenzó improvisadamente la fortuna á turbar las cosas, con hacerle cruel ó factor de las crueldades ajenas. Principio y causa de esto fué Seyano, prefecto de las cohortes pretorias, de cuya potencia arriba se ha hecho mención. Contaré ahora su origen, sus costumbres, y con qué artificios y maldades tentó de usurpar el imperio. Nació Seyano en Bolseno (1). Su padre fué Seyo Estrabón,

(1) Vulsinia ó Volsinio, ciudad de Etruria, cuyos habitantes adoraban con el nombre de Nursia una diosa que se cree ser la Fortuna, y hoy Bolsena, pueblo de los Estados pontificios.

caballero romano, y habiendo seguido en su primer juventud á Cayo César, sobrino del divo Augusto, no sin opinión de haber entregado su cuerpo por dinero á Apicio, rico pródigo, con diferentes artificios después se hizo tan caro á Tiberio, que siendo para los demás cerrado y fingido, para sí sólo le hizo incauto y descubierto; no tanto por su sagacidad, pues con las mismas artes fué vencido, cuanto por ira de los dioses contra la grandeza romana, para cuya ruina igualmente vivió y murió. Fué vigoroso de cuerpo, de ánimo atrevido, encubridor secreto de sus faltas y público fiscal de las ajenas, igualmente adulador y soberbio, de fuera ostentativo, de dentro codiciosísimo: á esta causa unas veces largo y suntuoso, otras todo industria y vigilancia; virtudes no menos dañosas que los vicios cuando se fingen para tiranizar el Estado.

La autoridad del prefecto de los pretorianos (1) no era muy grande antes de él; mas acrecentóla con reducir las cohortes pretorias, antes esparcidas por la ciudad, á estar juntas en los alojamientos, para que pudiesen ser mandadas, y para que con el número, con el valor y con verse y comunicarse entre sí, tomasen ánimo para ellos y le quitasen á los otros. Alegaba que la soldadesca esparcida se distrae, y unida puede servir en las ocurrencias repentinas, y conservarse más disciplinada de dentro de los reparos y fuera de los regalos de la ciudad. En acabándose de fortificar los alojamientos co-

(1) El número de los pretorianos fué en su origen de nueve ó diez mil, pues andan discordes acerca de él Tácito y Dión, divididos en nueve ó diez cohortes. Vitelio los aumentó hasta diez y seis mil. Este cuerpo subsistió aumentando ó disminuyendo en número bajo el mando de los diferentes emperadores, según buscaban éstos un apoyo ó en ellos ó en las legiones. Constantino los licenció, y mandó destruir el campamento permanente que tenían en Roma.

menzó á ganar poco á poco los ánimos de los soldados, visitándolos, llamándolos por sus nombres, y juntamente á nombrar él los tribunos y centuriones, sin abstenerse de granjear con ambiciosas pláticas las voluntades de los senadores, haciendo dar á los amigos y allegados de los tales honras, cargos y hasta gobiernos de provincias: en que Tiberio se mostraba tan fácil y tan inclinado á tener por bien cuanto Seyano hacia, que no sólo en los razonamientos particulares, pero en el Senado y al pueblo le celebraba por compañero de sus trabajos, y permitía que sus estatuas estuviesen por los teatros, por las plazas y en los principios de las legiones.

Mas lo que retardaba sus intentos era el ver la casa imperial tan llena de Césares (1), el hijo ya hombre, los nietos crecidos, y el conocido peligro que habia en quererlos oprimir á todos de una vez. Y pareciéndole que el proceder con engaño necesitaba de varios intervalos, eligió el camino más oculto y el comenzar por Druso, con quien tenia odios recientes. Porque Druso, sufriendo impacientemente á Seyano por émulo, tratándole con ánimo alterado, llegando acaso á palabras, alzó la mano para herirle, y al querer Seyano volverse contra él le alcanzó á dar en el rostro. Y así pensándolo todo, escogió por más breve camino el ganar á Livia, mujer de Druso y hermana de Germánico, la cual, de fea muchacha que era, se había hecho hermosísima mujer. Con ésta, engañada con falsos amores, cometió adulterio; y después que perpetrada la primer maldad se apoderó de ella, siendo así que la mujer que una vez abandona su honestidad no sabe ni puede negar cosa á quien dió la de más estima, con facilidad la induce á esperanza de mujer propia, compañía en el reino, y á dar la muerte

(1) A saber: Druso y sus hijos y los de Germánico.

á su marido. Aquélla, digo, de quien era abuelo Augusto, Tiberio suegro, llena de hijos de Druso, que con un mal nacido y vil adúltero (1) se infamaba á sí misma, á sus mayores y á sus descendientes, trocando el estado presente honesto por unas infames y dudosas esperanzas. Fué recibido en la conjuración Eudemo, médico y gran amigo de Livia, domesticado ya bastantemente so color del arte para poder tratar con él sin sospecha. Seyano, por no darla á la adúltera, repudia á su mujer Apicata, de quien tenia tres hijos. Mas la grandeza de la maldad traía consigo miedo, dilación, y á las veces resoluciones nuevas.

En este medio Druso, uno de los hijos de Germánico, tomó al principio del año la toga viril, renovándose en él todo lo que el Senado decretó para Nerón, su hermano. Añadió César una oración en loor de su hijo, alabándole de que amaba con amor paternal á los de su hermano. Porque Druso, dado que sea difícil cosa estar en un mismo lugar el poder y la concordia, corría voz de que tenia particular amor á aquellos mozos, ó por lo menos que no les era contrario. Después de esto, la deliberación que Tiberio habia mucho tiempo que fingia de visitar las provincias comenzó á ponerse otra vez en práctica, tomando por pretexto la necesidad que habia de rehinchar de soldados nuevos las plazas, que forzosamente habian de vacar por tantos millares de veteranos, y esto á causa de hallarse pocos que voluntariamente quisiesen seguir la guerra, y si acaso se hallaban algunos, no concurrían en ellos las partes necesarias de valor y obediencia; porque por la mayor parte los que seguían la milicia de su propia voluntad era gente pobre

(1) Tácito le llama *municipali adultero*, esto es, nacido en un municipio, que no era ciudadano romano.

y vagabunda, y sobre esto hizo un breve discurso, contando el número de las legiones y las provincias que se defendían con ellas; cosa que me ofrece ocasión de dar cuenta de las fuerzas romanas de aquel tiempo, de los reyes que teníamos confederados, y cuánto más estrecho era el Imperio.

Guardaban á Italia en sus dos mares otras tantas armadas; en Misena la una, y la otra en Ravena, y las riberas vecinas de la Galia las naves rostradas presas en la victoria Actiaca y enviadas entonces por Augusto con buena chusma á Frejulio. Mas el nervio principal eran ocho legiones junto al Rhin, ayuda pronta y común contra los germanos y contra los galos. Tres había en las Españas nuevamente conquistadas, dos en lo restante de África, habiendo los romanos dado los Mauros al rey Juba (1). Otras tantas en Egipto, y cuatro de la Siria hasta el Éufrates; cuanto rodea todo aquel gran seno de tierra, confinada del Hiberno, del Albano y de los otros reyes defendidos con nuestra potencia de los imperios extranjeros. La Tracia estaba partida entre Rometalce y los hijos de Coti. Guardaban las riberas del Danubio dos legiones en Panomia y dos en la Misia; otras dos estaban en Dalmacia á sus espaldas, como por socorro de las cuatro, y en lugar acomodado para acudir con presteza á Italia en los casos improvisos; si bien tenía Roma su guardia de por sí, es á saber: tres cohortes urbanas y nueve pretorias de soldados escogidos, por la mayor parte de Toscana, de la Umbria, del antiguo Lacio y de las viejas colonias romanas. Había fuera de esto en los lugares oportunos de las provincias galeras de confederados, cohortes de infantería y alas

(1) Era hijo del otro Juba que había combatido en Africa contra César y que se suicidó después de la batalla de Tapso.

de caballos de las ayudas; fuerzas poco inferiores á las sobredichas, aunque no estables ni siempre de una manera, mudándose de unas partes á otras, creciendo y menguando de número conforme á la necesidad.

No me parece que será fuera de propósito dar cuenta también del estado en que se hallaban las demás cosas de la República, y de la forma en que se sustentaron hasta este año, que fué en el que comenzó Tiberio á empeorar su gobierno. Primeramente los negocios públicos y de los particulares los más importantes se trataban ante los senadores, dándose á los más aparentes facultad de discurrir, tal, que cayendo en adulación, el mismo Tiberio los refrenaba. Distribuía los honores, teniendo consideración á la nobleza de los pasados, al valor en la milicia y á las demás virtudes civiles, hasta hacer constar bastantemente que se había procurado escoger los mejores sujetos. Á los cónsules y á los pretores se les conservaba la misma apariencia y majestad, y á los magistrados menores la autoridad acostumbrada. De las leyes, salvo la de la majestad, no se usaba mal. Los trigos, gabelas, tributos y otras rentas públicas eran administradas por las compañías de caballeros romanos. Sus propias cosas encargaba Tiberio á personas excelentes y conocidas por él; y á los que no lo podían ser, libraba sus esperanzas en la buena fortuna; todos los cuales, admitidos una vez, no se despedían más; tan sin género de mudanza es esto, que muchos se envejecían en los mismos cargos. Fué trabajado el pueblo por ocasión de carestía, mas sin culpa del príncipe, que no perdonó á gasto ni á diligencia, procurando remediar la esterilidad de la tierra, y que se evitasen los peligros de la mar y facilitasen los acarreos; proveyendo también que las provincias no fuesen trabajadas con tributos nuevos, y que la crueldad y avaricia de los mi-

nistros no fuese causa de que no se pudiesen sufrir los viejos. No se usaban azotes, ni confiscaciones de bienes.

Tenia por Italia César pocas posesiones, no muchos esclavos, la casa en manos de pocos libertos, y si le convenia pleitear con particulares no se diferenciaba de los demás en el modo de seguir la justicia. Estas cosas, no por vía de mansedumbre, sino rostrituerto siempre y las más veces temido de todos, mantuvo al fin, hasta que con la muerte de Druso se trastornó todo, porque mientras él vivió se conservaron, á causa de que, dando entoncés Seyano principio á su grandeza, queria hacerse conocer en los buenos consejos; temeroso de otra parte de un castigador tal como Druso, no ya adversario oculto, y que muchas veces se dolía de que en vida del hijo del emperador se nombrase nadie coadjutor del Imperio. «¿Por ventura — decía él — dista mucho este nombre del de compañero? Las primeras esperanzas del mandar son á la verdad dificultosas, mas en tomando pie no faltan ayudas y ministros. Él ha hecho á su gusto los alojamientos militares; tiene en su mano el favor de los soldados; vensé sus estatuas entre las memorias de Gneo Pompeyo; sus nietos serán comunes con la familia de los Drusos. ¿Qué remedio nos queda ya sino rogar á la diosa Modestia que se contente con esto?» Decía estas y semejantes cosas Druso, no raras veces ni entre pocos; fuera de que hasta sus más íntimos secretos se divulgaban por boca de su infame mujer.

Y así juzgando Seyano que le convenia solicitar, escogió un veneno de tal calidad que, penetrando poco á poco, hiciese su efecto semejante á las enfermedades casuales. Este veneno se dió á Druso por medio de Ligdo, eunuco, como se descubrió ocho años después. Tiberio por todos aquellos días que duró la enfermedad de Druso, quizá por hacer ostentación de la fortaleza de

su ánimo, y también después de muerto y antes de que se le diese sepultura, fué al Senado y amonestó á los cónsules, los cuales en señal de tristeza se sentaron en los asientos más vulgares y bajos, que se acordasen de su honor y del lugar que ocupaban; y juntamente deshechos en llanto los senadores, venciendo él á los suspiros y á las lágrimas, sin interrumpir su oración los consoló diciendo: «Que sabía bien cuán justamente debía ser reprendido de ellos por venir á su presencia con tan reciente dolor; que era verdad que muchos con aflicción semejante á la suya no podían sufrir las oraciones consolatorias de sus parientes, ni aun mirar la luz del día, sin ser por eso imputados de flaqueza ó falta de corazón; mas que él, como menesteroso de mayor consuelo, se habia resuelto en buscarle, abrazando y cuidando de la República.» Lamentada después la excesiva vejez de Augusta, la incapaz y tierna edad de sus nietos y la ya inclinada suya, pidió que entrasen los hijos de Germánico, consuelo último de sus males presentes. Salieron los cónsules, é instruídos por ellos los mozuelos de lo que habían de decir, los traen á la presencia de César, el cual, teniéndolos por la mano, «estos pupilos—dijo—, padres conscriptos, habia entregado á su tío, aunque con hijos propios, para que los tuviese y amparase como tales, por fundamento suyo y de sus sucesores; mas ahora que me veo privado de Druso, vuelvo á vosotros mis ruegos, pidiéndoos por los dioses presentes y por la patria que recibáis y amparéis estos biznietos de Augusto, nacidos de esclarecidos progenitores, supliendo á vuestro deber y al mío. Á éstos, ¡oh Nerón y Druso!, os doy en lugar de padres, habiendo nacido vosotros tales que vuestro bien y mal pertenece y toca á la República.»

Fueron con gran llanto y después con ruegos de suma

felicidad oídas estas palabras; y si parara aquí, hinchiera de su gloria y de general compasión los ánimos de los oyentes; mas volviendo á sus vanidades, tantas veces murmuradas, de dejar la República, y que los cónsules ó algún otro se encargase del gobierno, quitó también la fe que se habia dado á lo honesto y á lo verdadero. Decretáronse á la memoria de Druso las mismas cosas que á Germánico, añadiéndose algunas, como de ordinario lo traen consigo las últimas adulaciones. La pompa fúnebre fué ilustre por el espectáculo de las imágenes, viéndose Eneas, origen del linaje de los Julios, todos los reyes de Alba, el fundador de la ciudad, Rómulo; seguía la nobleza Sabina (1), Apio Claudio, y en larga ordenanza todas las demás estatuas de los Claudios.

En dar cuenta de la muerte de Druso he referido cuanto dejaron escrito fidelísimos autores; mas no quiero pasar en silencio la voz publicada por tan constante en aquellos tiempos que aun hoy en día vive, y es que Seyano, después de haber instigado á la maldad á Livia, granjeó también deshonestamente el ánimo de Ligdo, eunuco, el cual, por la edad y por la hermosura del rostro, era muy caro á su señor y ocupaba gran lugar entre los mayores ministros. Que este Ligdo, después de haber sido admitido en la conjuración y después de haber señalado el lugar y el tiempo de dar el veneno, llegó á tanto atrevimiento, que emprendió echar toda la culpa á Druso, y para conseguir su intento por este camino, advirtió á su padre que se guardase del primer vaso en que se le traería la bebida comiendo con su hijo. Y que engañado con este aviso Tiberio, tomando el brebaje lo

(1) Á causa del sabino Ato Claudio, fundador de la familia de los Claudios, á la cual pertenecía Druso.

presentó á Druso, el cual, bebiendo con alegría juvenil y sin género de sospecha, hasta esto la ocasionó mayor; como si por miedo ó por vergüenza hubiera querido tomar para sí la muerte que tenía aparejada para su padre.

Estas cosas contadas por el vulgo, fuera de que ningún autor las confirma, se pueden también refutar prontamente. Porque ¿cuál fuera el hombre de mediana prudencia, cuanto y más Tiberio, cursado en tantos negocios, que sin oír las defensas de su hijo, de su propia mano y sin espacio de poderse arrepentir le diese la muerte? ¿Por qué no antes de atormentar al ministro del veneno, obligándole á declarar el autor y tomar tiempo y dilación, acostumbrándose dar á los extraños, antes de quitar la vida á un hijo solo que tenía, no culpado hasta entonces en alguna maldad? Mas porque Seyano era tenido por inventor de toda suerte de maldades, por la afición entrañable que César le tenía, y por el aborrecimiento universal contra los dos, todas las cosas por grandes y fabulosas que fuesen eran creídas, acostumbrando, fuera de esto, á traer siempre consigo la fama cosas atroces en las muertes de los grandes principes. Verdad es que la orden de aquella traición, revelada por Apicata, mujer de Seyano, se descubrió con la tortura de Eudemo y de Ligdo. Ningún escritor, por poco amigo que fuese de Tiberio, le ha objetado tal cosa, habiéndole inquirido y aplicado todas las demás. He querido referir y reprender esta voz del vulgo, para quitar con este claro ejemplo el crédito á semejantes patrañas, rogando á los que vieren estos mis trabajos que no antepongan á las cosas verdaderas y no corrompidas con maravillas las opiniones vulgares, y, aunque de suyo increíbles, oídas con gusto y aceptación.

Loando, pues, Tiberio á su hijo en la plaza llamada

de los Rostros, el Senado y el pueblo tenían en lo exterior hábito y voces de luto y de tristeza, mas interiormente gustaban de ver resucitar la casa de Germánico, á quien este principio de favor y el no saber Agripina disimular sus esperanzas le apresuraron la ruina. Porque Seyano, habiéndole salido bien la muerte de Druso, sin peligro de los conjurados y sin dolor público, enconado en el mal y en la prosperidad de sus primeros sucesos, iba pensando entre sí el modo y la forma con que podía sacar del mundo á los hijos de Germánico, á los cuales tocaba indubitablemente la sucesión. Era imposible atosigar á tres de un golpe, por la fidelidad grande de las guardas y por la invencible honestidad de Agripina, de cuya sobrada altivez, del odio viejo de Augusta y de las nuevas causas en que se hallaba interesada la conciencia de Livia, se sirvió para hacer creer á César que la soberbia de esta mujer, ayudada de su fecundidad y del favor del pueblo, la hacían demasiado deseosa de mandar. Encaminóse este trato por vía de astutísimos acusadorés, entre los cuales Julio Póstumo, por el adulterio que cometía con Mutilia Prisca, familiarísimo de Augusta, con quien Prisca privaba mucho, y á esta causa, muy á propósito para efectuar sus designios, hacían de manera que aquella vieja, de su propia naturaleza amiga de reinar, no pudiese sufrir la compañía de su nuera; incitando por otra parte á los parientes de Agripina á decir en su favor algunas palabras perniciosas, para irritar después con ellas el ánimo hinchado y vengativo de Livia.

Mas Tiberio, no sólo no apartándose del cuidado de los negocios, pero tomando las ocupaciones por recreo, atendía á administrar justicia á los ciudadanos y á oír las demandas de los confederados. Hízose por su orden un decreto en que se dió por tres años exención de tri-

butos á las ciudades de Cibiro (1) en Asia y de Egira (2) en Acaya, poco menos que asoladas por un terremoto. Y Vivio Sereno, procónsul en la España ulterior, convencido de haber usado pública violencia (3), fué por la fiereza de sus costumbres desterrado á la isla de Amorgo (4). Carsidio, sacerdote, y Cayo Graco, acusados de haber socorrido con trigo al enemigo Tacfarinas, fueron absueltos. Este Graco fué llevado siendo niño por su padre Sempronio á su destierro en la isla Cercina (5), donde, criado entre foragidos y personas ignorantes de las artes liberales, dió después en ganar su vida mercadeando y trocando vilísimas mercaderías en las provin-

(1) Ó Cibira, ciudad considerable de Frigia, conocida, dice d'Anville, en los anales turcos con el nombre de Buruz.

(2) «Había en el Peloponeso—dice la Bletterie—tres ciudades cuyos nombres se parecían mucho, á saber: Egion, Egæ y Egira, situadas las tres cerca del golfo de Corinto. ¿Debe leerse en Tácito *Egiensi*, *Egensis* ó *Egirensis*? La cuestión es en si de poca monta; pero como es preciso elegir, nos inclinamos al dictamen de Ernesto y Gronovio, que leyeron *Egiensi*. Así, pues, suponemos que se trata de *Egium*, ciudad famosa donde celebraba en otro tiempo sus asambleas la Liga aquea, y en la cual, en tiempo de los emperadores, se reunían aún los diputados de las ciudades de Acaya, según se ve en Pausanias.» El traductor español lee *Egirensis*, mas sus anotadores parecen inclinarse al parecer de Gronovio.

(3) Con más propiedad, condenado en virtud de la ley llamada de *vi publica*. Por ella se castigaban los atentados cometidos de cualquier manera que fuese contra la República. La primera ley de *vi* fué establecida en el año 664 de Roma por el tribuno Plautio (ó Plotio) Silvano; del cual tomó el nombre de ley Plotia. Hacia el año 746, Augusto promulgó, bajo el nombre de *Julias*, nuevas leyes de *vi publica* y de *vi privata*, la primera de las cuales castigaba con el destierro á todo funcionario público que hubiese muerto ó hecho matar, dado tormento, azotado, condenado ó preso á un ciudadano que hubiese interpuesto apelación al emperador.

(4) Isla del archipiélago griego, conocida aún en el día con este mismo nombre.

(5) Había sido desterrado á la isla de Cercina, en la costa de África, por sus relaciones criminales con Julia, hija de Augusto.

cias de Sicilia y África. Mas no por esto pudo huir los peligros que suele traer consigo una gran fortuna, porque á no ser ayudada su inocencia por Elio Lamia y Lucio Apronio, que habian tenido el proconsulado de África, por su desventurada nobleza hubiera sido arrebatado de los infortunios de su padre.

Hubo también en este año embajadas de algunas ciudades de Grecia, pidiendo los de Samo para el templo de Juno y los de Coó para el de Esculapio la confirmación de los antiguos privilegios de asilos y franquezas. Los samios se fundaban en un decreto de los anfictions, á quien principalmente tocaba el juzgar de todas las cosas en tiempo que los griegos, después de haber edificado ciudades por la Asia, poblaban aquellas costas marítimas. No era menor antigüedad la que alegaban los coenses, por quien abogaban también los méritos del lugar y del templo, en el cual recogieron y salvaron las vidas á muchos ciudadanos romanos, cuando por orden del rey Mitridates eran hechos morir cuantos se hallaban en todas las islas y ciudades de Asia. Después de esto, tras varias quejas en vano y gastos hechos por los pretores, propuso César que se reprimiese la desvergüenza de los histriones, mostrando que en público no cesaban de ir intentando cosas encaminadas á sedición, y en secreto muchas deshonestidades, feas y escandalosas. «¿Quién creerá — decía él — que esta raza de gente infame venida de Oscos (1), so color de dar algún recreo al vulgo, haya llegado á tener tanta mano que para refrenarla sea menester la autoridad de todo el Senado?» Y así entonces fueron echados de Italia los histriones.

(1) Esos juegos ó representaciones escénicas se llamaban *Atelanas*, del nombre de Atela, ciudad de los Oscos, donde habían sido inventadas.

En este mismo año tuvo César ocasión de otra nueva tristeza por la muerte de uno de los dos mellizos de Druso, aunque no la sintió menor por la de un amigo. Fué éste Lucilo Longo, compañero suyo en los gustos y en las tristezas, y el que sólo entre todos los senadores le siguió en la retirada de Rodas. Por esto, sin embargo de ser Lucilo de moderno linaje, se le hicieron funerales como si hubiera sido censor, y se puso su estatua en la plaza de Augusto á gastos públicos, porque hasta entonces se trataban todas las cosas ante los senadores, los cuales hicieron comparecer á Lucilio Capitón, procurador de Asia, á defenderse de los delitos en que le culpaban los pobladores de aquella provincia, con grandes atestaciones del príncipe en que afirmaba no haberle dado autoridad de juzgar, sino de diferencias entre esclavos y libertos, y solicitar la cobranza de sus dineros particulares; que en lo demás, dado que se hubiese usurpado la jurisdicción de pretor ó validose del poder de los soldados, excediendo de ambas cosas á las órdenes que tenía suyas, muy justo era que los confederados fuesen oídos. Averiguada, pues, la verdad del caso, fué condenado el reo, por cuyo castigo y por el que el año antes se le dió á Silano, decretaron las ciudades de Asia que se dedicase un templo á Tiberio, á su madre y al Senado, y en siéndoles concedido, lo edificaron. Por esta causa Nerón, hijo de Germánico, oró en hacimiento de gracias y alabanza del Senado y de su abuelo con grandes muestras de alegría entre los oyentes, pareciéndoles que oían y que veían á su padre, cuya memoria estaba muy fresca en los ánimos de todos; ayudando también la modestia y hermosura del mozo, digna de un príncipe, tanto más gratas á todos, cuanto era más notorio el peligro que corría por el aborrecimiento de Seyano.

En este mismo tiempo trató César de elegir el flamine dial en lugar de Servio Maluginense, difunto, y de hacer nueva ley; porque antiguamente se nombraban tres patricios de padre y madre confarreados (1), de los cuales se acostumbraba elegir uno; mas ahora no se hallaba como antes tanta copia, habiéndose olvidado el uso de la confarreación en los matrimonios, ó conservándose entre pocos. Dábanse para ello muchas causas, y particularmente la negligencia de los hombres y de las mujeres, á más de la dificultad de la misma ceremonia, dejada voluntariamente por esto, y porque así el flamine dial como la que le tomaba por marido salían de la

(1) Ó casados por confarreación. De tres distintas maneras se celebraba el matrimonio entre los romanos, á saber: *usu, coemptione et confarreatione*.

Si una mujer habitaba durante un año con un hombre, con consentimiento de sus tutores, sin ausentarse más de dos noches, se hacía esposa suya como por prescripción (*usu*), sin que hubiese necesidad de nuevas formalidades.

La segunda especie de matrimonio era como una compra simulada, *coemptio*, por la cual los dos esposos se compraban mutuamente. La mujer traía tres *ases*, uno en la mano, que era para su marido; otro en el zapato, que ofrecía á los dioses lares, y otro que depositaba en una especie de cobertizo ó soportal improvisado, que se llamaba el *compitum vicinale*. Con el primer *as* la mujer compraba á su marido, con el segundo los dioses Penates, y con el tercero el derecho de entrar en la casa.

El matrimonio por *confarreación* traía su nombre de una especie de pan hecho con el *far* (trigo), que comían los dos esposos durante el sacrificio. Esta manera de contraer matrimonio fué tenida siempre por la más solemne y estuvo en todos tiempos reservada á los solos patricios, aun después que los plebeyos participaron de sus prerrogativas. La celebración exigía la presencia de diez testigos, del sumo pontífice y del flamen de Júpiter. Sus ceremonias eran muy largas y podían durar muchos días. Un trueno, el menor presagio siniestro bastaba para turbar la fiesta, que era preciso en este caso empezar de nuevo. Esta clase de matrimonios eran indisolubles, y para romperlos era necesario pasar por otra ceremonia llamada *diffarreatio*, más desagradable acaso que la primera.

potestad paterna (1). Por lo cual significó que convenia tratarse del remedio con decreto del Senado ó con ley, á la manera que solia Augusto reducir al uso presente muchas cosas de aquella rústica antigüedad. Y así, considerados los respetos de religión, concluyeron que no se mudase nada del instituto de los flamines; mas hizo-se ley que la flaminica dial estuviese sujeta á la potestad del marido en las cosas de aquel sacerdocio, y que en todo lo demás se gobernase como las otras mujeres; y consecutivamente fué substituido el hijo del Maluginense en el lugar de su padre. Y para que fuese en aumento la reputación de los sacerdotes y ellos se animasen á ejercitar con mayor prontitud aquellas ceremonias, fué decretado que se diesen á Cornelia, virgen, aceptada en lugar de Scancia (2), cincuenta mil ducados (dos millo-

(1) «El poder del padre sobre los hijos, tanto varones como hembras — dice Burnouf — no terminaba en Roma sino por la muerte, la esclavitud ó el destierro de aquél y la emancipación ó adopción de éstos. Sin embargo, las vestales y los flamines estaban libres de ella. Lo estaban igualmente las mujeres casadas cuando por una de las tres especies de matrimonio que acabamos de indicar entraban á formar parte de la familia de su marido ó caían bajo su potestad, ó por mejor decir, bajo su mano, *in manum*. Y esto es lo que sucedía siempre á la esposa del flamen, quien estaba obligada á consagrar su matrimonio por la confarreación. Y he aquí por qué Tácito ha dicho *quæque in manum flamine conveniret*, y no simplemente *quæque uxor flamines fieret*. La ley de que se hace mención más abajo (*sed lata lex qua flaminica dialis*, etc.) dispuso que la mujer no tendría necesidad de estar bajo la potestad de su marido sino en los actos relativos al culto, y que en lo demás permanecería en el derecho común ó independiente, *sui juris*, si lo estaba ya, ó bajo la potestad del padre. Más claro: siendo rigurosamente obligatoria para los flamines la confarreación, se limitaban sus efectos, en cuanto á la potestad marital, á los asuntos dependientes de su sacerdocio.»

(2) El verbo de que se sirve en este pasaje Tácito parece hacer alusión al modo como se hacía la investidura de las vestales y á las palabras que pronunciaba el pontífice al recibirlas: *Te, amata, capio*.

nes de sestercios), y que todas las veces que la emperatriz entrase en el teatro pudiese tomar asiento entre las vestales.

Siendo cónsules Cornelio Cetego y Viselio Varrón, los pontífices y con su ejemplo los demás sacerdotes, haciendo votos y rogativas por la salud del príncipe, encomendaron á los mismos dioses también á Nerón y á Druso, no tanto por amor que tuviesen á estos mozos, como por adulación; la cual, en donde reinan depravadas costumbres es tan sospechosa cuando es demasiada, como cuando ninguna. Porque Tiberio, jamás inclinado á la casa de Germánico, sintió disgusto y se dolió de que aquellos mozos se le igualasen á su vejez, y llamando á los pontífices, les preguntó si lo habían hecho por ruegos ó por amenazas de Agripina. Y habiéndolos, aunque lo negaron, reprendido blandamente, por ser la mayor parte de ellos sus amigos, y todos de los más granados de la ciudad, en el Senado después, con oración formada, les advirtió para en lo venidero: «Que ninguno con honrarlos antes de tiempo hiciese ensoberbecer los ánimos inconstantes de aquellos mancebos»; instigado también de Seyano, el cual le representaba «que la ciudad se dividía en particularidades y como en guerra civil. Que había ya quien se osaba publicar por del bando de Agripina, y que si no se ponía remedio, crecería sin duda el número con evidente peligro; que él no hallaba mejor expediente para prevenir el daño que podía ocasionar la discordia, que cada día iba en aumento, que sacar del mundo á dos ó tres de los más prontos y atrevidos».

Para esto se escogió Cayo Silio y Tito Sabino, á los cuales fué del todo calamitosa la amistad de Germánico. La ruina de Silio, el cual, por espacio de siete años, había gobernado gruesos ejércitos, ganado en Germania

las insignias triunfales, y quedándose victorioso en la guerra contra Sacroviro, era cierto que había de causar tanto mayor terror y asombro cuanto se viese caer de más alto. Creyeron algunos que le dañó su poca prudencia, pues llegó á jactarse impertinentemente de que sus soldados se habían conservado en obediencia mientras los demás se amotinaban, y que si hubieran hecho lo mismo no fuera Tiberio emperador. Pareciale con esto á César que se le menoscababa su fortuna, hallándose incapaz de satisfacer á tan gran mérito. Porque los beneficios son aceptos hasta aquel grado que se puede recompensar; mas en excediendo mucho, en lugar de gratitud se pagan con aborrecimiento.

Era mujer de Silio Sosia Gala, á quien el príncipe quería mal por la voluntad que le mostraba Agripina. Resuelto, pues, el derribar á estos dos, dejando el tratar de Sabino para otra ocasión, movieron á este efecto el ánimo del cónsul Varrón, para que, so color de cierta enemistad que su padre tuvo en tiempo con Silio, se hiciese ministro de los odios de Seyano, sin reparar en el vituperio que de ello se le seguiría. Y como el reo pidiese alguna dilación hasta que el acusador acabase el tiempo de su consulado, lo contradijo César, diciendo: «Que otras muchas veces se había visto llamar los magistrados á juicio á gente particular; que no era justo cercenar la autoridad del cónsul, con cuya vigilancia se provee á la salud de la República, procurando evitarle daños y peligros.» Fué esta acción muy propia de Tiberio, cubrir las maldades nuevas con la gravedad de palabras antiguas. Y así, con gran encarecimiento, como si se procediera contra Silio por virtud de las leyes, ó como si el tener enojado al cónsul Varrón fuera delito contra la República, quiso que se juntasen los senadores; y callando el reo, ó hablando para quererse defen-

der, nunca podía esconderse la mano de quien con tanta ira le arrojaba la piedra. Eran las culpas, que se entendía con los que comenzaron la guerra; que se disimuló largo tiempo con Sacroviro; que con su avaricia había manchado el honor de la victoria, y, finalmente, que tenía por mujer á Sosia. No hay duda en que se hallaban confusos por no saber cómo encajar el delito de residencia; mas resolviéndose en tratar este negocio por el de majestad ofendida, Silio, con una muerte voluntaria, previno á la cercana condenación.

Sin embargo, se procedió contra sus bienes, no por restituir las pagas á los soldados, no habiendo quien las pidiese, sino por quitarle lo que liberalmente le había dado Augusto, restituyendo por menudo al fisco todo aquello en que pretendía haber sido defraudado. Esta fué la primer diligencia que hizo Tiberio contra la hacienda ajena. Sosia fué desterrada por consejo de Asinio Galo, que quería que se le confiscase una parte de sus bienes y la otra se dejase á sus hijos. Mas, en contrario, Marco Lepido fué de opinión que, conforme á la necesidad de la ley, se diese la cuarta parte á los acusadores y lo restante se concediese á sus hijos. Este Lepido hallo haber sido hombre grave y muy prudente en aquellos tiempos, porque en cuanto pudo, encaminó siempre á la razón las crueles adulaciones de los otros: ni le fué necesario nunca gobernarse con respetos, á causa de haber conservado siempre igualmente la gracia de Tiberio y su propia autoridad. De que me resuelvo poner en duda si el hado ó la suerte del nacimiento causan, como las demás cosas, la gracia de los unos y el desfavor de los otros para con los príncipes, ó si aprovecha de algo el saberse un hombre gobernar, y entre la fiereza inconsiderada y la vil lisonja, seguir un camino seguro de ambición y exento de peligros. Pero Mesali-

no Cota, no menos noble de sangre que él, aunque de ingenio diverso, votó que se debía establecer, con decreto del Senado, que los magistrados y gobernadores de provincias no fuesen menos castigados por los delitos cometidos en ellas por sus mujeres que si los cometieran ellos propios; y esto, aunque fuese sin culpa ó sabiduría suya.

Tratóse después de esto de Calpurnio Pisón, hombre noble y fiero. Éste, como dije arriba, había dicho públicamente en pleno Senado que se quería desterrar de Roma por no ver los bandos de los acusadores; y poco después, menospreciando el poderío de Augusta, se había atrevido á citar en juicio á Urgulania, sacándola de la propia casa del príncipe, cosas que por entonces no las tomó mal Tiberio. Mas como en aquel ánimo tenaz en la ira, dado que al parecer se hubiese amortiguado el primer ímpetu, vivía todavía la memoria de la ofensa, ordenó que Quinto Granio acusase á Pisón de secretas juntas contra la majestad del príncipe, añadiendo que tenía venenos en casa y que iba con armas secretas á palacio, cosas que por exceder demasiado á la verdad no se atendió á ellas; mas culpado por otros muchos cabos, no se pudo fenecer la causa por sobrevenirle la muerte en buena ocasión. Deliberóse también de Casio Severo (1), desterrado, el cual, nacido de bajo linaje y viviendo una vida digna de vituperio, aunque famoso orador, se había concitado tantos enemigos, que por sentencia del Senado, dada con juramento, fué desterrado á la isla de Creta, donde continuando su mala suerte de vida y añadiendo nuevos aborrecimientos á

(1) Había sido desterrado á Creta en tiempo de Augusto como autor de libelos infamatorios, y destruidos sus escritos por orden del Senado.

los viejos, quitándole al fin todos sus bienes y bandeándole de nuevo con la privación acostumbrada de agua y fuego, se acabó de envejecer en la roca Serifia.

Por este mismo tiempo Plaucio Silvano, pretor, ignoráranse las causas, arrojó de un precipio abajo á su mujer Apronia, y acusado ante César por su suegro Lucio Apronio, respondió turbada y confusamente como si el caso hubiera sucedido durmiendo él y sin su sabiduría, queriendo dar á entender que ella se había despeñado de su voluntad. Mas Tiberio, sin poner dilación, fué á su casa, y reconociendo el aposento, se vieron en él diferentes indicios y señales que mostraban la resistencia que la mujer había hecho, y cómo había sido arrojada por fuerza. Refiriólo en el Senado, y en asignándole jueces, Urgulania, abuela de Silvano, envió á su nieto un puñal; y creyóse que por advertimiento del príncipe, respecto á la amistad de Augusta con Urgulania. El reo, habiendo probado en vano los aceros de la daga y faltándole el ánimo, se hizo cortar las venas. Y siendo después acusada Numantina, su primer mujer, de haberle hecho enloquecer con hechizos, fué hallada inocente.

Este año, finalmente, libró al pueblo romano de la larga guerra contra el nómida Tacfarinas. Porque los primeros capitanes, en pareciéndoles haber hecho lo que bastaba para impetrar las insignias triunfales, dejaban al enemigo. Veíanse ya en Roma tres estatuas laureadas (1), mientras todavía Tacfarinas andaba robando la provincia de Africa, acrecentando de las ayudas de los mauros, los cuales, por la descuidada juventud de Pto-

(1) Á saber: las de Furio Camilo, Junio Bleso y, según J. Lipsio, la de L. Apronio, que también había vencido á Tacfarinas.

Iomeo (1), hijo del rey Juba, de libertos y esclavos de aquellos reyes se habían convertido en soldados. Habíase hecho compañero de éstos en el saquear y en el guardar las presas el rey de los garamantes: no que marchase con ejército formado, mas con enviar algunas escuadras á la ligera, supuesto que fueron siempre menores que su fama; y de la misma provincia muchos que por su pobreza y estragadas costumbres aborrecían la quietud se le juntaban con facilidad; porque César, después de las facciones de Bleso, como si no quedaran enemigos en África, había sacado la legión nueve. Ni el procónsul de aquel año, Publio Dolabela, se había atrevido á detenerla, temiendo más el contravenir á los mandatos del príncipe que la incertidumbre de la guerra.

Tacfarinas, pues, echando de ver que las tierras y haciendas de los romanos eran saqueadas en otras partes también por las demás naciones, y que por esta causa poco á poco iban desamparando la provincia de África, protestaba que era ya llegado el tiempo en que le sería fácil el oprimir á los restantes, si resolviéndose en amar más la libertad que la esclavitud se disponía á ello. Aumentado de fuerzas con esto y hechos los alojamientos, se puso á sitiar á Tubusco (2). Mas Dolabela, recogidos los soldados que había, con el terror del nombre romano, porque los númidas no se atreven á esperar la ordenanza de nuestros infantes, en moviéndose hizo levantar el sitio, y presidiados los lugares oportunos, mandó cortar las cabezas á los principales de los musulanos

(1) Hijo del rey Juba, de que se ha hecho mención en la nota 5.^a, y de Cleopatra Selene, nacida de los amores de Marco Antonio y la reina de Egipto.

(2) Ciudad de la Mauritania Cesárea. D'Anville la coloca en un sitio llamado actualmente Burg, en el cantón de Kuko, no lejos del mar.

que comenzaban á tumultuar. Después, porque ya había mostrado la experiencia en las guerras pasadas que no convenía seguir con grueso número de gente ni por sola una parte al enemigo inconstante y fiado en su celeridad, llamando al rey Ptolomeo con sus vasallos, pone en orden cuatro batallones, y distribuidos entre los legados y tribunos, dejando guiar á las cabezas de los mauros sus tropas de robadores, él con el consejo y con el cuidado acompañaba á todos.

Poco después se supo que los númidas habían puesto su alojamiento junto á un castillo medio destruido llamado Auzea, que había sido quemado ya en otra ocasión por ellos, fiándose en el sitio, rodeado todo de grandes bosques. Entonces, puestas á punto las cohortes sueltas y tropas de caballos, haciendo marchar con presteza sin que se supiese adónde al nacer del día, con ruido de trompetas y de gritos, da sobre aquellos bárbaros medio dormidos, con los caballos ocupados en diferentes ejercicios ó sueltos por las pasturas. Y donde los romanos estaban cerrados entre sí, bien en orden y con toda arte de guerra, así los númidas desproveídos, desarmados, sin orden, sin consejo, como si fueran ovejas, eran heridos, muertos y presos. Los soldados, encendidos con la memoria de los trabajos pasados y de ver las muchas veces que se les habían escapado con huir la batalla tan deseada, se hartaban con la venganza y con la sangre. Pasó la palabra de mano en mano por los manipulos que todo hombre persiguiese á Tacfarinas, conocido ya de todos por tantos reencuentros, porque sin la muerte del que era cabeza no se podía fenecer aquella guerra. Él, escogidos los más valerosos de su guardia, viendo á su hijo ya preso y á los romanos esparcidos por todo, metiéndose por las armas enemigas, huyó la infamia del cautiverio, muriendo no sin venganza.

Puso el presente suceso fin á la guerra, y pidiendo por ello Dolabela las insignias triunfales, se las negó Tiberio por respeto de Seyano, temiendo que se obscurecería la gloria de su tío Bleso; más no quedó por eso Bleso más ilustre, y á este otro el honor negado aumentó la reputación, habiendo con menor ejército llevado más famosos prisioneros, la muerte al fin del capitán, y el traer consigo la fama de haber fenecido del todo la guerra. Añadiasele más á Dolabela el venirle siguiendo los embajadores de los garamantes, vistos raras veces en Roma, enviados, muerto Tacfarinas, por aquella gente atemorizada y no sin culpa á dar satisfacción al pueblo romano. Sabida después la voluntad con que había ayudado Ptolomeo en esta guerra, se le envió con un senador el cetro de marfil y la toga de púrpura bordada de oro, antiguos dones de los senadores romanos, con título de rey, de compañero y de amigo.

En el mismo verano la semilla de un levantamiento de esclavos movido en Italia fué oprimida de la buena fortuna. Autor de este tumulto fué Tito Curtisio, ya en otro tiempo soldado pretoriano, primero con secretas juntas en Brindis y en las tierras vecinas, después con publicar carteles llamando á la libertad á los esclavos rústicos y fieros, que estaban esparcidos hasta por los bosques más apartados; cuando casi por merced de los dioses, tres fustas de á dos remos por banco que se tenían en aquel mar por la comodidad de los pasajeros, tomaron puerto en Brindis. Hallábase en aquellas partes Curtio Lupo, cuestor, á quien, conforme á la antigua costumbre, había tocado la provincia llamada Cales. Éste, valiéndose de los soldados y gente de las dichas fustas, apagó á su principio el fuego de aquella sedición. Sabida por Tiberio la primer nueva, envió á Estayo, tribuno, con buen golpe de gente, el cual trujo en prisión á Roma

al capitán y á los principales fautores de aquel atrevimiento, sacando á la ciudad de un temor harto grande en que estaba por el gran número de esclavos, que de cada día iba creciendo, al paso que faltaba la gente libre (1).

En este mismo consulado sucedió un caso extraño, miserable y cruel. Son traídos al Senado un padre y un hijo, el padre reo y el hijo acusador, entrambos de un mismo nombre de Quinto Vivio Sereno. El reo, llegado en aquel punto de su destierro, macilento y roto, en cadena entonces, mientras su hijo informaba contra él. El hijo con ricas vestiduras, y mostrando muy alegre semblante, culpaba al padre de asechanzas con el príncipe, y de haber enviado á las Galias quien incitase aquellos pueblos á la guerra, haciendo él mismo ambos oficios de acusador y de testigo. Añadiendo que le había acudido con dineros para esto Cecilio Cornuto, que había sido pretor, de quien afirmaba que el cuidado de esta empresa y la desesperación de poder salir con honra de tan gran peligro le habían obligado á solicitarse la muerte. El padre, en contrario, sin mostrar temor, vuelto con rostro severo á su hijo, sacudia las cadenas, llamaba á los dioses vengadores, rogándoles que le restituyesen el destierro para poder vivir lejos de donde se permitían tan fieras costumbres, y diesen algún día á su mal hijo el merecido castigo. Afirmaba la inocencia de Cornuto, espantado de tan gran mentira, como se podía averiguar fácilmente; obligándole á nombrar los cómplices, no siendo posible que él con solo un compañero se atreviese á maquinar la muerte del príncipe y á revolver el estado de la República.

(1) Véase en la traducción de Burnouf, tomo II, págs. 412 y 413, una larga é interesante nota acerca de la disminución de la población libre y sus causas.

Nombró entonces por cómplices el hijo á Gneo Lentulo y Seyo Tuberón, avergonzándose Tiberio de oír cosa semejante de los más graves personajes de la ciudad y sus mayores amigos: Lentulo decrepito y Tuberón lleno de enfermedades, ser acusados de hacer tumultuar las provincias y de alborotar la República. Mas éstos fueron luego asegurados. Contra el padre se pusieron á cuestión sus esclavos, que declararon contra el acusador. El cual, fuera de sí, con la conciencia de su maldad y sordo con los gritos del vulgo, que le amenazaba con el castigo del robre y la piedra (1) ó con las penas de los parricidas, se huyó de Roma. Fué con todo eso hecho volver de Ravena y forzado á seguir la causa, no pudiendo Tiberio disimular el odio antiguo contra el desterrado Sereno, porque después de la condenación de Libón había escrito á César dándole en rostro con que solos sus servicios habían quedado sin recompensa; añadiendo algunas cosas con menos respeto de lo que convenian á orejas tan soberbias y mal sufridas. De

(1) Según Lipsio, era cierto paraje de la cárcel, que se llamó también tulliano. Así Salustio en la *Catilinaria* dice: *Est locum in carcere, quod tullianum appellatur*. Valerio Máximo dice también que algunos reos eran precipitados desde el robre, lo cual indica igualmente el castigo de la piedra ó roca Tarpeya. «Acaso los reos que entraban al robre, ó eran allí degollados, ó de allí los sacaban al precipicio Tarpeyo. Llamóse robre aquel lugar por estar hecho antiguamente de gruesos robres.» Así Ernesto; pero según lo describe Salustio, era un calabozo en lo bajo, muy obscuro y terrible, fabricado de piedra. — (Nota de la E. E.) — Rich., en su *Dic. de ant. rom. y grieg.*, nos da en menos palabras una idea más clara de lo que se entiende por el castigo del robre y de la piedra. «Llamábase así — dice — en toda prisión (*carcere*) el calabozo subterráneo donde se ejecutaban las sentencias de muerte; de donde la expresión *dignum carcere et robore*, para indicar el que merecía la prisión y la muerte.» En la Edad Media dábase á esta clase de calabozos, harto comunes entonces, los nombres más significativos de *infierno*, *puñideros*, *de profundis*, *ollas*, etc.

esto, pues, se resintió al cabo de ocho años, arguyéndole de varias cosas durante este tiempo; y aunque los tormentos, por la constancia de los criados y esclavos, obraron todo al revés de lo que pretendía el fisco, prevaleciendo con todo eso el voto de que Sereno fuese castigado al uso de los antiguos, por no hacerse César aborrecible, lo contradijo. Y diciendo Galo Asinio que se desterrase á Giaro ó á Donusa, no lo consintió tampoco, alegando que aquellas dos islas carecían de agua, y que era justo dar modo de vivir á quien se daba la vida; y así Sereno fué desterrado á la isla de Amorgo. Y porque Gornuto se mató con sus manos, se trató de privar al acusador del premio, siempre que el iniciado de majestad se quitase la vida antes de declararse la causa. Y prevaleciera este voto si César, obstinadamente, y contra su costumbre, á la descubierta no hubiera tomado á su cargo la defensa de los acusadores; doliéndose de que con esto perderían su efecto las leyes y se pondría la República en precipicio. «Destrúyase — decía — del todo la justicia, si habemos de privarnos de los ministros que la guardan.» Así los acusadores secretos, linaje de hombres nacido para pública ruina, nunca bastantemente refrenados con penas, eran entonces acariciados con premios.

Entre tantos y tan continuos casos de tristeza parece que se interpuso éste de algún gusto, es á saber, que Cayo Cominio, caballero romano, convencido de haber hecho versos en vituperio de César, alcanzó perdón á instancia de un hermano suyo, senador, de que resultaba tanta mayor maravilla, cuanto conociendo Tiberio lo mejor, y cuán dignas de alabanza eran la clemencia y benignidad, seguía de ordinario todo aquello que podía ocasionar tristeza y desconsuelo. Porque él no pecaba por ignorancia, ni es posible disimular del todo,

cuando con verdadera ó fingida alegría se celebran las acciones de los emperadores. Y lo que es más, él mismo, que en otras cosas se hallaba como embarazado en sus razonamientos y siempre con palabras repugnantes y contrarias entre sí, cuando se trataba de beneficiar y socorrer á alguno, hablaba mucho más libre y desenvueltamente. Pero tras esto, tratándose de Publio Sui-lio, que había sido tesorero de Germánico, convencido de haber tomado dineros por juzgar, y condenándose por ello á destierro de Italia, declaró César que se entendiese haberle de cumplir en una isla, con tanta alteración de ánimo, que juró interesarse en ello el bien de la República. Tomóse ásperamente entonces este rigor, aunque después le aprobó la edad siguiente, la cual vió perdonado al mismo Sui-lio, hombre venal y favorecido del emperador Claudio, de quien con mucha prosperidad gozó de larga amistad y privanza, pero nunca bien. La misma pena se dió á Cato Firmio, senador, por haber perseguido á una hermana suya propia con falsas acusaciones de majestad. Cato, como he dicho, fué el que hizo caer en sus falsas redes á Libón, y el que le acusó después. Acordóse Tiberio de este servicio, y tomando diferentes pretextos, pidió que se le alzase el destierro, aunque no insistió en que le fuese restituída la dignidad de senador, de que había sido privado.

Sé muy bien que muchas cosas de estas que he contado y pienso contar parecerán por ventura muy leves y no dignas de ponerse en memoria; mas no se haga comparación de nuestros anales con las materias por donde pudieron discurrir los que recogieron las cosas antiguas del pueblo romano; porque aquéllos trataron libremente de guerras grandes, de expugnaciones de ciudades, de reyes presos ó puestos en huida; y si á las veces se volvían á los sucesos de casa, les ofrecían noble

materia las discordias de los cónsules con los tribunos, las leyes agrarias y frumentarias, y las diferencias entre el pueblo y los nobles. Nuestro trabajo está ceñido más estrecho, y por el consiguiente es capaz de menor gloria: una paz no alterada, ó bien poco, las cosas de Roma afligidas, y el príncipe sin cuidado de extender el Imperio. Todavía no será fuera de propósito el considerar estas cosas despreciables á primera vista, dado que pueden sacarse de ellas notables documentos.

Porque todas las naciones y ciudades son gobernadas ó por el pueblo, ó por los nobles, ó por un príncipe solo. Otra forma de república fuera de éstas, antes se puede alabar que hallar; ni dado que se hallase podría durar largo tiempo. Así pues, como entonces, prevaleciendo la plebe, era necesario conocer la naturaleza del vulgo y el modo de saberle regir y manejar, ó cuando gobernando los senadores eran tenidos por prudentes y astutos los que conocían las inclinaciones del Senado y de los nobles, así ahora, habiéndose mudado el estado de la ciudad y reduciéndose las cosas al gobierno de uno solo, á éstas conviene atender y de éstas es necesario y provechoso tratar, siendo así que no son pocos los que con la prudencia sola saben discernir las cosas honestas de las que no lo son, y las útiles de las dañosas, y muchos los que se enseñan á costa de los sucesos ajenos. Es bien verdad que así como estas cosas son de mucho fruto, son también de poco deleite; porque la descripción de las provincias y reinos, la variedad de las batallas, la muerte de los grandes capitanes son las cosas que más entretienen y recrean el ánimo del que lee. Mas nosotros no escribimos otra cosa que mandatos crueles, acusaciones continuas, amistades falsas, ruina de inocentes, y las causas de estos efectos, siempre conformes en sus medios y en sus fines, con una semejanza de

cosas bastante para cansar á quienquiera. Fuera de que son raros los que dicen mal de los escritores antiguos, importando poco que alguno se haya alargado en engrandecer con mayor gusto las escuadras cartaginesas que las romanas. Mas ahora viven todavía muchos descendientes de los que en tiempo de Tiberio sacaron vergüenza ó castigo. Y cuando bien demos que hayan acabado aquellos linajes, se hallarán muchos que, por la conformidad de costumbres, pensarán que se les prohija á ellos todo el mal que se dice de los otros. Á más de esto, la gloria y la virtud tienen sus émulos, según que el espíritu del hombre discurre en sí al contrario de lo que pide su natural. Mas volvamos á nuestro propósito.

En el consulado de Cornelio Coso y Publio Asinio Agripa fué acusado Cremucio Cordo de un nuevo y nunca oído delito: de haber en sus anales, que sacó á la luz, loado á Marco Bruto y llamado á Cayo Casio el último romano. Eran los acusadores Satrio Secundo y Pinarío Nata, ambos favorecidos de Seyano; calidad perniciosa para el reo, como también el ver que César comenzó á oír con disgusto la defensa de Cremucio. El cual, certificado ya de su muerte, habló en esta substancia: «Á mí, padres conscriptos, me hallan de manera inocente en obras, que vengo á ser acusado de solás palabras; y éstas no contra el principe ni contra su madre, que son los comprendidos en la ley de majestad, mas por haber loado á Bruto y á Casio, cuyos hechos, habiendo sido notados por muchos autores, ninguno ha dejado de honrarlos ni engrandecerlos. Tito Livio, clarísimo entre todos los escritores, de elocuencia y fidelidad, celebró con tantas alabanzas á Gneo Pompeyo, que Augusto le llamaba Pompeyano, sin que por esto se le mostrase jamás menos amigo. Y cuando hace me-

moria de Scipión, de Afranio, de este mismo Casio, de este Bruto, no se hallará que los llamase ladrones ó parricidas, como los llaman ahora, sino muchas veces varones ilustres y señalados. De los mismos hacen honradísima memoria los escritos de Asinio Polión. Mesala Corvino (1) llamaba á boca llena su emperador á Casio, y el uno y el otro vivieron largos años llenos de riquezas y cargados de honras. Al libro de Marco Cicerón, en el cual levanta hasta el cielo las alabanzas de Catón, ¿qué otra cosa hizo el dictador César que responderle con una oración, como si estuvieran ante los jueces? Las epístolas de Antonio, las oraciones de Bruto contienen grandes vituperios de Augusto, aunque llenos de falsedad y malicia. Léense hoy en día los versos de Bibáculo y de Catulo, llenos de oprobios de los césares; y con todo eso, el mismo divo Julio, el mismo divo Augusto, no sé si con mayor ejemplo de mansedumbre ó de prudencia, sufrieron estas cosas y las dejaron pasar sin hacer caso de ellas, porque las mismas injurias, que menospreciadas se desvanecen, mostrando que nos causan enojo, nos confesamos por culpados de ellas.

»No trato aquí de los griegos, á quien se concedió no sólo libertad, pero desenfrenada licencia de hablar, sin temor de castigo, y si alguno se resentía, vengaba las palabras con palabras. Siempre fué grande y poco sujeta á maldicientes la libertad de escribir de aquellos á quien la muerte hizo exentos de afición ó aborrecimiento. ¿Por ventura sigo yo á Casio y Bruto armados en los campos Filipicos, ó incito y persuado al pueblo con oraciones á la guerra civil? ¿Acaso no murieron ellos cerca de setenta años ha? Y así como ahora son

(1) Se pasó del partido republicano al de Augusto, de quien era compañero de consulado en el año de la batalla de Accio.

conocidos por sus estatuas, á quien el propio vencedor no derribó, así ni más ni menos vive parte de su memoria en los libros de los escritores. La posteridad restituye á cada cual el honor que le es debido, y así, es cierto que cuando yo sea condenado habrá alguno que no sólo de Casio y Bruto, pero también de mí tendrá memoria.» Salido después del Senado, acabó la vida con abstinencia voluntaria. Decretaron los senadores que los ediles hiciesen quemar aquellos libros; mas quedando entonces escondidos muchos, se publicaron después. Cosa que ofrece harto gran materia de risa, pues es grande la ignorancia de los que con la potencia presente piensan que han de poder borrar la memoria de las cosas en los tiempos venideros. Antes en contrario, con el castigo de los buenos ingenios se aumenta mucho más su autoridad. De suerte que ni los reyes extranjeros, ni otro alguno de los que, como ellos, procuraron parecéseles en la crueldad, sacaron otro fruto que concitarse á sí mismos deshonra, y dar ocasión de nueva gloria y alabanza á los que tuvieron valor para vituperar sus acciones.

Fué este año tan fértil de acusaciones, que en los mismos días de las ferias llamadas latinas (1), habiendo subido Brusio al tribunal de prefecto de Roma, para to-

(1) Existía entre los pueblos del Lacio una confraternidad religiosa. Estos pueblos, en número de cuarenta y siete, y teniendo á su cabeza á los romanos, se reunían todos los años en monte *Albano*, hoy día *Monte Cavi*, para ofrecer en nombre de todos los latinos un sacrificio á Júpiter; y eso era lo que se llamaba *las ferias latinas*. Asistían á ellas todos los magistrados de Roma, desde el emperador hasta el último de los tribunos; y durante su ausencia quedaba gobernando la ciudad el llamado *prefecto de Roma á causa de las ferias latinas*, cuya autoridad acababa con la fiesta, que duraba al principio uno solo, y más adelante tres días.

mar con buen auspicio la posesión de aquel magistrado (1), poniéndosele delante Calpurnio Salviano para acusar á Sexto Mario, fué Salviano reprendido públicamente de César, y á esta causa condenado después á destierro. Á los cizicenos, inculpados públicamente de haber tenido poca cuenta con el culto del divo Augusto, añadidos delitos de violencia usados con ciudadanos romanos, se les quitó la libertad que merecieron sosteniendo el sitio en la guerra de Mitridates y ayudando con su constancia á las fuerzas de Lúculo para echar de allí á aquel rey. Fonteyo Capitón, procónsul que había sido de Asia, fué absuelto, averiguándose que sus culpas habían sido inventadas falsamente por Vibio Sereno, el cual no fué castigado; conservándole más seguro el aborrecimiento universal, porque los acusadores famosos eran tenidos como sacrosantos; los menores y de menor cuantía, éstos sí que eran sujetos al castigo y á las leyes.

En este tiempo la España ulterior envió embajada al Senado por licencia para poder edificar un templo á Tiberio y á su madre, como se había concedido á los de Asia. Con cuya ocasión, César, harto constante de suyo en menospreciar las honras excesivas que se le ofrecían, pareciéndole bien responder á los que le culpaban de que se había comenzado á inclinar á la ambición, habló

(1) Todos los magistrados, en el primer día que tomaban posesión de sus destinos se ensayaban en negocios de poca monta. Dábase á esto el nombre de *auspicari*, porque este ensayo era como tomar los auspicios. Y como éstos hubieran podido ser turbados por asuntos graves ó criminales, este motivo, unido á la incompetencia de esa magistratura efímera y á las ideas religiosas que consagraban las ferias latinas á la paz y á la concordia, debía hacer que los romanos se enojasen contra la bárbara prisa que se daba en aquella ocasión Salviano.

de esta manera: «Asegúrome, padres conscriptos, que de muchos seré tenido por fácil y mudable, no habiendo, poco ha, contradicho á las ciudades de Asia que me pedían esto mismo. Justificaré, pues, la causa del pasado silencio, y juntamente declararé lo que tengo determinado de hacer en lo por venir. Porque el divo Augusto no prohibió que en Pérgamo se edificase un templo á él y á la ciudad de Roma, yo, que guardo y tengo por ley todos sus dichos y hechos, seguí tanto más prontamente su agradable ejemplo, cuanto con la honra que se me hacía se aumentaba más la veneración del Senado. En lo demás, así como parece excusable el haber aceptado una sola vez este honor, asimismo el consentir que debajo de especie de deidad se consagre mi nombre por todas las provincias, sería cosa ambiciosa y soberbia; fuera de que perdería mucho de sus quilates el honor de Augusto profanándole con la común adulación.

»Yo, padres conscriptos, sé que soy mortal, y que ni hago ni puedo hacer mayores obras que los otros hombres, contentándome, como desde ahora me contento, con poder satisfacer el lugar de príncipe que ocupo. Certificoos de verdad, y sírvame esto también para los siglos venideros, que no me quedará más que desear, si desde ahora sé que los que desean eternizar mi memoria me tienen por digno de mis mayores, por pródigo en vuestras cosas, por constante en los peligros, y que no temo incurrir en la malquerencia de los hombres donde se atraviesa el servicio y el bien de la República. Estas cosas me servirán de templo dentro de vuestros ánimos y de durables y hermosísimas estatuas. Porque las que se levantan de piedra, si el juicio de los venideros las convierten en aborrecimiento, como los sepulcros se menosprecian. Ruego, pues, á los confederados y á los ciudadanos, á los dioses y á las diosas, á éstos que me

presten hasta el fin de mi vida un entendimiento quieto y capaz de la inteligencia de los derechos divinos y humanos, y á aquéllos que después de mi muerte favorezcan con loores y honrada recordación la fama de mis acciones y la memoria de mi nombre.» Continuó después hasta en las conversaciones más secretas en apartar de sí semejante veneración y culto, atribuyéndolo algunos á modestia, muchos á desconfianza y los más á baja de ánimo: «Porque los mejores—decían ellos— y los más excelentes entre los mortales apetecieron siempre altísimas cosas. De esta manera Hércules y Baco entre los griegos, y Quirino entre nosotros, se agregaron al número de los dioses. Que lo había entendido mejor Augusto, pues aspiró á ello; que las demás cosas residen de ordinario en los principes, faltándoles sólo una á que continuamente deben aspirar, que es la prosperidad de su memoria, porque con el menosprecio de la fama quedan igualmente menospreciadas las virtudes.»

Mas Seyano, ciego del favor de la fortuna y estimulado también de la mujeril ambición de Livia, que instaba por el prometido matrimonio, escribió un papel á César: usábase entonces tratar los negocios con el príncipe por escrito, aunque estuviese presente; decía el papel así en substancia: «Que por la mucha afición que le había tenido su padre Augusto, y después de las grandes señales de amor que había conocido en Tiberio, había hecho costumbre el no representar sus esperanzas y sus votos á los dioses antes que á los oídos del príncipe. Ni había jamás rogado por honras ni esplendores, queriendo más velar y trabajar como soldado ordinario por la salud del emperador. Todavía lo que después de ganado tenía por prenda inestimable, era el ser tenido por digno de emparentar con César; de aquí tomaba

origen el principio de sus esperanzas. Y porque entendía que Augusto en la colocación de su hija no se desdenó de poner los ojos en caballeros romanos, le acordaba que cuando se tratase de casar á Livia, tuviese memoria de un amigo que no sabría estimar otra cosa, sino la gloria del parentesco. Ni quería por este camino descargarse del peso que le habían cargado sobre sus espaldas, quedando bastantemente satisfecho sólo con fortificar su casa contra las inicuas persecuciones de Agripina, y esto sólo por respeto de sus hijos, que cuanto á él bastábale el acabar la vida á la sombra de tan gran príncipe.»

Á estas cosas Tiberio, loado el amor de Seyano, recopilando brevemente las mercedes que le había hecho, casi como pidiendo tiempo para responder á su demanda, añadió: «Que los demás hombres no tienen otra cosa que considerar sino lo que á ellos sólo conviene, donde á los príncipes, en contrario, conviene principalmente poner la mira en el blanco de la fama; que esto le obligaba á dejarle de responder lo que de improviso pudiera; que tocaba á Livia el escoger por sí misma lo que le estaría mejor, ó el volverse á casar después de Druso, ó el sufrir la viudez en la misma casa; sobre que tendrían sin duda su madre y su abuela consejos más propios; que le hablaría con mayor certidumbre en lo tocante á las enemistades de Agripina, en orden á la cual le aseguraba que serían sin duda mucho mayores si el matrimonio de Livia redujese como á parcialidad en la casa de los césares; que echándose sin esto bien de ver la emulación de aquellas mujeres, pues llegaban á destruirse sus nietos con estas discordias, ¿qué sería si mediante el matrimonio se aumentase la ocasión? Mucho te engañas, Seyano, si piensas que te conservarías en el mismo estado, y que Livia, mujer ya de Cayo

César (1) y después de Druso, se contentaría de envejecer en compañía de un simple caballero romano. Y cuando yo lo sufriese, ¿piensas tú que sufrirían los que han visto á su hermano, á su padre y á nuestros mayores en la cumbre del Imperio? Yo quiero creer de ti que te consolarias de no pasar del grado y calidad en que ahora estás; mas aquellos magistrados, aquellos graves personajes que á pesar tuyo se adelantan y no cesan de discurrir de todo, dicen públicamente que ha mucho tiempo que has comenzado á pasar más allá de la dignidad de caballero y subido más alto de lo que era lícito por la amistad de mi padre, y como te aborrecen, murmuran también de mí. Pensó Augusto en casar á su hija con un caballero romano; gran maravilla, por Hércules, si considerándolo todo y anteviendo la grandeza á que se levantaba cualquiera que con este parentesco se encumbrase sobre los demás, puso los ojos en Cayo Proculayo (2) y en otros de vida quietísima y apartada de los negocios de la República. Mas si esta duda de Augusto fuese bastante para movernos, ¿cuánto más lo debería ser la resolución que finalmente tomó, dándola primero á Marco Agripa y después á mí? He querido, por el amor que te tengo, no encubrirte estas cosas, supuesto que no seré jamás contrario á tus designios ni á los de Livia. Lo que yo tengo depositado en mi ánimo, y el modo de parentesco con que pienso igualarte conmigo, dejo de decir. Sólo diré ahora que no hay cosa tan alta donde tus virtudes y el amor que me tienes no merezcan hacerte llegar, como en su ocasión pienso

(1) Hijo de Agripa y de Julia, hija de Augusto, muerto en el año 752 de Roma.

(2) Es el que menciona Horacio en la nota 2 del libro II:

Vivit extento Proculeius ævo...

declararlo en el Senado ó en el parlamento al pueblo.»

Con esto Seyano, menos cuidadoso del matrimonio que atemorizado de las secretas sospechas de Tiberio y de la voz del vulgo, procuraba defenderse del aborrecimiento universal á que le parecía estar ya cercano. Y porque con quitar el concurso grande de gente que de ordinario había en su casa no se debilitase su autoridad, ni consintiéndole se diese ocasión á nuevas calumnias, tomó á pechos el persuadir á Tiberio que se fuese á vivir lejos de Roma en lugares amenos y deleitosos. Prevenía con esto muchas cosas, principalmente el tener en su mano las audiencias del príncipe, poder disponer á su voluntad de la mayor parte de las cartas que escribía ó recibía el emperador, acostumbrando á traerlas y llevarlas soldados súbditos suyos. Á más de que, comenzando ya Tiberio á irse arrimando á la vejez y haciéndose perezoso, descuidado y amigo de lugares escondidos y deleitosos, era de creer que dejaría pasar por alto muchos de los más importantes negocios del Imperio y los encomendaría á su cuidado y resolución. Disminuirsele hía á él la envidia y aborrecimiento, quitada la ocasión de las visitas y acompañamientos, y echadas á un cabo estas cosas vanas y de ningún efecto, crecería en verdadera potencia. Con esto iba poco á poco disgustando á Tiberio de los negocios de Roma, del concurso del pueblo, de la muchedumbre de los negociantes, loando la quietud y la soledad, donde fuera de disgustos y pesadumbres pueden tratarse cómodamente las cosas importantes.

Sucedió acaso aquellos días el verse la causa de Votieno Montano, varón de señalado ingenio, y de ella el acabarse de persuadir Tiberio, supuesto que hasta entonces había estado irresoluto, á que le convenia evitar las juntas del Senado y en el concurso las voces de mu-

chos, que con no menor verdad y entereza le era forzoso haber de oír. Porque citado Votieno por haber dicho palabras injuriosas y feas de César Emilio, hombre militar, que era testigo, mientras con deseo de probar bien la intención del fisco quiso obstinadamente y por menudo relatar todo, sin embargo del ruido que muchos hicieron para estorbarlo, Tiberio hubo de oír de una vez todo el mal que se decía de él en secreto. Con que se alteró de suerte, que comenzó á dar voces que quería justificarse allí luego ó durante el conocimiento de la causa, y apenas bastaron á componerle el ánimo los ruegos de los que le estaban más cerca y las adulaciones de todos. Votieno fué castigado con la pena de majestad, y César, haciéndose más cruel el verse ya culpado de crueldad contra los reos, condenó en destierro á Aquila, acusada de adulterio con Vario Ligure, puesto que Lentulo Getulico, nombrado cónsul, la había ya condenado según la ley Julia (1), é hizo raer de la tabla blanca ó matricula donde estaban escritos los nombres de los senadores á Apidio Merula, por no haber querido jurar la observancia de los actos del divo Augusto.

Oyéronse después de esto las embajadas de los lacedemonios y mesenios, tocantes á los derechos que cada uno de estos pueblos pretendía tener sobre el templo de Diana Limnete (2). Los lacedemonios afirmaban haber sido edificado y dedicado en su término y por sus predecesores, con las memorias de sus anales y con los versos de los poetas, mas que habiéndosele quitado por fuerza

(1) Ley contra el adulterio promulgada por Augusto en el año 732 de Roma.

(2) Del nombre del pueblo *Limnae*, en griego *Λιμναί*, los pantanos, situado en los confines de la Laconia y la Mesinia, cuyos habitantes mantenían un templo en común.

de armas Filipo, rey de Macedonia, con quien tenían guerra, les había sido restituido por sentencia de Cayo César y de Marco Antonio. En contrario, los mesenios produjeron una antigua división del Peloponeso entre los sucesores de Hércules, por virtud de la cual el campo y territorio llamado Teliates, donde está situado el templo, había cabido en la porción de su rey, cuyas memorias permanecían todavía esculpidas en piedras y en los antiguos broncees, y que siendo necesario presentar por testigos los anales y los poetas, tenían ellos muchos más y de mayor autoridad. Que Filipo no se le quitó con las armas por fuerza, sino con la justicia, por derecho; que habían juzgado lo mismo el rey Antígono y el emperador Mummio, y declarándolo los milesios, teniendo pública licencia de juzgar, como árbitros; y últimamente había ordenado lo propio Atidio Gemino, pretor de Acaja. Por estas razones se dió la sentencia en favor de los mesenios. Los segestanos pidieron también que fuese reedificado el templo de Venus en el monte Ericce, destruido por la antigüedad, trayendo á la memoria sus conocidos principios agradables á Tiberio, el cual, como de la sangre de aquella diosa (1), lo tomó con gusto á su cargo. Entonces se disputó también sobre la pretensión de los marselleses, y se aprobó el ejemplo de Publio Rutilio, el cual, habiendo sido desterrado de Roma en virtud de las leyes (2), fué recogido por los de Esmirna y

(1) Preciábanse los del linaje Julio de descender de Eneas, hijo de Anquises y de Venus; y como Tiberio había sido adoptado por Augusto, y la adopción daba todos los derechos de la consanguinidad, de ahí que el emperador pudiese llamarse á sí mismo consanguíneo de Venus.

(2) «De que Tácito asegure que Rutilio fué desterrado de Roma en virtud de las leyes—dice Burnouf—, no debe deducirse que aprueba su destierro. ¿Acaso no se invoca siempre á éstas hasta para condenar á un inocente? El proceso de Rutilio tuvo

recibido por su ciudadano. Con el ejemplo de este decreto, Vulcacio Mosco, desterrado también y recibido por ciudadano de Marsella, dejó sus bienes á aquella República, como á su patria.

Este año murieron de personas ilustres Gneo Lentulo y Lucio Domicio. Á Lentulo, á más de haber sido cónsul y triunfado de los getulios, daba reputación, primero la pobreza sufrida con paciencia, y después las grandes riquezas ganadas sin culpa y poseidas con modestia. Domicio heredó honra de su padre, que fué gran soldado de mar, hasta que en la guerra civil siguió el bando de Antonio y después el de César. Su abuelo murió peleando por el bando de los buenos en la batalla de Farsalia, y él fué escogido por marido de Antonia, la menor de las hijas de Octavia. Después de lo cual pasó con su ejército el río Albis, y entró más adentro en la Germania que otro alguno antes que él, á cuya causa fué honrado con las insignias triunfales. Murió también Lucio Antonio, varón de señalada nobleza, aunque desdichado; porque como Julio Antonio, su padre, pagase con la vida el adulterio de Julia, él, de muy poca edad, fué enviado por Augusto, de quien era sobrino por hermana, á la ciudad de Marsella, donde so color de atender á sus estudios disimulaba el nombre de destierro. Fué

lugar en el año 662 de Roma. Habíase atraído el odio de los caballeros ayudando á Scévola, procónsul de Asia, á reprimir los latrocinios de los arrendadores; y como éstos eran en su mayor parte caballeros, y el orden ecuestre estaba en posesión exclusiva de los juicios, era casi imposible que siendo acusado de los mismos crímenes que él mismo había perseguido, por sus propios acusadores, no fuese por éstos condenado. Retiróse á Asia, donde fué acogido como un bienhechor. Hallábase en Esmirna cuando Mitridates mandó degollar á todos los ciudadanos romanos establecidos en aquellas comarcas, y huyó disfrazado, si es que no debió su salvación, como generalmente se cree, al respeto que inspiraban sus virtudes.»

con todo eso honrado en las funerallas, y por decreto del Senado se pusieron sus huesos en la sepultura de los Octavios.

En este mismo consulado sucedió un caso atroz en la España citerior por obra de un villano termestino. Éste, acometiendo de improviso en un camino á Lucio Pisón, pretor de aquella provincia, que por ocasión de la paz iba sin cuidado, con una sola herida lo mató, y escapado á uña de caballo, apeándose de él á la entrada de unos grandes bosques, arrojándose después por quebradas y caminos inaccesibles burló las diligencias de los que le seguían; mas no le aprovechó la suya, porque hallado el caballo y llevado por las aldeas, conocido por él el dueño, fué finalmente preso; y puesto al tormento para que declarase los cómplices, comenzó á gritar en alta voz, diciendo en su lenguaje: «Que en vano se cansaban en interrogarle, pues era cierto que podían hallarse presentes sus compañeros con seguridad de que ninguna fuerza de dolor sería bastante para hacerle declarar la verdad.» Al otro día, llevándole para volverle á renovar los tormentos, se sacudió con fuerza de las guardias, y escapándose de ellas pudo dar voluntariamente tal golpe con la cabeza en una una piedra, que al punto acabó la vida. Créese que Pisón fué muerto por orden de los termestinos, movidos de que cobraba los dineros de las rentas públicas con mayor aspereza de la que podían sufrir aquellos bárbaros.

En el consulado de Lentulo Getulico y Cayo Calvisio se dieron las insignias del triunfo á Pompeyo Sabino por haber domado aquella parte de los tracios que habitan las cumbres de los montes: gente rústica y por el consiguiente tanto más inculta y feroz. La causa de la rebelión, fuera de su mala naturaleza, fué por no poder sufrir que se escogiesen los más robustos de entre ellos

para nuestra milicia, acostumbrados á no obedecer á sus mismos reyes sino á su modo; y si enviaban socorros, habían de enviar ellos también las cabezas, rehusando el guerrear si no era en tierras vecinas. Sin esto, lo que les acabó de mover fué el haberse persuadido, por ocasión de cierta voz que pasó, á que esparcidos y mezclados entre otras naciones habían de ser enviados á extrañas tierras. Antes, pues, de mover las armas despacharon embajadores, acordando que habían sido siempre amigos y obedientes, y mostrándose prontos á continuarlo si se excusaba el oprimirlos con nuevas cargas; mas que cuando se pretendiese en tenerlos en esclavitud, tenían armas, juventud y ánimo dispuesto á la libertad ó la muerte. Mostraban juntamente sus fortalezas situadas sobre altísimos montes, donde tenían retirados á sus padres y sus mujeres, amenazándonos con una larga guerra sangrienta y dificultosa.

Mas Sabino, dándoles buenas palabras hasta juntar su gente, aguardó en Misia á Pompinio Labeón con una legión, y al rey Remetalce con las ayudas de sus vasallos que se conservaban en fidelidad. Reforzado con estas gentes, Sabino va en busca de los enemigos, que puestos ya en las estrechuras de los bosques, y descubriéndose muchos de los más atrevidos por los collados, fueron con facilidad rotos y puestos en huida á la llegada del ejército romano, con poca sangre de aquellos bárbaros, á causa de la retirada vecina. Fortificados después los alojamientos con buen golpe de soldados, ocupa la cima de un monte estrecho igualmente y llano hasta la cercana fortaleza, guardada de mucha gente armada, pero sin orden, y al mismo tiempo arroja contra los más atrevidos, que con alegres cantos y saltos á su modo se mostraban delante de los reparos, una banda escogida de sus arqueros, los cuales, mientras tira-

ron de lejos sin peligro, hirieron á muchos; mas queriéndose llegar demasiado, cargando con impetu los enemigos, los pusieron en desorden á no ser socorridos por la cohorte Sicambra, á quien el capitán romano tenía de resguardo cerca de allí para en semejante accidente: soldados no menos espantables que los enemigos, por sus voces y cantos (1) y por la forma de sus armas.

Después de esto arrimó Sabino el campo junto al enemigo, dejando á los tracios que, como dije, venían con nosotros, en los primeros alojamientos, permitiéndoles que todos los días pudiesen correr la tierra quemando y prendiendo, con tal que á las noches se retirasen al puesto y allí reposasen con seguridad y buena guardia. Hiciéronlo al principio; mas después, dejándose caer en disolución y cebándose en las riquezas, comenzaron á desamparar sus puestos y darse á banquetes y borracheras, con que del todo se entregaron al vino y al sueño. Descubierta, pues, por los enemigos su negligencia, pusieron á punto dos escuadras, una para acometer á los que saqueaban la tierra, y otra para embestir el fuerte de los romanos; no porque esperasen entrarle, sino por necesitar á cada uno á asistir á su propio peligro con el estruendo y con las armas, y hacer de manera que no pudiesen oír el ruido de la otra refriega; esperando á más de esto á la noche para acrecentar el espanto. Los que tentaron los reparos de las legiones fueron fácilmente rechazados; mas los tracios auxiliares, espantados del imprevisto acontecimiento, hallándose muchos de ellos durmiendo, aunque dentro del

(1) Alusión al bardito ó canto de guerra de los germanos, y á su costumbre de acompañar dicho canto golpeando los escudos con sus armas.

fuerte, y muchos fuera al pasto de sus caballos, fueron acometidos y degollados con tanto mayor enojo cuanto para con ellos estaban en opinión de fugitivos y traidores, y de haber tomado las armas para poner en esclavitud á sí mismos y á su patria.

El día siguiente Sabino les presentó la batalla en un lugar sin ventaja, por si acaso gustaban de aceptarla aquellos bárbaros, movidos de la alegría del suceso pasado. Mas viendo que no se movían de su fuerte ni de las montañuelas cercanas, comenzó á sitiarnos con reductos en lugares reconocidos antes; y abriendo un foso con su estacada por espacio de una legua de circuito con intento de quitarles el agua y el pasto, poco á poco les fué ciñendo de más cerca, fabricando también una plataforma desde donde se pudiesen arrojar sobre el enemigo, ya cercano, piedras, dardos y fuegos. Mas nada afligía tanto á los de dentro como la sed, quedándoles sola una fuente común á la multitud de los soldados y á la demás gente desarmada. También los caballos y ganados, recogidos con ellos al uso bárbaro, morían por falta de forraje. Caían en aquellos suelos los hombres muertos, unos de heridas y otros de sed; corrompíalo todo la putrefacción, el mal olor y, finalmente, el contacto. Añadióse al fin, para remate de tantos males, la discordia entre ellos, porque queriendo algunos rendirse y otros morir, comenzaban ya á prepararse para venir entre sí á las manos; y había quien por morir vengado, persuadía que se embistiese al enemigo; no abatidos, aunque de varios pareceres.

Mas entre los capitanes, uno llamado Dinis, ya viejo, y que con la larga experiencia había probado la fortaleza y la piedad romana, decía que el arrimar las armas era solo el remedio que quedaba á tantos afligidos. Y en prueba de esto él, primero que todos, se entregó á

si mismo, á su mujer y á sus hijos á la clemencia del vencedor. Siguiéronle los más débiles por edad ó por sexo, y todos los que amaban la vida más que la reputación. Estaba la juventud partida entre Tarsa y Turesio, y ambos á dos dispuestos á morir libres. Mas Tarsa, dando voces que no se diese más lugar á la esperanza ó al temor, sino que acabase con todo, dió ejemplo á los demás atravesándose con su espada el pecho. No faltaron muchos que le imitaron. Turesio con los suyos se cubre del manto de la noche, y avisados los nuestros de ello, refuerzan las guardias; sobreviene con la obscuridad una lluvia cruel, y el enemigo, unas veces dando horribles gritos, otras callando todos de golpe, tenia suspensos á los romanos. No faltaba Sabino de ir por todas partes exhortando á los suyos, advirtiéndoles á no dar lugar ni ocasión á las asechanzas del enemigo, por ruido hechizo ni por quietud fingida, antes bien, que cada cual hiciese su oficio sin moverse, ni tirase alguno sino á tiro hecho y con seguridad de ofender.

Entretanto los bárbaros, discurriendo á tropas, tiraban á los defensores piedras, palos tostados, troncos de robres, procurando henchir el foso con fajina, con zarzos y con cuerpos muertos. Otros arrimaban puentes y escalas á los reparos para apartar de ellos y herir á los que asistían á la defensa. Defendianse nuestros soldados, aprovechándose de toda suerte de armas, hasta con encuentro de los hombres y escudos; otros arrojaban dardos de los que se suelen tirar en defensa de murallas, y tras ellos gruesos pedazos de las mismas murallas y de otros edificios. Á éstos animaba la esperanza de la victoria, ya en las manos, y la vergüenza de perderla; á aquéllos ponía coraje en ver que consistia su salud en pelear con valor, y á muchos la presencia de sus madres, de sus mujeres y su llanto. La noche servía á unos

de ejercitar su atrevimiento, y á otros de disimular su temor: los golpes eran inciertos, las heridas improvisadas; el no discernir amigos de enemigos, los ecos de la voces entre aquella quebrada de montes, haciéndose sentir engañosamente, como si vinieran por las espaldas, lo confundían de manera todos, que los romanos desampararon una parte de los reparos, creyendo tener ya dentro á los enemigos. Con todo esto no pudieron pasar de ellos sino muy pocos; los otros, habiendo sido muertos ó heridos los más feroces, y descubriéndose ya la luz del día, fueron seguidos hasta dentro en la fortaleza, que últimamente fué forzada á rendirse junto con los lugares y puestos comarcanos. Á los más, para no ser expugnados por fuerza ó por sitio, aprovechó el anticipado y riguroso invierno del monte Hemo.

Mas en Roma, estando ya revuelta la casa del príncipe para comenzar á dar su curso á la destrucción de Agripina, fué acusada Claudia Pulcra, su prima hermana, por Domicio Afro. Éste, constituido poco antes en el oficio de pretor, hombre de poca reputación y pronto á hacerse famoso con cualquier género de maldades, la acusaba de crimen de impudicia, especificando haber cometido adulterio con Furnio, y de haber usado de hechicerías y encantamientos contra la persona del príncipe. Agripina, mal sufrida siempre, y entonces mucho más por el peligro de su prima, se va á Tiberio, y hallándolo acaso que sacrificaba á su padre, tomando de aquí ocasión para desfogar su enojo: «¿Qué proporción — dijo — tiene el adorar á Augusto con perseguir á sus descendientes? Aquel divino espíritu no se ha transportado á las estatuas mudas; mas su verdadera imagen, nacida de la sangre celeste, siente bien mis peligros y participa de mis miserias. Sin justicia es proceder contra Pulcra, parando todos sus delitos en sólo haber

tenido amor á Agripina, si ya no lo es la imprudencia con que se ha olvidado del reciente ejemplo de Sosia, afligida por la misma causa.» Sacaron estas razones de aquel pecho hondo y escondido unas claras y descubiertas palabras, pocas veces dichas por él; y reprendiéndola ásperamente, la amonestó con un verso griego, que dice en substancia : ¿Por qué te das por ofendida; por qué no reinas? Pulcra y Furnio quedaron condenados, y Afro añadido al número de los principales oradores, divulgado su buen ingenio, y siguiendo el testimonio de César, que le aprobó por famoso en su profesión. Fué después en el acusar y en el defender los reos loado más de elocuencia que de bondad; hasta que la demasiada vejez le quitó también mucha parte de ella, mientras pudiendo conocer la flaqueza de su sujeto, no supo tener paciencia de callar.

Mas Agripina, tenaz en su enojo, enfermando y siendo visitada de César, prorrumpió luego en lágrimas, y estuvo un rato sin poder hablar palabra. Después, haciendo una mezcla de quejas, de enojos y de ruegos, comienza á anteponerle : «Que quiera remediar su soledad con darle marido; que se hallaba todavía en edad conveniente para ello, y con sólo el consuelo de las buenas, que es el matrimonio; que no faltaría en la ciudad quien se honrase de recibir la mujer de Germánico y sus hijos y de mirar por ellos.» Mas César, conociendo de la consecuencia que era para la República aquella demanda, por no darse por ofendido ni confesar el temor, sin embargo de la mucha instancia que hacia por respuesta, la dejó sin ella. Yo he hallado esta particularidad, que no especificaron los demás escritores en sus anales, en los comentarios que su hija Agripina, madre de Nerón, emperador, dejó á sus descendientes de los sucesos suyos y de su casa.

Mas Seyano oprime más altamente el ánimo de la afligida y poco cauta Agripina con enviarle á advertir por sotomano con personas que fingian su amistad, de que ya se le habia aparejado el veneno y que procurase huir de los convites del suegro. Ella, que no sabia disimular, comiendo á su lado un día, no doblando su condición á fingir alegría en el rostro ni en las palabras, se estaba sin osar tocar á las viandas, hasta que, cayendo en ello Tiberio, ó casualmente ó porque fué advertido, por certificarse más, alabando mucho ciertas manzanas que estaban en la mesa, de su propia mano le ofreció una. Aumentó esto la sospecha de Agripina, y sin llegarla á la boca la dió á los criados. Tiberio disimuló por entonces, mas volviéndose á su madre, le dijo: «No será maravilla si yo hago contra ésta alguna severa demostración, pues ha creído de mí que quiero atosigarla.» Y de aquí tuvo origen la voz de que el emperador habia querido hacerla morir secretamente.

César, por divertir esta fama, yendo al Senado de ordinario, dió muy largas audiencias á los embajadores de Asia que contendian entre sí sobre en cuál ciudad se habia de edificar el templo á Tiberio y al Senado. Once ciudades con igual ambición, aunque con fuerzas desiguales, contrastaban sobre esto, sin que entre ellas se descubriese diferencia notable en lo que referían de su antigüedad y nobleza, y en la afición con que habian procurado servir al pueblo romano en las guerras de Perseg, Aristónico y con otros reyes. Los ipepinenses, trallanos, laudiceos y magnesios fueron excluidos, dando por de poco fundamento sus razones. Ni los ilieneses negociaron mejor (1), no alegaron otra cosa que la

(1) Los habitantes de Ilium pretendían que su ciudad ocupaba el sitio donde habia estado la antigua Troya, á pesar de ha-

gloria de su antigüedad con mostrar á Troya madre de Roma.

Estúvose con alguna suspensión sobre lo alegado por los halicarnáseos (1), que afirmaban no haber padecido terremoto en mil y doscientos años, ofreciéndose á edificarle sobre peña viva. Á los pergamenos, que se ayudaban de tener un templo de Augusto en su término, se respondió que se contentasen con aquello. Y porque las ciudades de Éfeso y Mileto pareció que estaban bastantemente ocupadas en las ceremonias, ésta de Apolo y aquélla de Diana, se redujo todo el juicio entre los sardianos y esmirneses. Recitaron los de Sardis un decreto de los etruscos, como de su misma sangre, en que constaba que Tirreno y Lido, hijos del rey Atis, dividieron entre sí sus gentes por su gran muchedumbre, y quedándole á Lido su país natal, le fué necesario á Tirreno buscar nuevas tierras que poblar; y de que los nombres de estos dos capitanes le habían tomado estas dos naciones, la una en Asia y la otra en Italia. Que aumentada otra vez la opulencia de los lidos, enviaron á Grecia aquellos pueblos, que después se llamaron de Pélope, mostrado á más de esto cartas de emperadores, ligas hechas con nosotros en la guerra de Macedonia, anteponiendo la fertilidad de sus rios, la

llarse á treinta estadios de distancia. Durante mucho tiempo no fué Ilium más que un miserable villorrio. Alejandro y después Lisimacó le agrandaron. Arruinada por Fimbria en 668, fué reedificada por Sila y después por César.

(1) Halicarnaso, capital de la Caria, célebre por su puerto, sus fortificaciones y sus riquezas no menos que por el famoso sepulcro de Mausoleo, que era tenido por una de las siete maravillas del mundo. Fué patria de Herodoto y de Dionisio, historiador de las antigüedades romanas. D'Anville cree que estaba situada en el lugar donde se levanta en el día un castillo llamado Bodrún.

templanza de su cielo y la riqueza de los pueblos vecinos.

Mas los esmirneses, contada su antigüedad, ó que descendan de Tántalo, hijo de Júpiter, ó de Teseo, de estirpe al fin divina, ó de una de las Amazonas, pasaron á lo que les daba más confianza, que eran los servicios hechos al pueblo romano, acordando como habían enviado armadas no sólo en ayuda de las guerras extranjeras, pero cuando las padecía la misma Italia. Que fueron los primeros que edificaron templo á la ciudad de Roma en el consulado de Marco Porcio, cuando verdaderamente era grande el pueblo romano, aunque mucho antes de haber llegado al colmo de su grandeza, floreciendo todavía Cartago y en Asia muchos reyes poderosos. Llamaban también por testigo á Lucio Sila, cuyo ejército, hallándose á mal partido por el rigor del invierno y faltándoles á los soldados vestido con que cubrirse, llegada la nueva á Esmirna mientras los ciudadanos estaban juntos á parlamento, todos los que se hallaron presentes, desnudándose sus propias vestiduras, las enviaron al punto á las legiones: con que pedido el voto á los senadores, fueron preferidos á los demás. Aconsejó Vivio Marso que á Marco Lepido, á quien había tocado el gobierno de aquella provincia, se diese un legado más que los acostumbrados para que se encargase del templo. Y porque Lepido, por su modestia, rehusó el hacer la elección, fué sacado por suerte Valerio Nason, de dignidad pretoria.

Finalmente, después de haberlo bien pensado y diferido muchas veces la ejecución, César se va á Campania so color de edificar en Capua un templo á Júpiter y otro en Nola á Augusto; aunque lo más cierto por ausentarse de Roma. Yo, aunque siguiendo la mayor parte de los escritores, he atribuido á Seyano la causa de esta retirada, todavía al ver que después de haberle hecho mo-

rir continuó por otros seis años más (1), me hace pensar algunas veces que fué pensamiento suyo para encubrir con el retirado secreto de los lugares de su habitación sus actos crueles y sensuales, que desenfrenadamente ejercitaba. Creyeron algunos que á su vejez (2), conociendo su fealdad, se avergonzaba de ser visto; con el cuerpo extremadamente flaco, largo y echado para adelante, la parte más alta de la cabeza calva, el rostro lleno de úlceras, y por la mayor parte cubierto de parches con medicamentos, y que desde su estada en Rodas, se enseñó á vivir retirado, á huir del comercio y á encubrir sus deleites. Sospechóse también que lo hizo por no poder sufrir á su madre, enfadándose de tenerla por compañera en el Imperio, sin poderse aliviar de aquel peso, visto que el Imperio mismo le venia por don y beneficio de su mano; porque Augusto estuvo en duda si pondría al gobierno de la República á Germánico, nieto de su hermana, alabado y querido de todos; mas vencido de los ruegos de su mujer, adoptó Germánico á Tiberio, y Tiberio á sí mismo; y con esto le daba en rostro diversas veces Augusta.

La partida fué con poco acompañamiento: un senador consular, es á saber, Cocceyo Nerva (3), buen legista; de caballeros romanos, sólo Seyano; de ilustres, Curcio Atico; los demás eran hombres instruídos en las artes liberales; la mayor parte griegos, por divertirse con sus

(1) Tiberio salió de Roma en 779 y murió en 790 (30 de J.-C.); así, pues, su ausencia duró once años.

(2) He aquí, en contraposición del retrato que traza Tácito de Tiberio en su vejez, el que nos ha dejado Suetonio de él en su edad madura: *Corpore fuit amplo atque robusto; statura quod justam excederet; latus ab humeris et pectore; ceteris quoque membris usque ad unos pedes æqualis et congruens... facie honesta, in qua tamen crebri et subiti tumores.* (Suet. Tit., 68.)

(3) El abuelo del emperador de este nombre.

discursos. Decían los doctos en las influencias celestes que habia salido de Roma Tiberio en tal constelación que le negaba la vuelta: causa de la ruina de muchos, que conjeturaban de aquí y publicaban que moriría presto; no pudiendo antever una ocasión tan poco creíble como que pudiese estar once años en voluntario destierro de su patria. Conocióse después cuán á los confines de la mentira está la Astrología, y con qué velo tan frágil se suele muchas veces cubrir la verdad. Fuélo el decir que no volvería á Roma; mas no antevieron que podía pasearse por las quintas vecinas, entretenerse en las costas del mar, y arrimarse muchas veces á las murallas de la ciudad sin entrar en ella, y juntamente vivir hasta la última vejez.

Dió mucho que decir el peligro que casualmente corrió en aquellos días, y á la ocasión de fiarse mucho más de la constancia y fe de Seyano. Comiendo en la Espe-lunca (1), quinta así llamada entre el mar de Amucla y los montes de Fundi, dentro de una caverna natural, despegándose de improviso las piedras que formaban la boca ó entrada, cogieron debajo algunos miembros del banquete y espantaron á todos, poniendo en huida la mayor parte de los convidados. Mas Seyano, con las rodillas, con el rostro y con las manos, casi como encorvado sobre César, se opuso á la ruina y á las piedras que iban cayendo, y en esta postura le hallaron los soldados que acudieron al socorro. Comenzó con esto á crecer su grandeza, de suerte que aunque aconsejase cosas perniciosas, como de persona descuidada de sí mismo, se daba fe á ellas. Hacía disimuladamente oficio de juez contra

(1) Hoy Sperlonga, en el reino de Nápoles, cerca de Fondi, en la orilla del mar.—*Amycla*, pueblo de Lacio, entre Gaeta y Terracina.

los del linaje de Germánico, y á este fin ganó las voluntades de algunos, persuadiéndoles á servir de acusadores de todos y de espiar de más cerca á Nerón, el mayor de los hijos y el más propincuo á la sucesión. El cual, aunque de mansa y modesta juventud, no dejaba de olvidarse muchas veces de lo que más le convenia para el tiempo, mientras por sus amigos y libertos, que contaban las horas por llegar á la grandeza que esperaban, era incitado á mostrarse de ánimo confiado y generoso, dándole á entender «que lo queria así el pueblo y no deseaban otra cosa los ejércitos; que Seyano no se atrevería á mostrarse contrario, donde ahora se burlaba á un mismo tiempo de la paciencia del viejo y del poco valor del mozo».

Oyendo éstas y semejantes cosas Nerón, puesto que no causaba en él algún mal pensamiento, se le escapaban con todo eso algunas palabras altivas y poco consideradas, las cuales, referidas por las espías que á este fin le andaban cerca, y aumentadas, sin que Nerón pudiese justificarse, ocasionaban otras mil formas de cuidadosas solicitudes; porque algunos huían de encontrarle; otros, saludado apenas, le volvían las espaldas; muchos atajaban las pláticas, instando falsamente lo contrario, y burlándose de todos los fautores de Seyano. Mirábase rostrituerto Tiberio ó con falso ceño, hablase ó callase. Todo, finalmente, era delito en el triste mancebo, no menos el silencio que las palabras: ni le aseguraba el de la noche, dando su mujer menuda cuenta á su madre Livia, y ellas á Seyano de las vigiliias, de los sueños y de los suspiros. El cual llevó á su parcialidad á Druso, hermano de Nerón, dándole esperanza de llegar al primer lugar si derribaba á su hermano mayor, ya de suyo bien quebrantado. La naturaleza altiva de Druso, añadido el deseo de llegar á la suma grandeza y la emu-

lación acostumbrada entre hermanos, tomaban gran aumento con la envidia, viendo que su madre Agripina mostraba mayor amor á Nerón. Mas no por esto favorecía Seyano á Druso de manera que dejase de ir premeditando para con él también la semilla de su futura ruina, conociéndole por mozo indómito y feroz, y por muy fácil á ser insidiado.

A la fin del año murieron dos varones señalados, Asiinio Agripa, nacido no tanto de antigua familia cuanto de claros y valerosos progenitores, de los cuales no degeneró, y Quinto Haterio, de linaje de senadores y de famosa elocuencia mientras vivió. Sus escritos no son ahora tan estimados, prevaleciendo en él más la eficacia del decir que no el arte; y así como el estudio y los trabajos de los otros fueron ganando opinión con el tiempo, así la voz sonora y aquel torrente de Haterio acabaron con él.

En el consulado de Marco Licinio y Lucio Calpurnio, un mal imprevisto, que feneció en su principio, puede igualarse al estrago de cualquier guerra. En Fidenas, un cierto Atilio, de casta de libertos, fabricó un anfiteatro para celebrar el juego de gladiadores, sin afirmar bien en lo macizo los fundamentos, ni encadenar las vigas y tablas sobrepuestas, como aquel que se había movido, no por abundancia de dineros que tuviese ó por ganar la gracia á los ciudadanos, sino sólo por el interés de una vil ganancia. La gente que se deleitaba en semejantes cosas, tenidas en ningún entretenimiento en tiempo de Tiberio, acudió de toda edad y sexo, y por la vecindad del puesto (1) en tanto número, de que se aumentó tanto más el daño, que en acabando de hen-

(1) Fidenas estaba situada, según el cálculo de D'Anville, á unas cinco millas escasas de Roma.

chirse de gente aquella máquina se abrió; y entre los que cogió á plomo debajo y trujo al suelo consigo, precipitó y cubrió una inmensa cantidad de personas ocupadas en mirar el espectáculo, y muchos de los que estaban alrededor del edificio. Los que tuvieron suerte de morir al principio de aquel trabajo evitaron infinitos tormentos; pero los que se pudieron tener por más miserables eran los que, habiendo perdido una parte de sus cuerpos, les duraba todavía la vida, y de día por la vista y de noche por el llanto y por los gemidos reconocían sus mujeres ó sus hijos. De los demás que no habiéndose hallado en aquel espectáculo acudían á la fama de la desgracia, unos lloraban al hermano, otros al primo, quién al padre, quién á la madre, y muchos á todos estos parentescos juntos. Y los que por varias causas tenían ausentes á sus amigos y á sus deudos, estaban también con temor; tal, que hasta que se supo de cierto á quién tocaba el daño, el miedo fué universal.

En acabando de quitar las ruinas corrió cada cual á besar y abrazar sus muertos; y muchas veces por el rostro desfigurado ó por semejanza de él ó de la edad, nacía confusión y no pequeño contraste al reconocer cada uno los suyos; habiéndose hallado entre muertos y estropeados en aquella ruina cincuenta mil personas (1). Proveyó el Senado que ninguno de allí adelante pudiese hacer juego de gladiadores que no tuviese por lo menos diez mil ducados (cuatrocientos mil sesteracios) de hacienda, ni se hiciese anfiteatro que no fuese bien firme y seguro, y Atilio fue condenado en destierro. En esta ocasión estuvieron abiertas á todos las

(1) No tiene este número nada de sorprendente si se toma en cuenta la mucha capacidad de los anfiteatros, y se recuerda que el de Vespasiano, entre otros, podía contener ciento y nueve mil espectadores.

casas de la gente principal y rica, con médicos y medicinas, representándose en aquellos días Roma, aunque afligida y triste, como en los tiempos antiguos, cuando después de las sangrientas batallas sustentaban los heridos con dádivas y buenos tratamientos.

Apenas había acabado de suceder este trabajo cuando la violencia del fuego afligió extraordinariamente á la ciudad, quemándose el monte Celio. Tenían todos á aquel año por desdichado; y afirmando haber hecho resolución de partirse el príncipe con mal agüero, le culpaban, como acostumbra el vulgo, hasta de los casos fortuitos; mas él lo remedió con mandar restaurar los daños á todos: de que se le dieron gracias por los nobles en el Senado, y con el pueblo ganó gran fama; porque sin ambición y sin ruegos de sus amigos había ayudado y socorrido con su propia liberalidad, llamando y haciendo participantes hasta á los no conocidos por él. Añadióse el parecer del Senado que de allí adelante el monte Celio se llamase Augusto, porque ardiendo todo lo demás quedó solamente intacta en casa de Junio, senador, la estatua de Tiberio. Que había sucedido lo mismo antiguamente á la estatua de Claudia Quinta (1), escapada dos veces del fuego, y á esta causa consagrada de nuestros mayores en el templo de la madre de los dioses; que se echaba bien de ver que los Claudios eran santos y amados de los dioses, y que así convenía aumentar las ceremonias en aquel lugar donde ellos habían querido honrar á un príncipe tan grande.

No será fuera de propósito dar cuenta cómo aquel monte fué antiguamente llamado *Querquetulano*, por

(1) Es la misma de la cual refiere T. Livio que arrastró con su cinto la nave que llevaba la madre de los dioses, y que acababa de llegar de Pesinunta.

la abundancia y fecundidad de los robres que en él se criaban. Llamóse después Celio, de Celo Viviana, capitán de los etrurios, el cual, viniendo en socorro de Tarquino Prisco, ó sea de otro rey, que en esto difieren los escritores, tuvo aquel sitio por alojamiento de su gente, cuya muchedumbre, de que no se duda, ocupaba también el llano y los lugares vecinos al foro; de donde vino el llamarse Tusco aquel barrio, tomando el apellido de los forasteros que se alojaron en él.

Mas así como la caridad de los grandes personajes y el donativo del príncipe habían traído algún consuelo á tan infelices accidentes, así la violencia de los acusadores, haciéndose cada día mayor y más molesta, iba creciendo sin remedio. Varo Quintilio, hombre rico y cercano pariente de César, había sido acusado por Domicio Afro, aquel mismo que había hecho condenar á Claudia Pulcra, madre del mismo Quintilio. Mas no era maravilla que éste, ya mucho tiempo pobre y gastadas luego pródigamente las nuevas recompensas, se arrimase después á semejantes maldades; pero lo que se tuvo por milagro fué que le acompañase Publio Dolabela en proseguir esta acusación, porque nacido de gente ilustre y pariente de Varo, ofendía á un mismo tiempo á su nobleza y á su propia sangre. Hizo resistencia el Senado, y deliberó que se aguardase al emperador, no hallándose otro refugio que el tiempo á tan urgentes males.

Mas César, habiendo dedicado sus templos por la provincia de Campania, aunque mandase por edicto público que ninguno se atreviese á interrumpirle su quietud, y pusiese soldados para impedir el concurso de los naturales del país, cansado con todo eso de los municipios, de las colonias y de todos los lugares situados en tierra firme, se escondió en la isla de Capri, apartada del pro-

montorio de Sorrento espacio de tres millas de mar; agradándole aquel puesto, á lo que creo, por la soledad, porque el mar entorno, privado de puerto, no recibe sino bajeles pequeños, ni era posible arrimarse alguno sin ser descubierto por las guardias. Gozaba de un cielo templado y agradable en el invierno á causa de tener los montes opuestos al ímpetu del viento, y en el verano el estar vuelta aquella isla al Favonio, con el mar libre y abierto por todas partes, y el gozar de la vista de aquel agradable seno, antes que el monte Vesubio con sus cenizas mudase la forma de aquellos lugares, la hacían extremadamente apacible y amena. Es fama que los griegos poseyeron toda aquella tierra, y que fué poblada la isla de Capri por los teleboyos (1). Ocupábase Tiberio en el edificio de doce casas de placer, y cuanto antes atento á los negocios públicos, tanto ahora empantanado en sus deleites y perdido en el ocio infame. Duraban todavía las sospechas y la temeridad en darles crédito; las cuales Seyano, acostumbrado á acriminarlas en Roma, las iba procurando hacer mayores con la persecución, no ya encubierta, contra Agripina y Nerón, no sólo teniéndoles cerca soldados que registrasen como anales todas sus acciones, con quién platicában, quién entraba en su casa y todo lo que hacían en público ó en secreto, sino instruyendo á otros que los aconsejasen el huirse á los ejércitos de Germania, ó que en el mayor concurso de gente congregada en el foro se abrazasen con la estatua de Augusto, llamando al pueblo y al Senado en su ayuda; y de todas estas cosas, contradichas por ellos, les hacían cargos después como si hubieran querido ejecutarlas.

Hechos cónsules Junio Silano y Silio Nerva, se dió

(1) Eran, según Estrabón, un pueblo de Acarnania.

á este año un infame principio con la presión de Ticio Sabino, caballero romano, amigo de Germánico, porque no había dejado de ser, como antes, aficionado á su mujer y á sus hijos, cortejándolos en casa y fuera de ella; sólo entre tantos amigos, y por esto tanto más loado de los buenos y aborrecido de los malos. Latinio Laciari, Porcio Catón, Petilio Rufo y Marco Opsio, que todos habían sido pretores por deseo del consulado, á que no se podía llegar sino por vía de Seyano, ni su gracia era posible ganarla con otra cosa que con traiciones y maldades, acometen al pobre Sabino, concertando entre ellos que Laciari, algo familiar suyo, ordenase el engaño, y que sirviendo los demás de testigos se comenzase la acusación. Laciari, pues, primero con palabras que parecían dichas acaso, después loando la constancia con que habiéndose mostrado amigo de aquella casa en su felicidad, no la había desamparado, como otros, en la adversa fortuna, discurría tras esto honradamente de Germánico, mostrando compadecerse mucho de Agripina; y habiendo Sabino, como suelen ser tiernos en las calamidades los ánimos humanos, reventado en lágrimas y suspiros, comenzó más atrevidamente á vituperar á Seyano su crueldad, su soberbia, sus esperanzas, sin abstenerse de culpar también á Tiberio. Estos razonamientos, como de cosas prohibidas, causaban entre ellos una apariencia de estrechísima amistad. Tras esto no sabía ya Sabino vivir sin Laciari. Búscale en su casa, desfoga con él sus dolores como con un amigo cordialísimo.

Consultan en tanto los que tengo dicho la forma en que podían hacer que oyesen muchos estas pláticas, porque el lugar adonde los dos se hablaban era necesario darle forma de escondido, y el acechar detrás de la puerta era ponerse á peligro de ser oídos ó vistos, ó de

causar algún género de sospecha en el insidiado. Tres senadores, pues, usando no menos detestable engaño que sucio escondrijo, se meten entre el zaquizami y el techo, y apercibiendo el oído, le aplican á los resquicios y hendiduras de las tablas. Entretanto, Laciár haciéndose en contradicho en la plaza con Sabino, como para darle cuenta de algo de nuevo, le lleva á su casa y á su aposento, donde comienza á replicar á vuelta de los presentes discursos, también los ya pasados entre ellos, acumulando nuevos temores. Respóndele Sabino á propósito, volviendo á confirmar lo pasado y añadiendo mucho más; porque comenzando una vez un hombre á descubrir su tristeza y á publicar sus quejas, con dificultad se va á la mano. Solicitada con esto la acusación, no se avergonzaron de escribir á César la orden del engaño y juntamente su propio vituperio. No se vió aquella ciudad jamás tan afligida y amedrentada como entonces, recatándose todos hasta de las personas más suyas; huíanse las conversaciones, las pláticas y los oídos, tanto de conocidos como de extraños; hasta las cosas inanimadas y mudas causaban sospecha; los techos y las paredes se reconocían y se investigaban.

Mas César en sus cartas para el Senado, dándole primero el buen principio de año por las calendas de febrero, vino á tratar de Sabino, quejándose de que había tentado los ánimos de algunos de sus libertos en daño de su propia persona, y pidiendo claramente su castigo. Vióse sin dilación su causa, y al punto fué arrastrado á la muerte, gritando él á grandes voces, cuánto le era concedido por las vestiduras en que le traían envuelto, y por los cordeles con que le apretaban la garganta: *Mirad qué buen principio de año; notad las víctimas que se matan á Seyano.* Con esto, dondequiera que volvía los ojos, donde encaminaba las palabras se huían

los circunstantes, dejándolo todo en soledad. Desamparábanse las calles y las plazas, salvo algunos, que volviendo atrás, procuraban ser vistos de nuevo, temerosos de sólo haber temido. Porque, ¿en qué día se podía estar sin miedo de castigo, si entre los sacrificios y entre los votos, en cuyo tiempo es costumbre abstenerse hasta de las palabras profanas, se ejercitaban las cadenas y los lazos? «No se ha concitado—decían—Tiberio tanto aborrecimiento de balde; antes ha buscado y premeditado la ocasión para mostrar que ninguna cosa puede impedir que los nuevos magistrados, de la manera que en estos días se suelen abrir los templos y los altares, tengan abiertos también los calabozos y patentes las cárceles.» Llegaron luego otras cartas en agradecimiento de haber castigado á un hombre enemigo de la República. Añadiendo «que se hallaba obligado á pasar una vida triste y temerosa, viéndose sujeto á recatarse de las asechanzas de sus enemigos», pero sin señalar alguno; mas no estaba en duda de que lo entendía por Nerón y Agripina.

Si yo no hubiera determinado de referir de por sí los sucesos de cada año, de buena gana me hubiera anticipado á contar el fin que tuvieron Latinio, Opsio y los demás inventores de estas maldades, no sólo después que sucedió en el Imperio Cayo César, mas también en vida de Tiberio, el cual, así como no queria que nadie se atreviese á castigar á los ministros de sus crueldades, así, las más veces, cansándose de ellos y hallados otros para el mismo ejercicio, afligía él mismo á los malsines viejos con enfado particular; mas del castigo de éstos y otros como ellos diremos á su tiempo. Asinio Galo, de cuyos hijos era tía Agripina (1), propuso que

(1) Agripina era tía de los hijos de Asinio Galo, porque Vip-sana, esposa de éste, era hermana consanguínea de aquélla.

se escribiese al príncipe que manifestase al Senado de quién se temía, y les dejase hacer á ellos. No amaba Tiberio, á lo que se creyó siempre, ninguna de sus virtudes tanto como á la disimulación; de que le resultó tanto mayor disgusto por haber de descubrir lo que deseaba tener secreto. Mas Seyano le mitigó, no por hacer servicio á Galo, sino porque no dilatase más el príncipe en descubrir su pecho, sabiendo que así como era largo en deliberar, así en resolviéndose una vez solía acompañar las malas palabras con cruellísimas obras. En este tiempo murió Julia, nieta de Augusto, la que, habiendo sido convencida de adulterio y desterrada por ello á la isla de Trimeria, no lejos de las riberas de Pulla, después de haber sufrido veinte años de destierro, mantenida entretanto de la hacienda de Augusta, la cual, habiendo, por vías ocultas, arruinado á sus hijastros cuando estaban en su grandeza, mostraba después compadecerse de ellos en las miserias.

En este mismo año rompieron la paz los frisonos, pueblo de allá del Rhin, más por avaricia de los nuestros que por deseo que ellos tuviesen de sacudir el yugo. Á éstos, por su mucha pobreza, había impuesto Druso un tributo harto moderado; es, á saber, que pagasen cierta cantidad de cueros de bueyes para el uso de los soldados, sin especificar más de su calidad ó medidas hasta que, puesto al gobierno de Frisa Olennio, uno de los primipilares, escogió las espaldas de ciertos bueyes salvajes llamados *uros*, pidiéndolos de aquella misma grandeza. Esto, difícil aun entre las demás naciones, era más difícilmente sufrido por los germanos, teniendo los bosques llenos de grandes fieras, mas muy pequeños los ganados domésticos. Daban por esto al principio los mismos bueyes, después sus campos, y á lo último consignaban por esclavos á sus mujeres é hijos. Nació de

aquí el enojo y las quejas, y visto que no les eran de provecho, tomaron por remedio la guerra. Echan mano de los soldados exactores del tributo, y pónenlos en sendas horcas. Olennio se escapó huyendo de la primer furia, retirándose después á una fortaleza llamada Flevó (1), donde con un buen presidio de romanos y confederados se guardaban las riberas del Océano.

Avisado de esto Lucio Apronio, propretor de la Germania inferior, y convocadas las banderas de las legiones de las provincias de arriba, con infantes y caballos escogidos de los auxiliares, pasando el Rhin ambos ejércitos juntos, van sobre los frisones; habiendo ya los rebeldes levantado el cerco de aquella fortaleza y vuelto á defender sus casas. Apronio, pues, hechos puentes y calzadas sobre las lagunas y brazos de mar para pasar más cómodamente sus escuadrones gruesos, hallados entretanto los vados, envía la ala de caballos caninefates (2) y toda la infanteria germana que militaba entre nosotros á dar en la retaguardia del enemigo. El cual, puesto en batalla, pone en huida dos escuadrones confederados y los caballos de las legiones enviados en su socorro. Entonces arrojan de delante tres cohortes á la ligera, después otras dos, y poco después, con más velocidad, nuevas tropas de caballos; fuerzas que todas juntas hubieran hecho mucho efecto, pero llegando por intervalos y unos después de otros, no sólo no bastaron á hacer volver el rostro á los que ya iban rotos, mas de los mismos que huían quedaban ellos también desbaratados. Para cuyo remedio consigna lo restante de los confederados á Cetego Labeón, legado de la legión

(1) Hoy Hoorn.—(*Nota del T. E.*)

(2) Los caninefates habitaban la parte occidental de la isla de las Batavos.

quinta, el cual, viendo las cosas reducidas á mal partido, envió á pedir socorro á las legiones. Entran de vanguardia en la refriega con valor los de la quinta, y rechazado el enemigo, rescatan las cohortes y los caballos, harto débiles por las heridas y cansados del trabajo. No siguió la venganza el capitán romano, ni menos hizo enterrar los muertos, aunque lo quedaron muchos tribunos, prefectos y centuriones señalados. Súpose después por los fugitivos cómo en la selva consagrada á quien llaman Baduena, habían sido muertos novecientos romanos, después de haber peleado sin dejar las armas hasta el día siguiente, y que otro golpe de cuatrocientos, ocupada cierta casería de Crutorix, que había militado con los romanos, medrosos finalmente de traición, se habían muerto los unos á los otros.

Engrandeciósese mucho por estos sucesos la fama de los frisones en Germania, disimulando el daño de Tiberio por no atreverse á dar á alguno el cargo de aquella empresa. No se daba por entendido el Senado de una deshonra como aquella, recibida en los últimos confines del Imperio. Teniales apretado el ánimo otro más interno y cercano temor, para que no hallaban otro remedio sino adulaciones y lisonjas; tanto que, proponiéndose cosas muy diferentes, decretaron que se hiciesen dos altares, uno á la Clemencia y otro á la Amistad, y que junto á ellas se pusiesen las estatuas de César y de Seyano, rogando incesantemente á entrambos que se dignasen de dejarse ver. Mas no por esto llegaron á Roma, ni á los lugares vecinos, pareciéndoles mucho haberse desaislado un poco y héchose ver en la provincia de Campania, adonde acudieron con presteza los senadores, los caballeros y gran parte del pueblo, todos desalentados por Seyano, cuya audiencia, cuanto se alcanzaba con mayor dificultad, tanto más se iba procurando

con secretas inteligencias y con hacerse cada cual compañero de sus designios. Echábase claramente de ver que se aumentaba su insolencia al paso que iba creciendo en aquella gente el gusto de tan fea y pública servidumbre; porque en Roma, como es grande y continuo el concurso, no se puede conocer, á causa de la grandeza de la ciudad, lo que cada uno intenta ó pretende. Mas allí, echados en el campo ó en la ribera de la mar, sin distinción de personas, noche y día estaban todos procurando ganar la gracia y favor de los porteros, ó sufrir con paciencia su arrogancia. Hasta que aun esto se les vedó también, volviéndose á Roma amedrentados aquellos á quien Seyano no había hecho dignos de sus palabras ni de su vista; aunque otros, más contentos y confiados, á los cuales, por su infelice amistad, se aparejaba notable ruina.

Mas Tiberio, habiendo en su presencia hecho desposar con Agripina, hija de Germánico, á Gneo Domicio, mandó que las bodas se celebrasen en Roma. Á Domicio, á más de la nobleza de su linaje, valiò mucho el ser pariente de los Césares, habiendo tenido por abuela á Octavia y siéndole tío por esta razón Augusto. J

LIBRO QUINTO

ARGUMENTO

Muere Livia Augusta, madre de Tiberio. — Crece la potencia de Seyano. — Agripina y Nerón, su hijo, acusados al Senado por cartas de Tiberio. — No mucho después, descubiertos los intentos depravados de Seyano, cae con grande y general estrago de sus amigos. — Publícase un falso Druso en las islas Cycladas, y queda preso por diligencia y cuidado de Popeo Sabino.

Todo esto en espacio de casi tres años.

CÓNSULES

Año de Roma 782. De J.-C. 29	{	C. Rubelio Gémino.
		C. Fusio Gémino.
— 783 — 30	{	M. Vinicio Cuartino.
		C. Casio Longino.
— 784 — 31	{	Cl. Tiberio César V.
		L. Elio Sejano.

En el consulado de Rubelio y de Fusio (1), entrambos por sobrenombre Géminos, murió Julia Augusta en extremada vejez; mujer de esclarecido linaje por la familia Claudia y por la adopción de los Livios y Julios. Su primer matrimonio y sus primeros hijos fueron de Tiberio Nerón, el cual, fugitivo en la guerra de Perusa (2), seguida después la paz entre Sexto Pompeyo y

(1) Fusio.

(2) Entre Octavio y L. Antonio, hermano del triunviro. Perusa fué tomada y Antonio obligado á rendirse en 714.

los triunviros, se tornó á Roma. César después, prendado de su gran hermosura, la quitó á su marido: dúdase si fué con su voluntad ó sin ella; lo cierto es que se la metió en casa con tanta prisa, que no tuvo paciencia para aguardar que pariese. No tuvo después de esto más hijos; pero unida con la sangre de Augusto por el matrimonio de Agripina y Germánico (1), alcanzó á ser bisabuela de los que también eran biznietos de Augusto. Gobernó su casa con la santidad de costumbres que se usaban antiguamente, aunque con mayor afabilidad y llaneza de lo que hubieran loado las mujeres de aquellos tiempos. Fué madre sin poder alguno para con su hijo, mujer tratable y fácil á su marido, y harto acomodada á los artificios del uno y á la disimulación del otro. Sus exequias fueron ordinarias, y su testamento tardó mucho en ponerse en ejecución. Loóla *pro rostris* su biznieto Cayo César (2), que después fué emperador.

Mas Tiberio, excusándose por cartas de no haberse podido hallar á las últimas obligaciones para con su madre respecto á muchos y graves negocios, aunque sin dejar un punto sus deleites y recreos, cercenó como por modestia los honores decretados largamente del Senado, contentándose con algunos pocos, y añadiendo que en ninguna manera se le ordenase culto y religión celeste, por cuanto ella lo había mandado así. Y en un capítulo de la misma carta reprendía las amistades y favores mujeriles, culpando tácitamente al cónsul Fusio. Este se había hecho grande con el favor de Augusta, y era hombre harto acomodado á ganar la voluntad de las mujeres; decidior tan atrevido, que solía burlarse de Ti-

(1) Este era nieto de Livia, por Druso, su padre, y Agripina de Augusto, por su padre Agripa, y Julia, su madre.

(2) Calígula.

berio con gracias mordaces, de que los hombres tan poderosos se olvidan tarde.

Después de esto comenzó á empeorarse la forma del gobierno, haciéndose mucho más pesado, duro y riguroso; porque viviendo Augusta, quedaba todavía una cierta forma de refugio á causa del envejecido respeto de Tiberio para con su madre, y porque Seyano no se atrevía á oponerse á su autoridad; mas en viéndose sin ella comenzaron á precipitarse como caballos desenfrenados. Y por buen principio envían cartas contra Agripina y contra su hijo Nerón, persuadiéndose el vulgo á que habiendo sido despachadas antes, no había querido Augusta que se publicasen, visto que se recitaron poco después de su muerte. Estaban estas cartas llenas de palabras picantes y de exquisita malicia contra el nieto; no que le inculpase de cosas de armas, ni de haber mostrado deseo de novedades, sino de amores ilícitos y de otros diversos géneros de deshonestidades. Contra la nuera, no atreviéndose á fingir cosas de esta calidad, acusaba la arrogancia del aspecto y la altivez del ánimo. Oyólas el Senado con particular temor y silencio, hasta que algunos pocos, acostumbrados á no esperar bien alguno por medios honestos, sino á procurar favores á costa del daño universal, requirieron que se introdujese la causa, mostrándose el más pronto de todos Cota Mesalino con su voto atroz. Mas los otros principales, y en particular magistrados, estaban con miedo, porque aunque Tiberio se había quejado con gran resentimiento, había con todo eso dejado en duda lo demás.

Hallóse en el Senado Junio Rustico, escogido por Tiberio para notar y registrar los actos de los senadores (1), á cuya causa estaba en común opinión de saber

(1) César fué el que, siendo por primera vez cónsul en el año

con certidumbre sus más íntimos secretos. Éste, movido de fatal impulso, no habiendo dado hasta entonces alguna muestra de constancia, ó de alguna impertinente diligencia, mientras olvidado de los peligros inminentes teme los inciertos y dudosos, arrimándose á los que estaban perplejos, persuade á los cónsules á no votar la causa, discurriendo : «Que las cosas grandes y levantadas podían trastornarse en un momento, y que era bien dar algún intervalo para que el viejo tuviese lugar de arrepentirse.» El pueblo entonces, llevando consigo las estatuas de Agripina y de Nerón, rodea el palacio gritando, con buen agüero de César, y deseándole mil bienes, que las cartas eran falsas, y que contra la voluntad del príncipe se procuraba la ruina de aquella casa. Con esto no se hizo ninguna triste ejecución aquel día. Leíanse públicamente con falso nombre de personas consulares sentencias fingidas contra Seyano, ejercitando muchos escondidamente, y por esto con tanta mayor libertad, las quimeras de sus ingenios. Causaban estas cosas en él más vehemente enojo, y de nuevo le daban materia de acriminarlas, diciendo : «Que en el Senado no se hacía caso del dolor del príncipe; que se alteraba el pueblo á gusto del Senado; que se leían ya y se oían nuevas oraciones y nuevos decretos de los senadores; que no faltaba sino tomar las armas, y por cabezas y emperadores á aquellos cuyas estatuas habían seguido en lugar de banderas.»

Por lo cual César, declarando otra vez los vituperios

59 antes de Jesucristo, introdujo la costumbre de hacer redactar y publicar los actos del Senado (*acta diurna*). Augusto le siguió en cuanto á la redacción, pero prohibió que se publicasen; Tiberio, empero, pasó más adelante, pues no sólo prohibió que se diesen á luz, sino que encomendó su redacción á un senador elegido por él mismo.

del nieto y de la nuera y reprendido ásperamente y amenazado el pueblo por un edicto, se dolió con el Senado de que por engaño de un senador hubiese sido menospreciada la majestad imperial, y se advocó la causa. Con esto, viendo el Senado que le era prohibido el pasar á la final sentencia, protestó de que estando dispuestos todos á la venganza, eran impedidos por los mandamientos del príncipe (1).....

(1) He aquí el sumario de los hechos más importantes que debían llenar el vacío que hallamos aquí en Tácito, y que comprenden el final del año corriente, todo el que sigue, y las tres cuartas partes del tercero, sacados de Suetonio, Josefo y Dion Casio:

Matrimonio de Druso, hijo de Germánico, con Emilia Lepida. — Son condenados todos los amigos de Augusta. — Agripina, presa por orden de Tiberio y llevada á la isla Pandataria. — El tribuno encargado de llevarla le seca un ojo. — Destierro de Nerón, hijo mayor de Germánico, á la isla Pontia (hoy Ponza).

Año 783. — Druso es enviado de Caprera á Roma, acusado por el cónsul Casio Longino, y encerrado en el palacio. — Honores prodigados á Seyano por el Senado. — Mientras que Asinio Galo, enviado á Tiberio, cena con él, un pretor enviado por el Senado, á consecuencia de una carta del mismo príncipe que le denunciaba, viene á apoderarse de él estando en la mesa. Asinio intenta suicidarse. Tiberio se lo estorba y le hace conducir á Roma, obligándole á guardar el más riguroso secreto.

Año 784. — El Senado quiere conceder el consulado á Tiberio y á Seyano por cinco años. Tiberio se niega á aceptarlo, á fin de que Seyano tenga que hacer lo mismo. — El emperador desconfía de su favorito, á quien niega el permiso de volver á Caprera. — Tiberio hace que Cayo tome la toga viril y deja entrever su intención de nombrarle su heredero. — Ordena la muerte de Nerón. — Seyano, al verse caído en desgracia, conspira contra Tiberio, quien, al saberlo, después de haber disimulado algún tiempo, le manda prender en medio del Senado por Macrón. — Seyano es encarcelado, estrangulado y arrojado á las Gemonias. — Su hijo mayor y su tío Bleso son muertos por orden del Senado. — Apicata, su esposa repudiada, se da la muerte después de haber revelado á Tiberio los autores del envenenamiento de Druso. Tiberio perdona á Livia según unos, y según otros la hace matar se-

Hiciéronse sobre esta materia (1) cuarenta y cuatro oraciones, de las cuales pocas por temor, muchas por costumbre... « Pensé que pudiera ocasionarme á mi vergüenza ó aborrecimiento á Seyano... Trocádose ha la suerte, y aquel que le habia escogido por compañero y por yerno, se perdona á sí mismo. De los demás, los que con infamia le favorecieron, le persiguen con maldad... No me atrevo á determinar cuál sea cosa más miserable, ser uno acusado por conservar la amistad, ó acusar él á su amigo... No pienso hacer experiencia de la crueldad ó de la clemencia de hombre viviente, antes bien, libre y probado para conmigo mismo, iré en busca del peligro; rogándoos que no queráis conservar de mí antes

cretamente.—Continúan las persecuciones contra los amigos de Seyano.

•Por tu mala fortuna, ¡oh Tácito! (dice Lipsio unas palabras casi en esta substancia en la octava anotación sobre el libro quinto), faltan aquí no solamente páginas, sino libros enteros, pereciendo con ellos la memoria de las cosas sucedidas en el espacio de casi tres años, especial el destierro de Agripina y sus hijos, los designios y empresas de Seyano, su muerte y castigo, junto con una gran tropa de amigos y allegados suyos, y principalmente el de su infame y vil mujer Livia, al fin la flor de tus escritos. ¡Oh ciega antigüedad, que teniendo cuidado de preservar de las injurias del tiempo á los Orosios, á los Vopiscos y á otros historiadores menudos de esta clase, te olvidaste de conservar este oro acendrado!»

Y más abajo, en la siguiente anotación, añade que todo lo arriba dicho sucedió al principio del año en que fueron cónsules Fufio y Rubelio; y lo que luego refiere, siéndolo Cayo Menmio Regulo y Fulcinio Trión. De suerte que faltan todos los sucesos de este año, que fué el de setecientos y ochenta y dos de la fundación de Roma; y el siguiente, en que fueron cónsules Marco Vinucio y L. Casio; y muchos del año en que volvemos á cobrar el hilo de la historia, que es el de setecientos ochenta y cuatro, en que habiendo sido cónsules Tiberio y Seyano, les sucedieron Trión y Regulo, desde las calendas de mayo. Entra, pues, de nuevo la narración con unos fragmentos tan desencuadernados, que los dejara de buena gana, á no obligarme á lo contrario la autoridad de Lipsio, que los pone, y por su camino más la de nuestro autor, cuyos retazos es cierto que tienen más valor que piezas enteras de otros muchos; y dice así:

(1) Probablemente sobre la conjuración de Seyano. El fragmento que aquí se lee es sin duda de algún amigo de Bleso.

triste que alegre memoria, y que me pongáis en el número de los que con generoso fin huyeron las públicas calamidades.»

Dicho esto, gastó gran parte del día en retener ó despedir á cada uno, conforme á como querían irse ó conversar con él. Y mientras todavía le hacía compañía gran número de gente, y muchos, que por verle el rostro sin muestras de temor, pensaban que no se resolvería tan presto en morir, sacando un cuchillo que habia escondido en el seno, se mató. No pasó César á inculpar ó á injuriar al muerto, como hizo con Bleso, que le imputó de muchos casos infames y feos.

Tratóse después la causa de Publio Vitelio y de Pomponio Secundo. Vitelio era acusado de haberse ofrecido á abrir las arcas del Tesoro público, como prefecto que era del Erario, para pagar de aquel dinero á la gente de guerra, caso que se tentasen novedades; y á Pomponio inculpaba Considio, varón pretorio, de haber tenido tan estrecha amistad con Elio Galo, que castigado Seyano, se retiró como á segurísimo refugio á los huertos de Pomponio. Estando en este peligro, no se pudieron librar con otra cosa que con la constancia de sus hermanos, que se atrevieron á salirles fiadores. Vitelio después, enfadado de las continuas prorrogaciones, y no menos impaciente de la esperanza que del temor, pidiendo un cuchillo de cortar plumas, como para servirse de él en sus estudios, se picó ligeramente las venas, y con impaciencia y angustia de ánimo acabó la vida. Mas Pomponio, que era hombre de generosas costumbres y de nobilísimo ingenio, mientras sufre constantemente la adversidad de su fortuna, vivió al fin más que Tiberio.

Pareció después justo el proceder contra los hijos de Seyano, puesto que se iba resfriando ya la ira del pueblo, quedando muchos aplacados con los primeros cas-

tigos, y así fueron llevados á la cárcel el hijo, que no le faltaba del todo el conocimiento de lo que se pretendia hacer con él, y su hermanilla, todavía tan simple, que por momentos preguntaba que á qué y adónde la llevaban, que no lo haria otra vez, y que bastaban unos azotes. Escriben los autores de aquel tiempo que porque era cosa nunca oída el quitar la vida con lazo y garrote á una virgen, se tomó por expediente que el verdugo las desflorase junto al mismo lazo. Tras esto, ahogados aquellos cuerpecitos de tan tierna edad, fueron arrojados por las escalas Gemonias.

En este mismo tiempo tuvieron un gran espanto las provincias de Asia y Acaya, por ocasión de cierta voz que corrió, aunque menos durable que vehemente, de que Druso, hijo de Germánico, habia sido visto en las islas Cicladas, y después en tierra firme. Era éste un mozo de la misma edad que Druso, á quien seguian engañosamente algunos libertos de César fingiendo haberle conocido. Los que nunca vieron á Druso, y los griegos inclinados á novedades y á milagros, venian llamados de la fama de aquel nombre, fingiendo unos y creyendo otros á un mismo tiempo que, escapado de las prisiones, iba á los ejércitos de su padre para asaltar á Egipto ó á Siria. Ya tenia el concurso de la juventud, ya comenzaba á ser honrado con públicos cumplimientos, alegre del estado presente y lleno de vanas esperanzas, cuando fué acusado á Pópeo Sabino. El cual, teniendo á su cargo entonces á Macedonia, cuidaba también de las cosas de Acaya. Para prevenir, pues, á la nueva, ó verdadera ó falsa que fuese; pasados con diligencia los golfos de Toron y de Termes, y dejando tras si á Eubea, isla en el mar Egeo, el Pireo de Atenas y las playas de Corinto, entrando en el otro mar, atravesada la estrechura del Istmo, llegó á Nicopoli, colonia

de romanos, donde entendió finalmente... y preguntado con mayor diligencia quién era, dijo ser hijo de Marco Silano, y que desamparado de muchos de sus secuaces, se había embarcado como para pasar á Italia. Escribiólo todo á Tiberio: ni del principio ni del fin de este suceso habemos hallado otra cosa.

Á la fin de este año acabó de declararse del todo la discordia entre los cónsules, disimulada largo tiempo. Porque Trión, fácil en ganar enemistades y curtido en pleitos, había indirectamente culpado á Régulo de negligencia en el oprimir los ministros de Seyano. Régulo, acostumbrado á conservar su modestia en todas ocasiones, salvo cuando era provocado, no contento con rebatir á su colega, pasó hasta á llamarle á juicio, como cómplice en la conjuración; y aunque muchos de los senadores se interpusieron con ellos pidiéndoles que olvidasen los rencores, de que podía resultar la destrucción de entrambos, se quedaron todavía enemigos y amenazándose el uno al otro para en acabando de deponer el magistrado.

LIBRO SEXTO

ARGUMENTO

Usa Tiberio en Capri de feas y secretas lujurias.—Son acusados muchos, entre los cuales Marco Terencio se defiende valerosa y libremente.—Muere Lucio Pisón, prefecto de Roma, y trátese del origen y progresos de este oficio.—Consúltase sobre el admitir ciertos versos sibilinos.—Causa sedición en Roma la carestía.—Casa César dos hijas de Germánico.—Usureros acusados.—Modéranse las usuras y remédianse otros daños de este género por la liberalidad de Tiberio.—Nuevas acusaciones de majestad, y mueren á este título muchos de los que conspiraron con Seyano.—Cásase Calígula, y dase cuenta de sus costumbres y astuta disimulación para con su abuelo, el cual pronostica el imperio á Sergio Galba, y otras cosas á Calígula, por haber aprendido en Rodas de Trasulo, astrólogo.—Muere miserablemente Druso, hijo de Germánico, y tras él Agripina.—Nerva, jurisconsulto, se priva de la vida, y otros muchos hombres ilustres.—Muéstrase en Egipto el ave fénix, y dase cuenta de su naturaleza y maravillas.—Embajadores partos vienen á Roma á pedir nuevo rey.—Dásele Tiberio.—Guerra entre armenios y partos.—Artabano, echado del reino, huye á los escitas.—Queda el reino á Tiridates, por los consejos y armas de Vitelio.—Nuevas muertes y condenaciones en Roma.—Clitos, capadoces, rebeldes á su rey y refrenados.—Sale Tiridates de Armenia y vuelve Artabano.—Incendio atroz en Roma, aliviado por la liberalidad de César.—Trata Tiberio de sucesor.—Enferma y muere.

Sucede esto en el espacio de casi seis años.

CÓNSULES

Año de Roma 785.	De J.-C.	32	{ Cn. Domicio Ahenobarbo.
			{ M. Furio Camilo Scriboniano.
—	786.	—	33 { Ser. Sulpicio Galba.
			{ L. Cornelio Sila.
—	787.	—	34 { Paulo Fabio Pérsico.
			{ L. Vitelio.

Año de Roma 788.	De J.-C.	35	{	C. Cestio Galo.
			{	M. Servilio.
—	789.	—	36	{
			{	Q. Plautio.
			{	Sex. Papinio.
—	790.	—	37	{
			{	Cn. Acerronio.
			{	C. Pontio.

Había comenzado el consulado de Cneo Domicio y Camilo Scriboniano; César, pasado el estrecho que hay entre Capri y Sorrento, costeano la Campania, dudoso sobre ir ó no ir á Roma, ó que procurase dar á entender que quería entrar en ella, quizá porque tenía resuelto lo contrario, visitando muchas veces los lugares vecinos, y llegando hasta los jardines, riberas del Tiber, de nuevo se volvió á sus peñascos y á la soledad de su mar; avergonzándose de sus propias maldades y vicios deshonestos, de los cuales ardía tan desenfrenadamente, que al uso de los reyes bárbaros iba violando la juventud más noble, apeteciendo no sólo la hermosura y gallardía de los cuerpos, sino de unos la modestia y vergüenza pueril, y de otros la nobleza y antigüedad de sangre le servía de incentivo para sus lujurias. Inventáronse entonces los nombres nunca antes oídos de selarios y espintros, infames por la suciedad del lugar y por los varios modos de sufrir, teniendo esclavos diputados para buscarle y traerle estos mozos, los cuales pagaban muy bien á los voluntarios y amenazaban á los remitentes. Y si acaso eran defendidos por sus padres ó por sus parientes, los arrebataban á toda su voluntad y los llevaban por fuerza, como si fueran prisioneros de guerra.

Mas en Roma, al principio del año, como si se comenzaran á descubrir entonces las maldades de Livia, y como si no estuvieran ya castigadas, se daban nuevas y crueles sentencias contra sus estatuas y contra todo lo que era memoria suya. Y entonces los Escipiones

propusieron que los bienes de Seyano quitados del Tesoro público se aplicasen al fisco. Estas mismas, casi con las propias palabras ó poco diversas, decían con particular exageración los silanos y los casios, cuando de improviso Togonio Galo, queriendo ingerir la bajeza de su sangre con los nombres de semejantes personajes, se hizo oír con mucha risa, porque en su voto rogaba al príncipe que escogiese un número de senadores, de los cuales, sacados por suerte veinte, asistiesen armados en guardia de su persona todas las veces que entrase en el Senado. Y no era maravilla, si había dado crédito á la carta de Tiberio en que pedía uno de los dos cónsules para poder venir seguro desde Capri á Roma. Con todo eso Tiberio, acostumbrado á mezclar donaires con los negocios graves, agradeció á los senadores aquella muestra de voluntad, y añadió: «Sepamos cuáles tengo de tomar ó cuáles dejar. ¿Serán siempre unos mismos, ó irlos hemos mudando? ¿Serán de los que han gozado ya de los honores, ó de los que aspiren á ellos? ¿De los senadores particulares, ó de los magistrados? Donoso espectáculo será verlos ceñir las espadas en el patio del Senado. De mí sé decir que no me será gustosa la vida desde el día que me parezca necesario haberla de guardar con las armas.» Con estas palabras mortificó á Togonio, sin pasar adelante en anular su consejo.

Á quien reprendió ásperamente fué á Junio Galión (1), porque votó que se permitiese á los soldados pretorianos que, en siendo jubilados, pudiesen asentarse en las catorce gradas del teatro, y preguntábale como si le tuviera presente: «¿Quién le mete á Galión con la gente de guerra, la cual de sólo el emperador debe recibir los mandatos y los premios? ¿Habrá hallado Galión por

(1) Era hermano de Séneca.

ventura lo que no supo hallar Augusto, si no es que como ministro de Seyano busca la discordia y la sedición, y so color de honores y premios estudia en granjear aquellos ánimos incultos y pervertir las costumbres militares?» Este fué el premio que tuvo Galión por su bien pensada lisonja, y el ser privado luego del oficio de senador, y poco después echado de Italia. Y porque se dijo que sufría fácilmente el destierro, habiendo escogido el residir en Lesbos, isla noble y amena, fué vuelto á Roma y guardado en las casas de los magistrados (1). Con las mismas cartas y con gran gusto de todo el Senado barajó César también á Sexto Pagoniano, varón pretorio, llamándole arrogante, malintencionado, curioso, especulador de los secretos ajenos y escogido de Seyano para poner asechanzas á Cayo César. Descubierta esto, se descubrieron también los rencores concebidos de antes, y hubiera sido condenado á muerte, si no se dejara entender que tenia una acusación, como después se declaró, contra Catinio Laciari, aborrecidos igualmente el acusador y el reo, con que dieron gratisimo espectáculo. Laciari, como he dicho, fué el primer autor de la caída de Ticio Sabino, y el primero también á pagar la pena.

Entretanto, Haterio Agripa reprendió á los cónsules del año antecedente, porque habiéndose acusado el uno al otro, callaban entrambos. El miedo y la conciencia cargada—decía él—los ha hecho conciliar entre sí, mas no conviene ni se puede disimular una cosa, oída una vez por los senadores. Régulo dijo que quedaba todavía tiempo para solicitar el castigo de Trión, y que él

(1) Á veces se encerraba á las personas de distinción en casa y bajo la vigilancia de los magistrados, y hasta en la de los particulares y bajo su responsabilidad.

continuaría su causa delante del príncipe. Respondió Trión que era mejor olvidarse de los enojos con los colegas y de lo que se habían dicho, arrebatados, de sus discordias. Mas apretando Agripa, Sanquinio Máximo, varón consular, rogó al Senado que no quisiese con nuevos remordimientos aumentar cuidados y dar nuevos disgustos al príncipe, el cual, sin otra ayuda, bastaba para poner remedio á mayores inconvenientes. De esta manera se salvó Régulo y se le dilató la muerte á Trión. Quedó con esto tanto más aborrecido Haterio, cuanto él, entregado al ocioso sueño ó á las vigili-
as de sus lujurias, dado que por su bajeza de ánimo estaba exento de la crueldad del príncipe, andaba entre las ramer-
as y los estupros maquinando con tanta mayor malicia la destrucción y ruina de los hombres ilustres.

Tras esto Cota Mesalino, autor de las más crueles sentencias y caído por ello en un arraigado y envejecido aborrecimiento, fué acusado de muchas cosas en la primer ocasión que se ofreció; y entre otras, de haber dicho que no sabía si Cayo César era hombre ó mujer; que comiendo con los sacerdotes el día del nacimiento de Augusta, había llamado á aquella cena novendial (1), y que doliéndose del gran poder que alcanzaban Marco Lepido y Lucio Aruncio, para quienes traía pleito civil, dijo: «Si ellos son defendidos del Senado, yo lo seré de mi Tiberillo.» No se tardara mucho en vencerle con testigos de los principales de la ciudad, si por huir la instancia que le hacían no apelara para el emperador, de quien poco después llegaron cartas, en las cuales, en forma de defensa, contaba el principio de la amistad entre él y Cota y gran número de servicios que le había

(1) Llamábase así al festín que se celebraba nueve días después de la muerte de un pariente ó de un amigo.

hecho, pidiendo que no se le atribuyesen á delito las palabras mal entendidas, ni la sencillez de los donaires de la mesa.

Fué notable el principio de esta carta, que comenzaba con estas palabras: «¿Qué os escribiré yo, padres conscriptos?, ó ¿cómo os escribiré?, ó por mejor decir, ¿qué dejaré de escribiros en éstos tiempos? Los dioses y las diosas me hagan morir de peor muerte que la que pruebo cada día, si yo lo sé.» De tal manera se le convertían en tormentos sus sucesos y sus propias maldades. No en vano solía afirmar aquel excelente entre todos los sabios (1) que si los corazones de los tiranos pudiesen verse con los ojos, se verían también los golpes y las heridas, porque así como el cuerpo de los azotes, asimismo el alma queda acribillada de la crueldad, de la lujuria y de los malos pensamientos; no defendían á Tiberio la fortuna ni la soledad, de suerte que no se hallase obligado á confesar sus propias penas, y los potros y tocas que padecía su espíritu.

Y entonces, habiendo dado al Senado facultad de resolver la causa de Ceciliano, senador, que había sacado á plaza muchas cosas contra Cota, prevaleció el voto de que se condenase con la misma pena que se dió á Sanguinio y Aruseyo, acusadores de Lucio Aruncio; que fué la mayor honra que se pudo hacer á Cota (de noble linaje á la verdad, aunque pobrisimo por sus desórdenes y excesos no menos que infame por sus maldades), el igualarle en la dignidad de la venganza con la suma virtud y santas costumbres de Aruncio. Después de esto se propusieron en el Senado Quinto Serveo y Minucio Termo. Serveo había sido pretor y uno de los amigos de Germánico; Minucio era de linaje de caba-

(1) Sócrates.

llos y habíase gobernado modestamente con la amistad de Seyano, digno por esto de mayor compasión. Mas Tiberio, reprendiéndolos como si fueran los principales instrumentos de todo aquel mal, mandó á Cestio, pretor, que refiriese en el Senado lo que le había escrito. Tomó Cestio á su cargo la acusación, cosa calamitosa de aquellos tiempos, pues los más aparentes del Senado emprendían hasta las más bajas acusaciones, algunos á la descubierta, otros en secreto; no se discernía el extraño del pariente, el amigo del no conocido, ni los casos recién hechos de los obscurecidos ya con la antigüedad. De cualquier cosa que se hablase en la plaza y en los convites al punto se cuajaba una acusación, anticipándose cada cual en acusar al compañero por escaparse de ser acusados de él; muchos lo hacían por asegurarse á sí mismos; pero á los más arrebatava la contagión, como suele una peligrosa y fiera pestilencia; y hasta Minucio y Serveo, condenados, se reservaron para acusar con ellos á otros. Al mismo peligro llegaron Julio Africano, natural de Saintes, ciudad de la Galia, y Seyo Quadrato. No tengo noticia del origen de esta causa; aunque sé bien que la mayor parte de los escritores han dejado de escribir los castigos y los peligros de muchos, cansados de la gran abundancia, ó temerosos por ventura de que, así como para ellos eran materias pesadas y tristes, lo serían también para quien las leyese. Con todo, habiéndome venido á las manos algunas particularidades dignas de memoria, no me ha parecido dejarlas de notar, aunque veo que por otros han sido pasadas en silencio.

En el tiempo que fingidamente se habían retirado todos los demás de la amistad de Seyano, Marco Terencio, caballero romano, acusado de este delito, tuvo atrevimiento de confesarlo, hablando en el Senado así: «Por

ventura será menos provechoso al estado de mis cosas el confesar la culpa que el negarla; mas venga lo que viniere, yo me resuelvo en decir que he sido amigo de Seyano, que lo deseé mucho ser y que me alegré infinito cuando llegué á serlo. Hábiale visto compañero de tu padre en el gobierno de las cohortes pretorias, y poco después ejercitar juntamente el de la ciudad y el de la milicia. Yo veía que los parientes y amigos de Seyano eran promovidos á grandes cargos y dignidades, y que no estaba ninguno seguro de la gracia de César hasta tener la de Seyano; y en contrario, se me representaban ante los ojos los que él aborrecía, azotados de un continuo temor, miserables y tristes. No es mi intento servirme aquí del ejemplo de alguno; con mi peligro sólo defenderé á todos los que no habemos tenido parte en estos últimos consejos. Porque ellos y yo, ¡oh César!, no honrábamos á Seyano el Volseno, sino á una parte de la familia Claudia y Julia, con las cuales había contraído estrecho vínculo de afinidad; á un yerno tuyo, á un colega en tu consulado y, finalmente, á uno que hacía siempre tu parte en los negocios de la República. No es dado á nosotros el juzgar quién es la persona á quien tú engrandesces sobre las demás, ni las causas que te mueven á ello. Dado te han á ti los dioses suma prudencia y juicio para todo, y á nosotros nos han dejado la gloria y el descanso que trae consigo el obedecer. En lo demás no consideramos otra cosa que lo que vemos delante los ojos, es, á saber, la persona á quien tú das las riquezas y las honras, y cuál es el que tiene en su mano los medios de aprovechar y de destruir, y de que ambas cosas estuvieron en Seyano, ninguno lo negará; las resoluciones escondidas del príncipe y lo que en secreto intenta, dado que no es lícito ni seguro investigarlo, es al fin afán perdido. No consideréis, padres

conscriptos, el último día de Seyano; considerad, os pido, los diez y seis años antecedentes, cuando de tal manera venerábamos á Satro y Pomponio, que se tenía á gran reputación el ser un hombre conocido de sus porteros y de sus libertos. ¿Infiero de aquí por ventura que á todos indiferentemente aproveche esta mi defensa? No, por cierto, antes digo que se le den sus justos límites y excepciones, y se castiguen las asechanzas contra la República y los consejos de muerte contra el emperador. Mas cuanto al deber y á la amistad, la misma intención, ¡oh César!, nos absolverá á nosotros y á ti.»

La generosa constancia de esta oración y el haberse hallado uno que representase lo que todos tenían en el corazón pudieron tanto, que añadidos á sus acusadores los delitos viejos, fueron todos castigados con destierro ó con muerte. Después de esto comparecieron otras cartas de Tiberio contra Sexto Vestilio, varón pretorio, carísimo á Druso, su hermano, cuando le acompañaba como uno de los de su cohorte. La causa de hallarse ofendido Tiberio de Vestilio fué, ó por haber hecho ciertos versos contra Cayo César, arguyendo su deshonestidad, ó porque prohibiéndosele estos escritos, creyese que habían sido hechos por él. Y como por esta causa se le vedase el ir á comer á la mesa del príncipe, después que con sus manos, débiles por la vejez, tentó, aunque en vano, en quitarse la vida, se ató las venas; y habiendo antes pedido con un papel perdón, vista la respuesta del príncipe, áspera y cruel, se las abrió del todo. Sigue una tropa de acusados de majestad, es, á saber, Anio Polión, Apio Silano, Escauro Mamerco y Sabino Calvisio, añadido Vieiniano á su padre Polión, todos nobles, y algunos de los más honrados, con gran espanto de los senadores; porque ¿cuál había entre todos

ellos que por sangre ó por amistad no participase con alguno de tantos ilustres y excelentes personajes? Mas Celso, tribuno de una cohorte urbana, entonces uno de los acusadores, libró del peligro á Apio y á Calvisio. César, por ver junto con el Senado la causa de los otros tres, la difirió, dando algunas tristes señales contra Escauro.

No quedaban las mujeres libres de esta persecución, y porque no podían ser acusadas de haber querido ocupar la República, lo eran de las lágrimas que habían derramado. Entre otras fué hecha morir Vitia, ya vieja, por haber llorado la muerte de Fusio Gémino, su hijo. Estas fueron acciones del Senado. No eran diversas las del príncipe allá donde estaba, pues hizo matar á Vesulario Atico y Julio Marino, dos de sus más viejos amigos y compañeros indivisibles en Rodas y en Capri. Á Vesulario, como medianero en la traición contra Libón; á Marino, como participe con Seyano cuando se trazó la ruina de Curcio Atico: cosa que se oyó con gusto universal, viendo caer sobre las cabezas de los consultores los daños que habían procurado para otros. En este mismo tiempo Lucio Pisón, prefecto de la ciudad, murió de su muerte natural, cosa bien rara para un hombre de tanta calidad y nobleza. De éste se puede decir que de su voluntad no fué jamás autor de algún consejo servil, y cuando la necesidad le constreñía, procuraba moderarlos con tiento y prudencia. Tuvo, como he dicho, el padre censor, y vivió hasta edad de ochenta años. Mereció en Tracia el honor del triunfo; pero lo que le ocasionó mayor gloria fué que siendo últimamente prefecto de Roma, templó con maravillosa modestia su continua potestad, tanto más grave cuanto estaba menos en uso la obediencia.

Porque antiguamente, ausentándose los reyes y des-

pués de ellos los magistrados, para que la ciudad no quedase sin gobierno se elegía algún personaje grave que por cierto tiempo administrase justicia y proveyese á los casos repentinos. Y dicen que Rómulo dejó á Dentre Romulio, Tulo Ostilio á su sobrino Ruma Marcio, Tarquino el Soberbio á Espucio Lucrecio. Usaron tras esto del mismo estilo los cónsules, y dura hoy en día esta semejanza, cuando por causa de las ferias latinas se elige uno que toma á su cargo el oficio consular. Mas Augusto, durante las guerras civiles, mandó ejercer el cargo de prefecto en Roma y por toda Italia á Clinio Mecenas, del estamento militar. Hecho después señor de todo, viendo la gran multitud del pueblo y que la ayuda de las leyes era sobradamente tardia, eligió de entre los consulares quien refrenase á los esclavos y aquella suerte de ciudadanos que por su atrevimiento harían insolencia si no temiesen la fuerza. Mesala Corvino fué el primero que tuvo este magistrado, aunque pocos días, como no apto para él. Ejercitóle después egregiamente Tauro Estatilio, aunque ya muy viejo. Últimamente le administró espacio de veinte años Lucio Pisón con universal aplauso, cuyo entierro mandó el Senado que fuese honrado con exequias públicas.

Quintiliano, tribuno del pueblo, dió después cuenta al Senado de un libro de la Sibila (1), que Caninio Galo,

(1) «Una mujer desconocida — dice Burnouf — que el pueblo creyó ser la Sibila de Cumas, vendió á Tarquino el Soberbio tres libros de pretendidos oráculos. El monarca, que por ventura había suscitado la profetisa y hecho escribir los libros, confió su custodia á dos ciudadanos de la más alta nobleza. En el año 387 de Roma fué elevado á diez el número de los guardadores, hasta que por fin Sila dispuso aumentarlos hasta quince. Dichos libros se guardaban encerrados en un cofre de piedra, debajo una bóveda del Capitolio, y sólo se les consultaba en las grandes calamidades públicas ó cuando estallaba alguna sedición peligrosa. Es fácil adivinar que en uno y otro caso los

uno de los quince varones, pedía se admitiese entre los demás de aquella profetisa, y que sobre éste se interpusiese decreto del Senado. Y habiéndose concedido por discesión (1), escribió César reprendiendo algún tanto al tribuno que, como mozo, supiese poco de las costumbres antiguas, dando en rostro á Galo con que, envejecido en la ciencia y en las ceremonias, antes de tener el voto del colegio, sin leer, como se acostumbra, los versos, no examinados aún por el magistrado y de incierto autor, hubiese tratado de ella en Senado, y ése no pleno. Advirtióle también de que Augusto, porque debajo de nombres célebres se iban publicando muchas cosas vanas, había ordenado los días dentro el número de los cuales habían de ser presentadas al pretor de la ciudad; y que semejantes cosas no era lícito que las tuviese gente ordinaria: lo que había sido decretado también por nuestros mayores después que en la guerra social (2) se abrasó el Capitolio, haciendo buscar en Samo, en Ilio, en Eritre y en África, como también en Sicilia y por todas las colonias de Italia, los versos de la Sibila, ó una ó más que hayan sido; dando cargo á los sacerdotes de reconocer los verdaderos cuanto con fuerzas humanas fuese posible. Entonces también se

jefes del Estado no leían en ellos más que las predicciones que a su política convenía. Es probable que al aumentar el número de los encargados de su custodia, se había querido hacer más difícil el soborno; mas esto no impidió que, al pretender César que le fuese concedido el título de rey, se hallase un colegio de quince virios que declarasen que, según los libros sibilinos, los partos no podían ser vencidos sino por un rey.»

(1) Era una manera de dar el voto que se hacía levantándose el votante y pasándose á sentar junto al que había hecho la proposición. — (Nota del T. E.)

(2) Lo fué durante la guerra civil entre Mario y Sila. ¿Se ha de atribuir este horror á descuido de los copistas, ó fué que Tácito quiso, á sabiendas y con intención, substituir la palabra *socialis* á *civilis*?

sometió el conocimiento de este libro al juicio de los quince varones.

En el mismo consulado estuvo para suceder sedición respecto á la carestía, habiéndose continuado muchos días el pedir en el teatro varias cosas con mayor licencia de lo que se acostumbra contra los emperadores. De que conmovido Tiberio, reprendió á los magistrados y senadores de que no hubiesen refrenado al pueblo con la autoridad pública : añadiendo de cuáles provincias y cuánta cantidad de grano les habia hecho traer más que Augusto. Por lo cual se hizo en el Senado un decreto conforme al antiguo rigor, para tener á raya al pueblo. No se mostraron perezosos los cónsules en publicarlo, ni Tiberio se declaró más en esta materia, dado que no se atribuyó su silencio á modestia, como él pensaba, sino á pura soberbia y arrogancia.

A la fin del año fueron hechos morir por el delito de la conjuración Geminio, Celso y Pompeyo, caballeros romanos; de los cuales Geminio, por la prodigalidad y regalo de vida, era amigo de Seyano, no ya para las cosas graves; Julio Celso, tribuno, tirando á sí la cadena con que estaba aprisionado, pudo dar de golpe con la cabeza en la pared y hacérsela pedazos. Mas á Rubrio Fabato, el cual, inculpado de que, como desesperado de las cosas de Roma, se huía á la misericordia de los partos, fueron dobladas las guardias. Éste, hallado á la verdad en el estrecho de Sicilia y vuelto del camino por un centurión, no sabia dar alguna causa probable á su larga peregrinación; con todo eso, escapó la vida, antes por olvido que por benignidad.

En el consulado de Sergio Galba y Lucio Sila, César, después de haber pensado largamente las personas con quien le estaba bien casar á sus sobrinas, viéndolas ya en edad para ello, eligió á Lucio Casio y Marco Vini-

cio (1). Los predecesores de Vinicio habitaron en villas fuera de Roma, y traían su origen de Cales (2): fué de padre y abuelo consulares, aunque de allí arriba no más que caballeros. Él, de su natural apacible y de agradable facundia. Casio, de linaje plebeyo, aunque romano y harto antiguo. Crióle su padre con severa disciplina, y fué loado antes de fácil que de industrioso. A éste dió á Drusila y á Vinicio á Julia, hijas de Germánico, y escribió al Senado loando escasamente á los mozos. Y luego, habiendo dado algunas causas harto insubsistentes de su ausencia, se volvió á las cosas más graves acerca de las enemistades que había cobrado por la pública, pidiendo que Macrón, prefecto, y algunos centuriones y tribunos le acompañasen todas las veces que entrase en el Senado; sobre que se hizo un amplísimo decreto sin alguna limitación, ni en la calidad ni en el número. Mas no sólo no fué á público consejo, pero tampoco entró en la ciudad, rodeándola por caminos inusitados, antes dudoso que resuelto de no entrar en su patria.

Durante este tiempo se levantó una gran tropa de acusadores contra los que prestaban dinero á usura con mayor ganancia de lo que les concedía la ley de César dictador, la cual trataba del modo de prestar dineros y de tener posesiones en Italia; olvidada ya por el mal uso de preferir siempre al útil público el particular. Este abuso de los logros ha sido siempre una continua y antigua peste en Roma, y una funesta ocasión de discordias y sediciones, á cuya causa se procuró siempre

(1) Este personaje, que es el mismo á quien dedica Veleyo Patéculo su historia, había sido cónsul en 783. Fué envenenado por Mesalina, por haberse resistido á sus impúdicos deseos.

(2) *Cales*, hoy Calvi, en la provincia de Campania. — (Nota del T. E.)

reprimir en aquellos tiempos que gozaron de menos estragadas costumbres. Porque primero se ordenó en las leyes de las doce tablas que no se llevase más de uno por ciento al mes, como quiera que antes la usura era al gusto de los ricos. Después, por una ley del tribuno, se redujo á medio por ciento. Finalmente se prohibió del todo, y con participación del pueblo se atajaron también los fraudes, que vistos y remediados tantas veces, volvian á renacer con artificios dignos de admiración. Mas Graco, entonces pretor, á quien tocó esta causa, oprimido de la muchedumbre de los interesados, la remitió al Senado; el cual, amedrentado también, no hallándose alguno de los senadores sin culpa en este delito, pidieron perdón al príncipe, y concediéndosele, se dió á cada uno año y medio de tiempo en que acomodar las cuentas para lo de adelante, conforme á la ordenanza de la ley.

Nació de aquí gran penuria de dinero contante, procurando cobrar cada cual sus créditos, y también porque vendiéndose los bienes de tantos condenados, todo el dinero caía en manos del Fisco ó en el Erario. Acudió á esto el Senado, ordenando que los deudores pudiesen pagar á sus acreedores, dándoles, de lo procedido por las usuras, las dos partes en bienes raíces en Italia. Mas ellos lo querían por entero: ni era justo faltar la fe y la palabra á los convenidos. Comenzó con esto á haber grandes negociaciones y ruegos, y á la postre grandes voces ante el Tribunal del pretor. Y las cosas que se habían buscado por remedio, venían á hacer el efecto contrario, á causa de que los usureros tenían reservado todo el dinero para comprar las posesiones. Á la abundancia de los vendedores siguió la vileza de los precios, y cuando cada uno estaba más cargado de deudas, tanto vendía con más dificultad. Muchos quedaban

pobres del todo, y la falta de la hacienda iba precipitando también la reputación y la fama, hasta que César lo reparó poniendo en diversos bancos dos millones y quinientos mil ducados (cien millones de sestericios) para ir prestando sin usura á pagar dentro de tres años, con tal que el pueblo quedase asegurado del deudor en el doble de sus bienes raíces. Con esto se mantuvo el crédito, y poco á poco se iban hallando también particulares que prestaban. La compra de los bienes raíces no fué puesta en práctica conforme al decreto del Senado, porque semejantes cosas, aunque al principio se ejecutan con rigor, á la postre entra en lugar del cuidado la negligencia.

Volvieron después los usados temores, siendo acusado de majestad Considio Proculo, el cual, celebrado sin sospecha alguna el día de su nacimiento, fué á un mismo punto arrebatado, llevado al Senado, condenado y muerto; y su hermana Sancia, bandida con la usada privación de agua y fuego. Fué el acusador Quinto Pomponio, hombre inquieto de costumbres, que con esta y semejantes hazañas pretendía ganar la gracia del príncipe, deseoso de remediar el peligro de Pomponio Secundo, su hermano. Fué desterrada también Pompeya Macrina, cuyo marido, natural de Argos, y el suegro, lacedemonio de los principales de Acaya, habían sido ya afligidos de César. Su padre, ilustre caballero romano, y su hermano, varón pretorio, viendo ya cercana la condenación, se mataron con sus manos. Hacíaseles cargo de que Gneo Pompeyo magno había tenido por amigo intrínseco á Teófanos Mitileneo (1), su bisabuelo,

(1) El amigo é historiógrafo de Pompeyo. Habiendo éste devuelto á instancias suyas á los lesbios la libertad que perderían por haber abrazado el partido de Mitridates, agradecidos á tamaño favor, le decretaron honores divinos.

y que al mismo Teófanés, después de muerto, le había atribuido honores celestes la griega adulación.

Después de éstos, Sexto Mario (1), el más rico de las Españas, acusado de haber cometido incesto con su propia hija, fué despeñado de la roca Tarpeya; y porque no se estuviese en duda de que sus riquezas le habían ocasionado aquel trabajo, Tiberio tomó para sí sus minas de oro, aunque ya estaban confiscadas. Encarnizados después con tantas muertes, mandó matar á todos los que estaban presos por amigos de Seyano. Mostrábase un estrago grande de toda edad y de todo sexo; nobles y plebeyos, esparcidos y amontonados, ni podían los parientes ni los amigos llegarse á ellos, derramar lágrimas, ni tan solamente mirarlos con atención. Estaban puestas guardias que, notando el sentimiento de cada uno, seguían los ya podridos cuerpos muertos, mientras se arrastraban al Tiber; donde ni los que iban sobreaguados, ni los que la corriente del agua arrojaba á las orillas se podían tocar, cuanto y más quemarse. Había la fuerza del temor de tal manera interrumpido el comercio de la humana naturaleza, que cuanto más crecía la crueldad, tanto más iba menguando la compasión.

En este tiempo Cayo César, acompañando á su abuelo, que partía de Capri, se casó con Claudia, hija de Marco Silano, cubriendo la fiereza de su ánimo con una maliciosa modestia; porque ni de la condenación de su madre ni del destierro de sus hermanos se le oyó jamás hablar palabra; antes de tal manera mostraba conformarse con el humor de su tío, que no estudiaba sino en

(1) La causa de su muerte fueron sus minas de oro, y el pretexto el haber alejado á su hija, que era muy hermosa, para substraerla á las violencias de Tiberio.

imitarle, usando el mismo traje, el mismo aspecto y casi las mismas palabras. Á cuya causa no tardó mucho en divulgarse el dicho del orador Pasieno; es, á saber: «Que no se habia visto jamás mejor criado ni peor señor que Calígula.» No pasaré tampoco en silencio el pronóstico que Tiberio hizo de Sergio Galba, entonces cónsul; porque llamándole, después de haberle tentado con diversas pláticas, á la postre, en lengua griega le dijo estas palabras: «Y tú también, Galba, alguna vez gustarás del Imperio»; dando á entender que su grandeza sería tardía y de poca dura. Quedóle este conocimiento de la ciencia del arte de los caldeos, aprendida en el ocio de Rodas de su maestro Trasulo, á quien experimentó de esta manera.

Todas las veces que quería consultar sobre algún negocio, se iba al lugar más alto de su casa acompañado de sólo un liberto, de quien se fiaba. Éste, ignorante de toda suerte de letras y de fuerza aventajada, iba por caminos inusitados y despeñaderos (siendo como era la casa situada sobre altísimos peñascos) delante de aquel cuya ciencia quería experimentar; y si á la vuelta lo hallaba con muestras de vanidad ó sospechoso de engaño, le hacía echar en la mar desde aquellos precipicios, por que no le descubriese sus secretos. Llevado, pues, Trasulo por las mismas breñas, después de haberle respondido á sus preguntas, pronosticándole el imperio y manifestándole con gran sutileza las cosas por venir, le volvió á preguntar Tiberio «si habia jamás calculado su propio nacimiento y el peligro que aquel año y aquel día se le aparejaba». Él, considerados los aspectos de las estrellas y medidos los espacios, comenzó primero á estar suspenso, después á mostrar temor, y cuanto más lo miraba, tanto más se iba arrebatando de admiración y miedo. Finalmente, comenzó á gritar «que se hallaba

en el punto más dudoso y por ventura el último de su vida». Tiberio entonces, abrazándole, se alegró con él de que hubiese sido pronóstico de su propio peligro, y asegurándole tuvo después por oráculo todo lo que le había dicho, y á él entre sus amigos más íntimos.

Mas cuando oigo estos y semejantes casos no me atrevo á juzgar con certidumbre si las cosas de los mortales son gobernadas por el hado y necesidad inmutable, ó por accidente y caso fortuito; porque tú hallarás á los más sabios de los antiguos y á los secuaces de sus sectas muy diversos entre sí; y muchos son de opinión que de nuestros fines, y finalmente de nosotros mismos, no tienen ningún cuidado los dioses; y que es esta la causa por qué muchas veces padecen tristezas y trabajos los buenos cuando los ruines están gozando de mil felicidades. Otros, en contrario, confiesan que interviene y concurre el hado, y niegan que esto sea por medio de los planetas, sino de los principios y trabazón de las causas naturales: que, sin embargo, nos dejan la elección en la forma y manera de vivir, la cual, una vez escogida, hay un cierto orden de cosas que forzosamente nos han de suceder; y añaden que ni el verdadero mal ni bien son los que el vulgo tiene por tales, porque, á la verdad, hay muchos dichosos, á quien juzgamos que viven combatidos de mil desdichas, y otros infelicísimos, aunque cargados de infinitas riquezas; y esto viene de que los unos sufren constantemente sus infortunios, y los otros usan de sus propiedades con imprudencia; en lo demás, no se quita que no se haya destinado á muchos lo por venir por el principio de su nacimiento, ni que sucedan muchas cosas diversas de lo pronosticado por defecto de los que dicen lo que no saben; con que se desacredita una ciencia de la cual la edad antigua y la nuestra han producido clarísimas experiencias. Cosa cierta es que por el

hijo del mismo Trasulo fué pronosticado el imperio de Nerón, como diré á su tiempo, por no alejarme ahora de la empresa comenzada.

Durante los mismos cónsules se divulgó la muerte de Asinio Galo. No se pone duda en que fué de hambre; pónese en si fué violenta ó voluntaria. Y consultado con César sobre si gustaba de que fuese enterrado, no se avergonzó de dar licencia para ello, ni de dolerse de los accidentes que le habian quitado de las manos aquel reo antes que pudiese ser convencido; como si durante el espacio de tres años hubiera faltado tiempo para despachar la causa de un viejo consular y padre de tantos consulares. Acabó, finalmente, la vida Druso después de haberse sustentado nueve dias con miserables alimentos, comiendo la lana del lecho en que dormía. Han escrito algunos que Macrón tuvo orden, caso que Seyano tentase las armas, de sacar de la cárcel á Druso, porque estaba detenido en palacio, y darlo por cabeza al pueblo; mas después, porque supo que había pasado voz de que César se reconciliaba con Agripina y con Druso, quiso antes ser culpado de crueldad que de arrepentimiento.

Y lo que es más, habló muy mal del muerto, reprochándole la deshonestidad de su cuerpo, que era pernicioso á los suyos, y de mal ánimo para con la República. Mandó tras esto que se recitasen sus hechos y dichos, notados día por día, sin que pueda ofrecerse cosa más cruel que haberle tenido á los lados quien por discurso de tantos años notase su rostro, sus gemidos y sus secretas murmuraciones, sino el poderlo escuchar, leer y publicar su propio abuelo. Pareciera imposible, si no se leyeran las mismas notas del centurión Actio y de Didimo, liberto, que nombraban los esclavos, según que cada uno de ellos ponía las manos en Druso al salir de

su cámara ó le espantaba con amenazas, habiendo el centurión notado como hecho heroico hasta sus mismas palabras llenas de crueldad dichas á Druso, y las que él le respondía cercano ya al fin de su vida. El cual, fingiéndose al principio loco, maldecía á Tiberio, y después, viéndose ya sin esperanza de vivir, en su sano juicio blasfemaba de él con razones bien compuestas, rogando á los dioses que, así como había muerto á su nuera, al hijo de su hermano y á sus propios nietos y llenado su casa de homicidios, asimismo le diesen el castigo conveniente á la fama de sus mayores y grandeza de sus descendientes. Hacían ruido los senadores en la curia como detestando el oír tales cosas; mas suspendiólos el temor y la admiración de ver á un hombre tan astuto y acostumbrado á tener escondidas sus maldades haber llegado á tanta confianza, que casi derribadas las paredes, mostraba á su nieto, debajo del azote del centurión y entre los golpes de los esclavos, pedir en vano con ruegos lastimosos los últimos alimentos de la vida.

No estaba aún acabado este luto cuando se comenzó á oír hablar de Agripina, la cual, justiciado Seyano, creería yo que había vuelto á alimentar las esperanzas de vivir, y que viendo todavía en su punto la crueldad se dejó de este cuidado, resolviéndose en dejar la vida, si ya no es que negándole los alimentos, se procuró dar á entender que ella misma se había muerto con no quererlos tomar; porque Tiberio no cesaba de infamarla feamente, acusándola de impudicia y de adulterio con Asinio Galo, queriendo inferir que después de su muerte había ella aborrecido la vida. Mas, á la verdad, Agripina, no contenta con el deber y deseosa de mandar, con los pensamientos de hombre se había desnudado de los vicios de mujer. Añadió César que se debía notar cómo moría en el propio día en que dos años antes había

sido castigado Seyano, jactándose de que no la había hecho dar un garrote ni mandado echar su cuerpo en las Gemonias. Diéronsele por estas cosas gracias en el Senado, donde se hizo un decreto que cada año, el día de los diez y siete de octubre, que fué en el que sucedieron estas dos muertes, se consagrarse un don á Júpiter.

No mucho después Cocceyo Nerva, que jamás se apartaba del lado del príncipe, docto en los derechos divinos y humanos, en su entero estado y sana salud determinó de dejarse morir. Sabido esto por Tiberio, se vió al punto con él, preguntóle las causas que á ello le movían, y añadió muchos ruegos y protestos del ruin renombre que cobraría su fama imperial viendo el mundo que el mayor de sus amigos huía de la vida sin alguna causa de desear la muerte. Mas Nerva, sin reparar en las razones de Tiberio, perseveró en no comer hasta que murió. Decían los que tenían alguna inteligencia de los pensamientos de Nerva, que viendo él de más cerca que otros los males que se aparejaban á la República, arrebatado de la ira y del temor, había querido morir de una honesta muerte mientras todavía estaba en buen estado, y sin que hasta entonces se hubiese procedido contra él. Mas lo que parece increíble es que la ruina de Agripina llevase tras sí también á Plancina, aquella que siendo mujer de Gneo Pisón se alegró á la descubierta de la muerte de Germánico, y la que, muerto Pisón, fué defendida no menos por el aborrecimiento que le tenía Agripina que por los ruegos de Augusto. Pero faltando el odio de aquélla y el favor de ésta, tuvo su lugar la justicia; y así, acusada de delitos harto claros, con sus propias manos, antes tarde que inocente, pagó la merecida pena.

La ciudad, afligida por tantos llantos, sintió este dolor más de ver vuelta á casar á Julia, hija de Druso, mujer

ya de Nerón, hijo de Germánico, con Rubelio Blando, natural de Tivoli, á cuyo abuelo se acordaban muchos haber conocido del estamento de caballeros romanos. Á la fin de este año, la muerte de Elio Lamia fué honrada con las mismas exequias que suelen hacerse á los censores. Éste, descargado del gobierno de Siria, de que gozaba solamente el nombre, obtuvo el oficio de prefecto de Roma. Fué de sangre noble, de vejez robusta, y tal, al fin, que la negada provincia no le sirvió sino de aumento de reputación. Muerto después Flaco Pomponio, propretor de Siria, se leyeron en el Senado cartas de César en que se quejaba de que los más valerosos y aptos á regir ejércitos rehusaban este cargo, y que á esta causa se hallaba necesitado á rogar con él á los que ya habían sido cónsules; olvidado de que había diez años que se le impedía á Aruncio el ir á su gobierno de España. Murió el mismo año también Marco Lepido, de cuya modestia y prudencia he dicho harto en los primeros libros; ni es necesario mostrar más por extenso su nobleza, siendo la casa Emilia fértil de buenos ciudadanos, y los que hubo de estragadas costumbres vivieron al fin con esplendor y nobleza.

Después de un largo discurrir de siglos, en el consulado de Paulo Favio y de Lucio Vitelio pareció en Egipto la ave fénix (1), la cual dió materia á los más

(1) Ave fabulosa, célebre en las tradiciones egipcias. Los autores que hablan de ella la pintan del tamaño de una águila, con un hermoso moño en la cabeza, las plumas del cuello de color de oro, la cola blanca salpicada de plumas encarnadas y los ojos brillantes. Cuando siente acercarse su fin—dicen—, se construye un nido de plantas aromáticas, que expone á los rayos del sol y en cuyas llamas se consume. En el apartado en que habla de esa ave, Tácito parece haberse complacido en repetir cuanto acerca de ella se sabía ó se creía saber en su tiempo, y si bien reconoce que hay mucho de fabuloso en lo que de la

doctos de aquella provincia y de la Grecia para discutir mucho sobre este milagro. Pláceme el contar las cosas en que todos concuerdan y muchas en que difieren, las cuales no son del todo indignas de ser sabidas. Que sea este animal consagrado al sol, y que en el pico y en el color de las plumas sea diverso de las demás aves, concuerdan todos los que de él escriben. Cuanto al número de los años, lo escriben variamente. Algunos afirman de mil cuatrocientos y setenta y uno; pero la más común opinión es que se ve cada quinientos. Vióse la primera vez en tiempo de Sesostris, la segunda de Amasis, la tercera de Tolomeo, que fué también el tercero rey macedón, en una ciudad llamada Heliópolis, volando con una gran banda de otras aves que seguían la maravilla de aquel nuevo aspecto. Mas son obscuras las cosas de la antigüedad. Entre Tolomeo y Tiberio corrieron menos de doscientos y cincuenta años, de que resultó la opinión de algunos que ésta no fué verdadera fénix, ni venida de Arabia, no concurriendo en ella ninguna cosa de las que las memorias antiguas dicen que concurren en las otras; porque fenecido el número de sus años y acercándose á la muerte, suele hacer un nido en su patria, echa en él su virtud generativa, de donde nace su cría; el cual, ante todas cosas, toma á su cargo el cuidado de sepultar á su padre; mas no lo hace acaso, antes tomando un pedazo de mirra y llevándolo un largo viaje, si se siente capaz de aquel peso y de aquel camino, toma sobre sí á su padre, y llevándolo al altar del sol, quemándolo allí, lo sacrifica; cosas ni ciertas de suyo, y aumentadas con fábulas. Mas

misma se refiere, se ve que creía en su existencia. Tan cierto es que hasta las inteligencias más privilegiadas pagan tributo á los errores y preocupaciones de la época en que viven.

to que no se duda es haberse visto estos pájaros muchas veces en Egipto.

Continuábanse en Roma las muertes, y Pomponio Labeón, que dije haber obtenido el gobierno de la Mesia, abriéndose las venas, se dejó desangrar. Siguióle poco después su mujer Paxea, porque el miedo del verdugo facilitaba aquella manera de muerte, y también el ver que á los condenados se confiscaban los bienes y se les prohibía la sepultura, concediéndose lo uno y lo otro á los voluntarios en premio de su solicitud. Mas César escribió al Senado que era costumbre antigua, siempre que se quería renunciar la amistad de alguno, prohibirle la entrada de su casa, y con esto se ponía fin á la familiaridad; que habiéndole parecido renovar esta costumbre con Labeón, él, apretado y temeroso por la provincia mal gobernada y por los demás delitos, había querido cubrir sus culpas propias con las afrentas ajenas, espantando sin propósito á su mujer, la cual, aunque no estuviera inocente, estaba fuera de peligro. Hecho esto, Mamerco Escauro, de gran nobleza y famoso orador, aunque de costumbres dignas de vituperio, fué de nuevo acusado. Á Mamerco no le dañó la amistad de Seyano, sino el aborrecimiento de Macrón, no menos fuerte para la ruina de muchos, por usar las mismas artes, aunque con mayor secreto. Éste había mostrado á Tiberio el argumento de una tragedia compuesta por Escauro (1), añadiendo ciertos versos que se podían torcer contra el mismo Tiberio. Mas sus acusadores, Servilio y Cornelio, le imputaban de haber hecho sacri-

(1) Dión refiere, XVIII, 24, que Escauro había compuesto una tragedia en Atreo, de la cual Tiberio creyó ver su retrato. «Ya que ha hecho de mí un Atreo—dijo—yo haré de él un Ajax», aludiendo á que éste se había dado la muerte por su propia mano.

ficios mágicos. Escauro, como digna sangre de los antiguos Emilios, previno la condenación, exhortado de su mujer Sextia, que habiéndole incitado á que se diese la muerte, le acompañó con resolución en ella.

No se escapaban en su ocasión los acusadores de ser también castigados, como sucedió á Servilio y Cornelio, los cuales, infamados con la ruina de Escauro, porque habían tomado dinero de Vario Ligure á título de renunciar la acusación, fueron desterrados á ciertas islas con el entredicho de agua y fuego; y Abudio Rusón, que había sido edil, mientras solicita el infortunio de Lentulo Getulico, debajo de cuyo dominio había tenido el gobierno de una legión, acusándole de que había escogido por yerno á un hijo de Seyano, fué, sin que alguno le acusase, condenado él y desterrado de Roma. Gobernaba entonces Getulico las legiones de la Germania superior, amado grandemente por su liberal clemencia y modesta severidad; ni lo era poco del ejército vecino por causa de Lucio Apronio, su suegro, con cuyo calor corrió voz hártó constante de que se atrevió á escribir á César «que no había él de su cabeza comenzado el parentesco con Seyano, sino á persuasión suya; que se había podido engañar, como se engañó el mismo Tiberio, y que un mismo yerro no debía excusarle á él solo y ser causa de la ruina de todos los demás; que tendría fe sincera y durable mientras no se le armasen asechanzas, y en lo demás le desengañaba que admitiera el sucesor como al anuncio de su muerte; que se estableciese entre ellos una forma de conciertos tales, que al príncipe le quedase todo lo demás y á él el gobierno de su provincia».

Á estas cosas, aunque excesivas, se dió bastante fe, viendo que de todos los aliados y parientes de Seyano fué sólo Lentulo el que no sólo quedó salvo, pero muy

favorecido; considerando en sí Tiberio que era aborrecido del pueblo, que se hallaba ya muy adelante en la edad, y que su estado se fundaba más en la reputación y fama que en la fuerza.

En el consulado de Cayo Sextio y Marco Servilio vinieron á Roma algunos de la nobleza de los partos, sin sabiduría de Artabano, su rey. Éste, por miedo de Germánico, se había mostrado al principio fiel al pueblo romano y tratable á los suyos; mas poco después comenzó á ensoberbecerse contra nosotros y á mostrarse cruel con sus vasallos, desvanecido con algunos sucesos prósperos de las guerras circunvecinas; y menospreciando la desarmada vejez de Tiberio, deseoso de apoderarse del reino de Armenia en muriendo el rey Artaxias, dió la investidura al mayor de sus hijos, llamado Arsaces, y, lo que fué tenido por mayor menosprecio, envió á pedir el tesoro que en Siria y en Cilicia habia dejado Vonón, amenazando que quería ensanchar los límites de su reino, conforme á como antes los tenían los persas y macedones, y jactándose que estaba en su mano el ocupar cuanto poseyó el rey Ciro y después el magno Alejandro. El principal autor de enviar los embajadores secretos á Roma fué Sinaces, varón muy rico y de señalada nobleza, y con él un eunuco llamado Abdo. No se tiene por menosprecio entre aquellos bárbaros el ser un hombre castrado, antes son los tales constituidos en mayores cargos y dignidades. Estos dos, después de haber atraído á su opinión á otros, algunos de los más principales, viendo que no quedaba ya ninguno del linaje Arsacida á quien dar el reino, siendo muertos la mayor parte por Artabano y los demás de edad insuficiente, instaban en Roma que se les diese á Frahates, hijo del rey Frahates, diciendo «que no necesitaban de otra cosa que del nombre y de la autoridad de César

para que por su medio fuese visto uno de la sangre de los Arsácidas en las riberas del Éufrates».

Deseaba esto Tiberio, y así sin dilación pone en orden á Frahates, mandándole dar todo lo necesario para ocupar el reino paterno, firme en su antigua determinación de tratar y emprender las cosas extranjeras con artificios y astucias, procurando tener apartadas las armas y la guerra fuera de casa. Descubrió entretanto Artabano el trato de los suyos, y unas veces retardado del temor, otras incitado del deseo de la venganza (tienen los bárbaros por cosa baja y servil el diferir y disimular, y por acto real el ejecutar con presteza), prevaleció al fin en él el provecho de convidar á Abdo so color de amistad, y quitarle la vida con lento veneno, y disimular con Sinaces, entreteniéndole con dones y ocupándole con negocios. Llegado Frahates á Siria, mientras dejado el vivir á la romana, á que estaba acostumbrado por muchos años, vuelve á ejercitar los institutos de los partos; no pudiendo sufrir el rigor de las costumbres de su patria, enferma y muere. No desistió por esto Tiberio de su empresa, antes eligió por émulo de Artabano á Tiridates, del mismo linaje, y para recuperar la Armenia, á Mitridates Hiberno, reconciliándolo primero con su hermano Farasmanes, que tenía el dominio de aquella nación, encargando el gobierno supremo de todos aquellos designios orientales á Lucio Vitelio. No dudo de que Vitelio tenía ruin opinión en Roma, donde se han contado de él muchas cosas feas y deshonestas; con todo eso, en el manejo de las provincias que tuvo á cargo se gobernó con entereza y virtud, semejante á lo que antiguamente se profesaba. Mas vuelto después de ellas, y por la crueldad de Calígula y familiaridad de Claudio, transformado en una torpe y vil servidumbre, quedó á la posteridad por

ejemplo de infame adulación; cedieron, finalmente, en él las primeras á las últimas calidades, y con los vicios de la vejez puso en olvido las virtudes de la juventud.

Mas Mitridates, el mayor entre todos los magnates de Hiberia, constriñó á su hermano Farasmanes á ayudarle en sus empresas con fuerzas y con engaños. Hallóse ante todas cosas camino cómo ganar con dineros á los más principales ministros del rey de Armenia, Arsaces, hasta hacerle atosigar, y consecutivamente entraron los hiberos en el reino con grueso ejército, y se apoderaron de la ciudad de Artaxata. Avisado de estas cosas Artabano, puso en orden á su hijo Orodes para tomar venganza, y dándole gran número de partos, envió á tomar á sueldo cantidad de gente de socorro. Farasmanes, de otra parte, juntó consigo los albanos y sarmatas, de los cuales los ceptrusios, tomando dineros de ambas partes, servían á todos según su costumbre. Los hiberos, ocupados ciertos puestos, arrojaron con diligencia á los sarmatas sobre los armenios por la vía Caspia (1). Mas los que iban viniendo en favor de los partos eran rechazados con facilidad, á causa de haber el enemigo cerrado los pasos, salvo uno entre la mar y los últimos montes de Albania, el cual también estaba impedido por causa del verano, soplando en él los vientos del Norte y arrojando á la orilla las ondas hasta cubrir todos aquellos vados, que en el invierno, con el austro que sopla de tierra, se secan y descubren.

Farasmanes en tanto, aumentando su ejército con ayudas, presenta la batalla á Orodes, que se hallaba todavía con solos los partos, y porque no la acepta, comienza á inquietarle con escaramuzas y á impedirle los

(1) Según Walcknaer, es el desfiladero de Derbend, llamado por los turcos *Demi capi* ó puerta de hierro.

forrajes, y como si tratara de ponerle sitio, le va ciñendo los alojamientos, hasta que los partos, no acostumbrados á sufrir afrentas, se presentan delante del rey y piden la batalla. Las fuerzas de los partos consisten sólo en caballería, y Farasmanes tenía también buen golpe de gente de á pie; porque los hiberos y albanos, que habitan lugares ásperos y muntuosos, están más acostumbrados al trabajo y descomodidades. Pretende esta gente traer su origen de los de Tesalia, en tiempo que Jasón, después de haber robado á Medea y tenido hijos de ella, volvió al vacío palacio de Aetas y á la desamparada isla de Colcos. Celebran muchas cosas de su nombre, como también el oráculo de Frixo; ninguno tiene atrevimiento de sacrificar carneros, por la opinión que tienen de que por este animal fué traído Frixo, si ya no es que tuviese esta insignia la nave que le pasó. Estando, pues, en ordenanza los dos ejércitos para darse la batalla, el parto acordó á los suyos «el imperio de Oriente y la nobleza de los Arsacidas, diciendo en contrario que los hiberos eran de baja sangre y su gente mercenaria y vil». Farasmanes ponía en consideración á los suyos «que habiendo sido siempre libres del imperio de los partos, cuanto más grande fuese la empresa, tanto más gloriosa sería la victoria y de mayor vergüenza y peligro el volver las espaldas». Mostrábales á más de esto sus escuadrones horribles y espantosos, y las tropas de los medos pintadas y adornadas de oro, dándoles, finalmente, á entender cómo estaba de su parte de ellos el esfuerzo varonil, y de la otra el premio de la victoria.

Mas los sarmatas, no tanto por las palabras del capitán cuanto por sí mismos, se animaban y exhortaban unos á otros á no pelear de lejos con las saetas, sino prevenir al enemigo y llegar luego con él de cerca á

las manos. Fué vario el modo de pelear, mientras los partos, con su acostumbrado artificio de dar y tomar la carga y procurar desunir al enemigo, buscan lugar para arrojar sus tiros, y los sarmatas, dejados los arcos, el uso de los cuales es breve, con las lanzas y con las espadas los acometen, ora á modo de combate á caballo, mostrando una vez la frente y otra las espaldas, ora apiñados en cerrado escuadrón, con las fuerzas de los cuerpos y de las armas rechazaban ó eran rechazados. Ya los albanos y los hiberos comenzaban á apretar y á cargar de veras, haciendo la refriega dudosa al enemigo, sobre quien los caballos y de más cerca los infantes herian, cuando Farasmanes y Orodes, mientras acompañan á los valerosos y animan á los que temen, vistosos por los ornamentos y por esto reconocidos entre sí, con grandes voces, las lanzas bajas, dejan correr sus caballos el uno contra el otro. Hirió con más gallardía Farasmanes á Orodes pasándole el yelmo; mas no pudo redoblar el golpe, llevado de su caballo y defendiendo al herido los más fuertes de sus acompañantes. Con todo eso, la voz de que era muerto atemorizó de suerte á los partos, que con facilidad cedieron la victoria al enemigo.

Luego que Artabano supo este suceso, comenzó á prepararse á la venganza con todas las fuerzas del reino, diciendo «que no habían ganado la batalla los hiberos por otra causa sino por tener mejor conocidos los puestos»; y aunque ya vencido, no hubiera desamparado á la Armenia si Vitelio, juntadas las legiones, no echara voz de que quería acometer la Mesopotamia, atemorizándole con las armas romanas. Entonces, sacando Artabano sus fuerzas del reino, comenzaron á encaminarse mal sus cosas, persuadiendo Vitelio á los naturales de él á dejar la obediencia de aquel rey, cruel en la paz y calamitoso con las guerras adversas. En tanto Sina-

ces, que ya dije ser enemigo de Artabano, mete en la liga á su padre Abdageses y á otros que hasta entonces no habian osado descubrirse, haciéndolos el ejemplo de tan continuas rotas más prontos á la rebelión. Fueron viniendo poco á poco también todos aquellos que servian á Artabano más por miedo que por amor, levantándose el ánimo el ver que tenian cabezas y capitanes á quienes seguir. Ya no le quedaban á Artabano más que algunos soldados extranjeros de la guardia de su persona, gente desterrada de su misma patria y sin alguna noticia del bien ni cuidado del mal, los cuales, entretenidos á sueldo, suelen hacerse ministros de toda maldad. Acompañado, pues, de éstos, tomó una diligente huida á provincias apartadas hasta los confines de la Esticia, esperando ayuda por el parentesco de los hircanos y de los carmanos, y que aplacados en tanto los partos con los ausentes y mudables con los presentes, sería posible arrepentirse.

Mas Vitelio, huido Artabano y dispuestos á nuevo rey los ánimos de aquellos populares, después de haber exhortado á Tiridates que se aprovechase de la ocasión, con el nervio de las legiones y auxiliares puso su campo sobre el río Éufrates, donde sacrificando éstos al modo romano el puerco, la oveja y el toro (1), y aquellos por aplacar al río un caballo enjaezado, refirió después la gente de la tierra «que el Éufrates por sí mismo y sin ayuda de lluvias habia crecido extraordinariamente, y que de sus blancas espumas se figuraban ciertos círculos en forma de guirnaldas, cosa que anunciaba feliz y próspero pasaje». Otros, más astutos, interpretaban «que los principios serian dichosos, aunque de

(1) Se llamaba este sacrificio *suovetaurilia*, porque en él se inmolaba un puerco, *sus*; una oveja, *ovis*, y un toro, *taurus*.

poca dura, siendo así que de ordinario se da más crédito á las cosas pronosticadas en el cielo ó en la tierra que no á los ríos, de naturaleza instable, y que á un mismo tiempo muestran y llevan consigo los agüeros». Hecho el puente con los navíos y pasado el ejército, Ornospades fué el primero que vino al campo con muchos millares de caballos. Éste, desterrado un tiempo de su patria, ayudó á Tiberio valerosamente á fenecer la guerra de Dalmacia, y alcanzó por este servicio la dignidad de ciudadano romano. Vuelto después á la gracia del rey, le favoreció mucho, y le dió el gobierno de aquellos fertilísimos campos, que por estar rodeados de los dos inclitos ríos Tigris y Éufrates, se les dió nombre de Mesopotamia. Llegó poco después Sinaces con nuevas gentes, y su padre Abdageses añadió el aparato y riquezas reales, que era la seguridad y el nervio de aquella liga. Vitelio, pareciéndole que bastaba haber hecho ostentación de las armas romanas, advertidos Tiridates y los suyos, «aquél á tener memoria de su abuelo Frahates y de César que le había criado», ambas cosas dignas de estima, y éstos «á conservar la obediencia á su rey, respetarnos á nosotros y guardar á todos el honor y la fe», dió la vuelta con sus legiones á Siria.

He puesto juntos los sucesos de estos dos estados por dar algún reposo al ánimo, cansado de las calamidades domésticas, porque Tiberio, aun tres años después de la muerte de Seyano, ni por el tiempo, ni por ruegos, ni por hartura, cosas que suelen ablandar á otros, se aplacaba de manera que no hiciese castigar por gravísimas y por nuevas las cosas inciertas ó envejecidas. Por este miedo Fulcinio Trión previno al furor de sus acusadores, y en los últimos codicilos dejó escritas muchas cosas bien atroces contra Macrón y contra los más principales libertos de César, dándole en rostro á él también con

que habia vuelto á los ejercicios de la niñez, convirtiéndose casi en foragido por su continua ausencia. Estas cosas, ocultadas por los herederos, quiso Tiberio que se leyesen públicamente para hacer ostentación de su paciencia contra la ajena libertad, ó porque ya no hiciese caso de su propia infamia, ó porque no informado por mucho tiempo de las maldades de Seyano, gustase de verlas divulgar de cualquier manera, y, aunque á costa de oír sus propias injurias, conocer la verdad sin mancha de adulación. En los mismos dias Granio Marciano, senador, acusado de majestad por Cayo Graco, se quitó la vida. Y Tacio Graciano, que habia sido pretor, fué condenado á muerte por virtud de la misma ley.

El mismo fin tuvieron Trebeliano Rufo (1) y Sextio Paconiano: Trebeliano por sus propias manos, y Sextio con un garrote que se le dió en la cárcel, por haber allá dentro compuesto versos contra el príncipe. No recibía ya Tiberio estas nuevas con mensajeros que venian de lejos, ni estando apartado de Italia y dividido de mar, sino vecino á Roma; tal, que en un día y una noche respondía á las cartas que habia recibido de los cónsules, casi como viendo con los ojos correr los rios de sangre que inundaban las casas y la que derramaban las infames manos del verdugo. Murió á la fin del año Popeo Sabino, hombre de humilde linaje; mas por amistad de los príncipes honrado del consulado y del honor triunfal, gobernó las mayores provincias por espacio de veinticuatro años, no porque fuese de extraordinario valor, mas porque valía bastantemente para sólo aquello.

Sigue el consulado de Quinto Plaucio y de Sexto Pa-

(1) Es el mismo que habia sido dado por tutor á los hijos de Cotys, rey de Tracia.

pinio. En este año, ni que Lucio Aruseyo... fuesen hechos morir, por la costumbre del mal, parecia cosa atroz; mas espantó con grande extremo el ver que Vibuleno Agripa, caballero romano, en acabando los acusadores de declarar sus culpas, sacándose en el mismo Senado el tósigo del seno, se lo tragó en un punto, el cual, caído en tierra medio muerto, fué por los lictores llevado prestamente á la cárcel, donde, acabado ya de morir, le dieron un garrote como si todavía fuera vivo (1). Ni á Tigranes, ya rey de Armenia y entonces reo, pudo librár el nombre real de padecer la misma pena que si fuera ciudadano. Mas Cayo Galba, varón consular, y los dos Blesos murieron voluntariamente: Galba, por haberle prohibido César con cartas bien resentidas el sortear las provincias; y los Blesos, porque los sacerdocios que se les destinaron cuando su casa estaba entera, en amenazando ruina se los difirieron; y entonces, como ya acabada del todo, se transfirieron á otros: tomaron esto por señal de muerte, y así la solicitaron por sus manos. Emilia Lepida, que fué casada, como he dicho, con Druso el mozo, á quien imputó de varios delitos, puesto que, infame ella y detestable, pasó con todo eso sin castigo mientras vivió su padre Lepido. Acusada después de adulterio con un esclavo suyo, no dudándose de la maldad, renunciadas las defensas, dejó voluntariamente la vida.

En este tiempo la nación de los clitaros, sujetos á Archelao de Capadocia, porque era constreñida á pagar los censos y tributos á nuestro uso, se retiró á las cumbres del monte Tauro, y por la calidad del sitio se de-

(1) Burnouf observa que no era un lujo de crueldad, una barbarie inútil. «Importaba — dice — que Vibuleno no escapase á los verdugos, á fin de que no escapasen sus bienes á la confiscación.»

fendía de los soldados poco valerosos de aquel rey, hasta que Marco Trebelio, legado, con cuatro mil legionarios y una banda escogida de gente de socorro enviada por Vitelio, presidente de Siria, después de haber rodeado con trincheras dos montañas, llamada la menor Cadra y la otra Dabara, sobre las cuales se habían alojado los bárbaros, con las armas á los que se atrevieron á tentar el paso, y á los demás con la sed, forzó á rendirse. Mas Tiridates, de consentimiento de los partos, recobró á Niceforia, Antemusiada y las demás ciudades que, edificadas por los macedones, conservan el nombre griego, y Halo y Hartemia, villas de partos; ayudando con alegre emulación los que, después de haber detestado la crueldad de Artabano, criado entre los escitas, esperaban en la benignidad de Tiridates, hecho á las costumbres romanas.

Mostraron notable lisonja los de Seleucia, ciudad poderosa, rodeada de murallas, la cual no tiene nada de lo bárbaro, antes conserva muchas cosas de su fundador Seleuco. Tiene como para su Senado trescientos varones escogidos de los más ricos y más sabios ciudadanos. Tiene también el pueblo su autoridad, y cuando están unidos entre sí no estiman á los partos; mas en dividiéndose con discordias, mientras cada cual busca socorros contra el émulo, llamados por una de las partes, prevalecen al fin contra todos. Esto sucedió poco antes, reinando Artabano, el cual, por su interés, hizo que el pueblo estuviese sujeto á los más aparentes; porque el dominio del pueblo se arrima tanto á la libertad, coma el imperio de pocos á la voluntad y apetito de los reyes. Recibieron á Tiridates con mucho aplauso y con los honores acostumbrados á los reyes antiguos; añadiendo también los que con mayor largueza había inventado la nueva edad, y á un mismo tiempo dicién-

do injurias contra Artabano, y afirmando que sólo tenía bueno el ser por su madre del linaje Arsacida, porque había degenerado en todo lo demás. Tiridates, restituido el gobierno de aquella ciudad al pueblo, consultaba sobre el día en que había de ser su coronación, cuando llegaron cartas de Frahates y de Hierón, que tenían dos de los gobiernos más principales, suplicándole se entretuviese un poco.

Pareció conveniente el esperar á estos personajes de tanta autoridad. Fuese entretanto Tiridates á Ctesifón, silla y cabeza del Imperio; mas difriendo éstos de día en día su venida, Surena, en presencia de muchos que aprobaron este acto, con las usadas solemnidades le ornó de las insinias de rey.

Y si luego se hubiera hecho ver en el centro del reino, reprimiera las dudas en que estaban los que ponian largas al negocio, y confirmara la fe de todos. Mas entreteniéndose en un castillo donde Artabano había dejado el tesoro y sus concubinas, dió tiempo de arrepentirse de las convenciones hechas. Porque Frahates y Hierón, con los demás que por no haberse aplazado el día de la coronación no habían podido hallarse en ella, parte por miedo, parte por odio que tenían á Abdageses, que era todo el Gobierno y la privanza del nuevo rey, se vuelven á la parte de Artabano, hallándolo en Hircania tan falto de todo, que vivía de la caza que podía matar con su arco. Espantóse al principio creyendo que se le urdía algún engaño; mas como después de asegurado supo que venían para restituirle el reino, comenzando á cobrar ánimo, preguntó la causa de una mudanza tan repentina. Entonces Hierón comenzó á vituperar la juventud de Tiridates, diciendo «que no reinaba un Arsacida, sino un nombre vano de rey en un mancebo no guerrero, perdido y afeminado en las cos-

tumbres extranjeras; reduciéndose todo lo demás á la casa de Abdageses».

Conoció él, como práctico en el reinar, que éstos habían fingido la amistad con Tiridates y que no fingían el aborrecimiento, y así, sin aguardar á más que á juntar los socorros de los escitas, camina con toda velocidad por no dar lugar á los enemigos de usar astucias y estratagemas, ni á los amigos de arrepentirse, de la manera que estaba, deslucido y roto, por mover á compasión al vulgo, no dejando engaños, ni ruegos, ni artificio alguno para animar los sospechosos y conservar los dispuestos. Ya se hallaba un buen número de gente junto á Seleucia, cuando Tiridates, atemorizado á un mismo tiempo de la fama y de la llegada del mismo Artabano, estaba todavía irresoluto y combatido de varios consejos: si iría luego á encontrarle, ó si trataría la guerra maduramente. Aquellos á quien agradaba la guerra y las prestas resoluciones alegaban el estar los enemigos desordenados, cansados del largo viaje, ni aun bien dispuestos á obedecer, siguiendo al mismo á quien poco antes habían sido traidores y enemigos. Mas Abdageses proponía que se volviese á Mesopotamia, donde con la oposición del río, juntados los armenios y elimeos, y levantados los otros á las espaldas, aumentando el ejército de milicia confederada y de los soldados que enviaría el general romano, se podría con más seguridad tentar la fortuna. Prevalció este voto por la mucha autoridad de Abdageses y por no ser Tiridates experto en los peligros; mas fué la retirada especie de huida, comenzando á desbandarse los árabes, y los demás á retirarse á sus casas ó al campo de Artabano; hasta que reducido Tiridates con pocos á Siria, dió á todos ocasión de rebelarse sin vergüenza.

En este mismo año fué Roma ofendida grandemente

del fuego, quemándose una parte del circo pegado al Aventino y todo el mismo Aventino; de cuyo daño resultó gloria á César, habiendo pagado el precio de las casas y de los barrios aislados con dos millones y medio de oro (cien millones de sestercios). Fué tanto más agradable al vulgo esta liberalidad, cuanto él se deleitaba menos en fabricar para sí, no habiendo hecho en público más que dos edificios, es, á saber, el templo de Augusto y el tablado en el teatro de Pompeyo, y éstos, acabados, ó por no parecer ambicioso ó por su vejez, dejó de dedicarlos. Para el aprecio del daño recibido de cada uno se eligieron los maridos de sus cuatro nietas, Gneo Domicio, Casio Longino, Marco Vinicio y Rubelio Blando, añadido Publio Petronio, de nombramiento de los cónsules. Decretáronse por esto muchos honores al príncipe, según lo que cada particular sabia inventar; mas por su muerte, que sobrevino poco después, no pudo saberse lo que aceptaba ó rehusaba. Porque no tardaron mucho en tomar posesión del magistrado los últimos cónsules del tiempo de Tiberio, conviene á saber: Gneo Acronio y Cayo Poncio, habiéndose ya hecho extraordinaria la potencia de Macrón; el cual, habiendo procurado conservarse siempre en la gracia de Cayo César, entonces la iba ganando cada día más, hasta que, muerta Claudia, mujer de Cayo, como se ha dicho, le prestaba á su mujer Enia, con artificio de hacerle aficionarse de suerte que se casase con ella, prometiéndolo todo el mozo á trueque de mandar. Porque si bien era de naturaleza pronta y resentida, había con todo eso aprendido el arte de disimular del pecho de su abuelo, el cual, conociéndole bien, estaba en duda á cuál de los nietos había de encomendar la República. El hijo de Druso, aunque en sangre y afición más próximo, le parecía demasiado niño. El hijo de Germánico, en la flor de su juventud,

amado del vulgo y aborrecido por esto del abuelo. Pensó tal vez en su sobrino Claudio, por ser de edad competente y aficionado á las artes liberales; pero hizole daño el ser algo falto de juicio. Buscar el sucesor fuera de su casa temía no fuese afrenta é injuria á la memoria de Augusto y al nombre de los Césares; no haciendo él tanto caso de la gracia de los presentes cuanto de la ambición de agradar á los venideros. Hallándose después irresoluto de ánimo y enfermo de cuerpo, dejó al hado la resolución que él con discurso no supo tomar; aunque antes de esto se dejó decir algunas palabras, de que se podía colegir que tenía prevenido á lo venidero. Porque Macrón dió descubiertamente en rostro con decir que dejaba el Occidente por mirar al nacimiento del sol. Y á Cayo César, mientras conversando acaso se reía de Sila, pronosticó que tendría todos los defectos de Sila y ninguna de sus virtudes; y luego, con muchas lágrimas, abrazando al menor de sus nietos, volviendo el rostro á Cayo con semblante fiero, le dijo: «Tú matarás á éstos (1), y otro á ti.» Mas agravándose el mal, sin abstenirse de sus torpezas sensuales, sufría la dolencia fingiendo tener salud, acostumbrado á burlarse del arte de los médicos y de aquellos que al cabo de treinta años de experiencia tenían necesidad de consejo para saber lo que dañaba ó aprovechaba á su propia salud.

Echábanse entretanto en Roma peligrosas semillas para ir continuando la matanza, aun después de muerto Tiberio. Lelio Balbo había acusado de majestad á Acucia, mujer que fué de Publio Vitelio; la cual, condenada, tratándose de decretar el premio al acusador, se opuso á ello Junio Otón, tribuno del pueblo, quedando

(1) En efecto, Cayo Calígula hizo matar al joven Tiberio en el primer año de su reinado.

entre los dos un odio grande, y Otón al fin desterrado. Después de esto, Albucila, famosa por su honestidad, la cual tuvo por marido á Satrio Secundo, aquel que descubrió la conjuración, fué acusada de impiedad para con el príncipe, y con ella Gneo Domicio, Vibio Marso y Lucio Aruncio, culpados en el caso y en sus adulterios. De la nobleza de Domicio he tratado arriba. Marso era también de antiquísimos y honrados progenitores, y excelente en sus estudios; mas el ver por las interrogaciones del proceso que envió al Senado que Macrón asistía al examen de los testigos y al tormento de los esclavos, y que no había cartas del emperador contra los reos, ó por ocasión de su enfermedad ó porque ignoraba el caso, daba sospecha de que muchas de aquellas cosas las fingia Macrón por la descubierta enemistad que profesaba con Aruncio.

Y así Domicio, tomando tiempo para defenderse, y Marso después de haber determinado de matarse de hambre, alargaron la vida. Aruncio, á los amigos que le persuadían el diferir y esperar, respondió «que no eran honradas á todos unas mismas cosas; que habiendo ya vivido harto, no se arrepentía de otra cosa que de haber pasado la vejez con tantas ansias entre menosprecios y peligros, primero á causa de Seyano, y después de Macrón, siempre aborrecido de algún poderoso, no tanto por culpa suya, cuanto por no sufrir las ajenas. Confieso — decía él — que es posible evitar los pocos y últimos días que le quedan de vida al príncipe; mas ¿serálo por ventura el escapar de la juventud de su sucesor? Si en Tiberio, después de tan larga experiencia de todo, vemos que la fuerza del mandar ha causado en él tan gran mudanza, ¿qué hará en Cayo César, salido apenas de la niñez, ignorante de todas las cosas y criado entre los peores? Diremos por suerte que hará milagros con la

guía de Macrón, el cual, elegido como peor para oprimir á Seyano, ha afligido á la República con mayores maldades. Yo anteveo una servidumbre mucho más rigurosa, y así me resuelvo á librarme á un mismo tiempo de las pasadas y de las venideras miserias». Dicho esto, que fué una verdadera profecía, se abrió las venas. Las cosas que sucedieron después mostraron lo bien que hizo Aruncio en quitarse la vida. Albucila, tentando en vano el puñal para matarse, fué por orden del Senado puesta en prisión. De los ministros de sus lujurias, Car-sidio, sacerdote, varón pretorio, fué desterrado á una isla, y Poncio Fregelano, privado del orden senatorio; y las mismas penas fueron decretadas contra Lelio Balbo con aplauso universal, á causa de que Balbo con su terrible elocuencia se mostraba de ordinario prontísimo contra los inocentes.

En aquellos mismos días Sexto Papinio, de familia consular, escogió una súbita y extraña muerte, arrojándose de un precipicio. Atribuíase la causa á su madre, que, repudiada poco antes de su marido, había, con halagos y con actos lascivos, inducido al mozo á aquello de que no podía salir mejor librado que con la muerte. Ella, acusada por esto en el Senado, aunque arrodillándose á los pies de los senadores triste y miserable se excusase con el lecho común y con ser más flaco en aquellos casos el ánimo mujeril, con otras muchas cosas que le dictaba el dolor, fué con todo desterrada de Roma por diez años, hasta que el hijo menor acabase de pasar el ardor de la juventud.

Íbanle faltando ya á Tiberio el cuerpo y las fuerzas, mas no la disimulación. Mostraba la fuerza y vehemencia acostumbrada en el ánimo y en las palabras, y muchas veces con un fingido regocijo procuraba encubrir el manifiesto desfallecimiento y la flaqueza del sujeto.

Con esto, finalmente, después de haber mudado muchos lugares, paró en el cabo de Miseno, en la quinta que fué ya de Lucio Luculo. Conocióse su cercana muerte de esta manera: Caricles, famoso médico, aunque no curaba al príncipe, acostumbraba á darle de ordinario advertimiento para su salud. Éste, tomando licencia como para irse á sus negocios, so color de besarle la mano le tocó el pulso. Cayó en ello Tiberio, y por ventura enfadado de esto, por disimular el enojo, mandó cubrir la mesa de más viandas que lo acostumbrado como por favorecer y honrar en su partida al médico, á quien tenía por amigo. Con todo esto, Caricles aseguró después á Macrón que le iba faltando el espíritu y que no viviría dos días. De este aviso resultó el comenzar á solicitar de palabra á los presentes, y con correos á diligencia á los legados y á los ejércitos. Á los diez y seis de marzo, con un desmayo que le sobrevino se creyó que había acabado la vida, y ya comenzaba Cayo César á salir con gran acompañamiento de los que venían á dar el parabién para introducirse en el Imperio, cuando de improviso se supo que Tiberio había cobrado la habla y la vista y que á gran priesa pedía la vianda. Amedrentados todos y esparcidos, unos procuraban volver á componer el rostro conforme á las pasadas muestras de tristeza, y otros disimular el caso. Enmudeció Calígula, y caído de tan altas esperanzas, comenzaba ya á temer de su propia persona. Sólo Macrón, sin alguna alteración, ordenó que aquel viejo fuese ahogado con echarle encima cantidad de ropa, mandando salir antes á todos del aposento. Este fin tuvo Tiberio á los setenta y ocho años de su edad.

Fué hijo de Nerón y descendiente por ambos lados de la familia Claudia, aunque su madre fué primero adoptada en la Livia y después en la Julia. En su primera juventud estuvieron sus cosas en duda; porque á

más de haber seguido á su padre en el destierro, cuando después entró á ser antenado de Augusto contrastó con muchos émulos mientras vivieron Marcelo y Agripa, y después Cayo y Lucio, césares; y su hermano Druso era también más amado de la ciudad. Mas en ningún tiempo estuvo en mayor balanza el estado de sus cosas que desde que tuvo por mujer á Julia, siéndole necesario sufrir su deshonestidad ó apartarse de ella. Vuelto después de Rodas, estuvo en casa del príncipe doce años sin que en ella hubiese hijos; y al cabo de ellos obtuvo el señorío supremo de la República romana, y gozó de él cerca de otros veintitrés. Sus costumbres fueron diversas y se mudaron según el tiempo. Fué de egregia vida y fama mientras vivió hombre particular ó durante el imperio de Augusto; oculto y cauteloso en fingir y profesar virtud lo que vivieron Germánico y Druso, entremezclando el mal y el bien viviendo su madre; detestable en todo género de crueldad, aunque encubierto en sus lujurias mientras amó ó temió á Seyano; y finalmente se precipitó á un abismo de maldades y deshonestidades cuando, despojado enteramente de la vergüenza y del temor, se fué tras la corriente de sus propias inclinaciones y naturales apetitos.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	5

LIBRO PRIMERO

Muere Augusto en Nola. — Sucédele Tiberio, que estudia por encubrir el deseo de reinar. — Amotínanse las legiones de Panonia, para cuyo remedio envía Tiberio á su hijo Druso, el cual, no sin trabajo, las compone. — Otro motín de las legiones de Germánico. — Sosiégale Germánico con efusión de sangre. — Lleva el ejército á los enemigos, y alcanza victoria de varias naciones de Germania. — Julia, hija de Augusto, acaba su vida en Regio. — Institúyense sacerdotes en honor de Augusto y los juegos llamados Augustales. — Pasa el Rhin otra vez Germánico; asuela y destruye á los pueblos llamados catts; libra á Segesto del sitio que le tenía puesto Arminio, y por todos estos sucesos es llamado emperador. — Mueve otra vez guerra á los queruscos; recoge los huesos de la rota de Varo, y da libertad á muchos prisioneros que se perdieron en ella. — Vuelve al Rhin Ceцина con parte del ejército; se ve en peligro, y con el último esfuerzo de desesperación rompe al enemigo. — Toma pie en Roma la ley de majestad y ejercítase con aspereza. — Inunda el Tíber. — Tumultos en el teatro, de que resulta refrenar la insolencia de los histriones. — Trátase de remediar las inundaciones del Tíber, á que se oponen algunas ciudades de Italia.....

I	15
---	----

LIBRO SEGUNDO

Algunos movimientos en Oriente.— Vonón, rey de los partos, es echado de su reino por Artabano; huye en Armenia, de adonde es hecho rey.— Es removido luego por Silano, presidente de Siria, medroso de las amenazas de Artabano.— Tiberio, so color de los movimientos de Oriente, arranca á Germánico de entre sus legiones, obedeciendo él, aunque no aprisa.— Antes de esto entra en Germania, y fabricada una armada de mil naves, costeando el Océano, llega al río Amisia.— Envía sobre los angrivarios á Estertinio, que los saquea y degüella.— Luego, en dos famosas batallas, vence á los queruscos y á su capitán Arminio.— Corre á la vuelta una borrasca tan furiosa en el Océano, que pierde cantidad de naves.— En Roma es acusado y en parte convencido de deseo de novedades Libón Druso, el cual, no viendo en Tiberio señales de piedad para con él, se mata.— Marco Hortalo, nieto del orador Hortensio, propone en vano su extrema pobreza al príncipe.— Clemente, esclavo de Póstumo Agripa, sabida la muerte de su señor, finge ser él y altera con esta voz á Roma, adonde tiene ocultos amigos y valedores; mas por diligéncia de Salustio Crispo es preso sin ruido y traído á Roma.— Triunfa Germánico de muchas naciones de Germania.— Muere en Roma Archelao, rey de Capadocia, y su reino es hecho provincia.— Germánico va á Oriente con amplia y suprema potestad, y Gneo Pisón á Siria con ocultas órdenes, á lo que se cree, contra Germánico.— Druso va al Ilírico contra los germanos, cuyas discordias ocasionan ocio y seguridad al pueblo romano.— Los queruscos, con su capitán Arminio, en una poderosa y sangrienta batalla, vencen al poderoso y viejo rey Maroboduo.— Perecen en Asia doce célebres ciudades con la furia de un terremoto.— Tacfarinas, comenzando la guerra á modo de ladronico en Africa, es refrenado por Furio, procónsul.— Germánico en Armenia, quitando el reino á Vonón, introduce á Zenón con gusto de aquellos pueblos.— Druso fomenta las discordias en Germania.— Maroboduo es echado del reino por Catualda, á quien señala Tiberio la habitación de Frejus.— Rescuporide, rey de Tracia, preso por artificio de Pomponio Flaco, es llevado á Roma.— Germánico visita á Egipto.— Vuelto á Siria, se refuerza la enemistad entre él y Pisón, y poco después muere en

Antioquía, con general desconsuelo y no menor opinión de veneno por obra de Pisón, el cual, tentando el ocupar con armas la provincia, es rechazado por Sencio, uno de los amigos de Germánico, cuya memoria se solemniza en Roma con exquisitos honores. — Decrétase contra la impudicia de las mujeres. — Recíbese una virgen vestal. — Arminio muere en Germania por engaño..... 85

LIBRO TERCERO

Agripina, con las cenizas de Germánico, llega á Brindis y de allí á Roma. — Druso vuelve al Ilirico. — Pisón, vuelto á Roma, es acusado de venenos y de majestad ofendida; á cuya causa, viendo por todas partes rigor y desconfianza, se priva de la vida. — Tacfarinas renueva la guerra en África, y es roto por Lucio Apronio, procónsul. — Emilia Lepida es acusada y condenada de venenos y adulterios. — Templa Tiberio la ley Papia Popea, ejercitada hasta allí con rigor. — Vuelve otra vez á inquietar la provincia Tacfarinas, para cuya defensa se nombra Junio Bleso. — Son condenados algunos caballeros romanos por el delito de majestad. — Rebélanse las Galias por industria de Sacroviro y Floro, y vuévelas al yugo el valor de las legiones germánicas. — Propónese y déjase á un mismo tiempo el cuidado de moderar los excesivos gastos y superfluidades. — Toma Druso la potestad tribunicia. — El flamine dial apetece el concurrir al gobierno de las provincias. — Asilos ó lugares de refugio de los griegos, reformados y reducidos á orden. — Cayo Silano condenado por las leyes de residencia y majestad. — Bleso rompe y disipa á Tacfarinas, tomando en prisión á su hermano. — Muerte y entierro de Junia, nobilísima mujer 153

LIBRO CUARTO

Píntase el ingenio y costumbres de Elio Seyano, pro-fecto del pretorio, el cual aspira al imperio, y para facilitarlo quita la vida con veneno á Druso, hijo único de Tiberio, ayudado de Livia, mujer del mismo Druso, inducida primero al adulterio. — Introduce al mismo fin los alojamientos ó cuarteles militares donde antes alojaban los soldados separados y esparcidos por la ciudad. — Representase con esta ocasión el estado de las

cosas en el Imperio romano, el número de legiones, cohortes y fuerzas de mar y tierra. — Muerto Druso, entra Tiberio en el Senado metiendo consigo los dos hijos mayores de Germánico para encomendarlos á los senadores como herederos del imperio. — Seyano, para conseguir su intento, calumnia cavilosamente á Agripina y echa la semilla de los odios venideros de Tiberio para con ella y sus hijos. — Oye Tiberio las embajadas y quejas de algunas provincias y ciudades. — Destiérranse de Italia los representantes. — Promúlgase una ley sobre la diferencia introducida por el flamine dial. — Encomiendan á los dioses con solemnes votos los sacerdotes á Druso y á Nerón, hijos de Germánico, tomándolo á mala parte Tiberio. — Cayo Silio es condenado por amigo de Germánico. — Senadores acusados y condenados. — Acaba Publio Dolabela la guerra de Africa con muerte de Tacfarinas. — Apágase en sus principios una guerra servil en Roma. — Bibio Sereno es acusado de su hijo y desterrado. — Son condenados muchos, y entre ellos Cremucio Cordo, historiador, por haber alabado á Bruto y á Casio, y quemados sus libros. — Pierden los cizicenos su libertad. — Rehusa Tiberio el templo que le ofrece la ulterior España. — Seyano, saliéndole las cosas á pedir de boca, aspira á cosas mayores y pide por mujer á Livia. — Niégasela modestamente Tiberio, á quien poco después persuade el ausentarse de Roma. — Nuevas embajadas de los griegos por causa de los asilos ó lugares de refugio. — Muere en España el pretor Pisón á manos de un villano termestino. — Muévase guerra en Tracia. — Sosiega la provincia Popeo Sabino y saca en premio las insignias triunfales. — Claudia Pulcra es acusada y condenada en Roma por adúltera. — Agripina pide marido, aunque en vano, á Tiberio. — Contienen once ciudades en Asia sobre el templo destinado para Tiberio, y vencen los de Esmirna. — Va Tiberio á la provincia de Campania. — Pasa notable peligro de muerte en una gruta, y defiéndele Seyano. — Nerón, el mayor de los hijos de Germánico, es calumniado con varias artes. — Ruinas de un anfiteatro en Pídenas, con muerte de muchos millares de personas. — Incendio grande en Roma. — Pasa Tiberio á la isla de Capri. — Sabino es acusado y condenado. — Muere Julia, nieta de Augusto. — Rebélanse los frisonos, á quien acomete con poca felicidad Lucio Apronio, propretor de la inferior Germania. — Gneo Domicio toma por mujer á Agripina, hija de Germánico.....

LIBRO QUINTO

Muere Livia Augusta, madre de Tiberio. — Crece la potencia de Seyano. — Agripina y Nerón, su hijo, acusados al Senado por cartas de Tiberio. — No mucho después, descubiertos los intentos depravados de Seyano, cae con grande y general estrago de sus amigos. — Publícase un falso Druso en las islas Cícladas, y queda preso por diligencia y cuidado de Popeo Sabino.....

283

LIBRO SEXTO

Usa Tiberio en Capri de feas y secretas lujurias. — Son acusados muchos, entre los cuales Marco Terencio se defiende valerosa y libremente. — Muere Lucio Pisón, prefecto de Roma, y trátase del origen y progreso de este oficio. — Consúltase sobre el admitir ciertos versos sibilinos. — Causa sedición en Roma la carestía. — Casa César dos hijas de Germánico. — Usureros acusados. — Modéranse las usuras y remédianse otros daños de este género por la liberalidad de Tiberio. — Nuevas acusaciones de majestad, y mueren á este título muchos de los que conspiraron con Seyano. — Cásase Calígula, y dase cuenta de sus costumbres y astuta disimulación para con su abuelo, el cual pronostica el imperio á Sergio Galba, y otras cosas á Calígula, por haber aprendido en Rodas de Trasulo, astrólogo. — Muere miserablemente Druso, hijo de Germánico, y tras él Agripina. — Nerva, jurisconsulto, se priva de la vida, y otros muchos hombres ilustres. — Muéstrase en Egipto el ave fénix, y dase cuenta de su naturaleza y maravillas. — Embajadores partos vienen á Roma á pedir nuevo rey. — Dásele Tiberio. — Guerra entre armenios y partos. — Artabano, echado del reino, huye á los escitas. — Queda el reino á Tiridates, por los consejos y armas de Vitelio. — Nuevas muertes y condenaciones en Roma. — Clitos, capadoces, rebeldes á su rey y refrenados. — Sale Tiridates de Armenia y vuelve Artabano. — Incendio atroz en Roma, aliviado por la liberalidad de César. — Trata Tiberio de sucesor. — Enferma y muere.

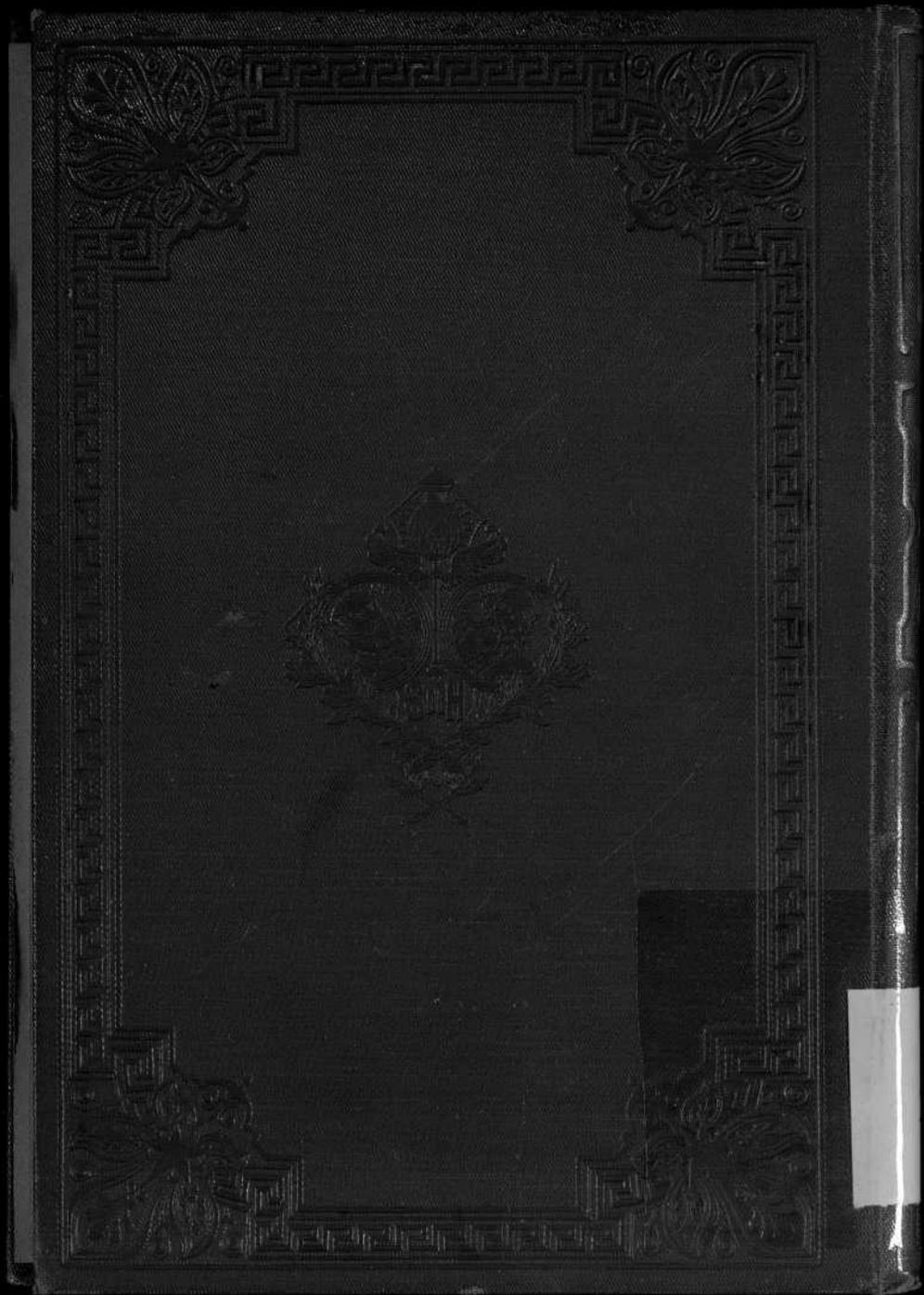
293

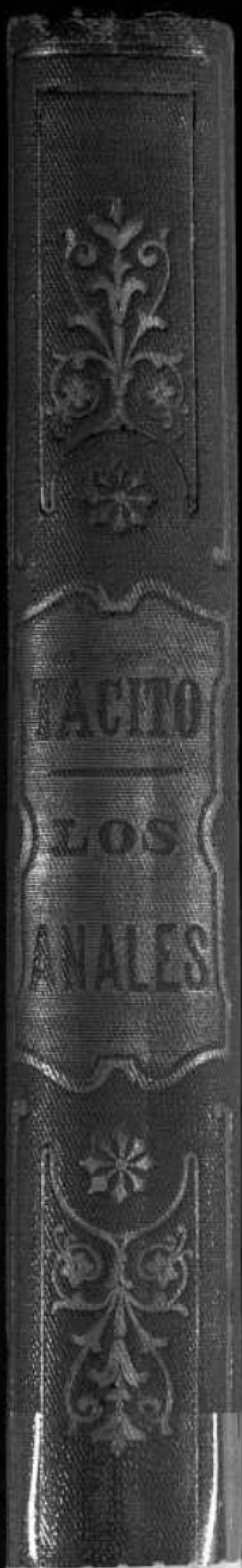


B.P. de Soria



61168500
DR 2071





DR
2071